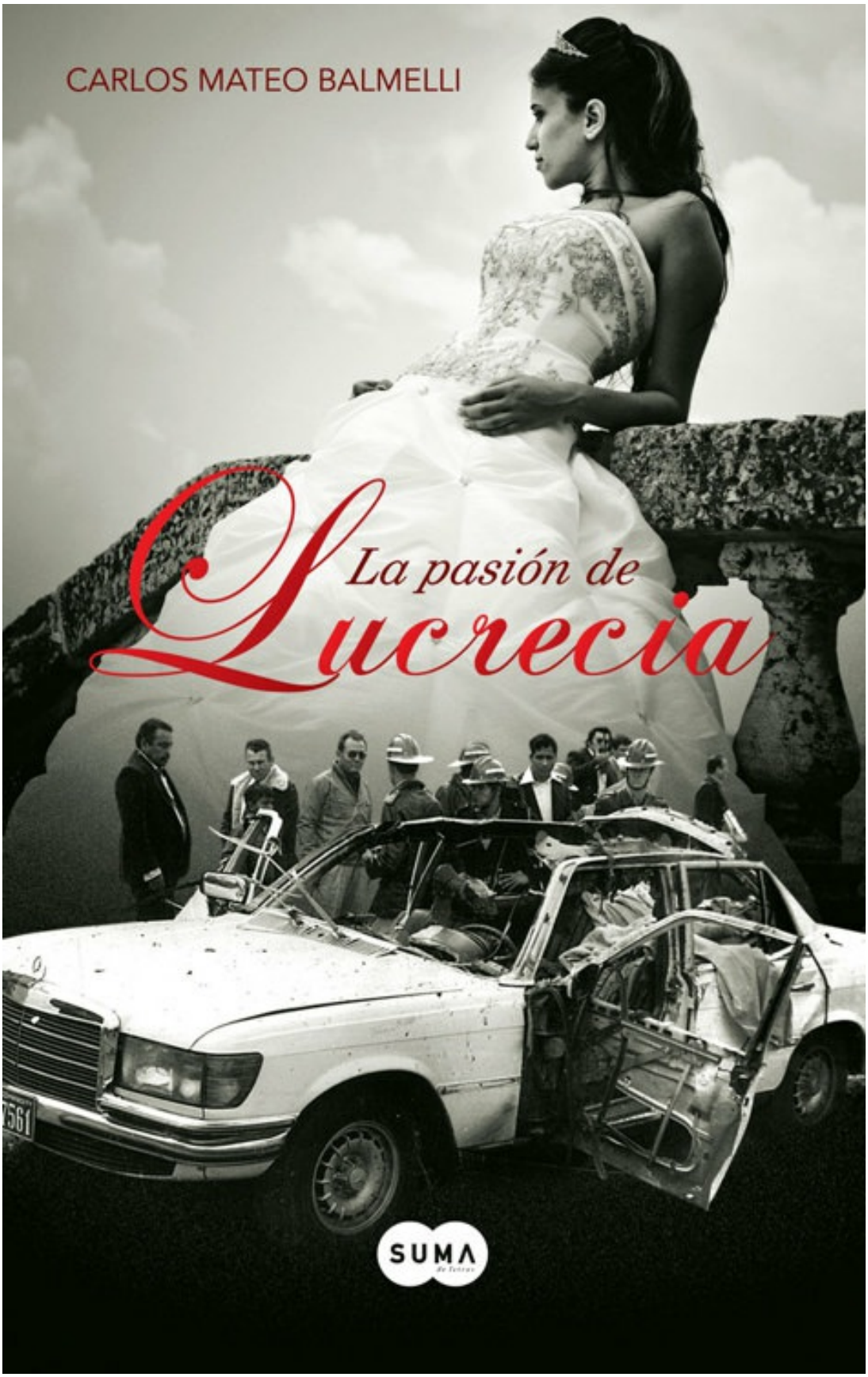
CARLOS MATEO BALMELLI

La pasión de Lucrecia



SUMA


CARLOS MATEO BALMELLI
La pasión de
Lucrecia
SUMA

CARLOS MATEO BALMELLI

La pasión de Lucrecia

SUMA de Letras

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Agradecimientos
Cita
Capítulo 1. Stroessner y su adlátere
Capítulo 2. El debut
Capítulo 3. Reminiscencia de los adoctrinadores
Capítuol 4. El encuentro
Capítulo 5. El primer beso
Capítulo 6. La plenitud de una esperanza
Capítulo 7. El engaño ideológico
Capítulo 8. Promesas de amor
Capítulo 9. Una familia feliz
Capítulo 10. Conociendo a la familia política
Capítulo 11. El indescifrable Baltasar
Capítulo 12. Buscando un cómplice
Capítulo 13. El nido de amor
Capítulo 14. El obsequio
Capítulo 15. Instantáneas del presente
Capítulo 16. Cambio de planes
Capítulo 17. El final de la dinastía
Capítulo 18. Los días previos
Capítulo 19. El atentado
Capítulo 20. Buscando a los culpables
Capítulo 21. Primeros avances
Capítulo 22. Un chivo expiatorio
Capítulo 23. Una testigo clave
Capítulo 24. Una carta para Lucrecia
Capítulo 25. La verdad sale a la luz
Capítulo 26. La captura
Capítulo 27. Rindiendo cuentas
Capítulo 28. Malas noticias
Capítulo 29. Palabras desde el más allá
Capítulo 30. La amarga espera porteña
Capítulo 31. Vientos de cambio
Capítulo 32. Enrejada en la jaula de oro
Capítulo 33. Nace una esperanza
Capítulo 34. Toda la verdad
Capítulo 35. La convivencia
Capítulo 36. Buscando en el fango
Capítulo 37. La nueva democracia

Capítulo 38. El testamento
Capítulo 39. Décadas de búsqueda que llegan a su fin
Capítulo 40. Fernando Álvarez de Olea y Carvajal
Capítulo 41. El viaje a España
Capítulo 42. La realización de los sueños
Capítulo 43. El destino marcado
Notas
Biografía
Créditos
Grupo Santillana

A Sebastián y Camila, para que sientan en toda su extensión el dolor y la felicidad que acarrea el vivir.

AGRADECIMIENTOS

A Juan Manuel Marcos, cuyos consejos me permitieron novelar esta historia, a Fernando Carvallo, quien me animó a escribirla, a Adriana Gianni por sus sugerencias y a Camila Mateo por acompañarme en esta aventura.

No pongas grandes esperanzas en la breve vida.
Horacio

La posteridad contempla todo de perfil.
Gustave Flaubert

La vida es una sombra tan solo… Es la historia contada por un necio, llena de ruido y furia, que nada significa.
William Shakespeare

Empecé a escribir esta novela sin el designio de brindar un relato fehaciente de los acontecimientos que narra. El texto en manos del lector es la descripción de una realidad que apela a la ficción para contar episodios con fechas reales, hechos que no fueron inventados y secuelas que tienen garantizada su perdurabilidad.

Esta novela está poblada de personajes reales y ficticios. He intentado recrearlos y ofrecer así a los lectores una representación del mundo en el que se desarrolla la trama.

Pretendo, sobre la base de diálogos y monólogos interiores, contar la historia desde dentro, ya que los historiadores la han contado desde fuera.

El escrito orbita alrededor de la realidad pura y dura, acogiéndose a los beneficios de la libertad de fabular.

Carlos Mateo Balmelli
Asunción, 16 de marzo de 2013

Capítulo 1

Stroessner y su adlátere

SABE MANDAR QUIEN ORDENA CON EL SILENCIO. La grandeza histórica de los hombres no solo reside en la pasión e inspiración que despiertan, sino también en la capacidad que tienen para traducir en hechos sus voluntades.

Como todas las mañanas, el General-presidente madrugó para recibir el parte diario, un registro de los incidentes del día anterior, una radiografía del quehacer político de los amigos y los enemigos. La conciencia de su singularidad le permitía dar ciertas licencias a los demás, de ahí que en los últimos años facilitó que creciera la imagen pública del ministro del Interior, el doctor Octavio González, quien haría entrega del partes esa mañana.

En su entorno, todos sabían que el general Stroessner tenía las manías propias de quienes son conscientes de la inmensa cantidad de poder que concentran, pero que a pesar de ello en contadas ocasiones actuaba a su libre albedrío, pues siempre disimuló su inmenso poder evitando jactarse de su uso discrecional.

Quienes conocían sus caprichos, como el Ministro, sabían que antes de mencionar a los innombrables debían pronunciarse una serie de adjetivos descalificativos. La más arriesgada de las intrigas, de la cual había que hacer uso con prudencia para no desgastarla y con sutileza para conservar su eficacia, consistía en etiquetar la tibieza de los que conformaban el entorno en términos como: «Ese tipo, mi General, está pensando en la sucesión y por eso conversa hasta con sus enemigos». Este era el argumento de mayor fuste para los que competían con él por estar más cerca del centro de poder, y con intrigas de ese filo, eliminar a sus contendores.

El Ministro, ducho en materia de ascenso político y social, comprendía el papel político que le tocaba desempeñar, y le venía como anillo al dedo. Por fin contaba con la posibilidad de mostrar sus dotes, virtudes adquiridas mediante la autosuperación, que hasta la fecha no había podido poner en práctica en su totalidad. Él estaba convencido de la entrega generosa de su actuación, todo lo hacía para servir a «la causa». Era además una manera de ser fiel simultáneamente a su ambición y al «salvador de la patria».

Unos pocos que integraban la facción de los blandos presumían que se trataba de ir preparando la sucesión o presentar para el próximo periodo constitucional de 1983-1988 a un candidato civil y que Stroessner conservara la comandancia de las Fuerzas Armadas. Para otros, que conformaban la coalición gubernamental y querían pescar en río revuelto, la postrimería del invierno de 1979 era la época propicia para, sin precipitaciones, ir cavilando en prospectiva una salida institucional compatible con la nueva política hemisférica de la potencia del norte.

Para mantener la cercanía y un grado mínimo de intimidad con el General se debían conocer los patrones de comportamiento que le agradaban y, por sobre todas las cosas, saber interpretar sus silencios.

El Ministro había descubierto ya que el conductor de los destinos de la Nación mantenía siempre la compostura en cualquier frente, y se dejaba retratar en las retinas de los demás con la imagen del hombre inalterable que no perdía su sentido paternal y que, por lo demás, tenía siempre presente la máxima de que conducir a un pueblo era una acción tuitiva que debía precautelarse de cualquier abuso de los subalternos. Nadie recuerda haber visto a Stroessner actuando altaneramente o perdiendo los estribos, sus apariciones en público respondían a patrones de comportamiento rígidos. Mandar era ordenar de manera nítida, precisa y circunspecta. No había nada que agregar, la voz de mando de los militares era para los cuarteles y los gestos histriónicos expresaban la impotencia de aquellos cuyas órdenes no eran cumplidas.

Estaba claro que la condición de colaborador y consejero incondicional se ganaba cuando se recomendaba apretar las tuercas y se explicitaba la intención de ejecutar por propias manos la reprimenda necesaria para corregir la conducta desviada de los desertores o de los díscolos.

El Ministro se transformó en el «pico de oro» del oficialismo gracias a su versatilidad para pasar sin trastabillar de la lengua vernácula a la otra, para inventar argumentos falaces que legitimaran las acciones del Gobierno utilizando su labia sin aparentes contradicciones lógicas, por su capacidad de explayar su elocuencia de fácil halago para justificar cínicamente aquello de lo que él descreía. Todo eso lo hizo merecedor de la confianza y de la admiración del General-presidente.

Aparte de su pertinente y ejemplar actuación en los sucesos represivos de 1976, en los que demostró su mano dura, lo que más impresionó al Rubio fue la participación del Ministro en la ingeniería jurídica de la reforma constitucional de 1977, que consagró la posibilidad de la reelección En el texto original de la Constitución de 1967, el titular del poder ejecutivo solo podía ser reelecto por un periodo más, ya sea en forma consecutiva o alternada. Con la reforma de 1977 se suprimió esta restricción y se estableció la reelección ilimitada del titular del poder ejecutivo. En esa oportunidad el Ministro sobresalió como un gran jurisconsulto, un mistagogo, un enciclopedista, un sofista griego y un tribuno romano.

La reforma de la carta magna era el atajo institucional trazado en el inexorable andar por los caminos que conducían a la consagración de la presidencia vitalicia. Este proceso de reforma constitucional no fue precedido por ningún debate público, se impuso el monólogo oficialista. El zorro del Único Líder sabía que en el campo de batalla de la política no toda victoria autorizaba a que los derrotados pasaran por las horcas caudinas. En el enfrentamiento militar se podía pensar en eliminar al enemigo; sin embargo, en la política el punto era más complejo. En ella tenía validez la sentencia de Unamuno: «Vencer no es convencer». Más de dos décadas de gobierno fueron la escuela que lo ayudó a discernir qué cosa era compatible o incompatible con la buena gobernanza, que descartaba la posibilidad del ejercicio del poder sin credibilidad.

El poder unipersonal era impúdico, no se ruborizaba. La legitimidad del orden político no emanaba del cumplimiento del derecho ni de la vigencia de las instituciones, que pasaban a convertirse en formas jurídicas sin contenido. Al contrario, la supremacía del régimen personalista venía de y prevalecía por las cualidades sobrehumanas del líder, que no reconocía ninguna barrera que lo contuviera o limitara su voluntad. Su determinación se convertía en la fuerza hacedora de hechos de la parafernalia estatal.

En aquel entonces el Ministro sabía lo que estaba en juego y lo que él arriesgaba. El empeño de su lucha por labrar su porvenir era más claro que la luz diurna.

El General-presidente se empecinaba, en igual medida, por lo grande y lo menudo que hay en la tarea de gobernar. Presumía que la deliberación era un atributo babélico que sumergía lo

trascendente en una retórica vacía y ampulosa. Sabía invocar las urgencias históricas que movilizaban al pueblo y daban por sentado que su voluntad personificaba el valor supremo de la Nación. Era porfiado y suspicaz. Cuando ciertas personas que no le caían en gracia se le acercaban, expresaba su enfado poniendo un rostro adusto y gesticulando con movimientos parsimoniosos, que, sin decir una palabra, lo decían todo.

La psicología del General-presidente podía semejarse a la de los hombres educados para servir y servirse del Estado. Era un hombre que moderaba sus pasiones, un conservador, un fanático de la felicidad individual, carente de sensibilidad moral y con ímpetu expansivo de mando. Le fastidiaba recibir recomendaciones, lo que engrandecía su condición de degustador de halagos.

En el fondo, su relación con los demás solo le importaba para satisfacer sus fines y deseos. Como todo patriarca autoritario, no demostraba vida interior; era un genio de la buena administración vital. En su micro vida diaria, contabilizaba sus goces y penas; era un personaje egoísta, encerrado en sí mismo pero feliz en el aislamiento del poder: la única soledad que él mismo había escogido.

Aunque prefería ayudantes eunucos en sus pretensiones políticas, no quería en su cercanía personas gélidas que respondieran a sus interrogantes con monosílabos o con gestos que expresaran la frialdad de los que actúan forzados por las circunstancias y no llevados por las convicciones. Constantemente despachaba cuestiones públicas a través de pláticas con los secretarios de cada cartera y se mal disponía contra un ministro en el momento en que este, con una actitud glacial, demostraba escasa capacidad para la concentración o desconocimiento de los temas atinentes al Estado.

De tanto en tanto, pormenorizaba con sus funcionarios temas de la agenda de su cartera hasta pasar revista a los últimos detalles. Si después de escuchar las respuestas concluía que se trataba de un colaborador displicente al que trabajar le exigía un esfuerzo humano superior, le llamaba la atención o lo castigaba alejándolo de su lado.

Cuando inquiría sobre alguna cuestión y la respuesta era evasiva, incierta o silenciosa, deducía que la falta de locuacidad enmascaraba una personalidad astuta y sagaz; que se trataba de un rufián con inclinación a proceder sin escrúpulos hasta llegar al engaño o la traición. Ni bien encontraba algún indicio que pudiera conducir a descubrir una felonía o falacia del sospechado, este caía en desgracia, y la misma suerte corría su familia.

Desde su lógica de la verticalidad autoritaria, le resultaba inentendible que el poder pudiera estar al alcance de los que no poseyesen trayectoria y calificación. Su razonamiento no aceptaba que existiesen y funcionasen, por lo menos para esta parte del mundo de tradición indoespañola y católica, formas de gobierno anglosajonas según las cuales el poder más alto fuera accesible al vulgo. De acuerdo a su esquema despótico, esto terminaba corrompiendo a las masas, que, de por sí, no tenían derecho a incidir en el destino de la Nación. Para reaccionar en contra de esas situaciones, las Fuerzas Armadas patriotas, obedientes y cohesionadas tenían que estar preparadas y adoctrinadas. Y si la coyuntura se extremaba y así lo exigía, debían salir de sus cuarteles para contener la furia del populacho.

Los rasgos físicos del General-presidente no eran comunes en Paraguay. Hijo de padre alemán y madre paraguaya, su fisonomía delataba su ascendencia germana. Su estatura superaba la media de los hombres y con más de 1,80 lucía un porte erguido. Su vestimenta cotidiana consistía en el uniforme militar o trajes oscuros. Pocas veces fue fotografiado vistiendo ropa informal. A causa de sus peculiaridades físicas, su figura blanquecina y su blonda cabellera, siempre arreglada como la de un integrante de rango superior del cuerpo castrense, la sociedad,

mayoritariamente mestiza, lo apodó «el Rubio».

Nunca tuvo un comportamiento extrovertido que lo arrastrase a una sobreexposición mediática; invariablemente prestaba atención a no proyectar la imagen de estar absorto en una idea.

A diario construía y robustecía el perfil de una personalidad recia y concentrada en los quehaceres gubernamentales; sin embargo, no despreciaba lo sensual y superfluo en el vivir. De ahí que no agotara toda su vitalidad en la solución de los problemas nacionales. Si bien es cierto que era considerado «el padre de la patria», «el primer trabajador», «el conductor de la segunda reconstrucción nacional», siempre le sobraba tiempo para una partida de naipes, una jornada de pesca, una escapada al estadio de fútbol o para amanecer en los brazos de una querida.

A pesar de sus flaquezas y su inclinación por ciertas diversiones «demasiado humanas», los primeros que debían estar convencidos de su condición de estadista a carta cabal eran sus más cercanos. La perorata de los próximos debía orientarse a reverenciar sus virtudes de austeridad, de don de mando, de dedicación al trabajo y de espíritu patriótico.

A Stroessner, los años ininterrumpidos en el ejercicio del poder le permitieron adquirir destrezas y habilidades para manejar los tiempos y los misterios que rodean a quien gobierna por mandato indelegable de la historia. Su inteligencia ladina y su desconfianza hacia la condición humana lo convencieron de que las tropelías cometidas discrecionalmente por los detentadores del poder después de trascurrido un tiempo eran aceptadas y legitimadas como hábitos de la idiosincrasia nacional. En repetidas ocasiones se le escuchó decir: «La colectividad decidida a encontrarse a sí misma y a desenterrar el ser nacional que llevamos en las entrañas está llamada a resistir las influencias liberalizantes que corrompen el alma de la nación». Hacer apología en favor de lo telúrico en sus formas de amor al terruño y de reivindicación de la tradición militarista en detrimento de los principios morales constituía el parapeto para impedir el desembarco de ideas foráneas.

El saber empírico, ganado en el trato con los subordinados, le permitió comprender que la estabilidad y continuidad de los gobiernos unipersonales de rasgos y vocación nacionalistas residían en el éxito obtenido en el encanallamiento del pueblo, que aceptaba como vigentes y válidos tanto los atropellos a la ley como el latrocinio que volvía cómplices a tirios y troyanos. En la eterna disputa entre el hecho y el derecho, el primero tenía que salir victorioso; esto significaba imponer la fuerza sobre la normatividad. En vista de que resultaba imposible convertir en sana convivencia aquello que estaba mutilado de ética, había que poner los esfuerzos en que la sociedad se familiarizase y se compenetrara con lo indebido y criminal. La pasividad de los «ciudadanos» se expresaba en una actitud apática, mirona e inmutable. El mérito del buen gobernante residía en que el pueblo sobrellevara como normal lo que moralmente abochornaba.

El Ministro del Interior se granjeó la confianza del Rubio durante la represión de 1976, en la que demostró decisión a la hora de actuar y facundia para justificar torturas y desapariciones. En abril de dicho año se implementó una campaña de detenciones arbitrarias cuyo objetivo era castigar para ejemplificar y amedrentar. Fueron desarticuladas violentamente la organización político militar (OPM) y las organizaciones campesinas autodenominadas «Ligas Agrarias». Miembros de ambos grupos fueron asesinados y otros terminaron prisioneros y hacinados en el campo de concentración de Emboscada.

Como siempre en estas situaciones, la locuacidad del discurso estuvo al servicio de magnificar el peligro para argumentar a favor de la brutalidad del Gobierno en contra de «los terroristas».

La capacidad retórica era valorada por el General-presidente, pues él no se consideraba un gran orador, virtud que admiraba y envidiaba en Perón.

La oralidad tendía a engrandecer las fábulas y los mitos en detrimento de la realidad, mientras que la escritura era la herramienta más fiable de la que se podía valer la razón para diferenciar la pura irrealidad de lo real.

En un país de cultura ágrafa, en donde la decisión oficial asignaba al español la comunicación de la verticalidad y al guaraní la de horizontalidad, la versatilidad idiomática se convirtió en una destreza que destacaba por sí misma. No obstante, el General hablaba el español y el guaraní con fluidez y corrección. Sus primeros años de infancia transcurrieron dialogando en español con la madre y en alemán con el padre, pero, con el paso del tiempo, fue perdiendo la lengua paterna. El guaraní recién lo aprendió en la guerra del Chaco.

En lo idiomático, el Ministro era la cara opuesta del General-presidente. A diferencia de su jefe, era locuaz y convincente, poseía el don bíblico de la narración. Su refinamiento académico facilitaba que sus palabras calaran hondo en el pensamiento de sus interlocutores. Demolía los puntos de vista de sus contendores con los sofismas más rebuscados. Sus cualidades intelectuales se hacían notar en su memoria prodigiosa. Siempre apelaba a citas filosóficas que calificaban a una época. Denodadamente daba a entender que tenía un conocimiento acabado de los autores clásicos e invocaba hechos supuestamente fidedignos para justificar el sentido de la historia.

Su inteligencia emocional lo ayudaba a luchar contra el resentimiento que enviciaba su corazón desde la infancia. Desde su mocedad se afilió a la Asociación Nacional Republicana, igualmente conocida como el «Partido Colorado». Para dirigir sus ambiciones políticas a lo más alto de la cima primero necesitaba hacer la conscripción partidaria para luego empezar el ascenso social que lo arrancaría de la pobreza y mitigaría el dolor de su origen humilde de hijo de una madre soltera y de un padre desconocido.

Soñaba con regresar pomposamente con la gloria entre las manos a su Villarrica natal, ciudad que con sus apellidos de estirpe y su cultura de diccionario, en su sinrazón, lo marginó y le deparó un trato ignominioso. Quería hacerlo como quien termina un viaje con la misión cumplida. Deseaba pasearse por el exclusivo club al que reiteradamente se le negó el acceso y recibir los saludos de cortesía de los que sería merecedor por su nueva posición. Inspirar el respeto y la admiración que borraran de sus recuerdos el menoscabo del que fuera frecuentemente objeto por ser el bastardo de Casimira, la muchacha que lavaba la ropa de las familias con más lustre social, y descendiente extra matrimonial del propietario del establecimiento azucarero más grande del país.

El Ministro no actuaba como un resentido; buscaba el reconocimiento, deseaba que se le abrieran las puertas que le fueron cerradas. Su ascenso social no conllevaba olvidar a los amigos del barrio con quienes compartió el cigarrillo y los sinsabores que afligen en la pobreza. Ante esos compinches también quería lucir sus méritos, y darles una mano para aliviar los rigores de la vida.

El Presidente y el secretario de Estado coincidían en la necesidad de justificar el poder, y en especial cuando se lo quería revestir con la condición de perpetuidad. Para esto, el Ministro apeló al bagaje intelectual adquirido en sus años de estudio en España. Durante su estadía en la madre patria, obtuvo el título de doctor en Derecho por la Universidad de Salamanca, lo que le valió apropiarse de sesudos conocimientos del derecho público. Su formación académica y su ambición de ser útil para convertirse en irremplazable lo favorecieron en su excelente desempeño como vocero propiciador de la reelección indefinida. La «zorrería» utilizada en todo momento le

sirvió para evitar que una labor políticamente desgastante lesionara su imagen. Terminado el proceso de reforma y habilitada la perpetuidad en el poder del General-presidente, el Ministro encarnaba la posibilidad de hacer viable el stronismo sin Stroessner.

Todo estaba tan bien amarrado dentro de ese orden que los sucesos cobraban forma de acuerdo a lo prescripto en el calendario del General, dejando, por lo tanto, escaso espacio para lo insólito.

Capítulo 2

El debut

El lunes 13 de agosto de 1979, en el coqueto club Centenario se esparcían en un santiamén los dimes y diretes relacionados con las parejas que iban a debutar en sociedad en la fiesta de primavera. Alborotadas, y algunas con el corazón alterado, varias jovencitas intercambiaban los números telefónicos de los muchachos que todavía no tenían compromiso con ninguna de las futuras protagonistas de esa noche. Referían entusiasmadas los modelos de los vestidos que preparaban para lucir en esa ocasión.

Un grupo de amigas conversaba entre gritos y carcajadas, evidenciando el sentimiento de unos corazones que nunca fueron tocados por la desgracia. La reunión se llevaba a cabo bajo los mangos situados al lado de las canchas de tenis. La algarabía, confusa y ruidosa, desconcentraba a los jugadores que en ese momento practicaban el deporte blanco. Lo más rancio de la sociedad iba a observarlas y juzgarlas. Estaba en juego no solo el pasado de una tradición familiar, sino la posibilidad de encontrar un buen partido para casarse y mantener el lustre del apellido familiar. Como mandaban los usos y costumbres, debían ser castas y poseer una dote para iniciar la vida marital capitalizada lo antes posible. Todas tenían la premonición de que desde esa noche nada se interpondría entre ellas y sus sueños matrimoniales.

El grupo de señoritas sostenía sus encuentros antes y después de las clases de tenis. En esa época del año, las reuniones se prolongaban más de lo usual, pues cada una de ellas quería enriquecer las discusiones con las últimas novedades relativas a la moda, peluquería y arreglos. Ninguna quería fracasar ni tampoco defraudar las expectativas, pero, habiendo asimilado bien las instrucciones maternas, nadie daba información veraz sobre la indumentaria que luciría. Con respuestas evasivas o falsas se pretendía evitar que la misma modista, el mismo zapatero o la misma peluquera sirvieran a diferentes clientes. El anhelo del primer reconocimiento social iba acompañado del deseo de ser la más atractiva.

Si bien interiormente cada una se veía linda, todas reconocían a la más bella, la que sin duda brillaría con luz propia: Lucrecia González Miranda Hoffmann, quien resaltaba por su pródiga hermosura y por la preponderancia política de su padre.

La jovencita poseía encanto en abundancia y su indolencia hacia el mundo exterior le daba un aspecto frívolo y frágil. Era el factor convocante que motorizaba a su grupo de compañeras; transmitía una alegría copiosa y fresca. Contagiaba energía y muy pronto se convirtió en la cabecilla del grupo de mujercitas. Su carácter dulce y acogedor ocultaba una personalidad dispuesta a todo.

Lucrecia era al mismo tiempo la criatura más pura y crédula del mundo. Sus amigas la querían y buscaban su compañía. Secreteaba con todas, tornándose en la confidente de los males de amor que atormentaban a las chicas. Cuando hacía falta interponía sus buenos oficios de encubridora

para arreglar encuentros furtivos entre los enamorados.

Con una amabilidad sincera recibía a las visitas en su casa, convirtiéndola en el centro de los encuentros festivos. Para su grupo de amigas, la incidencia política del padre de Lucrecia no era imperceptible. Se trataba de niñas de sociedad, de familias acomodadas que siempre tuvieron la mesa servida. Carecían de la sensibilidad desarrollada por aquellas jóvenes de clase media que no siempre podían comprar *bijouterie* o actualizar sus guardarropas.

El ministro González Miranda compartía de tanto en tanto algún tiempo con los invitados de su hija. Nunca lo abandonaba la curiosidad por conocer al grupo de amigas y amigos que frecuentaban su domicilio y acompañaban a Lucrecia en sus actividades sociales. Si alguno de los compinches despuntaba como un *cicerone* persuasivo que poseía la capacidad de guiar a su hija por caminos equívocos y erráticos, enseguida tomaba nota. Sin levantar ninguna clase de acusación, y menos la voz, preguntaba, insinuante, a Lucrecia: «¿Cómo van los estudios y las calificaciones de fulano de tal?».

La madre de Lucrecia, *Frau* Gudrun, ponía todo su empeño en la felicidad de su única hija, y por eso abastecía el salón de juegos de la casa con los manjares necesarios y apropiados para cada hora del día. Tanta era la cantidad y el componente calórico de sus delicias culinarias, que a menudo su hija le pedía que dejara de hacerlo o arruinaría su figura. La madre, embelesada por la hermosura de Lucrecia, le respondía que lo hecho por Dios en un momento de inspiración nunca sería alterado por las manos de los hombres. El padre insistía a la madre y al servicio doméstico en alimentar bien a los visitantes. Conocedor del hambre, recordaba que en su juventud una merienda con medialunas y café con leche distraía los quebrantos de los corazones adolescentes conturbados y trémulos. En la edad febril, el mejor jarabe para remediar las penas sentimentales era un estómago satisfecho. Él tenía bien presente que la degustación de las *delicatessen* de la cocina de Gudrun era un atractivo más que ofrecía su hogar.

Su inquietante necesidad de certeza y de previsión lo trasformaba en un sujeto dependiente del orden. Con igual intensidad, la preocupación vinculada a la seguridad jamás se ausentaba de su mente, y por eso monitoreaba todas las situaciones relacionadas con las amistades de su hija y prefería que las reuniones se llevaran a cabo en su domicilio.

Lucrecia, como sus amigas, se preparaba para descollar en la noche del debut; pero además quería encontrar un príncipe azul. Su ilusión la trasladaba a un estado de ensoñación en el que imaginaba que su héroe la estaría esperando para idolatrarla, fundando esa unión con un beso inocente que desafiase soledades.

Lucrecia ya se contemplaba como una mujer madura que sabía lo que quería. Nada le faltaba, solo unos brazos en donde estremecerse. Estaba poseída por el deseo de amar. Sin haberse embarcado nunca en una historia romántica, intuía que sería difícil saber amar cuando nunca se amó y se preguntaba, en sus soliloquios: «¿El amor nace o se hace?».

Cuando estaba sola en su casa no se despegaba del teléfono. Conversaba y compartía su ansiedad con las otras debutantes. A pesar de las inhibiciones de la mocedad y de lo socialmente tolerado, todas, sin excepción, querían sentirse seductoras, y todas se proponían mostrar el vestido blanco de seda más despampanante y la piel más dorada.

Esa noche las luces brillarían para ellas. Entre tanta ilusión compartida se habían desarrollado un espíritu de equipo, un sentido de respeto mutuo y un sentimiento de pertenencia. Con cariño y palabras de aliento, instalaron un cierto accionar corporativo que mitigaba su ansiedad.

El recurso de apelar al humor fue la herramienta utilizada para terciar en situaciones donde la armonía era amenazada por el despotismo de las vanidades. Cuando surgían fricciones, se

escuchaban dichos y chistes que buscaban restablecer la paz en la convivencia.

Lucrecia vivía en el apogeo de los tiempos, el transcurrir de su vida no pugnaba contra su felicidad, lo tenía todo en la vida: buenos padres, posición social, amigas que la querían sin celos, pretendientes en cantidad, una casa grande y linda, la mejor ropa y una belleza física que era promesa de felicidad. No deseaba encariñarse con alguien por obligación, quería amarlo para necesitar de él. No hallaba en su grupo de conocidos a nadie que, con la fuerza de un imán, la atrajera hacia sus brazos. Decidió entonces buscar fuera de su entorno inmediato pues los chicos con los que solía bailar y juntarse para pasar el tiempo no le despertaban ningún interés sentimental.

En las fiestas y en cualquier otro tipo de eventos sociales departía con jóvenes un poco mayores que ella; ninguno le llevaba más de dos años de diferencia. Los trataba como al hermanito que nunca tuvo a causa de las dificultades físicas que había padecido su madre.

Lucrecia tenía ángel. Los amigos y amigas revoloteaban en su cercanía pues con ella las travesuras eran únicas. Era tan inteligente que causaba escalofríos cuando se proponía gastar una broma atemorizadora, y apelaba con frecuencia a la ironía, no por debilidad de carácter, sino para señalar la ambivalencia de la naturaleza humana. Sus actividades diarias no conocían lo grisáceo de la vida.

Lucrecia vivía con la ilusión del porvenir, imaginaba que los tiempos mejores de la existencia estarían por delante, eternamente próximos a venir. Ella, como sus contemporáneas, buscaba casarse, tener hijos y formar una familia.

Su inteligencia le hacía entrever que debía ir en búsqueda de lo que su fortuna le deparaba. Se propuso indagar en otros horizontes, pero sin tomar precauciones para evitar las celadas que se les ponen a los corazones inocentes. Sin ningún atisbo de soberbia, se consideraba diferente a sus otras congéneres, se sentía singular, lo que para ella no significaba superioridad. Como en ella nada rendía tributo a la ordinariez, comprendía que la naturaleza humana de su hombre debía ser superlativa, porque para amarlo primero tenía que admirarlo. Construyó la imagen del caballero que la tenía que enamorar y amparar. No podía tratarse de un carilindo bueno por debilidad; debía ser uno de esos hombres a los que las mujeres se entregan porque poseen el ánimo resuelto que les infunde seguridad. Lucrecia gozaba de una felicidad envidiable, alzaba su corazón hacia una alegre esperanza, vivía dichosamente por desconocer las amenazas del mundo. No divisaba simas ni escombros en el amanecer ni en el atardecer humanos, desconocía los aspectos sombríos y adversos de la existencia. No sabía que todo lo recibido en la vida como dicha le sería cobrado por el destino.

Lucrecia deslumbraba con su hermosura. Cada uno de sus rasgos corporales mostraba su exuberante belleza. Medía 1,71cm de altura, sus cabellos largos se deslizaban sobre sus hombros. Nunca pasaba desapercibida. Resaltando con el dorado de su piel, sus ojos guardaban el color del mar verde azulado que combinaba en su mirada curiosidad con sorpresa. Su nariz respingada y su boca de labios finos y dientes blancos armonizaban con su mentón, configurando un rostro de rasgos proporcionados. Su cara era perfecta, ni alargada ni redonda. Tenía un perfil distinguido. Sus cejas eran anchas y embellecían su rostro. Su cuerpo denotaba vigor físico, desde el ombligo irradiaba una fuerza que tensaba sus nalgas, muslos y pantorrillas. El vientre era una planicie con una tenue pelusa, y ningún hilo de grasa bordeaba su cintura. El tórax, en desnivel con el vientre, inclinaba hacia adelante los senos. Las manos finas, con dedos de yema carnosa, los pies pequeños, con tobillos delgados, dibujaban un cuadro de afinados extremos. Cuando se tiraba boca abajo desnuda sobre la cama, su cabellera se extendía sobre el dorso hasta la cintura.

Era, por dentro y por fuera, una mujer, y el ansia por conocer el amor la recorría bajo la piel.

Sus inquietudes la hicieron pulular por ambientes que no eran los habituales. Tomó la iniciativa e impulsó a sus amigas a recorrer otras instalaciones del club con preeminente presencia masculina. Llegaba antes y salía después de lo previsto del Centenario. Asistía a los partidos de fútbol, paseaba por los jardines a la hora en que los varones hacían sus prácticas de trote, y se convirtió en habitué de la cafetería. Reemplazó el descanso bajo los mangos por sitios más transitados. Además de estos lugares donde iba a husmear, empezó a visitar la biblioteca.

Hasta ese momento la lectura no había sido su afición, pero pronto comenzó a tomarle el gusto y sus visitas a la biblioteca se hicieron cada vez más frecuentes. Su padre la incitaba a leer y le recomendaba que lo hiciera en voz alta para mejorar la dicción. En breve, las visitas y la permanencia en la biblioteca se prolongaron de manera significativa. Los padres de Lucrecia no hicieron más que aplaudir el hábito adquirido por la hija. El doctor González Miranda, que llegó a donde llegó por su esfuerzo personal, le repetía siempre la misma cantinela: «El estudio y la lectura son la base del triunfo».

Muy pronto, Lucrecia entendió que era probable que una persona sin cultura tuviera una personalidad insípida. En su mundo ideal, su hombre perfecto no podía ser alguien procaz, carente de conocimiento e insensible al arte y la belleza. Y aunque sus expectativas con respecto al príncipe azul iban en aumento, ella nunca tuvo la menor duda de que lo hallaría.

Una tarde de finales de agosto Lucrecia se encontraba en el Centenario hablando con su mejor amiga, María Liz. La joven era la hermana que Lucrecia no tenía. Era su secuaz en el colegio y fuera de él, pues solían pasar mucho tiempo haciendo travesuras. Nunca fueron alumnas muy esmeradas, salvaban los exámenes, más que por aplicadas, por los subterfugios que pergeñaban. Al final invertían más tiempo en elaborar esas triquiñuelas que en estudiar. Las diabluras realizadas en la mañana eran recordadas al final de cada jornada desatando carcajadas desafiantes, bulliciosas e inocentes. María Liz poseía una hermosura que no opacaba ni la más bella. Sus ojos almendrados, el puñado de pecas esparcidas en su rostro, sus cabellos rubios y enrulados y su esbelto cuerpo, junto con su carácter fresco y gracioso, componían el retrato de una mujer armónica. Prodigaba atenciones con entusiasmo y su urbanidad hacía de ella el escudero ideal de Lucrecia.

Sus diálogos reflejaban la precocidad de sus personalidades. En ambas despuntaban talentos y cualidades morales que por lo general se manifiestan tardíamente en las jovencitas.

Esa tarde el tema de conversación era, por supuesto, la fiesta de debut.

—Decime, Lucrecia, al final ¿quién te va acompañar en la fiesta de primavera? —preguntó María Liz.

—Aún no lo sé. Si no encuentro al hombre maravilla en los próximos días, voy a pedirle a cualquiera de los chicos que debute conmigo —repuso Lucrecia.

—¿Te da igual? Me cuesta creer que no tengas a nadie en la mira con la cantidad de pretendientes que tenés. ¿No hay ni uno que te guste?

—Tengo una esperanza. Estoy esperando al que nació para mí. Si no aparece para esta ocasión, aparecerá muy pronto. No estoy interesada en ninguno de nuestros amigos, con ellos no pasa nada. Quizás le pida que esté conmigo esa noche al más contrahecho, al que tenga más acné en la cara o al más gordito y enano.

—¿Querés que piensen esa noche que estás con alguien por su dinero?

—Me da igual lo que digan. No quiero crear falsas expectativas, quiero sentirme libre. En última instancia, que no me vean acompañada. Si alguien me acompaña es probable que no se

acerquen otros interesados. No quiero proyectar la falsa imagen de que tengo novio. Recordá que para muchos la fiesta de debut es la antesala del matrimonio.

—Lucrecia, amiga, estás loca. ¿Quién más puede aparecer en esta aldea? Acá nos conocemos todos; ¿o esperás que del cielo caiga tu señorito andaluz? ¡Por favor!

—Mi querida María Liz, si me falta a quien amar de verdad, no me involucraré con el primero que se ofrezca; esto significa que amaré por elección y no por imposición. El amor debe ser libre para poder sentir lo que llevamos en el corazón y descifrar nuestros anhelos. El hecho de haber nacido linda no implica que esté obligada a amar a quien no deseo. Mis padres saben que no voy a aceptar una pareja en función de la carrera política de mi papá. No necesito dañar, ni quiero sentir que me sustrajeron la libertad. Soy una chica honesta, no ilusiono a nadie y tampoco miento a quien doy por sentado que no sube la temperatura de mi corazón. Despertar falsas expectativas es denigrar y burlarse de los sentimientos ajenos. Cuando el amor llame a mi puerta seré yo quien regale mi hermosura. Mientras tanto, soy dueña exclusiva de mi persona. Para mí el amor es a todo o nada, no es cuestión de puntos medios ni de zonas grises. Para entregarse con sentimientos verdaderos hay que desatar pasiones y darle fuerza al corazón. Amar es la compenetración de dos intensidades que se juntan para enfrentar la inmensidad del infinito.

—¡Lucrecia, me estoy preocupando! No creo que te falte un tornillo sino la ferretería completa. Me parece que corrés muchos riesgos. Tu manera de pensar me resulta rara, radical y peligrosa. Te estoy hablando como tu mejor amiga, que te quiere y desea lo mejor para vos. ¿No será que estás leyendo mucho? Las personas perspicaces, cuando leen en exceso, terminan con ideas extravagantes o enloquecen.

—María Liz, no me hagas reír. Con qué facilidad vuela tu imaginación. Amiga, nadie muere por amor. Tenemos que tomar la vida con más filosofía. Lo que te conté tiene que ver con la capacidad de desarrollar el sentimiento para vivir el amor en su plenitud. No te hablé de un amor platónico, busco un amor de carne y hueso. Alguien con quien pueda fundar una familia, tener hijos y profesarnos amor mutuo y eterno. Por eso no quiero, y todavía peor, no puedo seguir esperando. No te das cuenta de que la vida es corta y de que cuanto antes empecemos, mejor.

—Tal vez tengas razón, mi querida amiga. No sé qué es peor, si una golondrina que no haga primavera o una en invierno. Pero no nos pongamos tan serias y mejor vayamos a la biblioteca a ver si llegaron nuevas revistas desde Argentina, ¿dale? —sugirió María Liz.

Entraron a la biblioteca conscientes de que los presentes las seguían con la mirada. Obviamente su presencia incomodaba; ambas eran tan bulliciosas que desconcentraban a los aplicados lectores. Permanecieron casi una hora revisando las novedades y una vez que el aburrimiento las consumió se retiraron del lugar mirándose a los ojos sin decir una palabra.

Cuando bajaban la escalera que unía la biblioteca con la cafetería Lucrecia le preguntó a María Liz:

—¿Quién era ese buen mozo que estaba buscando libros en la estantería de volúmenes en inglés?

—¿Te referís a ese matungo con físico de deportista y melenudo?

—Sí. ¿Quién es? ¡Decime por favor, me impresionó su belleza!

—Se llama Baltasar De La Sobera, acaba de llegar de Buenos Aires y se corre la voz de que es un engreído. Hizo el bachillerato en un colegio bilingüe. Creo que realizó estudios universitarios entre Buenos Aires y La Plata. Rumorean por ahí que se licenció en Filosofía y Letras. No se le conocen muchos amigos, tampoco novias, lo que es raro con lo bien que está. ¡Quién sabe, por ahí le gustan los chicos! Supongo que por lo menos conocerás a la familia del aludido. ¿No es

así? —inquirió María Liz.

—No, no tengo ni la más remota idea —respondió Lucrecia con inconmovible seguridad.

—Se trata de una familia muy adinerada. Son ganaderos muy poderosos con estancias en el Chaco, Concepción y San Pedro. Además tienen muchas propiedades y una hermosa casa en San Bernardino. El nombre de su papá es Esteban, un viejo verde que es considerado el terror de las empleadas domésticas. No perdona a ninguna, hasta se dice que tiene varios hijos naturales. Días atrás mamá organizó un té canasta en casa. Mientras el grupo de viejas chismosas jugaba a los naipes, escuché que comentaban la historia de una de las gloriosas incursiones eróticas de don Esteban. Según decían, fue descubierto por su hijo Baltasar cuando pretendía abusar de una chica del servicio doméstico de su casa, una mujerona con un cuerpo monumental y muy linda. La mucama se resistía a los gritos y no daba su brazo a torcer, el viejo calentón se estaba sobrepasando, ¡la iba a violar! En su propio dormitorio matrimonial, sin remordimiento alguno ni parámetro moral, forzaba a la doméstica. De tan ruidoso que era el escándalo, Baltasar lo oyó y pensó que se trataba de un asalto, que tenían a su madre en cautiverio. Subió corriendo las escaleras y con el impulso de su cuerpo derribó la puerta del dormitorio. Para su sorpresa, vio de espaldas a su padre sobre la muchacha. El hijo solo atinó a gritar: «Papá, ¿qué hacés?». Al percatarse de la intervención de su hijo, a don Esteban no le quedó más que recuperar la cordura. Ahora mismo me viene el nombre de la muchacha a la cabeza, se llama Adelina y le dicen Morocha. Parece que tenía toda la parte de arriba de su uniforme rota, y que partes de su cuello, brazos y muñecas estaban magulladas. La pobre apenas podía hablar. Según decían, Baltasar cubrió a la chica con el edredón de la cama, la tranquilizó frotándole las manos y le rogó no comentar nada con su madre, bajo la promesa de que no volvería a pasar. La acompañó hasta el umbral de la puerta del cuarto de servicio y, con sinceridad candorosa, le pidió disculpas por lo sucedido. Pero ahí no termina la historia. Según comentaban, inmediatamente el hijo fue al sitio donde reposaba el padre en una hamaca del corredor colonial del domicilio. Don Esteban, con la caradurez propia de los desvergonzados, pasó de la inconducta a la compostura como si nada hubiese sucedido. Durante unos momentos se midieron recíprocamente con la mirada. Baltasar se aproximó a su padre para censurarlo, le reprochó la cobardía de aprovecharse de una indefensa y de no guardar ningún respeto hacia su madre. Le recordó que abusar de una mujer es un delito y utilizar su hogar para descargarse sexualmente una grosería, una afrenta contra toda la familia. Una ira auténtica brilló en la mirada del viejo abusador, que le respondió a su hijo sin ningún empacho: «Me calienta un carajo lo que pensás. Con respecto a la familia, te recuerdo que esta es mi propiedad, heredada de mi viejo. Aquí hago lo que quiero». Las amigas de mi mamá decían que el fresco de don Esteban, sin ningún rubor, reivindicaba su derecho de poseer a la chica de servicio en su condición de doncella. El viejo descarado decía: «Lo único que hago es ejercer mi derecho de pernada. El servicio doméstico incluye desde siempre que los señores seamos atendidos en nuestras necesidades lujuriosas. Nuestros bajos instintos deben ser complacidos por mujeres de precaria condición económica; las esposas no están para esos menesteres. Tu madre fue hecha para las tareas de la casa, cuidar de los hijos y nietos y jugar a las cartas. No lo inventé yo, así es la vida. Si no aceptás mi autoridad, mandate a mudar». Mencionaron que Baltasar le respondió, sereno pero firme: «Me das pena papá, disculpame que te hable de esa manera. Cuando quieras tirarte una mina, conquistala o pagale. Solo te pido que, por el bien de esta familia, estas cosas las hagas fuera de la casa». Dicen que don Esteban no pudo con su genio y lanzó contra su hijo los peores insultos, propios de quien tiene el orgullo lastimado. Lo trató de inservible, le recriminó que perdiera el tiempo con sus elucubraciones de «intelectualoide» o

leyendo poemas, cosa que él consideraba un vicio de maricones. Le recriminó que en vez de ir a contar las vacas y cuidar de sus estancias, que, a fin de cuentas, iba a heredar, se pasara el tiempo en actividades de afeminados. El viejo gruñón no paró con sus improperios: «Tu sentimentalismo no te va llevar a nada. Para que sepas y valores a tu padre, esta chica Adelina es una afortunada, porque, al igual que a todas, le di para que construya y amueble su casita. ¡En el fondo ellas salen ganando! Vos dejá de hacerte del retobado, sos tan culo empolvado que terminarás viviendo del semen de los toros y la renta de las tierras que recibas de mí. Todavía me sobra potencia, tengo el poder suficiente para liarme con la mujer que desee, no necesito para eso de tu permiso». Cuentan que terminó diciéndole: «¡A ver cuándo te casás y nos das a tu madre y a mí un nieto, la estirpe hay que conservarla!». Toda Asunción se enteró del acontecimiento de boca de don Esteban. El viejo insolente estaba fuera de sí, lo sucedido lo sacó de quicio. Refunfuñaba y propalaba descalificativos en todas partes contra la improcedencia e impertinencia de la intervención reparadora del «estúpido de su hijo». En algunos ambientes la conducta de Baltasar fue catalogada de «cándida» y lo veían como a un rebelde sin causa. En cambio, dicen que la madre de Baltasar es una dama, distinguida y dadivosa. Parece que en su juventud era la más bella de Asunción. Me cuentan que el hijo se parece más a ella que a él. Su nombre es Teresa, es devotamente católica y está siempre comprometida en actividades de beneficencia.

—Pero mi querida María Liz, ¡conocés toda la historia familiar! Por lo visto te interesa mucho la suerte de los De La Sobera. ¿Será porque tienen un hijo tan buen mozo?

—Lucrecia, Baltasar es demasiado para mí —dijo María Liz—. Nunca me ha dirigido una mirada. Cuando mi familia se encuentra con la suya en alguna parrillada, Baltasar ni se da cuenta de que existo.

—Mi amiga del alma, vos sabés que de ilusión también se vive y soñar no cuesta nada.

—Lo único que te digo, Lucrecia, es que espero que este muchacho no se parezca al padre.

Terminada la conversación en la cafetería ambas fueron rumbo a las canchas de tenis donde las aguardaban sus respectivos choferes. Se despidieron con dos besos, uno en cada mejilla, y la promesa de hablar por teléfono a la noche, antes de dormir.

Y mientras Lucrecia seguía con la vista el desplazamiento del Mercury Capri modelo 1978 americano en el que viajaba María Liz, se percató de que, con pasos lentos y solemnes, se acercaba a ella Baltasar De La Sobera.

CAPÍTULO 3

Reminiscencia de los adoctrinadores

LA MADRUGADA DEL SÁBADO 11 DE AGOSTO 1979 estaba, más que fresca, fría. Las conversaciones con sus ministros, durante el fin de semana, eran distendidas y le servían al General para sonsacarles información sobre cuestiones familiares.

—Dígame, doctor González ¿cómo se encuentra la señora?

—Muy bien, mi General —repuso el Ministro.

— ¿Sigue siempre tan hacendosa en la casa y tan celosa en el amor? —sonrió el Presidente.

—Usted sabe, mi General, cómo son las mujeres teutonas: por sobre todas las cosas, siempre trabajadoras. No me puedo quejar, me atiende, no descuida el hogar y hasta le sobra tiempo para enseñarle alemán a nuestra hija Lucrecia. Después de casi veinte años de casados, la pasión carnal se ha atenuado, ahora somos más compañeros, hay una complicidad implícita en las cosas que hacemos. Pero, mi General, ¡a las gringas se las respeta!

—Doctor —acotó el Presidente—, usted es un letrado, piensa en cada pormenor. Lo felicito porque acomoda su vida privada a su carrera política, es disciplinado, se nota que leyó mucho y que está bien preparado. Es leal, cumple con sus obligaciones eficazmente, tiene buena pinta y nunca olvida ejercitar la virtud de saber esperar, tan extraña entre los políticos. Tenga presente para el resto de su vida esta recomendación: hay que saber tratar a los grandes hombres, porque mientras mantienen su predominio no tienen sustitutos a la hora de elegir su sucesor.

—Mi General —comentó el Ministro—, me siento honrado por sus elogios de mi persona, que considero inmerecidos. Hoy vivo para no defraudar su confianza, a su lado me siento un recluta, soy un soldado más del stronismo, usted ordena y yo obedezco. No concibo un Paraguay sin Stroessner, porque pensar de otra manera es dar rienda suelta a la imaginación y a los instintos conspiratorios. Este momento estelar de la patria sería denominado por el ilustre filósofo español José Ortega y Gasset: «Plenitud de los tiempos». Esto indica que el deseo de prosperidad de Francia, los López y Caballero, que venía anheloso desde nuestra independencia, se hizo realidad. Nuestro afán nacionalista de dignidad nacional, de paz y progreso, se está materializando; nuestra tierra lo ve venir, lo recoge y obedece.

—Ministro —retomó su razonamiento el Presidente—, sus palabras me conmueven, es usted un intérprete de la «nueva era» con vocación de poeta. ¿Es usted romántico?

—Lo fui alguna vez. Ahora soy hombre de una sola mujer —repuso el Ministro.

—¡No me diga! ¿Es usted acaso un casto extra matrimonial al igual que los sacerdotes que solo se casan con Dios? No sea un engañador. ¿Quiere convencerme de que nunca tuvo una relación donde descargar el deseo sucio?

—Mi General, usted es como mi padre, voy a sincerarme. Mi madre de *mitã'i* me hizo estudiar en el seminario. Yo fui seminarista, he sido criado con las restricciones y el dolor del hijo que

supo que su padre nunca lo quiso conocer. El seminario y mi mamá me enseñaron a valorar el significado de la familia en la vida de los hombres. No anido rencores en el alma, pero recuerdo los almuerzos bajo un árbol cerca del gallinero. Comíamos después de los patrones, nuestros platos los servía la señora con las sobras y al darnos la comida se cuidaba de que no pudiésemos repetir. Gracias a Dios, a mi vieja nunca le faltó trabajo. En su lecho de muerte le juré que iba a formar una familia cristiana y que iba a ser un buen marido y padre. Esa promesa pesa mucho en mi recuerdo; por eso siempre esquivé a las mujeres. Con un poco de poder y prestigio se pueden conseguir muy bellas damas, y, como usted sabe, mi General, cuando ellas se sienten inseguras buscan el amparo de los hombres que tienen poder. Ahora podría darme ciertos lujos, pero prefiero la armonía marital que añeja la pasión del amor a que una fulana haga de mi corazón un volcán. Soy un conservador, no quiero arriesgarme en los sentimientos, me refugio en Dios y en mi familia.

El General-presidente prestaba atención al escuchar. Mientras, fumaba un cigarrillo, inhalaba y exhalaba bocanadas de humo. A continuación refirió circunstancias de su intimidad familiar.

—Quizás tenga usted razón. Mi esposa vive para sus plantas y mis hijos me fastidian. Gustavo no me reclama por mis mujeres, sino que su regaño solo va en contra de una señora que ya es madre de dos hijas mías. Mi otro hijo padece una enfermedad incurable y mi hija Graciela se lleva muy mal con su marido. Por eso estoy solo, no quiero dolores de cabeza. Me entrego de lleno a las actividades del gobierno, tengo sangre alemana. Para mí no es sacrificio, sino cumplimiento de las más altas responsabilidades. Necesito distraerme, nunca tuve amantes forzadas y cuando terminé con ellas las dejé bien ubicadas. Imagínese las veces que hice de Celestina, les conseguí novios y luego las casé, hoy todas están en buenas manos. Y nunca descuidé mis obligaciones paternales con aquellos hijos nacidos de la aventura. Cada una de mis mujeres, o sus esposos, tienen empleo público e hicieron su dinerito. Jamás extorsioné por amor, y, eso sí, ¡nunca dejé de recompensarlas! No codicio bienes materiales; mis hijos se encargan de eso. Ni siquiera sé disponer de dinero, me olvidé de cómo usarlo. Nunca pago nada, siempre me invitan o me regalan obsequios que deposito en un cuarto de mi casa. Los bienes materiales son siempre fungibles, prefiero seguir siendo un centinela de la causa nacional e inmortalizarme prestando servicios a la patria.

El Ministro asentía con la cabeza mientras que el Presidente se explayaba. Al finalizar el relato de las intimidades de su familia, supuso que debía actuar precavidamente y entrevió la ocasión de congeniar un poco más. Ese nivel de confianza era inusual con el Presidente; por eso, solicitó permiso para acotar unas reflexiones.

—Mi General, su caso es diferente del mío. Usted reúne mérito suficiente para ser ambicioso de un destino grande. Es un héroe condecorado en el campo de batalla, que asumió el poder para superar el estado de anarquía y trajo orden. ¡Mire a los países de nuestro alrededor, donde acechaban y aún siguen activando en la clandestinidad grupos guerrilleros o terroristas! Aquí, en el suelo patrio, hay seguridad abundante hasta para nuestros detractores. Ellos están gozando del progreso y algunos se están enriqueciendo, incluso más que nosotros. No hay bandas armadas que desafíen la autoridad del Gobierno. Esos grupúsculos fueron volatilizados cuando hubo intentos de quebrantar el orden. Estamos construyendo con Brasil la hidroeléctrica más grande del mundo, y con Argentina otra de considerable capacidad generadora. Vamos a ser los mayores exportadores de energía del mundo. Se están electrificando y asfaltando las rutas, tenemos una de las tasas de crecimiento económico más alta del mundo. ¡Hoy en día hasta figuramos en el mapa mundial!

—Se lo percibe y se lo ve convencido de nuestro gobierno, sus palabras suenan sinceras, se nota que están cargadas de autenticidad. La política y el poder son dos pasiones que debemos mantener encendidas con los hechos. Gobernar es, en primer lugar, hacer obras; eso aprendí del presidente brasileño Juscelino Kubitschek. No importa que digan que se roba; nuestro pueblo quiere gobernantes que trabajen. Los ladrones que hacen obra son preferibles a los inoperantes que no roban. Los políticos con sus peroratas son materiales desechables —añadió sin inmutarse el General-presidente para luego proseguir—. El ex presidente brasileño fue muy amigo del Paraguay; gracias a su visión geopolítica y a su liderazgo pudimos empezar nuestra marcha hacia el Este. Con su ayuda construimos la ruta internacional y el Puente de la Amistad. Esta es la razón que motoriza el progreso comercial y agrícola en la zona paranaense del país. Desde la independencia, los porteños nos ahogaron con trabas para llegar al Atlántico. Debido a la amistad con Kubitschek, en el presente contamos con dos salidas al océano; tenemos la vía fluvial del río de La Plata y, muy recientemente, la carretera internacional con Brasil. Los paraguayos tenemos que estarle agradecidos; fue un gran político, y no un politiquero. Se elevó a la categoría de estadista porque sus realizaciones las hacía pensando en las próximas generaciones. Fue un gobernante que avizoraba el futuro. Recuerdo el día que visitamos Brasilia; fue el 2 de mayo de 1958, en pleno proceso de construcción. Fui el primer presidente extranjero en visitar la capital brasileña. Cuando estuve ahí, me invadió la extraña sensación de que, tal como la veía nacer, ella me vería morir. Conservo la imagen del señor presidente, de su elegancia y del trato afable que dispensaba a toda la gente. Siempre circunspecto, nunca insolente, un seductor que se enamoraba mientras conquistaba. Evoco la ocasión en que me dio una lección de vida. Sus palabras me sorprendieron cuando me dijo que en el amor, como en todas las cosas de la vida, el aprendizaje que llega tarde es sabiduría que no sirve para nada. Él creía, en su sano juicio, que la pasión del amor y la del poder forman un matrimonio sin divorcio. Pero después de tanto andar descubrió que ambas pasiones colisionan a menudo y que la pasión por el poder reemplaza a la del amor; por eso el hombre de Estado lleva en el corazón la soledad sin dolor. Ministro, ¿tiene usted una vaga idea del motivo por el cual en la política los sentimientos y lealtades no cuentan? —inquirió el General-presidente con mirada interrogativa.

La pregunta desconcertó al doctor González Miranda, que comprendió la necesidad de impedir que una insinuación se transformara en una alusión personal.

—No, mi General. Disculpe mi supina ignorancia sobre antropología moral, pero no tengo la más mínima idea. Me educaron con los valores de la fidelidad por sobre todas las cosas, al jefe, a la patria y a la familia —repuso el Ministro.

—Bueno, no se tome las cosas tan en serio —sonrió socarronamente Stroessner, y continuó—. En la política es un ingenuo el que cree que alguien muere a su lado y es un ingenioso el que elude enterrarse con otro. Esta fue una acotación al margen; más útil es que retomemos el hilo conductor de mi exposición. Le decía que el presidente Kubitschek me aconsejó siempre con sabiduría, insistía en no dejarse llevar por quimeras. Repetía hasta el cansancio, para quienes lo quisieran escuchar, que no se puede gobernar rehuyendo la realidad, que las ficciones inspiradas en ella no sirven para enrumbar los esfuerzos de un gobierno. La realidad es la que sugiere lo políticamente posible y correcto. Este razonamiento explica por qué me trago tanta mierda, usted sabe que los hipócritas del partido que delante de mí se desvanecen y compiten en elogios luego van a «La Embajada» y cuando les ofrecen un ágape despotrican a mis espaldas. A los traidores es mejor tenerlos cerca que sueltos por ahí. ¡Es siempre preferible un traidor bajo control que uno moviéndose sin restricciones!

El Ministro, igual que siempre, encarnando la conducta del solícito, pidió permiso para intervenir, que el General-presidente concedió sin reparos.

—Señor, de tantas personalidades con las cuales usted tuvo contacto, además del presidente brasileño, ¿quién fue el que más le impresionó?

—La verdad es que hay varias personalidades —repuso el General—. ¡Cómo no recordar con respeto, con cariño varonil y con admiración a un hombre de la envergadura de Juan Domingo Perón! Este señor fue un líder de dimensión continental, trascendió las fronteras de su patria, y fue uno de los pocos dirigentes argentinos que quiso al Paraguay. Las altas autoridades argentinas, inclusive su ejército, actuaban inspirados en las doctrinas de Bartolomé Mitre. Usted ha de saber, y los paraguayos debemos recordar siempre con gratitud, que por iniciativa del líder del Partido Justicialista los argentinos devolvieron los trofeos de guerra robados en la Triple Alianza. Personalmente profeso un gran reconocimiento hacia él. Fue el único mandatario extranjero presente en mi juramento presidencial. En ningún momento nos llevamos mal; coincidíamos en casi todo. Los militares no pensamos igual que los politiqueros, estos piensan solamente en ellos y en alimentar a sus claques. La nuestra es otra manera de sentir, nos rige la misma lógica, actuamos colectivamente y respetamos la jerarquía. Por sobre todas las cosas, la prioridad es la Nación que se encarna en el Estado. Los uniformados tenemos un proverbio: «Con o sin razón, siempre con la nación». Cuando lo derrocaron en 1955 le dimos asilo diplomático en una cañonera de bandera paraguaya. Como el «Gobierno de la Revolución Libertadora» no quería abastecer nuestra nave con combustible, solicité al doctor Juan Ramón Chaves, nuestro embajador en Argentina, que interpusiera sus buenos oficios a favor del ex presidente constitucional. Le pedí que hiciera hincapié en cuidar la integridad física del general Perón, logrando que abandonara su patria con garantías para su vida y sin ser denigrado. A cambio, el embajador ofrecería la certeza de que reconoceríamos lo antes posible al flamante gobierno. Las palabras y actitudes del representante del Gobierno nacional debían traslucir una velada amenaza de estar predispuestos a litigar diplomáticamente. La Cancillería elaboró un informe en el que dictaminaba que no contábamos con otro recurso que apelar. Ellos tenían la fuerza, y nosotros el derecho. Nuestro embajador debía demostrar que procedíamos de buena fe y fieles al derecho de asilo, tan preciado en la tradición del derecho internacional público latinoamericano. Más allá de la amistad y el agradecimiento de los paraguayos con el presidente depuesto, la posición de no intervenir en los asuntos internos de otros países era el criterio que orientaba nuestra política exterior. El doctor Chaves estuvo a la altura de las circunstancias y consiguió sacar a Perón sano y salvo en el avión anfibio Catalina. El 2 de octubre arribó a Asunción y acto seguido fue a la casa de un amigo común a reposar. A la mañana siguiente me reuní con él. Lo encontré bien vestido, jovial y con la reflexión histórica para ese instante de su vida. Antes de darnos un abrazo, a medida que se acercaba, dijo con su voz ronca y su acento porteño: «Elijo el tiempo a la sangre». Nos estrechamos en un abrazo que me hizo sentir que no es tarea fácil desembarazarse del peso de la historia. No sopesé ningún tipo de consideración diplomática. Obviamente, la solidaridad que hice pública causó escozor entre los miembros de la Junta Militar, que a partir de ese momento presidían los destinos de la nueva Argentina. Bueno, Ministro, ¡ya basta de recordar el pasado como si no tuviéramos un futuro por edificar!

—Señor Presidente —retomó la palabra el secretario de Estado—, es necesario que usted vaya tomando nota de estos acontecimientos y de todos los detalles que sirvan para enriquecer la realidad. Los pueblos tienen que aprender de la historia para no repetir los errores. ¿Por qué no escribe de puño y letra sus memorias para enseñarnos? Serían como las Sagradas Escrituras para

nosotros. La sabiduría de los estadistas es irremplazable y lastimosamente no se hereda.

—Mire, Ministro, no se haga ilusiones. Los pueblos aprenden en el dolor y en el padecimiento de las privaciones— sentenció el Presidente—. Pero ojo, preste atención, no siempre se asimilan las lecciones del sufrimiento, por esta razón los pueblos sobrellevan una vida precaria. A nuestra gente no hay que aflojarle la mano, el paraguayo es hijo del rigor. Observe el ritual de mando que indica que si no les retumba en el oído la voz de la superioridad y no se sienten espoleados, enseguida caen en la anarquía. No podemos dejar a nuestro pueblo solo. Los paraguayos reptan para alcanzar una posición de privilegio, aquí para escalar en la política hay que ir abriéndose camino entre los cadáveres. En este sentido, sería un ingrato si no reconociera las enseñanzas de Perón. Nuestros encuentros se prolongaban más de lo que estaba previsto en el protocolo. Se ganó el mérito de ser recibido con los cañones tronando en el aire con salva de honor. Lo nombramos general del ejército paraguayo. Cuántas veces lo escuché decir que éramos el ejército más glorioso de América y que la guerra grande debía ser denominada como «la guerra de la triple infamia». Le dimos pasaporte paraguayo, pero yo le hice saber la «sugerencia» del Gobierno argentino de que se trasladara. Debíamos confinarlo al interior del país, alejado de la frontera. Lo enviamos bien custodiado a Villarrica. Si la memoria no me falla, ¿su ciudad natal, señor Ministro?

—Está en lo cierto, mi General —repuso el interlocutor.

—¡Todavía las facultades mentales me funcionan! ¡Quiere decir que hay por delante muchos años de gobierno! —enfatizó Stroessner.

—Quiera Dios que así sea —afirmó, exaltado, el Ministro.

El Rubio continuó su relato de los hechos. Manifestó que el general Perón supuso desde un principio que su estadía en el Paraguay no iba a ser muy prolongada. Tenía plena conciencia de la necesidad de buscar otro lugar en donde asilarse.

—Para nosotros la situación era insostenible y no podíamos arriesgarnos a que la amenaza tomara ribetes que atentasen contra nuestra estabilidad. Debido a ello, preparamos y ejecutamos un simulacro de atentado contra Perón, con ráfagas de tiroteo y explosiones de granadas. Obviamente, nadie cayó abatido, pero sirvió para que nuestro amigo recibiera el mensaje e inmediatamente hiciese sus maletas y se alejase de aquí. Gracias a Dios, él lo entendió y partió sin enojos por un derrotero que al final recaló en Madrid. Estábamos muy presionados por los militares argentinos, que no me tenían ningún aprecio. Al contrario, soliviantaron los ánimos y armaron a grupos rebeldes de paraguayos exiliados en Argentina. Los acicatearon para que irrumpieran en el suelo patrio. Estaban armados hasta los dientes y llevaban dentro de sí la codicia de los fratricidas. De más está decir que les dimos su merecido. Fueron repelidos de la mejor forma, como estaba escrito en los manuales que nos entregaron en Panamá, con todo el rigor del exceso. Si comparo a estos dos personajes, concluyo que Perón era más pragmático que Juscelino. Para él, la historia estaba atravesada por una constante expresada en estos términos: «La única verdad es la realidad». Aunque fuera paradójico, el brasileño de cultura lusitana poseía una personalidad traslúcida, en tanto que el descendiente de italianos, que aparentaba tener rasgos coléricos y explosivos, era un frío calculador, maquiavélico, sarcástico y cínico hasta consigo mismo. Era un practicante de la moral de lo útil. Un gran maestro en usar a cualquier persona, en hacer de alguien medio para sus fines. Tantas veces lo escuché jactarse de que a Evita la hizo él, o de que a los izquierdistas había que usarlos para llegar al poder y deshacerse de ellos tan pronto esto se consiguiera. Le apasionaba contar su experiencia italiana y expresaba sin ningún tipo de vergüenza o inhibición su admiración por Mussolini. Profesaba un desprecio

hacia lo que significaban los valores, la cultura, la política y la presencia militar de los Estados Unidos de América a nivel planetario. Transcurría el mes de junio del año 1974 cuando en nuestro último encuentro en Asunción Perón vino a despedirse. Estaba consciente de su final, hablamos como hermanos, se sinceró conmigo. Me contó sus últimas verdades, como quien se siente emboscado por la muerte. Se despachó contra los zurdos, los trató de imberbes, dogmáticos, carentes de sentido común y sin noción de la ubicuidad dentro del relativismo situacional del proceso histórico. Mientras se refería a los «pendejos izquierdistas» se enfurecía, los trató en un momento como estúpidos que creían que el fanatismo era la sabiduría del espíritu. Sus palabras destilaban cierto recelo contra Evita y el endiosamiento del que fue objeto por su deceso prematuro. Eso la convirtió en mártir y la arropó de inmortalidad. En cambio, sobre él pesaba el infortunio de quien no muere joven, o al menos eso sentía. De las muchas personas que conocí solo dos creían en su destino, De Gaulle y Perón. Me atrevo a declarar que él volvió a la Argentina conociendo que los problemas de su patria lo iban a terminar liquidando, y que su regreso respondió al peor de todos los temores: el miedo a la historia.

En medio de su alocución, el General-presidente elevó la voz para que sus palabras quebrantasen la monotonía de su relato y se sintiera la temperatura de su discurso. Alfredo Stroessner se explayaba con elocuencia poco común, ya que sabía que su oyente estaba deslumbrado por su narración.

—Me viene bien ejercitar la memoria, desempolvar tantas anécdotas que están dormitando en las estanterías del olvido; la historia debe ser rememorada, descifrada y registrada y yo suelo leerla con avidez. Durante mis encuentros con estas personalidades siempre estuve a la altura, pero sin darles la impresión de que tenían que vérselas con el presidente de una república bananera. Al contrario, en todas las conversaciones dejé traslucir que nuestra Nación no es el resultado de un accidente histórico. Sin que fuera excepción a mi norma de comportamiento, antes de las reuniones con personalidades importantes escrudiñaba en sus vidas y obras. No me avergüenzo de reconocer que al inicio de cada entrevista temía que terminara siendo un coloquio entre un incipiente y un sapiente. Compartir con quienes moldearon la idiosincrasia de sus naciones es una oportunidad que deja muchas lecciones. En el trajinar de la vida aprendí que el sentimentalismo es una debilidad del alma que debe marchitarse antes de florecer, que la compasión desgasta la vocación de mando y que los conductores fuertes no pueden permitir que otros decidan por ellos. No hay nada más recomendable para los buenos gobernantes que ser comedidos al pronunciarse. Honrar la máxima de que en política hay que hablar cuando la palabra vale más que el silencio. La incontinencia verbal se paga cara en este negocio. Es cierto que no hay líder sin prédica, pero si lo último se torna en una retórica banal, terminará haciendo de aquel un mamarracho. Somos lo que somos, no por lo que pensamos de nosotros mismos, sino por la capacidad de animarnos a enfrentar los desafíos, y las naciones se convierten en lo que son por lo que deciden sus líderes. En el año 1964 recibí la visita del general De Gaulle. Era la primera vez que un presidente francés pisaba territorio patrio. Después de 111 años, los franceses nos retribuían la visita del mariscal Francisco Solano López. No se olvide de que el mariscal, como todos los extranjeros de aquella época, estaba fascinado por la cultura de «la gran nación». De Gaulle, con su tamaño descomunal y con la historia que traía consigo, simbolizaba la Francia que no admitía límites en su gloria. Presumía de la grandeza francesa hasta omitir que él salvó el honor de su patria. La anécdota más simpática de su visita fue cuando descubrimos la inexistencia de camas apropiadas para el señor De Gaulle. Medía 1.96, así que no había camastro donde cupiera nuestro visitante. El protocolo, al enterarse del bochorno que íbamos a sufrir,

subsanó el hecho mandando construir un lecho de más de dos metros, acorde a su estatura. Luego hubo que conseguir colchón y ropa de cama para ese enorme mueble. Gracias a Dios, se resolvieron todos los inconvenientes y, consecuentes con la tradicional hospitalidad paraguaya, pudimos recibir al ilustre visitante con la comodidad necesaria. El fundador de la Quinta República Francesa quiso convencerme de las ventajas de la tercera opción, ni Norteamérica ni la Unión Soviética. Deseaba liderar un movimiento de países que se emancipara de la órbita de ambas potencias. La dificultad para que prosperara esa posición consistía en que la misma partía de supuestos alejados de la realidad. Francia ya no era «La Francia» y nosotros, amenazados por el comunismo internacional, ubicados geopolíticamente bajo la égida de los americanos, ¿qué podríamos hacer sin los Estados Unidos de América? En esta zona del planeta, vivir sin los gringos es sobrevivir, pero estar en su contra es desaparecer. De Gaulle constantemente coqueteó con los bolcheviques, tuvo en su gabinete a miembros afiliados al partido comunista francés. ¡Nuestra actitud anticomunista no es una simulación, ni mucho menos! Ese mal carcome la fuerza moral de nuestros jóvenes. Esta lucha es una cruzada que no admite tibiezas, se es leche o café. De más está decir que estoy hablando de un grande, un soldado que prefirió la libertad y la dignidad de su pueblo a entregarse y someterse a la voluntad de otra Nación. Él salvó a Francia de la deshonra. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, actuó sin complejos de inferioridad y con sagacidad refinada. Se propuso sentar a Francia en el banquillo de los triunfadores, y lo logró. ¡Cuánto le debía Francia, y cómo le devolvió esa cantidad de servicios prestados con inteligencia y coraje! Platicamos a solas en varias ocasiones. Rememoro aquel almuerzo en el cual, a la hora del café, con resignación y mirada cansada me dijo: «Las responsabilidades históricas fatigan, pero las ingratitudes fastidian. Por lo tanto, forma parte de nuestro compromiso con la patria, cuando sea pertinente, preferir el suicidio a la muerte». De Gaulle tenía una personalidad distintiva. Su pasión por «La Francia» estaba inspirada en sentimientos sinceros e incondicionales, no como la de Bonaparte, cuyos afectos patrióticos estaban imbuidos de narcisismo. Subordinó sus ambiciones a la grandeza de Francia, en tanto que «el Corso» utilizó a los hijos de esa nación, que no era la suya, para realizar su destino. De Gaulle me comentó que lo deslumbraban Juana De Arco y Bonaparte. Ese tipo de personas no pasan inadvertidas ante los jueces de la Historia. El veredicto puede ser favorable o desfavorable, pero nunca ensombrecerá sus grandezas. Los dos tenían en común su condición de intérpretes y animadores de la voluntad de Francia, elocuentes, buscadores de gloria en el sacrificio e intrépidos por estar dispuestos a pagar el precio que ella acarrea. Cuando los historiadores refieren las circunstancias de sus vidas o las características de sus personalidades, no les queda más que rendirse ante el tamaño de sus hazañas.

El General guardó silencio, como queriendo volver al presente. La memoria estaba cumpliendo su primera obligación: la de revivir las emociones pretéritas que, desafiando a la actualidad, le restan fuerza y empobrecen las expectativas del futuro.

El Presidente dio la orden de que no los molestaran. Se sentía cómodo, distendido, a sus anchas, elevándose por encima de la liturgia cotidiana del mando. Lo halagaba haber sido reconocido por personalidades importantes y haber socializado con quienes determinaron el sentido de la historia de sus pueblos. Esa mañana no cargaba con la fatiga del poder, no sentía arrepentimiento por todo lo que implicaba gobernar, tampoco malestar por la rudeza que dispensaba a los enemigos. Los vectores de su actuación se direccionaban en el sentido correcto. Estaba donde estaba para realizar la misión histórica de acabar con la anarquía, mantener el orden a costa de la libertad, contener el comunismo e impulsar el progreso a cualquier precio y,

si hacía falta, de la manera más truculenta. Lo significativo en el buen gobernante es su misterio, la materialización de proyectos faraónicos y hacer creer que sin él, el proyecto de Nación es inviable. Él sabía que en la mentalidad popular la razón cedía ante la fascinación. Por eso los mitos del nacionalismo reclamaban fe.

Terminada su reflexión, preguntó al Ministro:

—Doctor, le pido que me actualice sobre el caso Mengele.

—Ni bien nos dimos por enterados del fallecimiento de Josef Mengele, procedimos en consecuencia —repuso el Ministro, y agregó—: El suceso fue confirmado, acaeció el 17 de febrero de 1979 en playas brasileñas. Las circunstancias del deceso son pocos claras. Obramos como nos enseñó usted, Presidente. No preguntamos más de lo debido. Para no errar, seguimos sus instrucciones al pie de la letra. Fuimos informados por el servicio de inteligencia brasileño el primero de agosto del año en curso. Nos explicaron que se demoraron en transferirnos la información porque no estaban seguros de la identidad del sujeto hallado muerto en las playas del municipio de Bertioga, microrregión de Santos, estado de San Pablo. Recuerde que al rato de contar con toda la información precisa lo pusimos a usted en conocimiento de todas las circunstancias. Aguardamos para luego implementar lo que se indicó; somos soldados obedientes, anduvimos por el sendero señalado. Posteriormente nos percatamos de que la prensa mundial parecía no saber nada. Ni bien confirmamos esta circunstancia, dimos inicio a los trámites para desvincularnos del doctor Mengele. El día que salga a la luz pública este acontecimiento se sabrá que nunca quisimos proteger a nadie. Fue una decisión soberana del Gobierno paraguayo el haberle retirado la nacionalidad a este señor, que, dicho sea de paso, descanse en paz. Es bien sabido por usted, mi General, que el 24 de octubre de 1959 el susodicho consiguió la cédula de identidad paraguaya número 293.348. Una vez obtenido ese documento, se nacionalizó paraguayo y adquirió la nacionalidad el 27 de noviembre del mismo año. Luego puso sus papeles en orden, y empezó a llevar una vida desarreglada, con problemas de alcoholismo y de faldas. Este último hecho fue la razón por la cual se vio compelido a abandonar nuestro país. Obramos amparados por la ley y con la celeridad que imponía esta urgencia para finiquitar lo antes posible este inconveniente y despejar cualquier sospecha relacionada con nuestra conducta. El 6 de agosto, unas semanas atrás, envié una misiva a la Corte Suprema de Justicia solicitando que se revocara la nacionalidad paraguaya del doctor Mengele y se le anularan sus documentos paraguayos. Nuestra máxima instancia jurídica actuó con la rapidez de la luz conforme a lo establecido en la Constitución. Pasaron dos días y el 8 de este mes, por resolución unánime e inapelable, se dejó sin efecto cualquier vínculo jurídico entre Paraguay y el doctor Mengele. La prolongada ausencia del doctor en nuestro país fue el dato factual e irrefutable que utilizaron nuestros jueces para pronunciarse. La ley no permite que un nacionalizado se ausente por más de dos años del Paraguay. Este señor hacía rato largo andaba dando vueltas por Brasil y Argentina.

—Por lo que escucho se puede concluir que ha hecho un gran trabajo, señor Ministro —afirmó el General-presidente, y retomó el uso de la palabra—. El tema del antisemitismo constituye un viejo problema en Occidente. Mire, yo no soy antisemita, no tengo nada en contra de los judíos. Es más, el Paraguay votó a favor de la fundación del Estado de Israel. Me resulta pueril escuchar a quienes condenan al judaísmo por la crucifixión y muerte de Cristo. El antisemitismo católico-cristiano me parece un absurdo. No es compatible con el supuesto bíblico de que nuestro Señor vino a sacrificarse por nosotros. Además, Cristo era judío. Sin embargo, entiendo el antisemitismo pagano del nacional-socialismo. El odio que los judíos engendraron en Alemania

fue generado por su deslealtad. Ellos siempre serán hebreos, hijos de David. Primero se sirven a sí mismos, luego a su dinero y después a su Mesías. Son un factor que desintegra la Nación, en el fondo, no tienen Dios ni patria. El cuerpo social de la Nación debe ser homogéneo; si no se tiene uniformidad, fermenta el germen de la desunión.

—Si me autoriza, mi General, quisiera acotar un punto de vista para secundar su opinión —interrumpió el Ministro.

—Proceda, señor Ministro. Este plácido momento no debe ser un monólogo sino un diálogo fructífero, que me sirva para aprender y también para que pueda conocerlo un poco más. Adelante, enriquézcanos con su sabiduría —consintió el General-presidente.

—¿No le parece que el razonamiento del expresidente Natalicio González, según el cual la armonía social es vigorosa en nuestro terruño porque la nación se funda en nuestra raza paraguaya, es muy verdadero? Gracias al mestizaje, no somos una amalgama de pueblos, y nuestra sociedad tampoco es un conglomerado variopinto. La Independencia del 14 y 15 de mayo de 1811 no hizo más que otorgar el estatuto político a nuestra raza, a nuestra lengua guaraní, los cimientos del ser nacional. Fuimos el único pueblo de la América hispana donde primero hubo Nación y después Estado. Debido a la masacre de la guerra grande, tuvimos que morir para volver a nacer.

—Es cierto lo que usted dice, Ministro, pero indaguemos un poco más en la cuestión israelita —sugirió el General-presidente—. No justifico el holocausto, solo digo que nunca hay que dejar respirar a los enemigos de la casa. Los judíos siempre van a lo suyo. Antes que nada atienden sus necesidades, y lo que les sobra es para el resto de los connacionales. Se infiltran en los medios de comunicación. Aquí tenemos a ese judío radialista que además es un comunistoide sucio y barbudo. De ese tal Rubín dicen que es un alborotador de gallinero. Predica el odio entre paraguayos y miente hasta el cansancio utilizando la táctica del doctor Joseph Goebbels, ministro de propaganda del Tercer Reich: «Una mentira mil veces repetida se transforma en verdad». ¡Él no se lo espera, pero algún día le vamos a arrebatar su micrófono! ¡Va a tragarse sus palabras, todas sus infamias! Por otro lado, ¡cómo insistían los que alguna vez fueron sus enemigos en que apadrináramos a los exjerarcas que huían de Alemania! ¿Acaso sus archíenemigos durante la Segunda Guerra Mundial no vinieron a pedirnos por ellos? Nos decían que el enemigo había cambiado y que estos eran excelentes profesionales, avezados y avanzados en cuestiones «metodológicas». Eran maestros experimentados en enfrentar a los bolcheviques, teníamos que aprender de ellos todo lo que fuese útil. Nos proponían ser receptivos para que nos transfirieran sus conocimientos. En estos asuntos es práctico que los gobiernos carezcan de principios y solo tengan intereses. Además, los emigrantes alemanes de la posguerra siempre se inclinaron *motu proprio* a colaborar con un diezmo por nuestra ayuda y hospitalidad. Soy hijo de alemán y no reniego de mi padre ni de mis raíces. La historia la escriben los vencedores, y por ello lo narrado expresa solo una parte de la realidad. En los relatos históricos, los perdedores no tienen voz ni voto. El Gobierno alemán pretende denigrarme al no distinguirme, y hablando *sotto voce* me tratan de dictador y de protector de nazis. Hoy se los discrimina, hay quienes quieren exculparse y diferenciarse de los demás, destruir la identificación entre nazis y alemanes como si los primeros no formaran parte de la nación. Olvidan los escribidores de la historia que un pueblo es heroico cuando resiste más allá del agotamiento de sus fuerzas y que si lo hace no es por comodidad, sino por convencimiento. Ese es el momento del martirologio patrio, cuando las fuerzas físicas claudican para que la moral guerrera enfurezca al cuerpo. La disciplina, el temperamento, el carácter que determina el destino, el sentido de la obligación, la devoción a la

excelencia y a la *Heimat* son cualidades definidoras del pueblo germano. Mi amigo personal, y del general Perón, Hans Ulrich Rudel fue el más condecorado de los soldados durante la guerra. Oficial de la Luftwaffe, recibió las más altas condecoraciones ganadas y bien merecidas en el campo de batalla. Su bravura y su disposición nacionalista hicieron que siempre condicionara la aceptación de cada presea al hecho de que le permitieran volver al campo de batalla para enfrentar las consecuencias cruentas del combate. Tuvo 2530 misiones de batalla y aún con su pierna ortopédica peleó hasta el último día de la guerra. Fue un héroe por su coraje, por propinar innumerables pérdidas a sus contendores, por servir a su patria, Alemania, incondicionalmente. Desearía preguntar a los alemanes modernos: «Cuándo Hans Rudel defendía a Alemania, ¿era nazi o alemán?». Es muy común que los pueblos pierdan la memoria en la derrota y se desmoralicen. Las naciones heroicas vencidas corren el riesgo de convertirse en pueblos de castrados. Por eso, Ministro, a todos los que hoy están conmigo les doy de comer de mi mano, porque, si no, mañana serán todos colorados y ninguno habrá sido stronista.

—Permiso, mi General —solicitó el uso de la palabra el Ministro.

—Cómo no, prosiga, Ministro —dijo el General-presidente, y acotó— ¡Hay pocas ocasiones para quitar las cosas del olvido!

—Mi General, me reafirmo en lo que digo siempre. La suerte que tenemos de tener un líder como usted, lúcido, decidido, laborioso, visionario y comprometido con su pueblo es una decisión de la Providencia.

—¡Pero usted, Ministro, es un letrado, formado para enfrentar grandes desafíos! —interrumpió el General-presidente.

—¿Cuántos personajes en la historia, como usted, son capaces de conciliar el pensamiento y la acción? Son excepcionales los individuos dotados de destrezas para la actuación y el pensamiento; solo los estadistas conjugan la praxis con la teoría. A cada cual lo suyo: «Zapatero, a tus zapatos». En mi universidad española, cuando un colega se enfrentaba a una situación que lo forzaba y superaba, decíamos a modo de chiste, con tonos irónicos pero convencidos de su validez: «Lo que Salamanca no da, natura no presta».

—No obstante, se debe señalar —interrumpió el General-presidente— que los líderes que con su personalidad impregnan un tiempo, o son los propiciadores de una nueva época deben atender cuando el destino cambia su dirección. No engañarse y atisbar el momento en el que su buena estrella se apaga. Estas son razones de sobra para actuar en congruencia con la regla de que las coyunturas deben ser interpretadas. Anticiparse a las contingencias no es cuestión de prestidigitadores, sino de intrépidos. Por ello, no hay quien esté dispensado por retrasar los cambios que las sociedades demandan ni por dilapidar las oportunidades que la historia ofrece. Dejar pasar la ocasión no tiene que ver con la fortuna, sino con el instinto de sobrevivencia y de preeminencia. La lógica del poder obliga a expandirlo; si este no crece, entonces decrece. Ministro, ¿sabe usted por cuánto tiempo los marineros se mantienen leales al timonel de un barco? —inquirió el General-presidente.

—No, mi General. Nunca quise indagar —respondió el Ministro.

—La lealtad dura en el alma humana lo que el poder del amo pueda prolongarse. Si el poder de este es efímero, negarán su existencia. El poder es siempre provisional; cuando se lo identifica con una persona, perece con esta. Por eso, quien detenta el poder tiene que asegurar el mañana para los suyos. En ese sentido, tenemos que ser precavidos y preocuparnos por la suerte de los parientes. ¿Cómo andan sus finanzas familiares?

—Muy bien, señor Presidente —repuso el Ministro—. Mi señora, Gudrun, es ahorrativa y

muy buena administradora. No nos falta nada y nuestra conducta nos permitió comprar una linda estancia cerca de Encarnación, de donde vienen usted y ella. Adquirimos una casa más cómoda que bella. Realmente es acogedora, está ubicada en Villa Morra. La construcción no es muy grande, aproximadamente ochocientos metros cuadrados, pero el terreno tiene una superficie de cuatro mil metros cuadrados. Tenemos un quincho, piscina y una cancha de vóley. Las amigas y amigos de mi hija Lucrecia utilizan las instalaciones para matar el tiempo. Prefiero que mi hija no salga a realizar sus actividades fuera de la casa por dos motivos; su seguridad, y poder enterarme del origen y de las costumbres de sus amistades. Con la posición que ostento, sería negligencia de mi parte no llevar el registro de los que asidua u ocasionalmente visitan a Lucrecia. Está bien confiar, pero mejor es supervisar a los que van y vienen por mi casa o merodean a mi hija. Restringimos las actividades de Lucrecia a la casa y el colegio. Todas las tardes durante la semana juega tenis en el Centenario y se reúne con su grupo de amigas. Los sábados está en casa y los domingos asiste a los servicios religiosos. Por lo general, si se puede, tratamos de almorzar todos los días en familia.

—Ministro, ¿cuál es el apellido de *Frau* Gudrun?

—Hoffmann, mi General —respondió el Ministro—. Con doble f y dos n, ario cien por ciento. Si mal no recuerdo, su abuelo llegó a Itapúa coincidentemente con su padre, don Hugo Stroessner. Ambos provenían del sur de Alemania.

—Hace tanto tiempo que no converso con alguien sobre asuntos trascendentales y familiares. La rutina del ejercicio de mis obligaciones me aparta de lo grande y lo pequeño que tienen nuestras vidas. De tanto en tanto, me siento como si estuviera abandonado a mi propia suerte, ermitaño, andando en las estepas y perdido en la noche. Esa misma impresión me transmitió el generalísimo Francisco Franco Bahamonde, cuya vida de asceta, me parecía, estaba aislada del mundo. Franco, con su espada victoriosa, emprendió una cruzada que liberó a España de la desintegración nacional y del marxismo-masón empotrado en el poder. La República Española era atea y anárquica. Franco fue llamado por las circunstancias pues el desgobierno, desorden y falta de autoridad, junto con la degradación política, la degeneración moral y la decadencia de la nación fueron el caldo de cultivo que habilitó la emergencia del salvador de la patria. La debilidad institucional y el clamor popular nos convocaron a César, Napoleón, Hitler, Franco y a mí. En esos contextos, los pueblos buscan un hombre fuerte. La República Española fracasó porque el fruto de la libertad excesiva era el libertinaje. Los pueblos terminaban esclavizados por sectas y eminencias grises que secuestraban y dividían al soberano en grupos minúsculos por donde se evaporaba el sentimiento de comunidad. El estadio asambleario, compuesto por un conjunto de políticos presumidos y cantamañanas, denominaba al relajamiento de las leyes penales instinto de clemencia, al caos le decía cambio, a la eclosión social la bautizaba con el nombre de participación popular, a la defensa de los agitadores y resentidos la conceptuaba como estado de Derecho, y a la violación de los recintos sagrados la equiparaba con la libertad de culto. Al atropello de la propiedad privada la calificaba de justicia social, a la puja entre el obrero contra el patrón la llamaba liberación y al despilfarro de los bienes públicos le decía solidaridad. La traición a la patria fue considerada internacionalismo, y la protección de los homosexuales se convirtió en diversidad. La fe secularizada fue encumbrada como la nueva utopía. La República Española se descompuso por esa manera mezquina en la que se mezclaron las avaricias y las conductas truculentas de los individuos. De ahí irrumpió el general más joven de toda Europa para poner las cosas en su lugar. Recuerdo como si fuera ayer cuando preparábamos el viaje a España y a la tierra de mi padre en Bavaria. Decidí que iríamos volando en un avión con bandera

paraguaya. Al enterarse, los integrantes de la delegación entraron en pánico. Tanto se asustaron que algunos se excusaron de no poder compartir conmigo la travesía de sobrevolar el océano Atlántico. Esgrimieron cualquier pretexto para no tomar ese vuelo, se disculparon diciendo que querían viajar en vuelos comerciales ordinarios porque tenían que llegar antes o permanecer más tiempo por cuestiones oficiales. La solicitud de los timoratos tenía como respuesta el silencio. ¡Imagínese aterrizar en España en una nave con bandera española! ¿Qué hubieran pensado de nosotros? Sencillamente que nos convertimos en un pueblo de pusilánimes y mentecatos. Tomamos las precauciones y emprendimos el viaje con el orgullo de que una aeronave con bandera paraguaya flameando arribaría al aeropuerto de Barajas con sus propios medios, como corresponde a los Estados soberanos. La máquina que tanto atemorizaba era un *Electra* C de la línea aérea paraguaya. Era cierto, no tenía más de un par de horas de autonomía de vuelo, tuvimos que abastecer la nave en Recife, en las islas de Cabo Verde y en la costa africana de Marruecos. Para asegurar el derrotero y no perdernos, recurrimos a los instrumentos de navegación astronómica, un método un poco arcaico y obsoleto para la época. En la cabina iba un copiloto que cumplía la misión de seguir los rastros de los astros, las estrellas, la luna y el sol. Le recuerdo que la autoridad del gobierno merma cuando se trasluce que en su voluntad se fragua la cobardía. A los únicos a los que no se permite demostrar debilidades ni temor es a quienes gobiernan. Las conversaciones con el general Franco fueron de lo más amenas, pues los militares de cualquier sitio del mundo hablamos el mismo idioma. Salvo excepciones, los militares encarnamos la consciencia y la decisión rectificadoras de la actitud errática y errada del pueblo. En el tiempo en que los pueblos caen en la pasividad y cometen excesos perjudicando a la patria, no nos cabe más que actuar en consecuencia y ser lapidarios con nuestra gente. Es misión de las Fuerzas Armadas impedir que los pueblos se vuelvan supersticiosos, abúlicos o rebeldes. De tanto en tanto, viene bien un buen zarandeo. El general Franco representaba al militar que ejercía el poder sin atender los reparos y las críticas que recibía. Me confesó que su vida estuvo siempre al servicio de España y que desde El Pardo trabajaba día a día por el porvenir de la patria. A pesar de su avanzada edad, su precario estado de salud y su voz chillona y de sacristán, no daba muestras de arrepentimiento de nada, estaba convencido de todo lo realizado. Obviamente, se lo veía agotado, pero no enfadado de estar donde estaba. Para 1973 ya exhibía una imagen fatigada. Sin embargo, su futuro aparecía sin nubarrones y predecible. Había tomado la decisión de que moriría teniendo en sus manos las riendas del poder; después de todo lo andado, no había marcha atrás. Esto quedó patente cuando me manifestó que un militar sin la vocación de servir a la patria hasta sus últimas consecuencias no debería entrar a los cuarteles. De igual modo, un uniformado que no tenga los cojones de tomar y ejecutar decisiones draconianas no debe salir nunca de su guarida. El general Franco era austero, su personalidad traslucía la capacidad de algunos seres humanos de resistirse y rebelarse contra el sabor de la sensualidad. Terminó siendo insensible a la seducción de la carne, anuló el hechizo de las mujeres. No se daba tregua, se alimentaba de y vivía para el poder. Creo que este gallego no conocía de placeres, nunca contrarió su condición de hombre de una sola mujer. Me recomendó prestar siempre la debida atención a las Fuerzas Armadas, pues los hombres como nosotros nunca se tambalean por la presión de los civiles o lo que pueda decir la sociedad internacional. Repitió en tres ocasiones que las masas son manipulables y los políticos mansos, pero la ambición de un grupo de generales, coroneles o sargentos puede convertirse en el detonante de una sublevación castrense. Ejércitos como los nuestros, que se hicieron de fama victoriosa y gloriosa en el campo de batalla, deben ser alimentados en su honor. Decía que el poder debía

ejercerse en todas sus consecuencias, pues, si no, como ocurre en la Física, ese espacio de poder abandonado lo terminaría ocupando el adversario. El general Franco trasmitía la impresión de que sabía mandar, ya que tenía bien en claro lo que quería para él y los suyos. Otro personaje de magnitud que tuve el honor de conocer fue Richard Nixon, quien en vida conoció los altibajos de la política y siempre descolló por su inteligencia y su formación intelectual. La carrera política de Nixon demostró que la vida de un político no tiene que ser un devaneo fútil sin rumbo. El hombre tenía hambre de horizontes. Era un personaje ávido y ambicioso, llevaba dentro de sí una personalidad insaciable, un ser dominante, pero no era un narcisista. Recordaba sin remordimientos sus orígenes humildes, y, al igual que usted, su voluntad y dedicación para salir adelante. Estuvo arriba y abajo, eso hizo que desarrollase una capacidad de reconstituirse moralmente para levantarse y seguir enredado en polémicas. Sus arrebatos de vehemencia estaban vinculados a sus vivencias, no era un individuo vulgar. Estaba convencido de estar enfrentando con todos los medios disponibles la expansión del marxismo leninismo. Me visitó en Asunción el 4 de mayo de 1958. En aquel entonces él era el vicepresidente del general Eisenhower. Expuso la doctrina del dominó para explicarnos la lógica según la cual los comunistas, tras la caída y el control de un país, iban avanzando hacia el Estado contiguo. Expresó sus dudas sobre América Latina. Varias eran las circunstancias que lo afligían; a su entender éramos el continente del futuro por nuestras riquezas, por nuestra ubicación geopolítica y por la juventud de nuestra población. A pesar de las ventajas comparativas de las que podríamos sacar provecho, tenía sus reparos hacia el antiimperialismo yanqui que explicitaban las élites sociales desde el sur del río Bravo hasta la Tierra del Fuego. Creía que la mentalidad de los intelectuales y de los políticos de la región se asemejaba más a la de los europeos que a la suya. Esta diferencia explicaba, por ejemplo, la vigencia del paradigma marxista o el anarcosindicalismo en América Latina. Según su razonamiento, esto se debía más a una voluntad de copiar modas intelectuales de la vieja Europa que a una auténtica reivindicación popular. Las ideas revoloteaban en las mentes ilustradas pero no se sustentaban en la acción colectiva de los movimientos sociales. Consideraba un fracaso de la política exterior de su país no haber sido capaz de adoctrinar y difundir los principios de la libertad y el buen gobierno como fundamento para la construcción de la sociedad del bienestar. Sostuvo que a pesar de estar ubicados en el mismo continente, no nos entendíamos, que era más difícil superar la barrera cultural que la idiomática. La improbabilidad de construir confianza se debía al hecho de no conocernos ni comprendernos. Según su parecer, América Latina era francesa, antagonizaba ideológicamente con su país. En una esquina se encontraba la derecha chauvinista, oscurantista y tradicional, y en el frente contrario una izquierda intelectualizada y romántica predispuesta a realizar las utopías que contradijeron la condición humana y terminaron en los campos de concentración. Verdaderamente representaba la figura de un político lúcido y convencido. Los hombres públicos, por principio, asumen la impostura como norma de conducta, y rara y ocasionalmente piensan lo que dicen y creen en lo que piensan. Nixon estaba convencido, era un prisionero de sus palabras e ideas. Cuando le hacíamos notar la mala conducta o el doble discurso y la ambigüedad moral de muchos de sus compatriotas con sus aliados verdaderos le daba resquemor y sentía vergüenza de la relación hipócrita de los funcionarios de su gobierno con nosotros. Éramos compañeros de causa, no por oportunismo, sino por compromiso con los valores de Occidente. La obsesión que tenía con que su patria mantuviera el liderazgo en el mundo libre lo sacaba de quicio. No toleraba la pasividad y la complicidad de muchos de sus aliados con la Unión Soviética. Su lucidez le permitía comprender que su país no podía remediar la deslealtad o

flojera de muchos de sus aliados. Por aquel tiempo se evidenciaban los rasgos iniciales de la decadencia norteamericana. Ver a su patria decaer le hizo comprender que para restablecer la preeminencia americana había que comenzar con el *homework*; es decir, emprender el combate doméstico contra los enemigos internos. Le inquirí: «¿Cómo se hace eso?», y cuando me respondió descubrí que no solo se trataba de un político que leía en exceso, sino que me di cuenta de que estaba frente a un estratega que conocía el oficio mejor que nadie. Su contestación desnudó su naturaleza de hombre ladino. Rememoro visualmente su respuesta, fue tan intenso su lenguaje corporal que concluyó hablando con las manos. Como usted ya sabe, yo solo capto lo más básico del inglés, pero su gesticulación fue tan expresiva que entendí todo mirándolo sin escuchar al traductor. Su mirada fija y los movimientos faciales de su rostro me decían: «¡Vamos, sea más listo! ¡Invente al enemigo, use la imaginación, cree al otro, apele a la otredad! ¡Si no existe, hágalo existir! ¡Si está muerto, que resucite! ¡Si es un fantasma del pasado, que tenga carne y hueso en el presente! ¡Si vive en el extranjero, háganlo venir, presente todo como una conspiración externa! Pero no olvide el viejo adagio: «El amigo de mi enemigo es mi enemigo, y el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Doctor González Miranda, creo que ya es hora de ir terminando esta extensa y, ¿por qué no?, intensa plática. Presumo que por hoy no hay nada más que agregar. Quizás deba señalar unas últimas acotaciones; si quiere tómelas como una de esas recomendaciones que solo pueden enriquecer a los sagaces con capacidad de asimilar las enseñanzas de los demás. No soy una escuela de vida, de más está decir que no nací sabiendo, sino que el instinto de sobrevivencia me adiestró en la virtud de ir incorporando conocimientos a través de mi propia experiencia. Gracias a eso aprendí a distinguir los claroscuros de la vida pública con sus tejes y manejes. Tenga a bien comprender que aquellos que retratan el poder no solo dibujan su anatomía sino que también descifran su psicología. La dominación es por excelencia un fenómeno psicológico, es la mentalidad envuelta en la cultura de un conglomerado humano. Los pueblos tienen los gobernantes que se merecen. Para que el gobernante pueda incidir en los asuntos públicos debe considerar que no se puede ser bueno en medio de hombres que son malos. La práctica del culto al «yo» es una gimnasia de la voluntad, una disciplina del pensamiento, de los sentidos e inclusive de los nervios. Cuando se detenta el poder con la frialdad de cálculo, solo tomando en cuenta los requerimientos de la permanencia en él se debe desarrollar una moral por encima de la mediocridad del ambiente. Estar situados más allá del bien y del mal es la ubicación correcta. Para el buen gobernante, lo imperioso e impostergable es arribar a los resultados sin poner en tela de juicio la honorabilidad de los medios. Los dilemas morales se convierten en moralinas cuando las decisiones que debemos tomar están sujetas a las «constantes de la necesidad». Eludir esa norma supone corromper al destino. Distinguir siempre el mérito del éxito es una de las leyes de hierro que los gobernantes deben atender para no apartarse del principio de prudencia. Los subordinados meritorios son por lo general más fieles que los exitosos. Los últimos tienden a ser pérfidos. Favorecer a los subordinados exitosos y postergar a los meritorios viene de la necesidad de conservar el poder. La perfidia y los excesos en los que puedan incurrir los funcionarios más capaces se corrigen con crueldad y sin contemplaciones. Las sanciones deben funcionar como ejemplo, de tal forma que los demás vean en la imagen de los perversos castigados la propia. Los buenos castigos rectifican, enseñan y amedrentan. La historia de cada individuo es una casuística de la ambición. Cada cual tiene sus propias peculiaridades, pero todas ellas tienen un elemento en común, una energía a la vez brutal y prudente, calculadora y ajena a cualquier preocupación moral ordinaria.

CAPÍTULO 4

El encuentro

BALTASAR LE DIRIGIÓ UNA MIRADA INDISCRETA, a la que ella, atónita, respondió con una sonrisa leve y tímida. La respuesta fue fruto del asombro.

El muchacho asintió con un movimiento de cabeza, considerando el gesto de ella como su consentimiento para abordarla.

Lucrecia entró en pánico, solo sentía que se aceleraban las palpitaciones de su corazón. Su sorpresa fue mayor cuando, estando tan cerca, distinguió el aroma de su perfume y contempló, helada y sin aliento, cómo el joven extendía el brazo y le tendía la mano para estrechar la suya y expresarle los saludos de cortesía.

—Hola, mi nombre es Baltasar De La Sobera. Es un placer conocerla. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Lucrecia González Miranda Hoffmann —repuso ella.

—¡Es usted divina!

— ¡Y usted un atrevido! ¡Se está pasando de la raya!

—Le ruego me disculpe, lo que pasa es que usted es más hermosa que una nostalgia transformada en mujer.

—Su palabrerío me hace pensar que es un aprovechador, un aspirante a Don Juan mal preparado.

—Me rindo a sus pies. ¡De cerca más bella que de lejos, y de lejos menos sugestiva que de cerca! ¿Qué tristeza se oculta en sus ojos? ¿Por qué el velo de la melancolía encubre su rostro halagador? Respóndame, pues prefiero sus ofensas a su indiferencia.

—Mire, señor, usted, por lo que veo y escucho es un impostor, y por lo tanto le doy la respuesta más apropiada para sus osadías: «Embaucador, que te compre quien no te conoce». Con sus ínfulas de poeta y picaflor, no debe ser más que un pintor de brocha gorda.

—Seré lo que usted quiera, ya que existo porque usted me imagina.

—¿Persigue a todas las mujeres con el mismo cuento? Estoy segura de que estas frases las utilizó con otras pretendidas. ¿A cuántas les dijo los mismos versos?

—No digas tonterías. No tengo ojos para nadie más que para vos. ¿Te puedo llamar por tu nombre, Lucrecia?

—Después de tanto atrevimiento, supongo que podemos tutearnos.

—¿Cuántos años tenés? ¿Terminaste el colegio?

—Dejá que el interrogatorio lo empiece yo. ¡Ya que con tu osadía viniste a perturbarme, por lo menos permitime saber con quién estoy hablando!

—Ya te he dicho que me llamo Baltasar De La Sobera. Soy soltero y sin compromiso. Tengo veintisiete años y hace varios meses volví de Argentina, donde realicé mis estudios. Me dedico a los asuntos familiares relacionados con la ganadería. Soy un apasionado de la lectura y la

música, un devoto de la belleza del alma y del cuerpo.

—Además de galán, poeta y filósofo. Las tenés todas con vos. ¿Te resulta fácil engañar a las mujeres? ¿A cuántas enredaste en tus brazos? ¿Por qué me acorralás de esta manera?

—Por favor, Lucrecia, lo único que no quiero es ser malinterpretado. No soy un jactancioso que busca su presa para malherirla y después aprisionarla. No calmo el alma con amores fugaces. Solo pretendo darte lo que más me sobra y falta: amor. ¡Si la pasión no busca la eternidad, seremos prisioneros del momento!

—No sé si estoy frente a un farsante o a un individuo tierno y sensible. No puedo negarte que me asombra tu manera de hablar. Te siento tan triste. Parecés una persona desterrada de todo paraje, sin sentimientos de pertenencia. ¿Sos uno de esos apasionados solitarios que se autoexcluyó de este mundo? Con tu voz melancólica aparentás estar más obsesionado por la muerte que apasionado por la vida.

—¡Sos perspicaz! Tengo menos fe que un nihilista. Busco la felicidad pero es más escurridiza que el agua entre las manos. Me siento como un viajante esperando desde siempre en el andén un tren que nunca llega. Sin embargo, debo decirte que todo cambió en mi vida desde que te vi la primera vez, pues me guiaste hacia vos con tu magia. Cuando me reincorporé al club para tener vida social y conocer amigos o vencer mi timidez, nunca pensé que aquí encontraría el amor.

—Disimulás muy bien tu timidez. Se te escucha tan resuelto cuando hablás, como un cazador que camina por terreno seguro.

—Desde que volví de Argentina me impuse venir al club frecuentemente. Estuve mucho tiempo viviendo fuera del país, no conozco a casi nadie. Semanas atrás te descubrí jugando al tenis y comencé a seguirte los pasos, mil disculpas pero quedé prendado de tus encantos. Tu pulcra vestimenta blanca, tu carácter de mujer segura, la tirantez de tus músculos, tu gemido belicoso, tu cabellera revoloteando en armonía con tus movimientos tan femeninos y con tus golpes tan potentes, la maravilla de verte jugar en la cancha, todo esto me sedujo. ¡No te hagas la desenterada! ¡Parecía que bailabas para mí como sugiriendo que empiece el amor! Casi debo confesarte que siento que sos el aire que me falta cuando me cuesta respirar. Te he mirado tanto que creo que te conozco al detalle. Deseo que me conozcas y seamos amigos, no te voy a defraudar —dijo Baltasar.

—Baltasar, no sé qué clase de persona pensás que soy. No voy por ahí buscando hombres o queriendo seducir a diestra y siniestra. Mi familia está bien constituida, tengo padre y madre. Somos católicos y gracias a Dios no nos falta nada para vivir bien. Te doy estas explicaciones para que no te hagas la idea de que estás tratando con una buscona. O menos aún que por algún razonamiento torcido creas que este encuentro fue tramado por mí. Nunca te había visto ni sabía de tu existencia, lo que no quiere decir que no me complazca tu compañía. Tal vez podemos ser amigos. No sé si tu elocuencia es sincera o mentirosa y denuncia tu voluntad de cruzar el límite de lo permitido e ir más allá de la simple amistad. Es la primera vez en mi vida que un muchacho se dirige a mí en esos términos, jamás me hablaron así. Espero que no te estés burlando de mí pues tus piropos nunca me los han dicho. Recordá que nos separan más de diez años.

—O nos unen —la interrumpió Baltasar.

—Dios dispondrá —apuntó Lucrecia y continuó—. Tus palabras y pensamientos son ondas que pueden calar profundo en el corazón de cualquier mujer. Ante ellas no se puede demostrar indolencia. Por eso tenemos que ser precavidos. ¡No hay sabiduría más grande que la de saber comprometerse en el amor! Debo advertirte que con los sentimientos no se juega.

—Lucrecia, gracias por tu sencillez y sinceridad. No pretendo perjudicarte. Me excitás en una

forma extraña, no es física, es algo más que todavía está oculto. A juzgar por lo que siento, me seducís porque creo que a tu lado puedo ser mejor. Mis palabras salen del alma. Por sobre todo quieren expresar lo que siento, quieren garantizar un refugio a tus pesares. Te pido una oportunidad para interferir en tu destino. Cuando lo haga, el mío te pertenecerá y el tuyo será mío. Estoy de acuerdo con vos, con el amor no se juega. Te pido perdón por mi atrevimiento y por abusar de tu tiempo. Espero no haberte importunado.

—No, por favor, Baltasar. Fue un placer conocerte, espero que nos volvamos a ver. Podemos llegar a ser muy buenos amigos, a pesar de nuestra diferencia de edad.

—Me hacés el hombre más feliz del mundo. La edad nunca es óbice para las buenas amistades. ¿Cuándo podré envolver tu rostro con mi mirada una vez más?

—Perdón, no te entendí. Estoy abrumada después de esta densa conversación que me remueve las entrañas y convulsiona el corazón —repuso Lucrecia.

—Lo que te pregunté es cuándo podemos repetir este encuentro. Quiero volver a verte.

—Mañana a la misma hora en la cafetería. Podemos conversar sin molestar a nadie.

—Muy bien, hasta mañana a las cuatro de la tarde entonces. Esperaré ansioso que las horas vuelen para volver a verte, mi niña hermosa.

Baltasar se retiró conmovido por la escrupulosa fascinación en que se funda el inicio de una pasión. Como nunca sintió que una emoción traicionaba su voluntad.

Lucrecia empezó una ronda de naipes sin imaginar que el destino podía estar jugando con cartas marcadas.

CAPÍTULO 5

El primer beso

LUCRECIA LLEGÓ A SU CASA Y CORRIÓ AL TELÉFONO para contarle a María Liz sus noticias. Discó los números confundiéndolos. El teléfono sonó varias veces, María Liz alzó el tubo, escuchó la respiración agitada de su amiga al otro lado del auricular y preguntó:

—¿Quién habla?

Con voz alterada y precipitada, Lucrecia se presentó:

—¡Soy yo, amiga! Sucedió lo impensable, lo que tanto deseaba. Se me acercó y estuvimos charlando un buen rato. No te podés imaginar lo hermoso que es, y tiene una forma de hablar maravillosa. No se parece en nada a los otros. Es culto, se nota que tiene mundo, es atento, ¡todo un caballero! Dice cosas que llegan al corazón, me subyugó con sus palabras, su elegancia sin igual y ese refinamiento que lo aleja del hombre común. Con sus ojos de niño, su cabello rubio y largo y con su manera tan delicada de conversar me cautivó, sentía ganas de comérmelo a besos. Se paró frente a mí y me encaró como sabiendo que nacimos el uno para el otro. Pensarás ahora más que antes que me estoy volviendo loca, delirando por ese hombre desconocido. ¡Es amor a primera vista, mi querida amiga! Creo que él es mi otro yo, la parte de mí que me hacía falta, el que desentierra mis sentimientos para ponerlos a flor de piel. El intercambio de nuestras miradas desató dentro de mí una abundancia de emociones que estaban reposando, esperando que alguien las acicateara. Ya te venía hablando del vacío que padecía y de la necesidad de hallar a mi media naranja.

—Disculpame, Lucrecia, ¿se puede saber de quién hablás?

—inquirió María Liz.

—¡Te estoy hablando de Baltasar De La Sobera, el buen mozo de la biblioteca!

—Pero ¿cuándo lo conociste?

—Hoy en el Centenario, después de que te fuiste. Parece que me tenía entre ceja y ceja, porque esperó a que te fueras y se lanzó al ataque. Me dio la impresión de que hace un tiempito que estaba al acecho. Dicho sea de paso, me sorprendió con las defensas bajas. De más está que te cuente que casi no opuse resistencia.

—¿Te besó?

—No lo hizo. No sé qué hubiera hecho si lo intentaba, yo estaba embelesada e hipnotizada por su manera de hablar, de mirarme, y su forma varonil de mover las manos. Es un hombre en todas las acepciones de la palabra, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Quizás su cultura y su refinamiento opacan la personalidad de un varón con todas las de la ley.

—Qué rápido caíste en sus garras. ¿Te rendís frente a palabras huecas? ¡Y yo que pensaba que tenías por corazón una roca impenetrable! Ahora resulta que te ponés a disposición del primero que pasa enfrente y te dice tres o cuatro bobadas. No podés ser tan infantil e ingenua. Con el

verbo que más se miente es con el verbo amar. Amiga querida, tené cuidado antes de involucrarte, no solamente porque quizás te quiera usar como hace la mayoría de los hombres machistas en esta sociedad, sino porque tu papá es una personalidad de lo más encumbrada del Gobierno. Los hombres se acercan a vos por tus virtudes de mujer, pero no niegues que la importancia política de tu padre es un atractivo. ¿Quién no quiere ser el «yerno de la República»? No te olvides de que este tipo ya no es adolescente. Estamos hablando de un profesional que a su edad debería estar ya casado.

—Por Dios, María Liz. Nunca pensé que mi felicidad podía aguijonear tu envidia. Se trata de una persona que nunca hizo mal a nadie. Vos misma me dijiste que era medio raro porque no se le conocían amistades. Solamente una mentalidad pueblerina y mojigata puede catalogar de equívoca la conducta solitaria de alguien. Vos misma me contaste que Baltasar es una persona de buena familia que actuó caballerosamente para proteger a la doméstica de su casa, que se educó en el extranjero, que habla varias lenguas y es muy adinerado. ¿Qué ventajas puede ofrecerle la posición de mi padre si en verdad es tan rico como se dice y además único heredero de una inmensa fortuna? ¿Te parece que una persona tan bien acomodada va a ser un cazador de fortunas? De todas formas, que yo sepa, su familia no tiene necesidad alguna. Baltasar es como un príncipe azul no solo por lo que él representa, sino porque nació en cuna de oro.

—Bueno, disculpame, no quise ofenderte. Tampoco soy quien para interponerme en los asuntos privados de los demás —afirmó, enojada, María Liz—. Yo te quiero como a mi hermana. Siempre nos hemos dicho la verdad, nos guste o no. Únicamente te estoy dando mi opinión. Como soy tu mejor amiga, te suplico que vayas con cuidado, pisando firme y dando dos pasos adelante y uno atrás, no te descartes tan pronto, deja que él muestre sus cartas primero. No quiero que tengas un tropezón y termines dándote de bruces. No tengo nada en contra de Baltasar, pero, por lo que me contás, es bastante avasallador. Con esa clase de hombres es siempre mejor actuar con cautela y con un poco de fingimiento. Guardate un as bajo la manga por cualquier cosa, nunca se sabe. Tené en cuenta mi consejo, debés tener siempre presente que Baltasar es mucho mayor que nosotras y puede tener intenciones diferentes a las de los chicos de nuestro grupo de amistades, que en comparación con él son unos nenes de pecho que todavía no saben a lo que aspiran en la vida. Deseo que te vaya bien en todos los asuntos del vivir, en especial en el amor. Pero me veo obligada a recordarte que, según mi abuelita, los hombres la mayoría de las veces andan con dobles intenciones y su verdadera voluntad la ocultan con apariencias engañosas. Apelan a todo tipo de artilugios, ofrecen el oro y el moro, cometen perjurio al declarar no haber amado nunca así. Por último, prometen fidelidad y juran amor eterno. Al contrario, nosotras, las del «sexo débil», somos más predecibles y leales en los idilios. Nuestra desventaja radica en que nos enamoramos; es decir, entregamos el cuerpo sin esperar nada a cambio. Somos incapaces de regalar solamente las minucias del corazón, les entregamos más de lo que tenemos y nos quieren resarcir con los escombros de sus apetencias. Nacemos y nos educan con la ilusión de la pureza y sinceridad de las voluntades. Según mi abuela, todas deberíamos saber que algunos tienen el propósito de utilizar nuestros apellidos y patrimonio para escalar socialmente y servirse de nuestra carne para presumir de haber acabado con nuestro himen, exponernos en sociedad y vanagloriarse de sus conquistas como si fuésemos su trofeo de caza. Este falso orgullo, esta vanidad sin límites, convierte su anhelo de dominación en una guerra sin cuartel que el amor incondicional libra en contra del machismo.

—María Liz, me asustan tus comentarios. Sí entiendo lo de andar con cautela en territorio desconocido y no me opongo a tu preocupación frente al peligro que significa arriesgar todo lo

que se tiene cuando nos entregamos a los brazos de un desconocido. Pero si nos ofrecen afecto es para alcanzar la felicidad en comunión con otra persona. Dejemos de lado nuestro amor propio, que es legítimo pero insuficiente. Amar no es dedicarse a mirar en solitario en una sola dirección. Tampoco es mirarse el uno al otro a los ojos, sino mirar juntos un punto perdido en la distancia. No me gusta tu manera de razonar, que quiere transformar lo sublime en absurdo y tormentoso.

—No, Lucrecia, no me malentiendas. ¿Quién te está diciendo que renunciemos a la felicidad? Solamente quiero que tengas en cuenta que una mujer como vos, cuando ama, se olvida tanto de sí misma que se vuelve vulnerable. Cualquier situación adversa te puede lastimar. Los golpes en la vida golpean, es mentira que nos hacen más fuertes. Mi abuela, que era tan sabia, en sus horas postreras me recitaba con su voz cálida y ronca los versos del poeta peruano César Vallejo:

Hay golpes en la vida, tan fuertes…
Yo no sé.
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma… Yo no sé.

Somos jóvenes, lindas, inteligentes y de buena familia. No juguemos a vivir de los mendrugos que nos quieran dar. No nos alimentemos de cualquier mano, porque de la mano que te da de comer recibirás más menosprecio y menos cariño. Seamos cuidadosas para no apeligrar nuestro bienestar. Debemos recibir el compañerismo y la protección de nuestros futuros esposos, pero esto no puede significar que nos dejemos opacar por las penumbras de sus vidas. Ni atrás, tampoco adelante, siempre al costado, como quien no quiere la cosa. El problema de nosotras, las mujeres, es que esperamos que nos pongan la mesa servida. Tanta angustia nos provoca esa situación que parece estuviésemos esperando de ellos que nos alumbren el mañana. Tené presente cuando tomés tu decisión que las leyes de la naturaleza nos favorecen en el esplendor de la juventud y luego cuando el transcurso del tiempo y la maternidad confinan nuestro instinto de mujer, comienza a declinar el hechizo de nuestros cuerpos. No quiero ser latosa con mis apreciaciones de la vida, también es cierto que hemos vivido muy poco para extraer de nuestras experiencias decisiones concluyentes. Lo que ahora pensamos puede ser transitorio, pero lo que hagamos puede dejar huellas imborrables para el resto de nuestras vidas. Por eso te digo todo esto. Sé que vos creés en el amor platónico con inocencia e idealismo, y desconocés las facetas avaras de la realidad. No te distancies de tu entorno, mantené los pies en la tierra. Una decisión mal tomada podría servir para rasgar la grieta que aleja el cielo del infierno.

—Te agradezco, María Liz. Tu visión de la vida es correcta en muchos aspectos. Nos cuesta aprender de nuestros propios errores, más aún de los ajenos. Sin embargo, creo que no hay mejor cosa para estrenarse en el amor que desmoronar el muro de la mentira. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Te juro y te prometo que no viviré la realidad como un sueño. Lo de Baltasar me entusiasma, es la clase de persona que quiero tener a mi lado por el resto de mi vida. No sé si otro hombre pueda gustarme tanto. Amiga, estoy contando las horas, los minutos y los segundos para que sean las cuatro de la tarde de mañana y volver a verlo.

La luz de la tarde anunciaba la llegada del anochecer. En el Centenario todo transcurría con normalidad. Los preparativos para la fiesta de primavera se llevaban a cabo de acuerdo a lo previsto. La cafetería estaba tan concurrida que casi no había espacio para respirar. La algarabía de los jóvenes era el reflejo de la presión que ejercía sobre ellos la proximidad de la gran noche.

Lucrecia llegó al lugar y como siempre su presencia se hizo notar. Recorría con la mirada las diferentes mesas buscando a Baltasar, recibía los saludos de los comensales y los retribuía con apresurados besos en la mejilla o con un nervioso movimiento de manos. Por un instante se desesperó, no veía a Baltasar. Giró varias veces hasta divisarlo en la esquina lindera con el pasillo interior. Él la esperaba con una flor y ella sonreía.

Al saludarlo y tomar asiento, se diluyó en su rostro la angustia que le provocó haberse atrasado; fue la primera vez en su vida que se arrepintió de no haber sido puntual.

—¿Qué tal Lucrecia, cómo te ha ido? —preguntó Baltasar.

—Muy bien, gracias a Dios —contestó Lucrecia con su voz fogosa—. Esta mañana estuve en el colegio y después de almorzar pasé por la modista para probarme mi vestido del debut; seré una de las últimas en bajar las escaleras. Por eso llegué algo atrasada a la cita. Ya sabrás que las mujeres no nos llevamos bien con el reloj.

—Me imagino lo nerviosa que estarás y lo orgullosos que deben estar tus padres al ver a su hermosa criatura debutar. Es todo un acontecimiento en la vida de las mujeres. Una prima mía me dijo que para ella el debut marcó un antes y un después. Ella se casó con su acompañante de esa jornada. Ahora tienen cinco hijos; tres varones y dos mujeres. Nacieron en forma intercalada, uno tras otro y con una diferencia de un año entre parto y parto. Tomaron muy en serio el sacramento del matrimonio. No hay cosa más linda que una familia numerosa. Mi sueño en esta vida es tener muchos hijos. Soy hijo único y mi primera soledad fue no tener con quien jugar o pelear. Mis padres no quisieron más niños. Mi madre se negó, según decía, por cuidar su figura, y mi padre, por la educación, que es tan difícil y complicada en esta época. En fin, la soledad fue la compañera que nunca me abandonó.

—En eso somos parecidos. Yo también soy hija única. Cuando nací, mi madre tuvo muchas dificultades. Al alumbrarme arriesgó su vida. Gracias a Dios, nací sana y a ella no le quedaron secuelas negativas, pero el médico le advirtió que no podría volver a quedar embarazada. Mis padres se desesperaron y cayeron en una pequeña depresión, ellos son muy católicos y querían una familia numerosa y unida. Mi papá deseaba un hombre para perpetuar el apellido. Esta situación hizo que se volcasen de lleno a mí. Me dieron todo, más de lo que se necesita para estar satisfecha. No me puedo quejar, porque además de bienestar material me dieron mucho amor y tiempo. Mamá es más estricta conmigo que papá, él me complace en todo. Hay veces que me pasan por la imaginación pesadillas que me aterrorizan, me entra un miedo atroz de solo pensar que en alguna ocasión pueda fallarles, siento que si esto llegase a suceder se me caería el cielo. Mis padres mueren por mí y yo muero por ellos, por nada del mundo quisiera defraudarlos. Me esmero dentro de lo posible en ser una hija que honra y corresponde a sus padres.

—Me alegran nuestras cosas en común —afirmó Baltasar—. Yo me llevo de perlas con mi madre. En cambio, con mi padre no, pues tenemos las diferencias que existen cuando se mira el mundo de manera distinta. De muy chico me enviaron a estudiar a Buenos Aires. Mi bachillerato lo hice en un internado con amigos argentinos. Mis padres venían a visitarme a menudo. Tenemos un hermoso departamento en Palermo, pero la verdad es que durante sus estadías mi viejo se iba a apostar en las carreras de caballos y mi madre aprovechaba para hacer compras de todo tipo, desde muebles hasta ropa. Se empeñaba en vestirme como un dandi, cuando, en especial en la universidad, mis compañeros andaban vestidos de forma casual, con remeras, vaqueros y alpargatas. A pesar de nuestras diferencias, mi relación con ellos es buena. Mi padre quería que estudiara algo que me sirviera para la administración de los negocios de la familia. Somos propietarios de establecimientos ganaderos y hacemos inversiones inmobiliarias. Tuve

que luchar y convencer a mis padres para estudiar algo relacionado con las humanidades; me fascina la literatura y en especial el género de la poesía. Para ellos, el estudio de humanidades era una pérdida de tiempo. Según mi padre, el estudio de letras carece de utilidad para la vida práctica y de valor para el mundo de los negocios. Para mí, el universo económico-financiero es tan prosaico como severo. De todas formas, paulatinamente me voy adentrando en las cuestiones familiares. Mis padres me reclaman que ya es hora de sentar cabeza, lo que supone asumir mi condición de único hijo y heredero universal. Lo estoy haciendo lentamente, mi madre facilita mi inserción y mi integración familiar. Su único pedido insistente es que contraiga matrimonio. Según ella, aquí se habla mal de un hombre de mi edad que, siendo un buen candidato, no haya adquirido compromiso. Mi madre está poseída por la obsesión de ser abuela. Con mi padre las desavenencias son algo más acentuadas. Tenemos temperamentos dispares; él posee una visión obsoleta del manejo de los negocios, en cambio mi enfoque es mucho más moderno. Confío en que con el tiempo vamos a limar las asperezas y él va a delegar en mí la gestión y la administración general de todos los bienes familiares. Espero no aburrirte con todo esto. Quizás sea un petulante al pensar que a otros les pueden importar mis problemas. Volvamos a lo tuyo. ¿Quién va a ser tu pareja en la fiesta del debut? —preguntó Baltasar, cambiando de tema.

—Acabo de decidirlo sin que el escogido tenga la menor idea —repuso Lucrecia.

—¿Y se puede saber quién es el privilegiado? —inquirió Baltasar.

—Vine a esta cita con la intención de proponerte que, si no tenés otro compromiso, me acompañes en la noche del debut. No puedo negarlo, desde que te conocí quedé complacida con tu manera de ser. Es cierto, aún no sé mucho de vos, pero tengo la impresión de que podemos llegar a entendernos y ser buenos amigos.

—Para mí es un honor y un placer poder acompañar a la mujer más bella que hayan visto mis ojos. Pero me temo que tus padres no estarán tan contentos con tu decisión. Soy diez años mayor que vos, no lo olvides. Gracias por tu invitación, ya me considero tu confidente, por eso me atrevo a sugerirte que pidas la autorización de tus padres antes de darte una respuesta. ¿Tu papá es el ministro del Interior de este gobierno?

—Sí, mi padre es un político de raza. En la actualidad, como vos decís, se desempeña como ministro del Interior. Habrás escuchado hablar de él.

—Claro que sí. Según dicen, se trata del hombre que más acceso e intimidad tiene con el presidente Stroessner. Mi padre cree que tu papá es la persona más lúcida del gobierno, que su figura política creció mucho en los últimos tiempos. La gente comenta que lo más sorprendente en el caso de tu viejo es que el General-presidente le permita empezar a tener perfil y vuelo propio dentro del gobierno. Quién sabe, ¡quizás tu padre sea el hombre de la sucesión! Te ruego que le consultes si no le disgustará que yo te acompañe en el debut; nos guste o no nos guste, su autorización es necesaria. Me puedo imaginar que a la mesa de tu familia estarán invitadas las máximas autoridades nacionales, generales, políticos destacados y representantes del cuerpo diplomático. Estos eventos son de naturaleza social, pero siempre se matizan con un componente político.

—Por lo que decís debo concluir que te sabés de memoria el paisaje de las personalidades nacionales y que además te mantenés bien informado con respecto a los vaivenes de la política casera. ¿Tenés ambiciones de hacer carrera política?

—No, para nada. Por favor, Lucrecia, no saqués conclusiones que no se compadecen con la realidad. No tengo ni una pizca de interés en el quehacer político, ni siquiera leo los diarios. Me informo de lo que pasa a través de papá, cuando habla en la mesa o en las tertulias que se

organizan en casa, la mayoría de las veces con buen vino y las mejores carnes de la estancia. Participa de estas reuniones el grupo de amistades de la familia, los de siempre, los amigos de antaño con los que mi papá juega a las cartas, y sus respectivas esposas. Estas mismas viejas se reúnen con mi madre todas las tardes para la timba sagrada, se van turnando una vez a la semana en la casa de cada una. Considero que es una manera inofensiva de matar el tiempo. Ahí se chismosea de todo, desde fútbol hasta política internacional, pasando por quiénes contraerán matrimonio. Pero para que nos conozcamos bien, y, por sobre todas las cosas, para que sepas quién soy, quiero jurarte que odio la política, aunque me parece un mal necesario. No descalifico a los políticos, pero es una actividad que me resulta sucia. Te pido disculpas, sé que tu papá es otra clase de político. Cuando la gente que conozco se refiere a él, dice que es el único político con perfil de estadista y el preferido de Stroessner. Además, cuenta con el beneplácito de la embajada.

—¿Me jurás que no te vas a meter en política?

—Te lo juro por los niños que vamos a tener.

—Tu juramento llega a lo más profundo de mi alma y me trastorna. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas?

—Porque lo siento y lo pronuncio con el corazón. Por incipiente que sea, concibo, por vez primera, un mañana diferente. Mi vida ha sido un paradero donde cada dolor hizo su invierno.

—Muchas gracias por tu apoyo y compresión. Como bien decís, lo más correcto es pedirles a mis padres su autorización, aunque estoy segurísima de que van a aceptar sin ningún reparo. Creo que nuestros padres se conocen.

—Lucrecia, Asunción es tan chica que todos nos conocemos o somos parientes.

—Baltasar, ¡espero que nosotros no seamos parientes! No quiero fastidiarte pero hay un punto en el que quiero me des tu palabra de honor. Jurame que nunca vas a complicarte con la política.

—Te doy mi palabra de honor, te lo juro por Dios.

—Gracias. Te siento cerca, auténtico, sos la persona más transparente que conozco. Creo que es importante que fundemos nuestra amistad sobre la base de la verdad. Te ruego que no me mientas pues soy muy crédula. Quiero que me hagas otra promesa. ¿Estás de acuerdo?

—¡Cómo no, Lucrecia! Si me pedís el cielo te ofrezco una galaxia con todas sus estrellas. Quiero regalarte luz que alumbre tus noches. No escatimaré esfuerzos para realizar lo que vos necesites y desees. Hacerte plenamente feliz desde la mañana hasta la noche será mi faena diaria y mi fortuna. Con vos me animo a luchar por la dicha, será esa la ilusión que inspire a mi corazón. Creo que la sabiduría de vivir consiste en hallar en el exceso de la pasión el goce máximo de nuestras vidas. ¿Qué querías solicitarme?

—Baltasar, quiero que me muestres tus libros. No deseo ser una mujer iletrada, sumergida en la ignorancia oscura y pobre. Las mujeres no podemos solamente estar preparadas para ser amas de casa.

—Pensaba, hasta ayer, que cuando partiera para la otra vida me arrepentiría de dejar aquí mis libros. De ahora en más, te los transfiero. Son todos tuyos, sus páginas, sus palabras y los sentimientos y reflexiones con los cuales los envuelvo.

—Baltasar, definitivamente sos un caso especial. No habrá otro como vos.

—No sé, ni me importa. Solo me importás vos. ¿Puedo tomar tu mano?

—No, es mejor ir despacio. Yo tengo que hablar con mis padres. Si me vas a visitar tengo que ponerlos al tanto de lo que pasa. No puedo dar un paso sin su autorización. Te ruego que me entiendas y no te mal dispongas en mi contra, pero soy una niña a tu lado, educada a la antigua.

¿Qué ganás tomándome de las manos?

—No quise importunarte, quiero acariciar mis mejillas con tus manos y recoger una pestaña de tus ojos con la yema de mi dedo. Pero no tiene importancia, será en otra ocasión.

—Baltasar, desde el momento en que te conocí estoy aguantando las ganas de besarte. Quisiera pedirte que salgamos de aquí y busquemos un lugar donde nadie nos pueda ver. Espero que no pienses que estoy loca de remate, pero siento la exaltación de mi corazón y el fuego de mis labios. Nunca antes besé a un hombre, la pasión que desataste en mí me enloquece. Te invito a la biblioteca que a esta hora está medio vacía porque todos salen a merendar. Yo voy primero, vos pagá la cuenta y nos volvemos a encontrar enfrente de la estantería de libros en inglés. Creo que sos uno de los pocos lectores que visita esa área de la biblioteca. Te espero allá.

—¿No era que no me conocías? ¿Cómo sabés que leo en otro idioma? —preguntó Baltasar.

—No seas tan curioso, que la curiosidad enemistada con la verdad toma venganza soldando los labios. Si seguís preguntando cosas te vas a quedar sin mi primer beso. Te espero donde te dije.

Al llegar, Lucrecia merodeó por las instalaciones y confirmó que su suposición era cierta. El lugar estaba vacío, hasta la bibliotecaria había abandonado su puesto de trabajo para ir en búsqueda de una taza de café. La excitación del momento la hizo pensar que era cosa del destino, que todo se dispuso para su conveniencia porque lo suyo con Baltasar sería un amor aceptado por Dios. Se arrinconó en la esquina con menor luminosidad, la que estaba más alejada de la ventana. Se agazapó como quien espera a su presa y no quiere ser descubierta. Ni bien vio a Baltasar, le chistó y con sus movimientos de manos y brazos lo guió hasta donde ella lo esperaba. Lucrecia sentía como si hubiese estado allí esperando toda la vida. Baltasar se acercó tranquilo, desprovisto de exaltaciones; se desplazó complacido, seguro de sí mismo, con una serena confianza.

Baltasar, apoyado en sus artes de seducción, fue calmando los nervios de Lucrecia. Acarició suavemente su rostro asustadizo y poco a poco fue acortando la distancia que los separaba. Baltasar tomó conciencia de que, para que la ocasión primeriza no se malograse, él tenía que tomar la iniciativa. Actuó en consecuencia, se aproximó, pegando su cuerpo al de ella, y cuando sintió la temperatura y el sabor su piel la apretó con fuerza. Con manos conocedoras del arte de amar, la agarró de los brazos. Con la mano derecha la tomó por la cintura, mientras enredaba los dedos de su mano izquierda en su cabellera, atrayendo los labios de Lucrecia hacia los suyos. Lucrecia se entregó con el cuerpo tieso y los ojos cerrados. No se animaba a abrir los labios, pero Baltasar, con mordiscos pequeños e inofensivos, venció la casta resistencia.

Para Lucrecia fue un beso perpetuo, en el que, con sus labios ardientes, entregó y recibió vida. Ese contacto, sin que ella lo supiera, selló el comienzo de la pasión que iba a arder en su interior para toda su vida.

Baltasar posó sus manos en su mentón y sus mejillas. La volvió a besar con menos fuerza pero con más dulzura, y se despidió de ella diciéndole:

—Te beso en el labio de arriba que es el cielo, y en el de abajo, que es la tierra. Mi amor, me voy sin querer partir. Me marcho con tus labios en los míos. Te llevo en el aire que respiro; adiós, mi capullo de rosa.

Capítulo 6

La plenitud de una esperanza

EL MINISTRO GONZÁLEZ MIRANDA CONCURRÍA a su residencia siempre que podía para almorzar en familia. Tenía el hábito de alimentarse frugalmente, no había un menú especial para él. Con disciplina se impuso que el estómago no tomase revancha de los tiempos en los que la comida, para él, no era abundante. Levantarse de la mesa con un poco de apetito era la norma sin excepción. Al no sobrarle tiempo para el ejercicio físico diario, se mantenía en forma cuidándose en la alimentación. Cuando disponía de tiempo libre le encantaba dar caminatas con Gudrun o con su grupo de colaboradores por el Jardín Botánico. El Ministro comprendía la necesidad de una buena imagen en la era en la que los medios visuales estaban llegando para quedarse.

Terminada la comida, compartía una pequeña tertulia con Gudrun y Lucrecia; su intención más que nada era la de interiorizarse de las actividades de su hija. Finiquitado el intercambio de pareceres familiares, pasaba al cuarto de baño, se ponía el pijama y se echaba a dormir una siesta reparadora con la cual compensaba la obligación de madrugar cada mañana. Ser el primero en encontrarse cada madrugada con el Rubio constituía una señal de poder de la que solo gozaban los que se granjeaban su confianza. En una sociedad cuya cultura política estaba impregnada de valores tradicionalistas, patrimonialistas y caudillistas, la cercanía al General-presidente ubicaba a los preferidos en la cúspide del mando y de la consideración social.

La sobremesa de ese mediodía fue de lo más peculiar. Sin que nadie se lo propusiera, los tres tenían en mente conversar sobre la fiesta de debut y definir quién iba a ser el acompañante de Lucrecia en esa noche de gala. El padre preguntó cómo iban los preparativos en general, y además señaló que tenía la intención de invitar a compartir la mesa a varios miembros del gabinete, del cuerpo diplomático y de las Fuerzas Armadas. Gudrun respondió a la curiosidad de su marido con conocimiento de causa; le informó del menú, las bebidas alcohólicas y las bandejas de dulces que se servirían después del brindis.

Lucrecia empezó refiriendo las características de su vestido y las ideas originales de su peluquera. Su larga cabellera estaría sujeta en una cola de caballo, lo que permitiría lucir toda la gracia de su rostro y la desnudez de su cuello.

El padre empezó a reír y ella, con tono de enojo en la voz, le preguntó:

—¿Qué te causa tanta risa?

—Lo que son las coincidencias —contestó el padre—. Imaginate que sin hablar con vos ni con tu madre te compré un collarcito para que puedas adornar tu cuello.

Metió la mano derecha en el bolsillo interior del traje, sacó una caja larga y rectangular y la abrió ante la curiosidad indomesticable de sus dos mujeres. El estuche contenía un collar de perlas. Lucrecia no pudo contener su felicidad y saltó a los brazos de su padre, llenándolo de

besos y caricias.

—¡Te adoro! ¡Los amo por sobre todas las cosas de este mundo! —exclamó la hija.

Pasada la euforia del regalo inesperado pasaron al tema pendiente: el acompañante de Lucrecia.

—Quería contarles que hace un par de días conocí a un chico que es buenísimo y de muy buena familia. Ustedes no lo han visto porque no es del grupo de amigos que frecuenta la casa. Se trata de un muchacho culto y muy elegante. Estoy convencida de que su prestancia estará a la altura de las circunstancias.

—¿Se puede saber cómo se llama? —inquirió Gudrun.

—Su nombre es Baltasar De La Sobera. Lo conocí en el club, en mis clases de tenis.

—¿Se trata del hijo don Esteban y doña Teresa De La Sobera? ¿El poderoso ganadero con establecimientos en la región occidental y en la oriental? —indagó el padre.

—Sí, se trata de él —reconoció Lucrecia.

Algo desorientado, el padre retomó el uso de la palabra:

—Pero tengo entendido que el hijo de don Esteban no es un chico, sino más bien todo un hombre. ¡Exagerando un poco, hasta podría ser tu padre! Me parece muy mayor para vos. ¿No sería mejor para bien tuyo que debutaras con uno de tus tantos amigos? Te sobran los pretendientes. ¿Por qué un desconocido? Sé que es de una familia patricia y adinerada, pero eso no es todo en la vida, hay otras cosas a tener en cuenta también. No me agrada para nada que te acompañe un sujeto que en vez de estar cuidando a esposa e hijos debuta a la vejez viruela con mi hija. Tu decisión, mi querida nena, no es de mi agrado. ¿Qué pensás de esto, Gudrun?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —terció la madre en la conversación—. No me gusta la idea de que desconocidos te frecuenten, Lucrecia, que no lo sepamos y menos aún si son tan mayores.

—Les pido que me comprendan —intervino Lucrecia—. Baltasar De La Sobera es un poco mayor en comparación con mis otros amigos, pero eso no lo inhabilita para ser mi acompañante la noche del debut. Estuve conversando con él en varias ocasiones, y les garantizo que estamos hablando de un joven respetable con formación universitaria e ingresos propios que hoy se ocupa de atender los asuntos familiares, pues poseen un gran patrimonio y su padre y su madre gozan de reconocimiento social. ¿Qué es lo que tanto los alarma? ¿A qué tienen tanto miedo? ¿Que termine siendo novia de Baltasar? ¿Acaso ustedes no me enseñaron y me hicieron ver la conveniencia de amigarme, rodearme y esposarme, finalmente, con jóvenes de nuestra clase social? Papá, ¿cuántas veces escuché tus cuentos de los sinsabores de la pobreza, ese pasado de privaciones que te marcó la vida? Resuenan en mis oídos tus filípicas contra los amores espirituales desconocedores de los imperativos del buen vivir y del decoro social. ¿Te olvidaste acaso de las innumerables razones que desde chiquita te oí mencionar para fundamentar la necesidad de arreglar matrimonios por conveniencia? Porque, como decías, con el transcurso del tiempo se presta más atención a los hábitos de la convivencia que a las generosidades del cuerpo. Recuerdo, como si fuera ayer, cuando en una sobremesa fuiste muy lapidario con el amor incondicional. Tus palabras fueron unívocas. De acuerdo a tu reflexión, pasado el momento de la pasión y apagada la última llama del incendio, el bienestar material se convierte en la base de la paz y estabilidad familiar. Ese fue el veredicto emitido por tu razonamiento según tu leal saber y entender —Cambiando la dirección de su mirada, Lucrecia se dirigió a Gudrun—. ¡Vos, mamá, me educaste de la misma manera! Siempre indicándome con quién salir y de quién cuidarme: «¡Tené cuidado con zutano y mengano! Que sus padres se divorciaron, que se deterioró su

situación económica, que no todo lo que brilla es oro, que el padre de fulanito se enemistó con el Gobierno, que tal o cual no van a misa los domingos». Ahora resulta que me amigué con una persona fantástica, que reúne los requisitos exigidos para ser catalogado como un buen partido y ustedes están en desacuerdo. Con toda sinceridad, ¡no entiendo que está pasando por sus cabezas!

—Por favor, Lucrecia, no te ofusques —intervino Gudrun—. Buscamos lo mejor para tu bienandanza, no te queremos perjudicar. Nos llama poderosamente la atención tu decisión. Estábamos esperanzados en que eligieras a alguien de tu entorno y nos venís con la sorpresa de una persona que hasta hace poco para nosotros y para vos misma era un desconocido. Independientemente de que sea una excelente persona y con los mejores antecedentes, no podemos negar que nos sorprende.

—Está bien, basta. Acabemos con esta discusión bizantina en la que cada uno tiene una parte de la verdad. Cortemos por lo sano —sugirió el padre—. Invitá a Baltasar De La Sobera a cenar esta noche en casa. Que tu mamá prepare unos platos especiales, pero anticipale que va a ser un encuentro informal al solo efecto de conocernos. En principio, tengo una pequeña recepción en la embajada argentina y luego estaré libre. Como el Presidente no participará de la recepción, me ausentaré disimuladamente antes de que el evento termine. Le presentaré mis disculpas al embajador, el general Coglioro. Por suerte es un coctel. Lucrecia, decile a De La Sobera que lo esperamos para las ocho y media de la noche.

Acto seguido, Lucrecia subió corriendo a la habitación y llamó por teléfono a Baltasar para comunicarle que sus padres querían conocerlo y que, para ese efecto, estaba invitado a compartir con ellos la cena de esa noche.

—¡Será informal! —dijo ella.

También le advirtió que no se sonrojara ni se quebrantara si el padre hacía preguntas indiscretas o si su madre lo escrutaba con la mirada.

El joven se atavió de tal manera que podía dar garantía de su origen social y, con antelación, partió hacia la casa de Lucrecia. Quería demostrar su formalidad llegando puntualmente. Para no ser considerado un confianzudo, prefirió estacionar su coche Toyota Célica color azul modelo 1979 en la vereda de enfrente.

A la hora prevista el joven se hizo anunciar a través de los guardias de la casa. Por el teléfono que comunicaba a la seguridad con el interior de la vivienda, los policías solicitaron la autorización para dejarlo pasar. Concedido el permiso, Baltasar caminó maquinalmente, como distraído, hacia la puerta de entrada, que estaba antecedida por unas gradas de tres escalones y dos columnas laterales que hacían de soporte al techo que cubría el zaguán. Los portones de entrada quedaban a veinte metros de la construcción de la casa, unidos por un camino asfaltado en semicírculo, donde bajaban desde sus autos los invitados cuando había una recepción.

Vestido elegantemente, Baltasar, de 1,83 de altura, acudió a la cita con un traje oscuro, camisa blanca, gemelos platinados, corbata color salmón, zapatos italianos acordonados y puntiagudos. Su Rólex de platino hacía buena combinación con los gemelos y con el prendedor del mismo material que sujetaba la corbata. Su cabellera larga y engominada estaba peinada hacia atrás, lo que permitía que sus ojos azules, labios finos con dentadura blanca, piel transparente, frente ancha, cejas de rubia vellosidad, nariz recta y delgada, que guardaba proporción con la longitud de su tamaño corporal, terminaran configurando la imagen de un hombre agraciado y con gallardía. La barba tupida y cerrada, pero afeitada al ras, denotaba una personalidad de carácter. Para esa cena su rostro tenía que estar radiante y despierto, lleno de vida. Tenía que dejar en los

tres huéspedes la impresión de ser un joven atractivo, esbelto y elegante; en su prestancia debía reflejarse su tradición familiar. Baltasar ya se había ganado el corazón de Lucrecia; el próximo paso consistía en ganar la confianza de los padres. Una conquista a través de la seducción para que, lo antes posible, lo considerasen el hijo que nunca tuvieron.

Lucrecia lo estaba esperando en el umbral de la puerta. Ni bien estuvieron próximos, él la saludó con dos besos en las mejillas. Inmediatamente, ella lo piropeó:

—Con esa elegancia superás a Dorian Gray.

Luego de ser homenajeado por su anfitriona, le contestó con una pregunta cargada de ironía:

—¡No sabía que leías literatura prohibida para menores de edad!

Susurrándole al oído, ella ironizó:

—No lo leí, está en la biblioteca. Solo sé que la trama de la novela refiere la vida interior de un joven que se parece a Adonis. ¡Bello como vos!

—Muy simpática la niña —acotó Baltasar mientras se acercaban a los padres, que se pararon para darle el saludo de bienvenida.

Cuidando todos los detalles protocolares, Baltasar saludó a Gudrun con un movimiento de cabeza y con un gentil y suave apretón de manos. Acto seguido, giró hacia la derecha y en forma más erguida tomó la diestra del padre, la apretó con fuerza y lo saludó diciendo:

—¿Cómo le va, señor ministro? Soy el licenciado Baltasar De La Sobera. ¡Es un honor conocerlo!

—El honor es mío, señor De La Sobera. Tome asiento, por favor —sugirió el dueño de casa.

—Nuestra pequeña nos ha hablado mucho de usted —intervino Gudrun— y lo ha hecho en términos muy elogiosos. Nos ha comentado su sensibilidad por la literatura, su educación en el extranjero y obviamente acerca de su familia, con la cual no tenemos un trato muy frecuente, pero mi marido se encuentra a menudo con su padre, creo que en las reuniones de la Asociación Rural. ¿No es así, Octavio?

—Sí, cariño —confirmó el marido—. Con el padre del joven nos hemos encontrado en varios sitios. El señor Esteban De La Sobera es colaborador del Gobierno y amigo personal del general Stroessner. El Presidente le tiene gran estima. Es un ganadero estoico, jamás se quejó cuando surgió el problema de la aftosa, todo lo contrario, se esmera en traer soluciones. Repite en forma altiva la frase del General según la cual: «Los problemas están para ser resueltos». Es un hombre íntegro, un gran nacionalista, coherente entre lo que proclama y lo que lleva a la práctica. Nosotros jamás ponemos en entredicho su compromiso con las obras del Gobierno. Su padre, licenciado, es un trabajador ejemplar. Siempre tiene las antenas prendidas por si llegasen a haber movimientos agraristas subversivos dentro de las poblaciones del campo. Nunca falta alguien que les llene la cabeza de pájaros y los quiera organizar para protestar y levantarse contra el Gobierno. Estos intentos de movilización campesina son de carácter político, no tienen nada que ver con las necesidades de la población rural. Estos impostores, que se hacen llamar «dirigentes sociales», usan a nuestra gente como carne de cañón, reciben dinero de afuera, viven como burgueses y cuando las papas queman son los primeros en huir y dejar a los campesinos engañados a su suerte. Cuando se quiere subvertir el orden público corresponde que el gobierno salga a poner los puntos sobre las íes. Demás está decir que su padre es un verdadero patriota que se ha granjeado ya el respeto y la consideración de todos los miembros del gabinete nacional. Como usted sabrá, todo lo que las empresas de su familia ganan, lo reinvierten en el país. El Presidente detesta a aquellos que hacen dinero en el Paraguay y no comprometen sus ganancias aquí. Por favor, esta noche o mañana, cuando vea a su padre, dele mis saludos y respetos.

Aunque no somos de estar en contacto todos los días, nos consideramos amigos. No obstante, si mal no recuerdo, por lo menos mantenemos conversaciones un par de veces al mes.

—¡Cómo no! Así lo haré. Me imagino que lo encontraré a la hora del almuerzo, ya que se acuesta muy temprano de noche y tiene la costumbre de madrugar. Cuando termina su desayuno, alrededor de las seis y media, el chofer lo lleva a las oficinas de la empresa. Estoy seguro de que se pondrá muy contento cuando le informe de nuestro encuentro. Él y mi madre quieren que me vaya arraigando en el país, aunque después de haber vivido tanto tiempo fuera no es tan fácil como parece.

—Muy bien, tomemos asiento. ¿Qué quiere beber? —preguntó el dueño de casa.

—Lo que usted tome, lo que le plazca. Lo acompaño con lo que sea —aceptó Baltasar.

—La verdad es que no bebo mucho y menos aún entre semana.

Dirigiéndose a Lucrecia le solicitó que le pida al mozo que traiga dos *whiskies* con hielo, agua gasificada y los aperitivos que preparó su madre. Mencionó la no conveniencia de beber con el estómago vacío.

—Baltasar, yo quisiera saber sus intenciones —dijo directamente el Ministro para marcar el inicio y señalar el sentido de la conversación.

—La verdad es que días atrás tuve el placer de conocer a Lucrecia en el Centenario. Entablamos una relación de amigos y ella me preguntó si podía acompañarla y ser su pareja en la fiesta de primavera venidera. Accedí a su pedido de contar con su consentimiento, Ministro. Soy respetuoso del orden familiar y muy consciente de su gravitación política, no tengo la intención de incomodar ni causar ningún tipo de problema, hay sinceridad en mis sentimientos hacia su hija —dijo muy tranquilo Baltasar.

—Se lo escucha muy seguro de lo que dice y de su manera de actuar. Su proceder demuestra los blasones que engalanan su apellido, se nota que tuvo cuna y una buena escuela en su casa paterna. Me tranquiliza y enorgullece que nuestra única hija escoja amistades como la suya, gente de buena familia con arraigo, tradición y que no esté enemistadas con las autoridades nacionales. Sería de muy mal gusto y constituiría toda una ofensa contra el Presidente que nuestra hija adorada anduviera con jóvenes cuyos progenitores no comulgan con los valores patrióticos del Gobierno nacional —afirmó con énfasis el dueño de casa.

—Entonces, si no entiendo mal, señor Ministro, ¿a usted no le disgusta, ni se opone a que frecuente su casa y consolide una amistad sana y respetuosa con Lucrecia? —inquirió con énfasis Baltasar.

—En lo más mínimo —acotó comedidamente el padre—, siempre y cuando se respeten las reglas y las costumbres de nuestra familia. No me digas ministro, mi nombre es Octavio. Me gustaría que te dirijas a mí por mi nombre de pila. En esta casa acostumbramos tener un trato familiar con las amistades de Lucrecia.

—Como no, don Octavio —dijo con entusiasmo Baltasar, y agregó—: no se preocupe respecto a mí, mis padres me enseñaron a ser un centinela de los valores de la tradición familiar. Le prometo que nunca defraudaré la confianza de la que ustedes me hacen depositario, acataré, como me instruyeron, todas las normas de urbanidad. Lucrecia es una señorita y yo seré su ángel de la guarda. No le quepa la menor duda de que me han enseñado a ser obediente cuando se trata de respetar los usos y costumbres de un hogar ajeno.

—Bueno, parece que nos vamos a entender —dijo don Octavio, expresando su complacencia por haber recibido más de lo que esperaba—, pero, si no te molesta y sin ánimo de ofenderte, quisiera pedirte un favor. Espero que no me lo tomes a mal y menos aún que pienses que te estoy

faltando el respeto. Es algo que no tiene que ver con una cuestión intrínseca a tu persona, sino con tu aspecto exterior.

El Ministro, un versado maniobrero, consideró pertinente aprovechar la ocasión para requerir lo que en otro momento podía ser estimado como inoportuno. Carraspeó la garganta y continuó diciendo:

—Quizás sea de tu conocimiento que al General no le gustan los sujetos que llevan pelo largo. Él cree que los hombres, cuando no tienen el pelo corto y bien peinado, carecen de rasgos masculinos. La cabellera de un individuo que cubre y sobrepasa el cuello es una señal que caracteriza a los afeminados. Por demás, la melena espesa y desaliñada denota una inclinación hacia las ideologías de izquierda, como así también ausencia de higiene diaria. No hay peor cosa en un opositor que la pérdida de la noción de su aseo personal. El Presidente toma muy en serio el aspecto físico de las personas. Al inicio de los setenta ordenó la llamada Operación Tijera, que supuso cortar el cabello de los jóvenes que tenían pelambres. Todos los peludos que vagabundeaban por ahí fueron peluqueados y recuperaron con la rapada de sus cabelleras sus rasgos varoniles. La buena presencia ha de estar en armonía con nuestro interior; de no ser así, significa que algo hace cortocircuito en alguna dependencia del cerebro. Por estas razones te ruego que te cortes el pelo. Conforme a lo que te dije, espero lo hagas antes de la fiesta del debut, porque, como te podés imaginar, Baltasar, voy a informar al Presidente que vas a empezar a visitar a Lucrecia. Es un acto de lealtad que le comunique al presidente que mi heredera tiene un pretendiente. Estoy seguro de que la noticia será considerada como una buena nueva, mi General siempre curiosea sobre los asuntos privados de sus principales colaboradores. ¡Es increíble, al señor no se le escapa el más mínimo detalle! Se contentará al enterarse de que el hijo de un amigo suyo es el candidato de mi hija. ¡Bueno, Baltasar, creo que ya es hora de que pasemos a la mesa! ¿Me imagino que ustedes estarán de acuerdo? Siento que esta noche es el inicio de muchas cosas promisorias para mi familia, sugiero que brindemos después de cenar. La ocasión justifica que este primer encuentro lo coronemos con un brindis. Gudrun, mi cielo, ordena que pongan a enfriar una botella de champán.

—Si me permite, don Octavio —dijo Baltasar.

—¡Cómo no! ¿Qué te inquieta, Baltasar? —preguntó sorprendido don Octavio.

—Quiero comunicarle mi decisión de ir mañana a la peluquería para cumplir con su solicitud. Y le pido, aunque no soy político ni me interesa la política, presentar mi saludo y respeto al señor Presidente. Corresponde que vaya a saludarlo, quiero conocerlo. Pienso que ha hecho mucho por nuestro país. Cuando usted lo decida, don Octavio, estoy a su disposición.

—Me parece una buena idea. Al presidente le agradan estas cosas. Él es nuestro Único Líder, no solamente porque conduce los destinos del país, sino también por preocuparse e interiorizarse acerca de nuestras vidas. Su liderazgo tiene un estilo paternal, él es testigo de honor en los matrimonios de los hijos de sus colaboradores, está presente en la inauguración de los emprendimientos económicos de los partidarios y de los amigos y nunca deja de atender los requerimientos de orden familiar que se le presentan. ¿Qué Presidente se ocupa de lidiar con los problemas particulares de los demás? Él se preocupa por nuestro bienestar. Tu sugerencia es muy buena, Baltasar. Es mejor que nosotros tomemos la iniciativa, porque de otro modo él puede recelar. No hay mejor cosa para Stroessner que mostrar todos las cartas sobre la mesa. Como hombre sabio, es suspicaz y está siempre atento. De más está decirte lo implacable que es con los que cometen el más ruin de todos los pecados políticos, el de la perfidia.

La velada entre los González Miranda y Baltasar transcurrió como si los comensales se

conocieran desde siempre. Los platos preparados por Gudrun fueron bien degustados y, sin ningún tipo de complejo, repetidos por Baltasar. A pesar de que la conversación giró en torno a superficialidades y temas baladíes, se percibía un ambiente de compenetración afectiva. Los presentes se sentían tan satisfechos que la jornada duró más de lo previsto. La alegría de los cuatro era inmensa. Esa noche el refinado y apuesto joven se ganó la confianza del padre y la aceptación de la madre. Baltasar terminó siendo integrado a la familia como un miembro esperado desde hacía tiempo.

Terminaron con la sobremesa, y se despidieron cuando notaron que la jornada se había alargado de más. Al día siguiente el Ministro debía madrugar. Baltasar saludó con un caluroso abrazo al padre y, en un gesto de caballero, le besó la mano a la madre. Lucrecia lo acompañó hasta la calle. Cuando llegó el momento de la despedida, Baltasar, ofreciéndole la mejilla izquierda, le solicitó que se acercara y le diera un beso. Al dárselo, él giró la cabeza, lo que a la postre resultó en un beso en los labios. Ella se sonrojó y le reclamó su picardía con la voz extenuada de quien acaba de sentir una intensa emoción.

Se dijeron adiós con la promesa de encontrarse al día siguiente. El club se convertiría en un lugar en común, propiedad exclusiva de los dos. La hora no fue convenida, pero era la habitual. Después de la clase de tenis se encontrarían en la cafetería.

Los padres, a su vez, mantuvieron una conversación antes de dormir.

—Gudrun, me cayó muy bien el joven —dijo Octavio entre bostezo y bostezo, con la voz cansada—. Me da la impresión de que es un buen candidato para Lucrecia a pesar de la edad. Como se dice: «El corazón tiene razones que la razón no entiende».

—Seguramente —comentó Gudrun—, pero es un candidato que le garantiza a Lucrecia seguridad económica y ascenso social. La diferencia de edad es una ventaja para nuestra hija, ella va poder imponer siempre el ímpetu de su juventud. Aún más a favor de ella, se sabe que los hombres en la vejez faltan a su fidelidad marital, de grandes les da por hacerse de los viejos verdes. No todos son buenos maridos como vos.

—Puede ser que tengas razón. Las madres reparan en más cosas que los padres cuando se trata de resguardar los intereses de sus hijas. Este muchacho me da seguridad, por lo menos podemos estar tranquilos, parece que no quiere jugar con nuestra hija. A su edad ya se llega cansado al matrimonio y espero que no la haga esperar mucho. Me parece que ni bien termine el colegio deberíamos empezar a preparar la boda.

—Vayamos con calma. Conozcámoslo un poco más. No sé por qué me parece que hay algo en la vida del muchacho que no me cierra —dijo Gudrun con voz inaudible.

CAPÍTULO 7

El engaño ideológico

REPITIENDO UN RITO INVARIABLE, EL MINISTRO despertó de madrugada y acudió a la cita con la que daba inicio a sus labores diarias y de gobierno. Desde temprano recibía toda la información política transcendente y las novedades concernientes a los temas de seguridad. Ese día se levantó con la despreocupación que sienten los padres cuando creen que sus hijos están encaminados hacia la prosperidad. Se decía a sí mismo que había logrado aventajar a la vida. Gozaba de muy buena salud, su cuerpo estaba lejos de la decrepitud, en su cabellera no se divisaba ni una cana o marcas de calvicie y cuando estaba parado de perfil no tenía ningún asomo de panza. En las ocasiones en que vestía de *sport* o con camisas de manga corta, se podía observar su notable musculatura. A sus cincuenta y dos años tenía muy buen estado. Tenía garantizada su situación económica con los bienes que había acumulado en el transcurso de su vida pública. En sus pláticas con Gudrun confesaba sus temores, rememoraba sus años de precariedad económica y refería su decisión de no retroceder en sus mejoras materiales. Afirmaba con vehemencia: «¡Pobre, nunca más!» Su intuición lo llevaba a mantener bajo vigilancia a las personas del entorno presidencial. Presentía que desarrollaban un complejo de inferioridad frente al brillo de su personalidad. El Ministro avizoraba un futuro político en ascenso, su meta incluía la cúspide del poder. Creía que la vida era como una escalera que, peldaño tras peldaño, permitiría ir más arriba y que el éxito de sus proyectos dependía de la inteligencia de saber administrar la estima del presidente y de sus destrezas acrobáticas. Embebido en sus ambiciones, no calculaba que más se empecina el camino en hacer tropezar al transeúnte en el último metro, cuando el instante dura un suspiro.

Su convencimiento tenía que ver con su intuición mesiánica de que él iba a ser el elegido para resolver la deficiencia inherente a los regímenes personalistas: encontrar un sucesor. Su idea de la transición consistía en desatar y no en cortar el nudo gordiano de la coalición gobernante. No había que recurrir a la fuerza, no había que pretender destruir las estructuras que no se pueden sustituir; la alianza de los grupos de poder se debía someter a una cirugía plástica. Sería imprudente una intervención mayor que demandara una nueva ingeniería política para el país. La gobernabilidad, desde su óptica, consistía en dejar satisfechos a los integrantes de la coalición autoritaria. El acto de justicia consistía en dar a cada uno lo suyo. Solamente podían ser beneficiarios del nuevo orden político los que tuvieran capacidad de perturbar, de socavar las bases de la estabilidad o de imponer su veto. Según el Ministro, la política suponía direccionar las relaciones fácticas de poder y no amoldar la realidad a los criterios normativos elaborados a partir de la racionalidad del deber ser. Su concepción incluía hacer las movidas desde arriba para abajo, sin violencia. En el fondo, el plan consistía en volver la hoja atrás para no cambiar nada. En un «pueblo de sumisos» y con las clases hegemónicas involucradas en tanta venalidad, era de

suicidas otorgar la libertad que no se demandaba y menos aún de la que no se era merecedor. El desafío para conquistar el éxito político residía en saber manejar las leyes del *ñembotavy*, del *tova mokõi*, del *mbarete*, del *pokarẽ* y del *oparei*, y no en cumplir las recomendaciones de «las sagradas escrituras» o «los clásicos». Una comunidad que sobrellevó periodos prolongados de despotismos y una hecatombe heredaba de su pasado una carga partidaria de actitudes autoritarias, prácticas desapegadas de la legalidad y costumbres que lesionaban los presupuestos de una sociedad que quería encauzarse en un proceso de desarrollo institucional. La conjunción de estos elementos influenciaba en la conformación de una conciencia individual más aficionada a burlar que a honrar las instituciones. Las sociedades con este trasfondo cultural enfervorizaban las voluntades que abusaban de la prerrogativa de Dostoievski, según la cual: «Mentir es el único privilegio del hombre frente a las instituciones». Su visión de la transición se enmarcaba en el gatopardismo más cínico.

Para el Ministro la historia nacional tenía muy pocos episodios de lucha emancipadora y librepensadora. Él concebía la historia paraguaya como la de un pueblo que moría por defender la independencia nacional, pero que no disputaba sus derechos de ciudadanía. La historia, que para él se reducía a la descripción de los enfrentamientos militares y de la encarnizada lucha por el poder, configuraba un escenario en el que los políticos malbarataban el tiempo entre intrigas, actitudes camaleónicas, conspiraciones y puñaladas por las espaldas. De ahí que era preferible encanallar que ciudadanizar los núcleos del poder.

En su visión de las cosas, el General-presidente irrumpió en la escena política para poner punto final a un estilo según el cual el quehacer de los actores estaba circunscripto a la demostración de su sagacidad y audacia a la hora de pugnar y de repartir los beneficios del poder. Las cúpulas partidarias actuaban endogámicamente y estaban ensoberbecidas. Siempre se mostraron indiferentes e incapaces de solucionar los problemas nacionales trascendentales. Con Stroessner caducó el ejercicio de la política hecha a base de maniobras, pactos ocultos, paranoias, traiciones, cálculos egoístas, hipocresía absurda y cualquier otra clase de treta escabrosa. La política que notoriamente demostraba ser desenvuelta a la hechura de los intereses particulares llegó al acabose. De todas formas, el Ministro creía que lo nacional absorbía y obstruía el concepto de ciudadanía. En el espíritu nacional la libertad era tributaria de la identidad colectiva. Su inteligencia era tan retorcida e intelectualmente tan deshonesta, que entendía que la manipulación y el engrandecimiento falaz de los héroes nacionales formaba parte de la leyenda de hacer creer a los pueblos lo que es útil para acabar con la libertad.

Distinguía con la precisión que subrayan los matices las técnicas utilizadas para acceder a y mantenerse en el poder. Se debía ofertar un futuro mejor y, para permanecer, recurrir a la herramienta de la historia. Fabular para instrumentalizar el pasado, era el mito contra lo verdadero. En la historia, como en la literatura, la realidad debía ponerse al servicio de la ficción. Eran las doctrinas las que no dejaban que la narración de la historia fuera atravesada por la realidad. No había mayor objetividad histórica que reconocer la necesidad de restringir el ejercicio de los derechos individuales, lo particular se sacrificaba en función de lo colectivo.

La habilidad del buen gobierno consistía en descifrar lo que complacía a las masas, lo que deseaban escuchar. Comprendía que la interpretación simplona del nacionalismo y su predicamento barroco trasformaba el afán que había en el alma humana de destrucción e intolerancia en inextinguible. El Ministro sabía con certeza las consecuencias del dogmatismo ideológico, la ideologización era necesaria para excluir y perseguir. El credo integraba una variedad de verdades inapelables, comunes y arraigadas en la comunidad, equivalentes a un

cendal a través del cual los hombres miraban la realidad de manera distorsionada. Aplicaba puntillosamente la advertencia de Orwell: «El lenguaje político está diseñado para hacer que las mentiras suenen a verdades y que sea estimable el crimen».

Su cinismo intelectual le permitía entrever que el nacionalismo exacerbado no apreciaba los principios de los derechos humanos, para los que matar a un hombre nunca sería defender una doctrina, sino silenciar una vida. La manipulación ideológica debía asegurar que ni remotamente las corrientes nacionalistas fueran conceptualizadas como un callejón sin salida. Se justificaba moralmente porque concebía que con esas tergiversaciones falsificadoras de la historia y esos artilugios políticos, retóricos e ideológicos estaba haciendo patria en una sociedad que nunca se sometió a un proceso interno de ilustración social, cultural e institucional.

En sus razonamientos se cuestionaba si la democracia era un privilegio exclusivo de las sociedades desarrolladas o si constituía una forma de vida pública susceptible de universalizarse. Si no estaban dados los presupuestos para una democracia plena, había que relativizar la vigencia de los valores universales contrastándolos con el relativismo histórico situacional. En última instancia los otros países de la región «adoptaron pero no adaptaron» las instituciones del constitucionalismo liberal.

Para él, la sangre regada en peleas fratricidas o la derramada en guerras genocidas no sería material útil para el aprendizaje colectivo y afectuoso de los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad. En los momentos dedicados a planificar su accionar se decía a sí mismo que el sufrimiento era insuficiente para que los pueblos desarrollaran la lógica del accionar colectivo. La enseñanza de la convivencia superior, o sea, la virtud democrática, seguía siendo un misterio impenetrable para la razón humana.

El Ministro arribó a la residencia presidencial con el convencimiento de que la vida le sonreía. Confiaba en que todo saldría según lo planificado. El noviazgo de su hija era la confirmación del reconocimiento a su meteórica carrera. Su euforia lo embriagaba tanto que su vanidad no le permitía imaginar la vulnerabilidad de la vida ante fuerzas extrañas. Al llegar a los aposentos del General-presidente su figura encarnaba la de una persona ensimismada y exaltada. Pero el Ministro sabía muy bien que la cercanía al General-presidente exigía el alejamiento del mundo del ensueño y el aterrizaje forzoso en la pedestre realidad.

Se adentró en la morada y se hizo anunciar por el mayordomo. Y mientras transcurría la espera, repasaba en su memoria la coyuntura favorable que vivía el país. Era el año 1979 y la economía arrojaba cifras de crecimiento inusitadas en la gestión macroeconómica nacional. La construcción de la Itaipú Binacional se realizaba a pasos agigantados y de manera acelerada. Lo sorprendía la sagacidad del Presidente, quien siempre consideró al Brasil un socio más confiable y con mayor capacidad ejecutiva que la Argentina.

Reconocía las particularidades económicas que traían consigo el represamiento de las aguas del Paraná y la consecuente construcción de la represa hidroeléctrica más grande del planeta. Entendía el impacto modernizador de la obra y el efecto político de otorgar continuidad al régimen. Había dinero para repartir, contratos de obras públicas para distribuir, favores para corresponder a los amigos y canonjías para adormecer conciencias y acallar a las voces disidentes. Como nunca en la historia local, se contó con dinero que no provenía de las arcas públicas, sino de fuentes paralelas vinculadas a la realización de la gran hidroeléctrica.

El Paraguay vivía un período de pujanza económica y movilidad social. Apareció en escena la clase de los «nuevos ricos», quienes construían viviendas que eran réplicas de las mansiones de barrios exclusivos de las sociedades desarrolladas, y el parque automotor se llenaba de máquinas

lujosas y de último modelo. Se estrenaron boliches nocturnos, surgió la noche asuncena.

Se dinamizó la triangulación comercial vía puerto Presidente Stroessner. Aumentó la presencia de inmigrantes brasileños, lo que aceleró el proceso de mecanización de la agricultura. Los bosques nativos, que en ese entonces abarcaban seis millones de hectáreas, fueron objeto de agresión y tala masiva en nombre de las necesidades económicas y de la ampliación de la frontera agrícola. Los organismos multilaterales de crédito se sorprendían de la estabilidad del guaraní, que, debido a su fortaleza con respecto a otras monedas, era denominado el *dólar'i* (dólar pequeño). La moneda local fuerte estimulaba la importación de bienes suntuarios y la compra de propiedades inmobiliarias en Miami, Camboriú, Florianópolis, Mar del Plata y Punta del Este. Era imposible un escenario mejor que ese para gobernar. Por fin el Paraguay accedía a una etapa superior a lo largo de su evolución histórica. El país progresaba y la calma social tenía renombre adentro y afuera. Los contrincantes estaban amordazados; la intención de la «democracia sin comunismo» era suprimir a la oposición. El plan gubernamental residía en acceder a un escenario sin los matices de la pluralidad política. El Ministro estaba convencido de lo fecunda que podía ser la utopía para nutrir de argumentos trillados a los aparatos ideológicos del Estado. El discurso político sostenía que estaban acariciando la edad de oro. La utopía tendía al afianzamiento de lo homogéneo, de lo típico, de la repetición y de la ortodoxia. Era un modelo social que recluía al individuo a lo periférico. Ser diferente implicaba indecencia.

En las elecciones de 1978 Stroessner obtuvo 905.461 votos, aventajando mucho a su primer contrincante, quien alcanzó 54.984. El tercer candidato terminó con 37.059 boletas depositadas a su favor. El resultado de las compulsas electorales, en las que no se respetaba el principio de igualdad ni tampoco la libertad de los competidores delataba una visión ideológica que sustituía la variedad por la unanimidad, la construcción del consenso por la imposición de la verdad.

El Ministro estaba convencido de que la democracia perfecta debía abolir la diversidad cultural, política y social. La dominación hegemónica excluía y pretendía diluir la voluntad singular en un todo. Sin excepción, todos identificados y abroquelados alrededor de un líder, un partido y un concepto unívoco de un nacionalismo agresivo en lo doméstico. Se debía auscultar y descubrir en cada paraje patrio al enemigo interior. En esta lógica la amenaza externa era sustituida por el reto que significaba la existencia de disidentes con actitudes hostiles al régimen. El saber gubernamental envolvía un proyecto de progreso inspirado en los valores telúricos.

Además, la indolencia de la cartilaginosa sociedad civil ayudaba a configurar una colectividad que era más resignada que costumbrista. El comportamiento de la sociedad en relación al Estado demostraba que la llegada al poder del General-presidente no interrumpió proceso alguno de expansión de los derechos de ciudadanía o de agitación social ni luchas reivindicativas. El régimen político era la expresión de una conciencia individual más proclive a la sujeción que a la autoafirmación personal. La conducta de las instituciones comportaba el reflejo maquinal de las asimetrías sociales, eran hijas bastardas del poder.

El Ministro estaba convencido de que las hipótesis de la antropología negadora de la perfectibilidad del género humano quedaban confirmadas con la facilidad que demostraba un sector más que considerable de paraguayos al desembarazarse con soltura de la libertad y enajenar sin decoro sus derechos a cambio de orden y seguridad.

Terminó súbitamente su análisis de la contingencia y sus meditaciones filosóficas en el instante en que vio bajo el marco de la puerta al General, quien, con un ademán de la mano derecha y con voz apenas perceptible, le ordenó que se acercase para iniciar las labores de ese día. Después de finalizar con el parte, el Ministro guardó silencio esperando las instrucciones

para la jornada de ese día. Era fácil imaginar el contenido de la conversación de esa mañana, pues últimamente el transcurrir de los acontecimientos se acomodaba al formato de lo pronosticado y el Ministro captaba los momentos apropiados para hablar de bagatelas, de asuntos de gobierno o de cuestiones familiares, respetando siempre los límites impuestos por el General.

El Rubio aprovechaba los encuentros con el Ministro para distenderse y olvidarse por un momento de la pesada carga que significaba gobernar. La ceremonia cotidiana del ejercicio del poder le estaba consumiendo energía y no le sobraba tiempo para hacer las cosas que le gustaban, como, por ejemplo, sostener una plática sobre temas de su agrado y necesarios para la buena conducción de los asuntos relacionados con la alta política. Él mismo se reprochaba que el día a día de los asuntos de Estado le impidiera pasar revista e inventariar los detalles de la ejecución de las actividades gubernamentales desde una visión estratégica. Y aunque esa mañana tenía que recibir al cuerpo diplomático y despachar varias cuestiones con otros integrantes de su gabinete, quería interiorizarse de los recovecos de la privacidad del hombre civil más importante de su equipo de gobierno.

Luego de tantos y tan buenos servicios prestados, el Ministro se había hecho merecedor de su confianza y su aprecio, sentimientos que se cuidaba de demostrar. La familiaridad entre el jefe y los subalternos debía administrarse cuidadosamente. Sobrepasar la línea que separa el secretismo de lo notorio suponía invadir el espacio reservado a los enigmas dando pie a las especulaciones que alimentan los aspectos misteriosos de la mitología del poder.

—¡Muy bien señor Ministro! Veo que las cosas van saliendo según lo previsto, nuestra paz es como la *Pax Romana*, hay orden y progreso, nuestro esfuerzo logró la pacificación nacional. Un periodo de gobierno largo sienta las bases para edificar el futuro y acaba con los enfrentamientos fratricidas. Es por ello que aliento a eliminar los elementos que descomponen la armonía del cuerpo social. Hay que abolir lo que corroe y divide. Debemos avivar lo que nos une, ya se trate del folclore o de los éxitos deportivos, que, como sabemos, bien manipulados dejan un gran rédito político. Su idea de que la mayoría es poseedora de la verdad es incuestionable e inapelable, pero además acertada y oportuna en todas las coyunturas; eso es válido en todo periodo histórico. Los pocos disidentes que sobran, a los que les regalamos un puñado de votos en cada elección, deben entender que las elecciones, más que legitimar, refrendan nuestra misión al frente de la Nación. Justificamos nuestra permanencia en el poder con las obras de infraestructura y progreso; las faenas de gobierno se realizan día tras día, las urnas hablan cada cinco años. Con el voto obtenemos la razón, el pueblo convalida nuestro compromiso y las elecciones avalan nuestra manera de gobernar. Los resultados electorales confirman un proceder que se compadece con la verdad histórica. Las votaciones certifican que estamos en posesión de la verdad. Ministro —dijo el General-presidente como queriendo concluir y redondear su alocución—, sin apelar a ninguna artimaña que tenga un tufillo de cinismo, le confirmo que con la verdad no se gobierna. Ella sirve solo para justificar el ejercicio del poder. Las leyes que ordenan el mundo de la política no se ajustan a ninguna verdad revelada, sino que se rigen por la voluntad de los fuertes sobre la de los débiles. En términos analógicos se puede asemejar el líder a un superhombre que dirige, y el pueblo al rebaño de ovejas que obedece.

—Está usted en lo cierto, señor Presidente —asintió el Ministro, y continuó diciendo—, me sorprende su manera de concebir las cuestiones de Estado. Para nuestra democracia sin comunismo es más importante la acción de gobernar y que la mayoría nos respalde y acompañe en las labores gubernamentales. Los que se rasgan las vestiduras por hipotéticas deficiencias en la legitimación de origen no valoran ni dimensionan que el gobierno verdaderamente legítimo es

el que trae pan, paz, caminos y trabajo. El filósofo español Ortega y Gasset, liberal y masón, afirmaba equivocadamente que: «La salud de la democracia, cualquiera sea su tipo y su grado, depende de un mísero detalle técnico: el procedimiento electoral». Su libertinaje filosófico no le permitía distinguir que lo formal es la antípoda de lo sustancial en el proceso histórico. La democracia material va a tener siempre legitimidad histórica, la formalidad en aquella cumple la función de oropel. En política hay que saber diferenciar lo ornamental de lo esencial. ¿Acaso no constituye un engaño al pueblo la realización de procesos electorales que tienen como resultado una determinada mayoría y que, ni bien arriban al Palacio de Gobierno, se muestran incapaces de crear las bases para empezar a mandar? Si no me equivoco, fueron depuestos más de una decena gobernantes civiles: Arturo Frondizi, Arturo Illia e Isabelita en la Argentina, Jânio Quadros y João Goulart en Brasil, Salvador Allende en Chile, Fernando Belaunde en Perú, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo en Bolivia, Juan Bosch en República Dominicana, Bordaberry en Uruguay, Velasco Ibarra en Ecuador, entre otros. Y si bien estos presidentes surgieron de elecciones realizadas en un ambiente de polarización, había libertad e igualdad de condiciones. El electoralismo demagógico y radicalizado ha sido incapaz e insuficiente para que estos líderes pudieran imponer su autoridad. Como usted sabe, mi General, cuando impera la anarquía se proclama públicamente el derecho a la injusticia. Sin embargo, nuestra democracia es vigorosa porque cuenta con un gobernante poderoso. Se percibe que nada ni nadie obstruye el funcionamiento del Gobierno y, prospectivamente hablando, en el futuro se avizora un legado de grandeza para la Nación, marcando un rumbo para el pueblo. Este ambiente de paz y progreso es inaudito en nuestra historia. A eso se debe que los historiadores contemporáneos lo denominen «la segunda reconstrucción». Los colorados siempre trajimos progreso al Paraguay. No hay que olvidar que la «primera reconstrucción» de 1878 a 1904 fue impulsada y conducida por el centauro de Ybicuí, el general Bernardino Caballero. Consagrado héroe en el campo de batalla, al terminar el genocidio contra el Paraguay dedicó su vida a labrar la independencia, estabilizar las instituciones y sentar las bases para nuestra casi inexistente economía. La guerra grande diezmó al Paraguay, nos dejó exhaustos, al borde de la extinción. Fuimos los colorados los que pusimos de pie a este país. Algunos, en especial los legionarios, llegaron a pensar y a actuar en consecuencia. Resueltamente pedían que nos borraran del mapa; para los entregados, el Paraguay debía desaparecer. De nuevo en la patria la historia coincide con nuestro desarrollo y progreso. Usted repite siempre y nos recuerda en cada momento que «obras son amores». No hay nada que rectificar, el proceso está enrumbado. Su liderazgo es esclarecedor, la mejor forma de servir a la patria es ejecutando sus órdenes. Tenemos al conductor; los que estamos detrás debemos obedecer. La lógica evolucionista de su mano nos llevará a un estadio superior. Nos aguarda el porvenir.

—Lo veo bien, Ministro. Usted es un hombre trabajador, un colaborador fiel y eficiente. Está bien casado, su familia constituida y tiene una hija hermosa. ¿Cuál es la gracia de su niña?

—Lucrecia, mi General. Vivo para ella, es la luz de mis ojos —repuso el Ministro.

—Pero es un nombre inusual en estos lares —comentó el General.

—Sí, señor, es un nombre que proviene del latín y significa «aquella que gana». Ella será una triunfadora y no sufrirá todo lo que yo padecí en mi infancia y mocedad. Lo tiene todo, belleza, inteligencia y buena posición gracias a usted, mi General. Usted sabe que lo considero como a un padre, el que nunca tuve. Por esas casualidades de la vida quería referirle y actualizarlo sobre mi situación familiar.

—¿No me diga que se va a divorciar a esta altura del campeonato? —inquirió sonriendo el

General-presidente.

—No, mi General —respondió el Ministro—. Mi matrimonio es estable. Se trata de Lucrecia. Si me lo permite, quiero comentarle su situación sentimental.

—Cómo no, proceda, señor Ministro —dijo el General-presidente.

El Ministro inhaló aire como quien quiere tomar coraje y empezó a explayarse:

—Ahora mismo empezó una relación de amistad con ansias matrimoniales. El joven es hijo de don Esteban De La Sobera, se llama Baltasar y verdaderamente parece que se llevan de perlas. El muchacho De La Sobera me solicitó que actúe de intermediario con usted, señor Presidente. Expresó su deseo de venir a presentarle sus saludos cuando usted disponga de tiempo. Por los comentarios que hizo se lo puede definir como alguien que conoce y admira su obra de gobierno. Estoy contento porque se trata de un joven con buenos antecedentes familiares. En estos tiempos que corren, tan movidos y con tanta gente nueva que se presenta en sociedad, es imprescindible saber a ciencia cierta la procedencia de los amigos que son habitués de mi casa y frecuentan a mi hija. El referido es una persona seria y no es más un chiquilín, cada vez que puede da a entender que tiene las mejores intenciones con Lucrecia, me parece que muy pronto va a querer desposarla.

—Lo felicito por lo de su hija. Don Esteban es un entusiasta del Gobierno, pero nunca olvide, doctor, que no todo lo que brilla es oro. Conozco a su yerno, no personalmente. En una ocasión lo observé de lejos en la inauguración anual ganadera de la rural. Enseguida me llamó la atención por su prestancia. Es buen mozo y su manera de vestir y actuar no son típicamente paraguayas. Pregunté al jefe de la seguridad quién era ese muchacho. Era medio melenudo, de los que disgustan por su pelambre mujeril. Enseguida lo identificó y me informó que se trataba del hijo de don Esteban. Lo observé por un tiempo prolongado, el joven proyectaba la imagen de ser un hijo de papá, luego lo miré con más detenimiento y noté que nació con muchos atributos. Me pregunté cómo una persona con tantas ventajas desde su nacimiento no era capaz de sobresalir. Concluí que quizás se trataba de una de esas personas que poseen muchos talentos, pero carecen de la facultad para usarlos. No lo quiero desalentar, tampoco busco demeritar al pretendiente de su hija. Por lo menos podemos decir que es de familia conocida y pudiente. Arregle un encuentro con el mozo De La Sobera, me puedo llevar una grata sorpresa. No siempre la percepción coincide con la realidad. Puedo estar equivocado, estoy seguro de que así será. Quiero volver a manifestarle el aprecio que le tengo y lo agradecido que le estoy por su lealtad y la dedicación que le presta a las labores del gobierno. Es usted un funcionario ejemplar, dispuesto a sacrificar prácticamente todo por el trabajo. Pero no descuide la familia, la monogamia en los hombres es siempre un problema —finalizó sonriendo socarronamente.

—Señor Presidente —dijo el Ministro—, estoy muy agradecido por sus deferencias. Sé lo que significa poder hablar con usted de cosas tan privadas. Nunca voy a traicionar su confianza. Quisiera poder visitarlo con toda mi familia, sería una oportunidad para que sienta la admiración y cariño que le profesamos.

—Marque la cita cuando crea conveniente y mis obligaciones me lo permitan —propuso el General-presidente.

—Mi General, encuentro oportuno dejar pasar la fiesta de primavera del club Centenario. Mi esposa y mi hija están muy alteradas con todos los preparativos para esa noche. No me atrevo a invitarlo a compartir nuestra mesa para no importunarlo. Conozco su apretada agenda de actividades; de más está decir que para nosotros y para todos los participantes sería un honor contar con su presencia.

—No se preocupe por mí, señor Ministro. A mi edad es necesario descansar por lo menos los fines de semana. Por lo general, voy a pescar con un grupo de amigos. Por las noches jugamos una partida de póquer. No apostamos casi nada, realmente se trata de un pretexto para hablar de trivialidades y si alguno se anima ameniza la velada contando su última conquista amorosa. Le pido que cuando haga la lista de invitados no olvide al cuerpo diplomático, que, como se sabe, se alimenta de información y de vanidad. Además, tenga en cuenta a algunos miembros del gabinete civil y del generalato, es fundamental hacerse querer. Las personas autosuficientes como usted imaginan que el aprecio no es necesario en política. El engreimiento de los sabelotodo les hace creer que son convocados por su valía técnica y por ende insustituibles en la administración pública. Esa actitud expresa petulancia y un desconocimiento elemental de la naturaleza de la política. Aquí, en nuestro ambiente criollo, vale el «todos contra todos»; el canibalismo es «cainismo». Lastimosamente, entre nosotros los hermanos no son unidos y no es que nos devoran los de afuera, sino los de adentro. Por eso nunca bajo la guardia, el día que lo haga será mi final. Siempre intento que la preeminencia de las Fuerzas Armadas no se transforme en una situación que anule toda la influencia del partido. Debemos equilibrar y distribuir el poder, atomizarlo entre los seguidores. Cuando una persona reúne más fuerza que los demás, termina socavando y apeligrando la continuidad del sistema. En la política primero hay que hacerse admirar y luego ganarse el cariño de los demás. Se puede ser permisivo sin correr riesgo solamente cuando el poder de uno se funda en la fuerza. Quien olvida este axioma no comprende que se gobierna con el garrote en una mano y con la zanahoria en la otra.

La mañana se prolongó en una conversación amena y sincera donde se habló a calzón quitado. El ministro del Interior, don Octavio, se sentía tranquilo, estaba sereno. Por fin se amparaba en los rasgos paternalistas del poder. La característica intimista de la plática lo estremecía.

CAPÍTULO 8

Promesas de amor

BALTASAR SOSPECHABA QUE LA FALTA DE sinceridad personal engendraba emociones fingidas y la hipocresía con los demás conducía a la adulteración de los instintos. No ser auténtico con uno mismo era más grave que no serlo con los demás. La vida penalizaba lo primero y la sociedad caía en conflicto con lo segundo.

Baltasar veía asombrado cómo su personalidad recia, austera y justiciera, siempre triunfadora e invencible, esa que lo hacía vivir la más honesta de las soledades, había sido doblegada por el anhelo afectivo de una adolescente que había mutado recientemente en cuerpo y espíritu a mujer.

Por un momento se asustó al comprender que lo puro no puede tener ni una pizca de sordidez y que lo sórdido jamás aspira a una pequeña porción de belleza. Empezó así un proceso de introspección con el que pretendía alcanzar la paz consigo mismo. Necesitaba escrutarse sin piedad y diseccionar sus sentimientos como se hace con un cadáver. Se le adoloró el corazón y quería sanarlo conociendo sus sentimientos, bucear en ellos hasta lo más íntimo. Como nunca en su vida, ansiaba dar luz a lo que las profundidades hacían inaccesible a la conciencia.

Evaluó su proceder y comprendió que su trampa había funcionado. Ella creyó en el engaño y sus padres también. Todos cayeron en la celada, incluido él. No había dimensionado las implicancias del juego que había puesto en marcha. Por fin entendió que de ningún modo se controla lo que se siente, y menos aún lo que se puede llegar a sentir.

Su ímpetu, producto de la juventud que se cree capaz de llevarse todo por delante, no le permitía sopesar que la actuación de cada sujeto tenía dobles consecuencias: las que generaba el que acciona y la respuesta de los que se sentían afectados. Ambas tenían algo en común, eran incalculables.

Para él era inimaginable que su personalidad sufriera una transformación, que su carácter tan afianzado se sometiera a la metamorfosis de transformar su naturaleza de hombre aplomado en la de uno trémulo e inseguro. El hallazgo del amor sembró la duda en su existencia. Siempre tan seguro de sí mismo, resuelto como era a realizar lo necesario para lograr sus objetivos, por primera vez en su vida sentía una incómoda angustia, la que se aviva con el inicio del cambio de prioridades en el vivir. Parecía que su mundo de ayer se le venía abajo. No era el destino de Baltasar el que cambiaba de rumbo, sino él quien quería cambiar el rumbo de su destino. Eran momentos únicos, que solo experimentaban los individuos que vivían amarrados a la seducción de las ideas y de la belleza, los dispuestos a vivir salvaje y peligrosamente si hacía falta. Comenzaba en las horas postreras de su juventud la competencia entre los objetivos establecidos con anterioridad y los recién llegados. Dio rienda suelta a la rivalidad entre la idea y el sentimiento. Era la lucha de los anhelos la que convertía en errante el andar de los vagabundos y en victoriosa la duda cartesiana frente al dogma.

El camino que se había trazado ya no era el mismo. Se convirtió en uno de ida y vuelta, de esos que circunvalan y bordean el abismo. De la noche a la mañana percibió cómo esa vía se bifurcaba. Tuvo la lucidez para comprender que mientras los caminos fueran en paralelo no habría ningún peligro. En cambio, si se interceptasen el destino dejaría de mostrar su mejor rostro. De ahí que maliciaba tiempos en los cuales la adversidad triunfaría sobre las voluntades invictas.

A la tarde del día siguiente, Baltasar llegó unos minutos antes de lo previsto a la cita en la cafetería. Por pura coincidencia, al mismo tiempo se llevaban a cabo los ensayos de la fiesta del debut, lo que allanó el camino para un encuentro sin inhibiciones. El lugar estaba desierto; hasta los mozos que atendían se aproximaron a la pista de baile para curiosear.

Escogió una mesa al lado de la ventana pues le otorgaba una visión integral y panorámica de las instalaciones de tenis y del jardín de la entrada. En la corta espera podía observar a través de la ventana el movimiento de la gente y de los vehículos; tenía la mirada perdida de los que cavilan sobre aquello que no están mirando, esa en la que la contemplación, más que para mirar, sirve para reflexionar.

Ella llegó al encuentro hermosa y con ojos victoriosos, mientras él deleitaba la satisfacción de gozar el decaimiento del «yo solitario» que llevaba dentro. Los dos estaban disfrutando de un hondo sentimiento de placidez. Tenían los afectos revueltos, sus corazones palpitaban porque sentían el lazo que los unía; se trataba de dos corazones en deuda con el querer. Vivían los momentos de la exaltación emocional en la que los enamorados quieren ponerse al día con sus sentimientos. Sentían el éxtasis de dos almas que buscan su lugar en un mismo corazón.

Cuando llegó Lucrecia, Baltasar se paró y fue hacia ella. La envolvió en sus brazos, y con sus labios buscó su boca, que, sin oponer resistencia, se juntó a la de él. Mientras se besaban, la saliva era miel que lubricaba las bocas secas por el nerviosismo. La arrimó y apretujó con tanta fuerza que hizo de sus senos cuerpos deformes que se ensanchaban y a la vez se aplanaban por la presión de la inmediatez. Los besos eran prolongados e irradiaban en ella un sentimiento de alegría en su vientre. Luego intentaron calmarse y comentar la cena de la noche previa. Con la cortesía que lo caracterizaba la tomó de la mano, retiró la silla y con los ojos alborotados la invitó a sentarse. Ella lo halagó:

—Ni siquiera cuando más arden las llamas de la pasión perdés las maneras de actuar como un caballero.

—Mi pasión no tiene las llamas del fuego, sino el apuro de un amor fugitivo —replicó él—. Qué bien lo pasamos ayer, tus padres son bellísimas personas. Tu madre, como buena descendiente de alemanes es un poco más reservada, pero aun así una gran mujer. Ahora entiendo el dicho: «Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer». Tu papá me resultó un hombre excepcional, diferente a los demás. Su vasta cultura es impresionante, me imagino las dificultades con las que se tiene que enfrentar a consecuencia de su superioridad intelectual. Aquí, en el Paraguay, nos gusta nivelarnos para abajo. Tengo que sincerarme con vos. Cuando iba a tu casa me invadió el miedo, iba a cenar con el hombre civil de más predicamento en el Gobierno nacional. En varios círculos sociales se habla de él como la figura política más relevante del momento. Espero que tus padres no me tomen como un confianzudo, porque al final casi terminamos voseando entre todos.

—Por Dios, no digas eso —interrumpió Lucrecia—. Mis padres quedaron entusiasmados con vos y ya aceptaron la idea de que seamos «aminovios». Durante el almuerzo estuvimos platicando un rato bien largo. Como corresponde, me dieron todos los consejos y advertencias

que te podrás imaginar. ¡Están celosos ahora que tengo un *gustaha*! ¿Sabés qué significa eso?

—Claro que lo sé. Quiere decir «el que te gusta» —aclaró Baltasar—. Algo capto de guaraní, pero más entiendo el *jopara*. En especial cuando suena, tan sabroso, en los labios de una criatura cuya belleza supera lo imaginable.

—¡Basta de seducirme! ¡No dejás pasar una oportunidad para regalarme una flor! Te voy a confesar un secreto. Como mujer me gustan los cumplidos, pero creo que la vanidad puede traicionarnos y volvernos vulnerables. Ustedes inventan grandes mentiras y a la hora de seducir todo vale para alcanzar sus propósitos. Suele ocurrir que los hombres solo buscan en las mujeres la carne y la satisfacción de los deseos. Muchas veces sus intenciones son arteras, necesitan resolver el apremio fisiológico que aparentemente padecen. Es aún peor cuando solo quieren conquistar a una muchacha para alimentar ese orgullo machista de contar que la han poseído. Yo creo que el sexo sin amor es algo procaz, mecánico, egoísta, orgulloso e intenta ser dominador. En tanto que los sentimientos sublimes se hacen visibles cuando fluyen del corazón para desembocar en un abrazo que revele el enigma de lo desconocido.

—Parecés una conocedora precoz de las cuestiones del querer. ¿De dónde viene tanta experiencia? ¡Qué sabias palabras! Expresan el pensamiento de alguien que presiente va a ser víctima de una mala jugada e intenta evitarlo. ¿Qué estás imaginando? Si soy tu primer novio, ¿por qué tantos temores y reservas? ¿Pensás que solo busco engatusarte, usarte y luego tirarte como un mueble viejo? Me impresionan tus acotaciones, siempre pensé que el amor primerizo tendría la frescura mañanera, la curiosidad del aprendiz y la ternura ebria de la alondra. ¿Quién te ha lastimado y te ha vuelto tan porfiada? En nuestro encuentro, al costado de la cancha de tenis manifestaste tu incertidumbre con respecto a mis intenciones. ¿Es qué todavía te resulto un charlatán de feria? Disculpá mi crudeza, pero quiero saber qué pensás de mí. Estoy empezando a creer que me tomás por un truhán. ¿Será que tengo que enfrentar pruebas homéricas para convencerte de la sinceridad de mis intenciones? ¿O acaso estás celando de mi pasado, en donde creés que se mezclan nostalgias arrasadoras?

—¡No Baltasar, confío en vos! —exclamó Lucrecia—. Estoy segura de que no intentás engañarme. Para mí, tus palabras son auténticas. Cuando hablás, le ponés nombre a tus sentimientos. Yo siento que te amo. Te amo con amor verdadero, ese que afiebra y nos estremece en su ausencia. Nuestro amor es desprendido como un sueño que deambula en la noche. Nuestras palabras son su envoltura, y su contenido, la pasión de ser el uno para el otro.

—Lucrecia, me encantan tus ideas. ¡Qué agudo es tu pensamiento y qué lindas son tus palabras! Me sorprende gratamente que, con tu juventud, seas tan madura. La verdad, y sin ánimo de ofenderte, cuando te vi pensé que eras frívola, pero estaba totalmente equivocado.

—Sos el amor de mi vida —dijo con voz suave Lucrecia—. Tus palabras me conmueven, tu mirada me desnuda, te beso con los ojos cerrados porque tus labios y tus brazos me hipnotizan. Jamás pensé que podría entregarme sin reparos a un hombre. Mi temor es que amarnos tan deliciosamente nos haga olvidar la prudencia y la pasión nos enceguezca y no seamos capaces de ver y entender lo que pasa a nuestro alrededor. No quiero que pase algo malo que perjudique esta incipiente amistad. Siento ese tipo de hondura en la que cabe un mar y quiero preservarla para el resto de nuestras vidas. Lo que abrigo en el corazón puede ser pecado en este mundo, pero es cobijo eterno de felicidad en el más allá. Tengo miedo no por amarte, sino por perder la posibilidad de hacerlo. No sabía que amar podía causar dolor, el solo pensar en tu partida me atemoriza. Deseo que nuestro amor dure una eternidad, pero el amor eterno no cuenta con la suerte envidiable que tienen los amores huidizos.

—Mi cielo, me enternece tu manera de ser, pero tus preocupaciones son fantasías que no se condicen con la realidad. Por lo que veo, tu pasión es furia de fiera, habrá que amaestrarla. No tengas miedo de darme tu corazón, el mío es tuyo desde el mismo momento en que te vi.

—Espero que nada ni nadie jamás pueda separarnos —dijo Lucrecia—. No te podés imaginar lo tranquila y segura que me siento al tenerte cerca. Lo tenemos todo para ser felices, formar una familia, tener hijos, viajar. Tanto te amo que creo poder prescindir hasta de mis padres. ¡Qué locura lo que estoy diciendo! Pero es cierto.

—Me alegra y me compromete más que desnudes tus sentimientos conmigo. Seremos felices, nada se interpondrá en nuestro camino. Pero a pesar de tenerlo todo, te digo que siempre, hasta en las mejores circunstancias, la victoria debe ser construida.

—Hablando de victoria, cuando pase la fiesta del debut iremos a visitar al presidente, y no antes, pues los preparativos para esa noche me ponen los nervios de punta. Mi padre habló con él y le causó agrado que le presentemos nuestro saludos, que es lo que corresponde pues él le tiene aprecio y confianza a papá.

—Con mucho gusto —agregó Baltasar—. Es un gesto de respeto hacia ambos. En la vida es bueno ser agradecidos. Así como tu padre agradece al presidente, así debo retribuir yo la manera en la que me recibieron en tu casa. El ministro me privilegió con el cariño que se le da a un hijo pródigo. La confianza que tu padre me concede debe ser correspondida y será honrada en todas sus consecuencias. Esto significa que estoy disponible para acompañarlo donde él quiera o necesite, ya sean reuniones en las seccionales, ir al estadio de fútbol, concurrir a las carreras de caballos, o desfilar en las fiestas patronales.

—Pensaba que me habías dicho que no te interesaba la política —inquirió Lucrecia con cierta ironía.

—Mi cielo, no me gusta la actividad política. De hecho nunca he participado de ningún tipo de *meeting* político, ni cuando vivía en Argentina. En mis años de universidad —respondió con énfasis Baltasar— todo estaba politizado, la cultura, el deporte, la vida social, los amores, la música, hasta la moda, que incluía el pelo largo con barba, la minifalda y los vaqueros con boca ancha. ¡Por favor, no me malinterpretes! Mi propuesta no responde a ninguna intención de hacer carrera política, solo quiero que tu padre me valore y sienta por mí verdadero afecto paternal. ¿De qué nos sirve una relación fría, distante y meramente protocolar? Mi madre suele decir que uno no se casa solo con una mujer, sino también con su familia.

—Me dejás más tranquila. Ya sabés que no quiero que te involucres en asuntos políticos. Odio la política; si bien mi padre lo es todo gracias a ella, son innumerables los fines de semana en los que él está fuera. Pasa también muchas noches ocupado entre recepciones diplomáticas, cenas de trabajo o reuniones con los correligionarios. Lo que la política te da te quita y la familia se resiente; por suerte mi madre es un pan de Dios y aguanta todas las ausencias de mi papá. Pero hay muchas ocasiones en las que me quedo sola pues algunas actividades demandan la presencia de ambos. Cuando eso sucede se avecina la sensación de desolación. Y como no tengo hermanos tuve que aprender a estar sola. Este ejercicio me sirvió para autodisciplinarme. El dilema, en esa situación, no es temerle a la hostilidad del medio, ni asustarte por el eco de tu voz, sino más bien abandonarla luego. Por estas circunstancias tengo mis resquemores contra la política. No les puedo decir a mis padres lo que se siente no tener con quién hablar un domingo al atardecer. La sensación de vacío y de pérdida te entumece el ánimo. ¿Sabés cómo se denomina a eso? ¡Tristeza! Es lo que se sufre cuando el corazón se descarría por estar apenado. Por supuesto que esto no se lo voy a contar a mis padres, ellos mueren por mí, no quiero animar en ellos el

complejo de culpa.

—Te comprendo, Lucrecia —comentó Baltasar—. Tu soledad era la distancia entre cada momento que me separaba de vos. Te prometo que nunca me apartaré de tu lado, conmigo te olvidarás del mundo, no tendrás más pesadumbres, tampoco habrá penumbras que oscurezcan tu optimismo. Si la soledad actuó insolente e impunemente, significa que anduviste en noches inhóspitas buscando la luna. Te ofrezco borrar las huellas que el andar en solitario dejó en tus vivencias. Es infinita la pasión que avivaste en mí, el resto de mi vida voy a abocarme a hacerte feliz. Para mí no habrá más dicha que ver tu cabello alborotado y tu cara sonriendo por la alegría de estar juntos. Solo cuando se ama con tanta pureza se puede contemplar el resplandor de la luz moribunda de la luna reflejada en el brillo de tus ojos.

CAPÍTULO 9

Una familia feliz

LOS DÍAS SIGUIENTES FUERON DEDICADOS A atender todos los detalles de los preparativos para la gran noche del debut. Seguramente Lucrecia cautivaría a todos con su belleza.

En las tardes de esos días se repetían los encuentros entre Lucrecia y Baltasar en el club, y cada vez se prolongaban más. No solo por el contenido de las conversaciones, sino también porque aumentaba la intimidad que hace de los cuerpos cómplices en la aventura de cabalgar más allá de los lindes de la imaginación. Las vallas que imponían los prejuicios morales eran superadas en cada encuentro. La mano derecha de él se acogía en la mano izquierda de ella. Con las otras dos manos se acariciaban las partes del cuerpo que se excitaban con el toque de sus dedos. Era obvio que las restricciones del ambiente impedían que los deseos fueran plenamente correspondidos.

Lucrecia no reprimía sus ganas de amarlo. Le besaba las mejillas y con su lengua le humedecía los oídos, ambos se repasaban el cuello con los labios, se besaban las manos, se masajeaban los antebrazos, se pellizcaban alrededor de la cintura y las rodillas de uno chocaban con las del otro. Él se acostumbró a apretarle los músculos de los muslos y ella a desprenderle los botones de la camisa para recorrerle el pecho y hacerle cosquillas en el brazo. Las palabras pasaron a ser insuficientes para decirse te amo.

Alcanzaron el estadio en el que la sexualidad, además de placer, es comunicación y los padres de Lucrecia no tenían la más mínima sospecha del tenor de las citas en el Centenario. Cualquier subterfugio era utilizado para justificar verse aunque fuera por un instante. Despertaban y vivían para volver a verse, no dejaban pasar una ocasión en la que pudieran estar juntos.

Además de verse en el club, Baltasar también la visitaba en su casa y así empezó a socializar cada vez más con su suegro. Los diálogos daban vueltas alrededor de temas políticos y la próxima visita al General-presidente. El Ministro se deleitaba comentando asuntos importantes y reflexionando sobre filosofía, historia y política con su flamante yerno.

Sustituyó sus soliloquios por las pláticas con Baltasar, que, en verdad eran monólogos conducidos por las interrogantes del joven. La participación de Baltasar se reducía a consentir, o confirmar lo aseverado, a pedir una aclaración, o a preguntar: «¿Quién es fulano de tal? ¿Dónde queda ese lugar? ¿Cuándo se va a realizar la reunión? ¿Qué posición ocupa en el Gobierno? ¿Le cae o no en gracia al Presidente?». Baltasar argumentaba sus indiscretas preguntas con el justificativo de que él no conocía casi nada del Paraguay, como tampoco de la política local.

El hijo político le solicitaba a don Octavio que le facilitara el camino para adentrarse en los problemas paraguayos, pues el joven quería interiorizarse en cómo iban las cosas a nivel local y el suegro comprendía que esposar con un buen partido a un retoño siempre fue un recurso al

servicio de las ambiciones en la política. ¿O no era acaso la familia De La Sobera una aliada estratégica para los planes políticos del Ministro?

Cuando Octavio volvía a su casa lo primero que preguntaba era si Baltasar ya había llegado. Confirmada su presencia, iba donde él estaba para comentarle lo acontecido ese día. El Ministro sentía la emoción de haber ganado un hijo cuando menos se lo esperaba y Lucrecia estaba extremadamente feliz por las buenas migas entre sus padres y su enamorado. González Miranda se sentía tan a gusto con su hijo putativo que incluso le comentaba los planes de inversión que tenía previsto hacer en su establecimiento ganadero. Como Baltasar provenía del medio agropecuario, siempre daba consejos inteligentes y atinados.

Cuando el entusiasmo del padre no disminuía y su presencia entre Lucrecia y Baltasar se prolongaba más de la cuenta, la joven le solicitaba privacidad y le recordaba que, dada su larga cantidad de actividades, aún no había podido hablar con Baltasar. Para hacer creíble el relato, enumeraba ininterrumpidamente sus ocupaciones diarias. Conforme repetía los engaños se fue volviendo una experta en encubrir sus encuentros previos con Baltasar, robados a la modista o la práctica de la fiesta del debut. Al principio, fingir la alteraba, luego sentía que la mentira era la mejor anfitriona de sus engaños.

Gudrun, quien acababa de festejar su medio siglo de existencia y todavía conservaba los encantamientos de la adolescencia, no disimulaba su alegría al ver que su hija era feliz y que su marido estaba contento. Parecía que todo iba viento en popa. Ella tenía su manera muy alemana de demostrar la felicidad: preparaba cantidades de delicias culinarias para encantar y poder ganarse el cariño y respeto de Baltasar. Había escuchado con pavor las historias narradas en el hogar paterno sobre el hambre que padecieron sus familiares luego de la Segunda Guerra Mundial en Berlín. La aterrorizaba la advertencia bíblica de las vacas flacas; tenía en su casa una despensa donde almacenaba comestibles para más de dos meses. Las descripciones de la miseria y de la degradación económica aguzaron su sentido de la prevención.

La idea de llegar a ser primera dama de la Nación la alentaba a dedicar esfuerzos a mantener la buena forma física. Era consciente de que su rostro iba ovalándose lentamente, aunque lo mantenía lozano. Su cuerpo, como resultado del embarazo de Lucrecia, dos abortos involuntarios y los años vividos, ya no tenía la delgadez de la juventud, pero como su estatura era superior a la de la media de las mujeres de la época, no perdía su atractivo y mantenía una figura armónica. Medía 1.68 de altura, su cabellera era castaña y su piel blanca y fresca compaginaba con sus ojos verdes. Gudrun se veía bastante bien para su edad y lucía con galas sus cualidades físicas.

Las noches y siestas de amores tropicales con Octavio se disipaban cada vez más; lo que antes era hábito conducido y puesto en práctica por los deseos carnales fue reemplazado por el compañerismo consustanciado de las voluntades que tienen metas compartidas. Ella se sentía recompensada por el estándar de vida que habían logrado. Era la diosa de su hogar. Octavio jamás llegó a casa fuera de horario o con olor a perfume extraño. De todas formas, solo reclutaba en su equipo de trabajo mujeres macizas, con sobrepeso, ya inauguradas en las cuatro décadas, disciplinadas y laboriosas, pero insípidas para el amor.

La familia González Miranda vivía la etapa más espléndida de su vida. El Ministro comparaba sus años de niñez y de mocedad, marcados por la estrechez, con el presente y se preguntaba cómo era que bastaba una sola vida para conocer el anverso y el reverso de la existencia.

Gudrun confirmaba la tesis de sus padres de que con trabajo y dedicación se alcanza lo que uno se propone en la vida, demostrando que el sacrificio nunca es en vano. Más alemana que los alemanes de Alemania debido a la lejanía, no acababa de comprender la holgazanería de un

pueblo que perdía el tiempo en las rondas de tereré o discutiendo horas enteras sobre la mejor alineación del equipo de fútbol nacional. Tanto la comunidad de descendientes de alemanes y menonitas como su marido eran ejemplos de que, en este país, el esfuerzo y la austeridad eran los requisitos para el triunfo personal.

Solamente en el círculo íntimo de familiares se daba licencia para sincerarse y decir lo que realmente pensaba de los que ella llamaba «los pilas». Para evitar perjudicar la carrera de su marido, solo se expresaba abiertamente en contadas ocasiones: «No entiendo la pereza y la indolencia de los paraguayos. Casi todos sueñan con vivir sin trabajar, tener casa propia y ser funcionarios públicos. Así la vida parece fácil y cómoda. Por suerte, Octavio es distinto, tomó la decisión de ser alguien en la vida y sin ayuda de nadie conquistó un espacio en la sociedad. Resolvió ser el hacedor de su propia dicha».

La hija de inmigrantes, como buena voluntarista que era, no creía en el destino. Pensaba que cada uno debe ir haciendo su prosperidad y a Lucrecia le enseñaba que nada estaba escrito, ni siquiera el ayer, menos aún el mañana. Que su vida, toda, enteramente, dependía de sus decisiones y de la fuerza de su voluntad. Le recomendaba a su hija tomar ella misma las determinaciones que podían afectarle, consultando con su conciencia y escuchando a sus padres mientras estuvieran a su lado. Su advertencia más severa era: «Hija, que jamás tu felicidad dependa de lo que otros hagan, y que de ningún modo fuerzas ajenas a tu voluntad determinen tu desdicha o felicidad».

Solo la atormentaba no haber podido darle hermanos a su hija, pues era consciente de que algún día ella y Octavio partirían al otro mundo.

Gudrun nunca demostró interés en los aconteceres políticos; pero siempre estuvo invariablemente al lado del marido, sin decir nada. Con su orgullo intacto y con su desempeño de *mater* familia, se la veía en cada evento social al lado de don Octavio. Solía repetir que jamás le faltó nada desde el día que se casó, y que cuando él no estaba cerca de ella no temía ni sentía inseguridad ya que Octavio había demostrado con creces que era hombre de una sola mujer.

A pesar de la felicidad reinante, Gudrun tenía un mal presentimiento con relación a Baltasar. Aceptaba con moderado entusiasmo su incorporación a la familia. Disfrutaba de su compañía, pero tenía la sospecha de que, como todo hijo pródigo, era portador de un pasado sinuoso. No quería, con sus dudas, sembrar incertidumbres que podrían ser erróneas y menos aún perjudicar los planes matrimoniales de Lucrecia, por eso prefirió guardar silencio y, como ella se decía a sí misma, vivir con el Jesús en la boca, sin saber el porqué de sus dudas. La ecuación no le cerraba, por eso nunca bajó la guardia. No le entraba en la cabeza que un joven, único heredero y multimillonario, se hubiera quedado tanto tiempo en un país extraño tan acechado por las guerrillas, los secuestros y la inestabilidad política. ¿Dónde estaba el atractivo en esa vida?

Por estas sospechas pretendía controlar todas las actividades de Lucrecia, creía que era posible supervisarla permanentemente. No era consciente del engaño que había pergeñado su hija. Si bien constataba los cambios físicos de Lucrecia cuando le compraba ropa interior y otras prendas de vestir a su hija, en su perspectiva sesgada todavía observaba a Lucrecia como a una niña. Gudrun tenía una conducta maternal negadora de la evolución y madurez de su niña, y aún no se había dado cuenta de que su hija era prácticamente una mujer. El capullo se había abierto para ser una flor luminosa, sonora y vibrante.

CAPÍTULO 10

Conociendo a la familia política

EL MINISTRO OCUPABA TODO SU TIEMPO Y concentración en lo concerniente a sus obligaciones de hombre de Estado y en las consecuentes derivaciones de su ascendente carrera política; a la par, Gudrun se dedicaba, con esmero, a las actividades vinculadas a la administración del hogar y a la educación de Lucrecia. Obviamente, asumía con decoro y complacencia los compromisos en los que debía acompañar al marido, que, dicho sea de paso, iban en un acelerado incremento. El exceso de actividades y programas sociales acarreaban como consecuencia la imposibilidad de supervisar el quehacer diario de la única heredera.

A pesar de las variadas ocupaciones, ambos estaban ilusionados con los preparativos para la gran fiesta. Los padres de Lucrecia tiraron la casa por la ventana para que su hija sobresaliese la noche del debut. Incurrieron en todo tipo de gastos. En su mesa había flores, se servía el mejor champán, o *whisky* de etiqueta negra y los licores más exquisitos, dulces deliciosos, chocolates suizos. También contrataron un completo servicio de fotografía.

El Ministro, que todo lo miraba y analizaba a través del prisma político, creyó conveniente invitar a sus futuros consuegros. Instruido en la materia de cerrar alianzas, entendía que aquellas, si son solo el producto de un cálculo racional y frío, tienen apenas posibilidades de perdurabilidad. Para él, las asociaciones debían realizarse desde un enfoque abarcador que no incluyera solamente los aspectos materiales, sino también lo humano. Como en el derecho civil, las sociedades funcionaban espléndidamente cuando eran regidas por el *animus societatis* y la ausencia de este componente desmejoraba las relaciones personales dentro de los grupos.

Los padres de Baltasar se sintieron honrados con la invitación, por fin iban a tener la oportunidad de conocer a la famosa Lucrecia y confirmar por sí mismos su condición privilegiada de belleza y carisma.

Teresa, la candorosa madre de Baltasar, estaba ilusionada. Pensaba que la ocasión sería propicia para que padre e hijo pudieran zanjar las diferencias que existían entre ellos desde siempre, las que habían empeorado en los últimos tiempos. Ella nunca comprendió qué clase de interferencias hacían que el único vástago no pudiera tener con su padre una relación afectuosa y de camaradería. Las discusiones entre ambos empezaron cuando Baltasar inició sus estudios universitarios en la ciudad de La Plata. Debido a las huelgas y la anarquía imperante en el sistema educativo, la estadía universitaria de su hijo se prolongó más de lo deseado por ella y la relación padre e hijo se tornó fría, distante y para nada afectuosa.

En las ocasiones en que los tres se reunían en Argentina siempre había discusiones. A pesar del vínculo sanguíneo, padre e hijo eran incapaces de establecer una relación fundada en el buen trato, la comprensión y la reciprocidad. Al principio pensó que los desacuerdos tendrían que ver con diferencias generacionales, pero con el transcurso del tiempo se evidenció un antagonismo

que expresaba más bien una contradicción irreconciliable de temperamentos e ideologías. No era un simple conflicto de rebeldía contra la autoridad paterna.

El litigio incluía sucesivas facetas que iban desde lo afectivo a la valoración ética y al uso práctico que se hace de las cosas, las personas y las circunstancias. Las discusiones empezaban con un tono cordial, luego tomaban un matiz sarcástico y terminaban en un intercambio de opiniones subidas de tono. El padre se perturbaba con mucha facilidad, en los últimos tiempos su irascibilidad no se hacía esperar. Ni bien comenzaban a desmenuzar un tema, le espetaba a su hijo la ligereza con la que expresaba sus discordancias en áreas tan esenciales como la política y la vida. Baltasar, a pedido de la madre, no perdía el control; mostraba un autodominio personal envidiable. Hasta cuando don Esteban lo llamaba «mocoso» o «culo sucio» le respondía con una sonrisa silenciosa cargada de ironía y desprecio.

En una época fueron motivos de ira y burla la indumentaria desaliñada, la barba amanecida y la cabellera larga, que, de acuerdo a los patrones del padre, expresaban la desprolijidad de alguien con sexualidad indefinida. Don Esteban no toleraba los desplantes de Baltasar, quien, al ser recriminado de manera furibunda, optaba por levantarse de la mesa y marcharse sin decir una sola palabra. Luego de estos episodios se interrumpía la comunicación con el padre por un par de días. Baltasar pretendía evitar por todos los medios posibles los encontronazos verbales con su padre, su interés consistía en que no se conociera públicamente la desavenencia familiar. En la pequeña sociedad asuncena nadie debía darse por enterado de que la relación entre don Esteban y Baltasar era análoga a una antípoda. Tampoco deseaba herir a su madre, era consciente de que ella padecía por la tirantez entre ambos.

El hijo no recibió afecto durante sus primeros años. Entre don Esteban y Baltasar nunca hubo calor paternal ni las implicancias que entusiasman el amor filial. Esteban jamás llevó a su hijo al estadio de fútbol o a una sesión matinal de cine o a cualquier clase de espectáculos para niños. El padre proyectaba la imagen de una persona que vivía en su mundo, distante, indiferente y malhumorado. Solo se escuchaban sus gritos coléricos, con los que descalificaba, recriminaba y maltrataba a la madre, al hijo y al personal del servicio doméstico. El hijo veía la realidad destruyendo la infancia.

De niño, Baltasar temía los domingos por la tarde, cuando el cielo tenía color ceniza y don Esteban, con unas copas de más, arremetía contra Teresa acusándola de ladrona, por haberle hurtado la libertad. Le espetaba que si él no se iba de putas era solamente porque estaba exhausto. A él no le importaba el qué dirán. El alcoholismo dominguero lo sumergía en tal delirio que la ametrallaba con improperios de cualquier naturaleza y de grueso calibre, llamándola «puta de mierda» y echándole en cara la vida opaca que llevaban. Perdía la compostura y regañaba a Teresa por su infertilidad; según él, su esterilidad fue verificada por el único alumbramiento del que fue capaz. Dio a luz a un solo hijo, que, para desgracia de él, era la imagen y semejanza de ella. La agresividad verbal iba acompañada de gestos histriónicos; cerraba los puños y los dirigía hacia el cielo para reclamarle a Dios el no haberle dado un hijo verdaderamente macho.

Para Baltasar, su traslado a Argentina significó la liberación de la tiranía paterna y de las pesadillas que la misma implicaba. Le resultaba intolerable ver como «el señor» denigraba diariamente a su madre y nunca llegó a entender que ese amor justificase aguantar tanto sufrimiento inmerecido. La indulgencia de Teresa le parecía complicidad, y su inacción, cobardía.

Acumuló rabia envenenada contra su padre, y la idea de su muerte, o al menos la posibilidad

de un accidente que redujera sus facultades vitales, rondaba siempre su cabeza. Las vivencias familiares le sirvieron para entender cómo se oponen las convenciones sociales a la sinceridad de los afectos. De la aflicción que padeció en su casa llegó a la conclusión de que los que asumen el vivir contraviniendo sus pasiones son unos mediocres. Prefería naufragar a nunca navegar.

Argentina fue la tierra que dio la bienvenida a sus silenciosos secretos, a su corazón extraviado y a su mente desorientada. Allí se ofertaba la más libre de las libertades; la de poder hacerse daño a sí mismo.

Apenas llegado a la universidad Baltasar, perdió la costumbre de ir a misa. Esta circunstancia no era lo que más fastidiaba a don Esteban, aunque no toleraba las blasfemias que salían de su boca; aforismos como: «Dios ha muerto», «Gracias a Dios soy ateo» o «La religión es el opio de los pueblos» lo enfurecían de tal manera que renegaba de su hijo y maldecía la hora y el día de su nacimiento. Murmuraba: «A este ateo de mierda parece que lo recogimos en la calle».

Pero lo que realmente le ponía los pelos de punta y lo hacía reaccionar como un viejo carcamán eran las observaciones sobre la actualidad política. Con su hijo nunca tuvo la paciencia y la tolerancia necesarias para sostener un diálogo que permitiese comprender las coordenadas del pensamiento político. El padre prejuzgaba que el uso de los conceptos «tercer mundo, imperialismo, capitalismo dependiente, oligarquía, gobierno Cipayo, dependencia económica, clase burguesa y proletaria, burguesía nacional, sustitución de importaciones, capitalismo agroexportador e inclinaciones pequeñoburguesas» eran la expresión del romanticismo social de izquierda.

Los que tenían esa retórica eran los nenes de papá, que adherían a un socialismo infantil más por razones sentimentales que por un compromiso de lucha en el que tuvieran que pelarse el culo trabajando. El padre lo descalificaba endosándole el contenido del panfleto leninista: «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo» y le molestaba que su hijo tuviera una retórica «zurdesqui» y conservara al mismo tiempo todos los hábitos y vicios de la vida burguesa. Era muy fácil ser, de boca para afuera, revolucionario y no tener las agallas de renunciar a los privilegios del nacimiento. Para el gruñón, la contradicción existencial de Baltasar radicaba en su cobardía congénita y endémica; lo juzgaba como un *bon vivant*, sin aspiraciones al sacrificio. El viejo no podía imaginarse que el coraje se pudiera disfrazar con el manto de la discreción y el antifaz del recato. ¿O acaso no es en los momentos de alto riesgo cuando el coraje se muestra como la conducta que a pesar de estar bajo apremio conserva su elegancia?

Don Esteban hubiera querido que Baltasar estuviera ya preparado para conducir los destinos de los negocios familiares. Para ese fin, hubiese sido más apropiado que estudiara agronomía, veterinaria o administración de empresas. En cambio, el sentimentalismo de la adolescencia y, por sobre todas las cosas, la sobreprotección de la madre condujeron a que «el niño» emprendiese los estudios fútiles de filosofía y letras.

Lo juzgaba conjugando la falta de respeto con la compasión. Para don Esteban, su hijo era motivo de pena; Baltasar no era lo que él consideraba un hombre íntegro, no podía utilizarlo de pretexto para enorgullecerse entre sus amigos, que sacralizaban la patria, la familia y la propiedad. En el esquema mental del viejo la figura de su retoño se encuadraba dentro de lo que denominaba «una bala perdida». Se lamentaba de que su hijo no fuera más que un malcriado, que con tal de incomodar decía cualquier sandez pero no tenía la valentía de llevar a la práctica lo que creía, o lo que decía creer. Esta relación padre e hijo fue el gran quebranto de la madre, ella se preguntaba: «¿Por qué ese encono contra natura? ¿O acaso no es lo más natural que los hijos

amen a sus padres y estos a ellos?».

Teresa, por su parte, nunca renunciaría a intentar que ambos construyeran una relación de amigos. ¡Qué ingenuidad la de no comprender que el sentimiento más viciado es el amor forzado! Ante el público ambos, no discrepaban. Para sus fines, el vínculo familiar no podía crisparse; lo mejor era conservar las apariencias.

Esa noche del debut, Baltasar se brindaba de lleno a Lucrecia, él quería que ella sintiera que era la más hermosa y la más amada. Ella debía mirar y reconocer en el cielo, donde no cabían más estrellas, la paz de su contento. En medio de tanta conducta fingida y glacial debía sentir la tibieza del corazón de Baltasar.

El Ministro quería ganarse un espacio en las altas esferas sociales donde todavía era un extraño; lo consideraban bienvenido, pero no parte de ellos. Él era un ascendido y esa noche no se debía recordar siquiera que era hijo de madre soltera. Si le preguntaban, debía renegarle su pasado, y si hacía falta incluso olvidar y traicionar su origen. Su proyecto político consistía en hacer la reforma de arriba para abajo, entonces su obligación le señalaba ganarse la confianza de quienes desconfiaban de él, no por sus convicciones ni por su trayectoria personal, sino por la pesada carga de ser un desclasado.

El Ministro sabía que en círculos sociales tan cerrados suele desconfiarse de individuos como él, ya que pueden ser portadores del virus del resentimiento. Su hoja de ruta le indicaba que el momento era el indicado para ganarse el apoyo de los sectores sociales que cortaban la torta.

Por un lado, imaginaba que sería posible neutralizar la influencia de las Fuerzas Armadas contraponiéndoles los otros poderes fácticos. El sustento más leal y principal del régimen eran las Fuerzas Armadas. De algún modo, si fuera un civil a quien se le iba a encomendar la tarea de la transición, debía, por todos los medios a su alcance, neutralizar el peso de los militares en los conciliábulos decisorios. Obviamente, esta situación no se correspondía con el mandato «constitucional», pero, sin embargo, era lo que expresaba la correlación de fuerzas en una sociedad rural, de baja densidad poblacional, no urbanizada, sin industrias y de cultura tradicional. No se contemplaba en el horizonte que entre Stroessner y el Ministro se interpusiese la persona de otro general.

Don Esteban también consideraba esa noche como una oportunidad para sacar provecho como dirigente corporativo. El escenario era propicio para el juego de los intereses, ya que se daban cita casi todos los propietarios de las haciendas del país, representantes de la banca y el comercio e influyentes tecnócratas. Tenía la posibilidad de mostrar su potencial, en esa época exponerse con la inmediación de los integrantes de la «nomenclatura» era un criterio de validación y un modo eficaz para saber quién gozaba de la complacencia o desaprobación del General-presidente. Compartir la jornada con el civil más poderoso era una señal que hasta el más despistado entendería.

Para ciertos padres prevalecía el interés político propio sobre el reconocimiento social de las hijas. Don Esteban también actuaba como un ventajista. Quería sacar provecho del noviazgo de su hijo con Lucrecia. Buscaba consolidar su posición de líder gremial, ya que era el ganadero con más cabezas de ganado vacuno, además de un innovador en la mecanización de la agricultura. Empezaba a cultivar productos agrícolas para la exportación, predicaba la necesidad de buscar nuevos mercados y diversificar las exportaciones, superar el monocultivo y su forma de exportación como materia prima que tornaba extremadamente vulnerable la economía nacional. Solía decir, a los que quisieran escuchar, que el tipo de cambio fijo era más una ilusión que una realidad, y abogaba por impulsar planes desarrollistas.

Quién mejor que él para postularse a ser miembro del Consejo de Estado y así poder influir en las políticas públicas que afectaban a su sector. Este órgano con rango constitucional era de inspiración fascista. Se conformaba con integrantes elegidos con criterios corporativos que, a la vez, eran nombrados por decreto del Poder Ejecutivo. Contaba con facultades legislativas y consultivas. No constituía un cuerpo conformado por miembros representantes «genuinos» de la soberanía popular, pero sin embargo en determinadas circunstancias podía reemplazar al Parlamento en caso de que el General-presidente resolviera disolverlo o si este se hallaba en receso. El general Stroessner gobernó con una Constitución que consagraba el presidencialismo autoritario. Según el artículo 182 de la Constitución cesarista, concernía al titular del Poder Ejecutivo la posibilidad de inmovilizar al Congreso. En la hipótesis de que el Ejecutivo llegase a ejercer esta medida extrema, él contaba con el Consejo de Estado que suplía al Legislativo y con el cual mantendrían las funciones legislativas del Gobierno a través de la sanción de los decretos-leyes. Con estos mecanismos constitucionales el General-presidente tenía un Parlamento domesticado.

Al terminar con sus obligaciones de anfitriona, Gudrun se ubicó junto a Teresa en un rincón de la mesa para poder charlar tranquilas. Comenzaron una plática que terminó en horas de la madrugada. Empezaron con temas triviales que sirvieron para romper el hielo del desconocimiento recíproco y terminaron hablando de nombres para sus nietos. Las dos querían que si fuera varón llevase el nombre de uno de los abuelos y si nacía una niña el nombre de una de las abuelas. Su optimismo se nutría del deseo de tener una cantidad suficiente de retoños por dos razones: para que hubiera tantos descendientes como nombres deseados, y porque las dos tenían presente la tristeza que generaba tener un único hijo.

Con entusiasmo dijeron querer diez nietos, total en esa unión lo que sobraba era el dinero para sustentar y educar como correspondía a todos. Estaba claro que los hijos de familias pudientes debían realizar el mandato bíblico de crecer y reproducirse.

Esa noche, todos estaban satisfechos creyendo haber obtenido más de lo que esperaban. Los movía una ambición desmesurada, plagada de riesgo. Estaban cegados por la luz, la que más alumbraba y a la vez encandilaba el deseo de acumulación de prestigio social y poder político.

Los progenitores de ambas familias se sentían convocados a compartir bríos y favores en un futuro inmediato y promisorio. Para los González y los De La Sobera, la codicia por acrecentar la bienandanza material no se moderaba. Quizás por primera vez en la vida, Esteban sintió respeto y un poco de orgullo por su hijo. Baltasar lucía como un caballero; el pelo corto y bien peinado le daba un aire varonil que sus padres nunca habían imaginado. Por fin el hijo se estaba encarrilando, su juventud e inmadurez se esfumaban. Para la madre se acercaba el tiempo de la paz y la reconciliación familiar. Dar vuelta a la página y mirar al frente, alimentar las ilusiones de lo que se va a vivir y no de lo que se vivió.

El padre de Baltasar veía su oportunidad de ser escuchado por el Gobierno, se le abrían las puertas para propalar y representar sus intereses corporativos en las más altas esferas gubernamentales. El Ministro subía un peldaño más en su carrera política. Se codeó con lo más exquisito de la sociedad, con los usufructuarios del poder político y del privilegio social que deviene de él. Lucrecia, por supuesto, no pasó desapercibida pues esa noche estaba despampanante. Su mesa se convirtió en el centro de atracción, allí se atendía a los invitados como en ninguna otra y todo aquel que quisiera cabildear en la política local se fotografió con el Ministro y sus invitados.

En un mismo tiempo y espacio coincidían el poder político y el social. La vida parecía un baile

de máscaras.

Para Baltasar la fiesta significó la experiencia inaugural de una presentación en sociedad. Su larga estadía en Argentina y la consecuente ausencia del país supuso que solo algunos de los amigos más íntimos de la familia lo conocieran personalmente y pudieran identificarlo.

Tanto su padre como el Ministro estuvieron atentos en presentarle a cuanto personaje destacado circulara por las proximidades de la mesa. Muchos curiosos se acercaron para poder identificar al heredero más codiciado de la sociedad paraguaya y más de una señora con una hija en edad de merecer circuló cerca para verlo en persona y tratar de llamar la atención del galán apuesto, soltero y rico.

Baltasar demostró sus dotes diplomáticas y con desenvoltura, elegancia y gracia estrechó manos de hombres y saludó a señoras con los ademanes de un caballero. Se preocupó por preguntar quién era quién y qué cargo u ocupación desempeñaban. Al padre le llamó la atención el inusual interés demostrado por el hijo; tanto era su entusiasmo que con varios de los personajes presentes entabló conversaciones de economía y de política regional.

Don Esteban no reconocía a su hijo. No se explicaba de dónde había surgido en él la voluntad de interiorizarse de los detalles mínimos de las biografías y currículos de los presentes en la fiesta. Baltasar parecía más un profesional que un pretendiente enamorado.

Y Lucrecia se dedicó a cumplir con todos los que venían a congratularla. Repartió besos, saludos, abrazos y sonrisas por doquier. Baltasar, entre conversación y conversación, la miraba con ternura e inmediatamente retomaba los diálogos que estaba manteniendo. Fue una noche perfecta para todos.

Lucrecia no entendía cómo podía tener tanta dicha en la vida. «¿Cuánto durarían los tiempos dorados?» Por momentos se sentía insegura, pero no temía ni tenía recelo sobre su futuro. Estaba convencida de que lo que venía traería tierra fructuosa para su bienestar.

CAPÍTULO 11

El indescifrable Baltasar

LAS PASIONES MODERADAS SE DESCARRILAN cuando acogen en sus manos la sensación de lo inalcanzable.

Baltasar inauguró su duda metodológica. Vaticinaba que tenía que estar preparado pues la historia siempre podía sorprenderlo con minúsculas alteraciones.

Cuando Baltasar se reinstaló en Asunción empezaron a percibirse cambios en su aspecto físico y en su manera de encarar la vida. De aquel joven de cabello largo, rubio, de mocasines descoloridos y ropa raída no quedaba la más mínima huella. Ahora impresionaba a las mujeres con su belleza y elegancia. Era, sin duda, el mejor partido disponible en toda la ciudad.

Baltasar lo tenía todo planeado, su cambio de apariencia estaba relacionado con su afán de interiorizarse de los asuntos locales. Antes siempre demostraba, más que desinterés, cierto menosprecio por las cuestiones paraguayas. Su atención y curiosidad se dirigían hacia el mundo, el Paraguay no conmovía su apetito intelectual. Asunción no era más que un pueblo grande con pocas calles asfaltadas y muchas empedradas. Lo único en común con una capital, además de los edificios públicos del gobierno central, eran las sedes de las embajadas de estados extranjeros. Con once años, recorría las sedes diplomáticas de los países acreditados ante el gobierno paraguayo. Le llamaba la atención que el Paraguay mantuviera relaciones diplomáticas con el gobierno racista de la República Sudafricana.

De sus recorridas volvía con la ropa ensopada y cargado de materiales informativos y visuales. Ya en su casa, más que encerrarse en su dormitorio silencioso, se internaba en su soledad de único hijo. En su habitación construía su «ciudadela». El silencio que lo rodeaba le permitía escuchar su respiración agrietada, y con las puertas cerradas las voces lejanas sonaban abatidas como ecos que se diluyen en el vacío. Vivía aislado, y, como niño solitario, sabía contener sus sentimientos. Se adiestró en el arte de fingir emociones.

Baltasar arrastraba consigo experiencias intensas y desgarradoras. Lo que tenía toda la apariencia de ser el retorno definitivo, demostraba ser el despertar de una personalidad con facetas desconocidas en el pasado. Su desenvoltura gestual y la abundancia y contundencia de su grandilocuencia distaban del recuerdo del chico cabizbajo que cuando no se comía las uñas mantenía las manos hundidas en los bolsillos. Durante su mocedad proyectaba la imagen de aquellos empecinados en seguir el camino trazado aún contra sus inclinaciones sentimentales.

Teresa se sorprendía por la nueva actitud del hijo, le llamaba la atención su interés repentino por conocer de manera pormenorizada a los integrantes de la elite social y política del país. Rivalizaban en su memoria la imagen del niño taciturno y la del mozo convertido en un joven apolíneo y diserto. El joven, devenido gallardo caballero, se abocó de lleno al estudio de la problemática política y social. En la «ciudadela» se apiñaban y revoleteaban los papeles, y los

organigramas de la estructura política y militar del Estado colgaban en la faz interior de las puertas de los placares. Su padre, para no perder la costumbre, no le prestaba la debida atención, pero la señora De La Sobera, con esa inclinación tuitiva que con dificultad enflaquece en el instinto maternal, solía conversar con él dando referencias sobre las personalidades del Gobierno y la sociedad. Doña Teresa estaba muy bien enterada de lo que sucedía en el rutinario e insondable día a día de la política nacional. Ella no solo se informaba a través de los medios periodísticos disponibles sino que se apropiaba también de información que recogía en las sobremesas o en las tertulias que organizaba don Esteban y en las maratónicas jornadas de póquer de las que participaba.

Aquellos que manejaban información solían jactarse de su cercanía con el General-presidente y el relato de quienes ascenderían o descenderían en el ámbito político se hacía en términos confianzudos, que insinuaban una intimidad en la mayoría de los casos más imaginaria que real. Esta conducta traducía y materializaba la inclinación al servilismo, como la familiaridad afanosamente ganada por los que creen que su suerte está ligada a las contingencias del poder. En el chismorreo local se los clasificaba e inscribía dentro de la categoría de los «trepadores», y, si bien tenían muy mala reputación, más de uno quería ocupar su lugar.

Tras los cambios de Baltasar, Teresa comenzó a acariciar la ilusión de que su hijo se convirtiera en un importante político. Evaluó el vínculo sentimental de Lucrecia y Baltasar como parte de la estratagema del hijo. Imaginaba a su hijo en la cúspide del poder. «¿Por qué no?», se decía a sí misma. Según su razonamiento, su hijo reunía todas las cualidades para convertirse en un presidenciable: apellido, presencia, formación académica, dominio de varios idiomas, carisma, recursos económicos y, sobre todo, una nueva cercanía con el Ministro del Interior, lo que le abría la puerta a una posición encumbrada dentro del partido oficialista.

El entusiasmo la condujo a embrollar las situaciones. Encontraba que la conducta de don Esteban no era proclive a la carrera de su hijo, mientras que la compañía del Ministro, suponía una actitud proactiva a su favor. De ningún modo confesó a ninguna persona, ni siquiera al beneficiado, su ansia de que se convirtiera en un político profesional. Temía que el hijo la increpara acusándola de querer conceptuarlo como a esos políticos aburguesados que con el poder van echando barriga y ovalando el rostro. Al único descendiente de De La Sobera le llamaba la atención el ímpetu de la madre, que de manera solícita le pedía desayunar juntos cada mañana después de que don Esteban hubiera abandonado la casa.

Teresa sabía que Baltasar llamaba la atención por diversas razones. Una de ellas era que, siendo un joven de condición económica envidiable, nunca fue un disoluto, no se lo conocía como alguien que llevase una vida ostentosa o lujuriosa. No tenía el perfil de un libertino, sus prácticas no eran licenciosas, no se lo veía por los prostíbulos, no prodigaba el dinero en noches de bohemia, no abusaba del alcohol, tampoco consumía drogas.

Ella estaba feliz porque cada vez se lo veía más aclimatado al medio social. La sorprendía la rapidez con que su pronunciación se despojaba del acento rioplatense. Sin embargo, ella sentía que Baltasar escondía algo, un secreto que lo unía a su pasado.

Teresa intuía que ni su nuera debía enterarse de eso. Lucrecia ya estaba cerca de su vida pero, quizás, lejos de la verdad de su hijo. ¿Sería que no podía o que no quería divorciarse de su vida pasada?

Mientras que a Baltasar lo acechaban las vacilaciones, su romance con Lucrecia no padecía desmedro alguno. La pesadumbre lo perseguía como una noche que no se funde ni en la oscuridad. En un intento estéril pretendía encontrar las últimas letras para completar su

jeroglífico. Estaba envuelto en un mar de incertidumbre como aquellos que quieren abrir el corazón a quien aman diciéndole: «A vos, que no me conocés, te ofrezco mi amor como un río que no retrocede». Lucrecia ejercía sobre él una insospechada fuerza mágica e insondable, esa energía que se inmiscuye en los destinos ajenos para desafiarlos y someterlos. Ella consagraba la victoria del futuro sobre el pasado, su ternura perduraba hasta en su sueño.

Baltasar la sedujo y ella se rindió. Se querían no porque se necesitaran, sino que se necesitaban porque se querían.

CAPÍTULO 12

Buscando un cómplice

LUEGO DE LA FIESTA DEL DEBUT LOS ENCUENTROS vespertinos entre Baltasar y Lucrecia adquirieron una tonalidad más clandestina y comprometedora. Los novios necesitaban más tiempo y más intimidad. Baltasar, con mirada centelleante, la acariciaba de manera cada vez más animada. Con manos de intruso la rozaba, haciéndole hervir la sangre y sonrojándole las mejillas. La despojaba de la vincha que ella usaba para jugar al tenis, la despeinaba soltando su cabellera que aleteaba en el aire y con los dedos le ataba el pelo en trenzas. Dentellaba su cuerpo, y con su boca se precipitaba y la besaba sin darle pausa para la respiración. Ella vivía esos momentos abstrayéndose de sí misma; la exaltación suponía abandonar inhibiciones y prejuicios. Su cuerpo estaba listo.

Pronto los novios se cansaron de las restricciones que imponían los sitios de encuentro pues tenían poco margen de acción; necesitaban un nuevo territorio para saciar sus atolondramientos afectivos. Los salones de la cafetería, la biblioteca y las mesas ubicadas bajo los mangos al costado de las canchas de tenis se volvieron zona de riesgo y sin aire suficiente para este amor que respiraba por todos los poros del cuerpo. El mandato de la avidez imponía migrar y buscar incansablemente un terreno más hospitalario para otorgar a la pasión el sentido de grandeza.

Los dos acordaron la necesidad imperiosa de hallar una casa en la que pudieran compartir los atardeceres. Lo ideal sería localizar en el vecindario contiguo al Centenario un sitio donde alimentar el amor y serenar la furia de sus cuerpos.

Baltasar puso manos a la obra. Ubicó un chalé entre la esquina que formaban las calles Abente Haedo y Capitán Carpinelli. La ventaja de ese lugar era que se trataba de un vecindario poco frecuentado. Una de las vías terminaba en un *cul-de-sac*, lo que disminuía considerablemente la asiduidad de los transeúntes y el tránsito de automotores. La zona estaba localizada a minutos del club, tenía garaje con capacidad para dos autos y la particularidad de que se trataba de un área residencial despoblada. La construcción no era pretenciosa ni llamaba la atención pero la instalación contaba con todas las comodidades requeridas para ser habitada por miembros de clase media alta. La casa tenía piscina, jardín arborizado, cocina, sala, comedor, baño social, escritorio, dormitorio matrimonial con baño propio y otras dos habitaciones que compartían un baño.

Baltasar le dijo a doña Teresa que estaba interesado en ejercitar transacciones inmobiliarias y le solicitó comprar el inmueble. La idea era adquirirlo para la reventa y ganar en la diferencia de precio apostando a la plusvalía del terreno. Dado que los valores inmobiliarios urbanos sufrieron una inflación con la construcción de la represa binacional de Itaipú, la especulación de la compra-venta de los bienes raíces se convirtió en un negocio tan rentable que dejaba una ganancia de más del cien por ciento de la inversión inicial. Baltasar imploró a su madre que no

contara nada de estos planes a su cónyuge. La sugerencia fue organizar una oficina de intermediación inmobiliaria y luego presentarle al padre un negocio cuya primera capitalización, además de insignificante, retornaba en corto plazo y multiplicando con creces el capital invertido. Don Esteban debía tomar conocimiento de la obra una vez que todo estuviera terminado, funcionando y manejado con éxito comercial por su primogénito. La sorpresa —agregó Baltasar— serviría para demostrar su capacidad empresarial y así ganarse el merecido respeto del principal inversor.

Robarle un par de horas a las actividades en el club no era tarea fácil para Lucrecia y su ausencia debía pasar inadvertida. Todo debía estar preparado con antelación. Para eludir la aparición de una circunstancia abrupta, ambos tenían el sentido del enmascaramiento afinadamente aguzado. Y aun antes de haber hablado entre ellos del tema ambos sabían que necesitaban apoyo logístico para llevar adelante sus planes. Debían contar con la complicidad de un confidente. La elección, luego de que Lucrecia y Baltasar lo discutieran hasta el hartazgo, recayó en María Liz. La seleccionada debía alertar sobre cualquier circunstancia inusual y amenazante que surgiera durante la ausencia del Centenario. Él le encomendó a ella hablar y convencer a su amiga y, si hacía falta, hasta comprar su silencio. Baltasar comprendía que un tercero debía de estar implicado en este avatar amoroso para hacer las veces de alcahuete. Su obligación no era cosa menor, consistía en cubrirles las espaldas.

Una de las tardes en las que el grupo de amigas correteaba por el club, Lucrecia separó a María Liz. Con fuerza la tomó de los brazos y la arrinconó cerca de la puerta del baño de mujeres. De la sorpresa la amiga quedó impávida, no entendía qué pasaba, hasta que Lucrecia, mirándola fijamente a los ojos, apretándole los brazos y zarandeándola en forma altanera, le dijo:

—Mirame y escuchame.

Para María Liz, su compinche de años actuaba de forma irreconocible. Le era imposible comprender y justificar la alteración nerviosa que en ese cuadro personificaba su hermana del alma. Lucrecia, exaltada, empezó a ordenarle una serie de actividades sin previamente preguntarle su predisposición a cooperar. El descontrol de la joven enamorada anulaba los parámetros de la racionalidad hasta el límite de que ni siquiera se detuvo ni se tomó la molestia de darle una explicación. Ametralló a la amiga con palabras, horarios, lugares y conjeturas, haciéndola sentir insignificante. María Liz tomó el control de la situación y en un arrebato de nervios la empujó contra la pared y la tranquilizó. En ese momento, como liberándose del rapto al que había sido sometida, interrumpió diciendo:

—¿Qué te traés entre manos? ¡Estás medio loca, no entiendo lo que me decís! Deduzco que, si te entendí bien, querés hacer una locura y si tus padres se llegan a enterar nos matan a los tres.

—¡No es para tanto! —exclamó Lucrecia—. Esto no te compromete en nada a vos, es asunto de Baltasar y mío. Solamente buscamos un lugar para poder vernos sin vigilancia. Es feo escuchar el murmullo de los que nos observan. ¡No sabés cómo incomoda que te estén examinando con la mirada y que digan cualquier cosa de nosotros! Si se muerden la lengua se mueren envenenados. Nuestra sociedad no tolera que otros seamos exitosos y vivamos felices. A mí me detestan por ser feliz y porque papá es poderoso, a Baltasar porque es guapo, inteligente, rico y de buen apellido. Los paraguayos tenemos un pacto con la mediocridad y el desastre. Padecemos de «méritofobia», la maldición de los anodinos o de los que abdican a la voluntad de superarse. Entendeme por favor, María Liz, me abruma que no me pierdan de vista, estoy cansada de los cuchicheos y los cuentos de peluquería. Y tenés que tener algo siempre en claro, me importan un bledo los chismes y los rumores malintencionados. Mi felicidad no depende de

otros, está en mis manos y en el corazón de Baltasar. Soy feliz a mi manera, no acepto el veredicto de los demás. Que no me condenen por ser como soy, Dios me hizo así y puso a Baltasar en mi camino; nuestro amor tiene la bendición del cielo. No entiendo por qué los mal pensados quieren descubrir en este amor el infierno. Mi madre me enseñó desde chica que debo ser yo la hacedora de mi vida y nunca permitiré que terceros intervengan en mi futuro, ya sea para alegrarme o destruirme la vida. Baltasar y yo necesitamos y queremos estar a solas. No para lo que vos creés, no seas bruja. Nunca en la vida te defraudé, ni te di un argumento para que no te animes a poner la mano en el fuego por mí. Tengo un compromiso asumido ante Dios y ante mis padres, me siento obligada por mi juramento a llegar virgen al matrimonio. Me moriría de vergüenza si defraudo la confianza de mis padres y desobedezco mis enseñanzas religiosas; mis instintos de ningún modo podrán franquear mi moral fraguada en los preceptos del cristianismo y mi rigurosa formación familiar. Si sobreviene lo que tus malos pensamientos presumen, el complejo de culpabilidad me atormentaría todo el día. Quiero que me ayudes, soy tu amiga, te conozco desde siempre y vos a mí. ¿O es que acaso me creés una embustera? ¿O pensás que soy una caradura con la inteligencia emocional de poder llevar dos vidas en paralelo? ¿O te imaginás que él está jugando conmigo como si yo fuera una muñeca sin carácter?

—Lucrecia, escuchame atentamente —dijo María Liz—. Pase lo que pase nuestra amistad perdurará y superará todos los obstáculos. No puedo dejar de reconocer que me enorgullece que confíes en mí, estás atravesando un momento de definiciones en tu vida y quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo. El día en que yo me encuentre en un estado similar al tuyo, que no te quepa la menor duda de que serás la primera persona a la que recurriré. Cuando una amiga está en un aprieto la otra debe darle una mano. No te juzgo, mi obligación es ayudarte con la verdad y abriéndote los ojos. Te digo esto para aclarar que nuestra amistad no está en juego, que lo que sentíamos en nuestra niñez hoy sigue vigente, que vos sos para mí y yo soy para vos la misma persona. Amiga mía, mi hermanita —continuó María Liz—, tendrás todo mi apoyo y colaboración. Pero te ruego que evalúes lo que vas a hacer y sus consecuencias, no sé si la velocidad que imprimís a la marcha de los acontecimientos te llevará hacia delante, pero si sabés lo que hacés, redituará a tu favor. ¡Tené cuidado! Desde que conociste a Baltasar te embrollaste en un juego que tiene luces y sombras; que no sea que te estén llevando a hacer ciertas cosas al filo de la navaja y que sin darte cuenta ese paso que querés dar pueda acarrear menoscabos a tu moral y a tu reputación. A veces temo que estés metida en un juego nebuloso, que esta no sea tu partida y a la vez estés siendo manipulada por él. Para peor, sin salida de emergencia y cuyo escape sea un precipicio, y vos, en tu inocencia, creas que en su fondo está el cielo. Al verte debutar tengo que reconocer que sentí celos, embobaste a todos los hombres esa noche. Para los que no te conocen ya sos toda una mujer, seducías con esa vocación femenina que nosotras las mujeres conquistamos en el transcurso de la vida. Pero yo te conozco mejor de lo que vos te conocés, y quizás, a la inversa, vos me conozcas a mí mejor de lo que yo me conozco. Sé lo que digo, sos mujer real en muchos aspectos, y en otros, solo en apariencia. Creo que es prematuro que te embarques en una relación que incluya la totalidad de las cosas que abarca un vínculo matrimonial o un *affaire* amoroso de aquellos que llevan en su espalda la carga pesada de un pasado que los martiriza. Creo también que en las últimas semanas maduraste mucho con Baltasar, pero eso no significa que sentimentalmente estés preparada para ser receptora de tanta pasión. Te repito, te voy a ayudar, seré tu cómplice. Juntas como siempre, enfrentaremos lo que venga, pero por favor no le plantes cara al destino siendo que no es necesario. Es de corajudos desafiar a los dioses, y de insensatos querer ganarles. Me da la impresión de que te parás frente a

la ruleta y apostás todas tus fichas a un solo número. Uno es buen tahúr no solo cuando tiene suerte, sino también cuando, con tacto y destreza, se desempeña con astucia ante el destino. Lo que te voy a decir no te va a gustar, pero considero imprudente que te entregues incondicionalmente a un hombre que apenas conocés. En un par de semanas cambiaste tu vida en 180 grados, Baltasar transformó tu actitud ante el mundo, tus usos, tus rutinas y tu manera de pensar. No tengo nada en contra de él, me parece una buena persona, pero hay cosas que no me cierran de su pasado y de su actualidad. ¿Te preguntaste alguna vez si es que no habrá un Baltasar subterráneo, misterioso y recóndito? ¿No tenés dudas de que alguien tan perfecto pueda ser real?

—¡No te metas con Baltasar, María Liz!

—Tené siempre presente, cuando tomes una decisión que moldee tus emociones, que quien bien te quiera te hará llorar. No tomes a mal mis reservas con respecto a Baltasar y menos aún te atrevas a pensar que recelo de vos y de tu felicidad. A veces creo que tus decisiones, tanto como las mías, obedecen a un irrisorio conocimiento del mundo y a un escaso trato con la gente. Hemos vivido siempre aisladas en una burbuja, sin tener ni siquiera la oportunidad de salir de allí. Y por añadidura tenemos la ingenuidad de las que nunca fuimos golpeadas por la vida. De nuestras familias recibimos la enseñanza de la bondad, todavía no soportamos la pérdida de ningún ser querido, no tenemos idea de lo que es la estrechez, siempre nadamos en la abundancia. Tenemos la mala costumbre, en ocasiones, de no poner los pies sobre la tierra, nos negamos a ver la realidad, a aceptarla tal cual es. Somos proclives a ensalzar a los demás, también propensas a fabular, solemos engrandecer con fantasías todo lo que hay de bueno en otros y en tu caso, Lucrecia, esta característica está exacerbada, aunque yo soy muy parecida en ese aspecto, estamos expuestas continuamente al desengaño y al subsiguiente padecimiento. Me angustia pensar que nuestras vidas puedan ser cruzadas por un desenlace que no deseamos ni merecemos. Por eso, Lucrecia, te pongo una sola condición para ayudarte; tomate un tiempo para reflexionar. Siempre nos dicen que hay que pensar antes de actuar y que la impaciencia es el origen del daño que nosotros mismos podemos llegar a infligirnos.

—María Liz —dijo Lucrecia después de pensar en silencio por un momento espaciado—, ¡qué suerte la mía de contar con amigas como vos, te puedo abrir mi corazón como se abren las flores ante la luz! Gracias por no censurarme ni recriminarme, gracias por tratar de entenderme.

—Entenderte no quiere decir justificarte —interrumpió María Liz.

—Ya lo sé —agregó Lucrecia, y continuó— estoy nerviosa y es importante poder dialogar con alguien. ¿Quién si no vos? ¿Con mi madre? ¡Ni de casualidad! ¿Otra amiga? No confío en nadie más. ¿Hermanos o hermanas? No tenemos. ¿Don Ramón, mi padre confesor? ¡Qué entienden los curas del amor! ¿La monja Celeste? Seguro me recomienda un remedio peor que la enfermedad. No me siento sola, y es porque vos estás cerca. Me lo estás demostrando.

—Amiga —intervino María Liz—, tu problema no radica ahí. Por favor, si querés que te ayude, dejate ayudar. Tomá conciencia del lío en el que te vas a meter. Me decís que querés compartir una casa con Baltasar para estar a solas con él, pero no pensás acostarte con él. Me diste a entender que se juntarían para evadirse de la observación de los demás y que yo tenía que ser una suerte de campana, que cuando el peligro aceche los advierta. ¿Tengo la garantía de que eso va ser así? ¿Me jurás que esa casa no se convertirá en un nido de amor? No me des tu palabra de honor, y aún menos la de Baltasar. Quiero que me jures por la salud de tus padres que nunca pasarás la línea de lo éticamente correcto y permitido, lo demás no me sirve para nada, necesito oír de tus labios ese compromiso. De ser así hablaremos de mi ayuda. Como ves, no soy tan

incondicional.

—Te juro por la salud de mis padres, y todavía por algo más sagrado e importante en mi vida: juro por los hijos que voy a tener que en esa casa no me pasaré de la raya. Soy íntegra, perteneceré a un solo hombre y seré madre de varias criaturas. Por eso no me atrevo a dañar mi reputación, no solo por mí o mi interés, sino por mi familia. ¿O creés que voy a permitir que me endilguen la condición de puta? Mis hijos serán descendientes de un caballero y de una dama. No pienso, y para que estés tranquila te cuento que sé autocontrolarme, nunca me oíste disparatada, soltando improperios y menos aún alterada por la cercanía de alguien del sexo opuesto. Somos de la misma madera, mi hermanita, no te equivoques al juzgarme, no soy una cualquiera y además sé lo que estoy haciendo.

—¡Lucrecia! —dijo enojada María Liz—. No te estoy descalificando ni te estoy atribuyendo una conducta inapropiada, no comprendo por qué te sentís acorralada. Quería que me jures que ese espacio no se transformará en un territorio para la lujuria, porque no quiero que Baltasar se aproveche de tu inmadurez. Ejerciste tu derecho a la defensa sin que te hayas sentado en el banquillo de acusada. Dudo no porque no te quiera o no confíe en vos, sino porque estás en un rollo demasiado grande para que pueda sobrellevarlo yo sola, y no tengo ningún rubor en reconocer que me da miedo, no por mí, sino por vos.

En ese momento María Liz elevó la voz acotando:

—¡No seas pelotuda, estoy asustada por tu suerte! ¡Vas a pasar las tardes con un tipo que nos lleva más de diez años, que conociste un par de semanas atrás! ¿Y si intenta violarte? ¿Y si te embaraza y se va? ¿Qué hacemos entonces? ¿Qué les decís a tus padres? ¿Con qué cara voy a hablarles a ellos?

—María Liz —refutó Lucrecia—. Me cuesta entender tu visión catastrófica del asunto. Planteás la situación como si fuera la lucha del bien contra el mal, de la virtud enfrentada al vicio, de lo patético versus lo jubiloso y de la transparencia enfrentando la oscuridad. Pintás un cuadro apocalíptico entre lo obsceno y lo correcto. Mi noviazgo con Baltasar tiene la inocencia de lo infantil, es prematuro y veloz, pero no por eso se lo puede calificar de insensato y libertino. Somos dos navegantes en la búsqueda de un tesoro escondido por el pirata, que hizo de una doncella cautiva su estrella. Cuando nos miramos a los ojos expresamos devoción, nuestro lenguaje visual lo conoce todo, él me mira y sabe lo que yo quiero, a la inversa es igual. Apenas nos hemos besado, y siempre me sonrojo. Eso sí, nos tomamos de las manos y juntas son como el eslabón de una cadena indisoluble. Estamos mucho tiempo hablando, no te olvides de que los dos somos hijos únicos y tenemos experiencias de vida similares. ¡Además es tan culto! ¡No te imaginás la cantidad de libros que leyó! Es un caballero, nunca ha intentado pasarse de la raya y respeta a mis padres y mis creencias. Tenés razón cuando decís que una precipitación puede dejar secuelas para toda la vida. Por más que desee, y aunque el diablo me esté manipulando para caer en la tentación, no creo que mis principios me permitan ceder. Él no me inducirá a morder la manzana, a comer del fruto prohibido, no tenemos interés en ser expulsados del paraíso. La educación estricta que me impartieron papá, mamá y las religiosas del colegio será siempre el norte de mi conducta. Podés estar tranquila con eso. Mi inquietud viene por otra parte; no sé mentir, amo a Baltasar con todas mis fuerzas y eso lo hago obvio en todos los campos. Por eso me estigmatizaron, porque fui coronada con la aureola de su amor. La gente es tan mala que no tiene empacho en inventar cualquier historia. Si cometo una equivocación soy culpable de no disimular lo que las demás ocultan con arte de magia. Lastimosamente somos hijos de familias de renombre, el anonimato en Asunción para nosotros es impracticable, y, como vos sabés: «En

pueblo chico, infierno grande». Me acosan las miradas cargadas de sospechas con respecto a lo que estoy haciendo o lo que se supone que voy hacer. ¡No te podés imaginar lo que significa sentirse observada por millones de miradas turbias y mentes malpensadas! —con vehemencia, Lucrecia ratificó—: Necesito estar a solas con él, no por apetencia carnal, sino para enriquecernos espiritualmente.

—Está bien —expresó María Liz—, contá conmigo. Si te metés en un quilombo, lo mejor es que no estés sola. Preparemos bien el plan, ya sabés que esto será como atravesar un campo minado. De nuestro grupo de amigos podemos esperarnos lo inimaginable, por un lado algunos muchachos están perdidamente enamorados de vos y por celotipia son capaces de difundir rumores de toda clase y de todo tipo, y las que integran nuestro grupo, todas padecen de la irresistible necesidad de chismosear sobre lo que no vieron pero se imaginan. No podemos descuidar ni el más mínimo de los detalles, despreocupate por mí, que yo seré una tumba y estaré siempre a tu lado. Pero cuando algo no me guste te lo diré con la franqueza que me caracteriza y, si la situación me obliga, con dureza y rabia.

—¡Gracias, amiga, muchas gracias!

CAPÍTULO 13

El nido de amor

PASADOS UNOS DÍAS, BALTASAR CONCRETÓ LA adquisición de la casa. La transacción, como estaba previsto, se realizó a espaldas de don Esteban. La madre, de su peculio personal, corrió con todas las erogaciones, tanto de la compra como de los gastos de escribanía. Veía su sueño hecho realidad, por fin su único hijo se reconciliaría con su padre y con sus orígenes sociales. Su lucha había tenido sentido, su hijo sentaría cabeza de la mejor manera posible, como lo establecían las convenciones más sesudas del orden social. Todo se preparaba y encaminaba para que se esposara con una chica que estaba en inmejorable posición económica y política, cuyo glamour se hacía eco en cualquier ambiente social.

Al cabo de bregar la vida entera por la educación de su retoño, se empezaba a notar que este variaba gradual y constantemente su conducta. El cambio indicaba su inmersión en el mundo de lo pedestre, o, como ella lo solía llamar tautológicamente, «el planeta de la realidad real». Daba señales de haber abandonado a los amigos bohemios de su época de universidad en Argentina, que de vez en cuando pasaban por la casa y nunca se identificaban.

La primera visita a la morada secreta se realizó en los primeros días del mes de octubre. Antes de bajarse del auto para abrir el portón de entrada, Baltasar dio una vuelta a la manzana para cerciorarse de la inexistencia de entrometidos y, confirmada la ausencia de curiosos, estacionó el móvil frente al garaje para abrir las puertas y conducir el auto dentro de la casa. Por todos los medios había que garantizar el final feliz de lo que se asemejaba a una operación encubierta.

Cuando puso el candado a los portones y se aseguró de que estuvieran bien cerrados, oteó por última vez las periferias confirmando que no existían riesgos. Mientras tanto, Lucrecia permanecía en cuclillas entre el asiento de adelante y el de atrás, todo el tiempo escondida y envuelta en una manta. En su mente daban vueltas imágenes inusuales de su fantasía. Estaba muy nerviosa y tener que esconderse no ayudaba. Su cuerpo tiritaba, sus manos sudaban y la poseía un estado de inseguridad muy grande. Pensaba que se cerniría sobre ella un mal inminente y se avergonzaba como quien se siente desnuda ante la mirada inclemente del cielo. En su imaginación adquirían forma todo tipo de figuraciones que la acongojaban, en medio de sus alucinaciones se sintió sumisa ante lo que ella consideraba la adversidad o los aprietos que le hacía pasar el destino. Dentro del carro pagaba el precio de su improvisación. Su cuerpo, siempre recio como el roble, tremolaba y transpiraba de miedo.

Baltasar ayudó a su novia a bajar del auto. Ni bien ella volvió a ver la luz, se puso de pie y quiso desentumecer los músculos. Estiró los brazos como queriendo con las palmas de las manos alcanzar una nube. Acto seguido inclinó el dorso hacia delante y posó las palmas de las manos sobre el piso para luego tomarse los tobillos, quería elongar y tensionar los tendones y toda la musculatura de su cuerpo. Era la manera más sencilla de dejar de temblar, acabar con los temores

y tomar ella misma control de la situación.

Un poco más calmada, y con una sonrisa cómplice, le sugirió a Baltasar entrar a la casa con la justificación de que extra muros podían percatarse de que estaban a solas en el recinto, y quien los descubriera podía tomar cartas en el asunto. No perdió un segundo, accedió a su pedido entendiendo que ese era el procedimiento a seguir para que la cita transcurriera sin sobresaltos. Distinguía el impase emocional que ella sobrellevaba y temía que una situación extraña la afligiera originándole un trauma que lo echaría todo a perder. Los dos, tomados de la cintura, se adentraron en la sala de la residencia. Para tranquilizarla, la abrazó dulcemente y la condujo por todas las habitaciones de la casa. Mientras hacían el reconocimiento del lugar, él la besaba y tenuemente la empujaba hacia adelante. Quería que ella apreciase que no había nada peregrino; más que seducirla quería que estuviera cómoda, distendida, aclimatada a la circunstancia, como si ya hubiera estado allí antes.

Baltasar estaba sumergido en el rapto de misericordia que asalta a los enamorados para los que amar no es acopiar, sino prodigar. Jugaban como dos niños, corrían de habitación en habitación, desparramaban sus cuerpos en las camas de los diferentes dormitorios y se hacían cosquillas. Se tomaban las manos, se abrazaban. Baltasar sentía que su corazón era un volcán en erupción. Reconocía estremecido que hasta ese momento no había experimentado sentimientos tan genuinos. Sus ojos se anegaron de lágrimas en el minuto en que sintió que su compañera de siempre, la soledad, partía con la llegada de la mirada gladiadora de Lucrecia, quien, con su garbo, todo lo fundaba. Su corazón se colmó de bondad, quería amarla sin cuestionarse nada. Se preguntaba por qué nunca antes había podido amar. En ese instante se empeñó en el absurdo intento de abolir su pasado. Por primera vez en su vida las emociones capitanearon sobre las reflexiones, lo único que admitía era que la belleza de ella lo guiara de la ruina al calor de sus brazos, del encierro arrepentido al compañerismo que diluía lo particular para hacer un universo de dos.

Conforme avanzaba el tiempo iban ganando confianza, el deseo aumentaba y las emociones se sojuzgaban. Incluso llegó el instante en el que los cuerpos accedieron al nivel de excitación en el que para avanzar debían dar de sí lo más llamativo, lo más intenso y estremecedor de su sensualidad. La escena que protagonizaban no contenía deshonestidades. Se pararon uno frente al otro, él la tomó de los hombros y ella, caminando de espaldas, fue dirigida al dormitorio matrimonial. La habitación contaba con un espejo que reflejaba y captaba todo el tamaño de sus cuerpos. Con sus dientes le mordisqueó las orejas y ella prefirió dejarse caer en sus brazos. No deseaba confundirse, sino fundirse en él.

Quería imperiosamente sentirse avasallada, deseaba que la amparasen. Necesitaba sentir la fuerza y la pasión que energizan el corazón y permiten incursionar en juegos desconocidos. Hasta ese estadio de la seducción no la había abandonado la duda intermitente que le aguijoneaba el miedo como a toda primeriza. Imaginaba que solo su hombre podría cobijarla y tranquilizarla y esperaba que a su lado se develasen todas sus incógnitas amorosas.

En el ambiente reinaba un silencio que dejaba escuchar sus movimientos. Baltasar tomó la iniciativa. Lucrecia estaba intimidada. Fue delicado, y como nunca en su vida se esmeró en ser un devoto de las ceremonias del placer. Él sabía que los mimos eran el camino hacia la seducción, aunque percibía que el pánico contaminaba el ambiente.

Había que liberar el momento de prejuicios e inhibiciones, presumía que debía instruirla en el juego de la vecindad desnuda de los cuerpos. Tenían todo por delante para compartir, de ahí que él se entregó a saborear un ignorado sentimiento que hasta la fecha le había sido escurridizo y

hostil. Realizó un trabajo meticuloso y paciente para vencer sus inhibiciones. La desvistió delicadamente, como quien alberga en sus manos una espiga de trigo. Temía que ella cruzara sus brazos sobre su cuerpo semidesnudo, pues esto supondría un blindaje infranqueable. Baltasar estaba ebrio de ilusiones, por vez primera su corazón navegaba en aguas tormentosas; no iba a la deriva, había arrumbado el barco hacia la costa deshabitada de entusiasmos postizos. Quería desvanecerse en donde solo tiene vida lo verdadero, lo desmesurado, lo que se extrae de lo más profundo y esclarecido de las emociones. Estaba aturdido, no comprendía cómo podía ser posible desenterrar sus sentimientos al lado de un cuerpo inexplorado.

Todo parecía inverosímil pero no quiso detenerse en disyuntivas como tampoco en diminutas abstracciones. Debía seguir desnudando suave y dulcemente a Lucrecia pues cada espacio desierto de su piel era homologado por sus manos. Ambos mantuvieron la calma durante el proceso en el que los amantes se desnudaban para colmarse y confundirse.

Ella asumió al principio un comportamiento pasivo, se sentía endiosada por la mirada de su hombre. Si bien estaba nerviosa y no olvidaba la promesa realizada a María Liz, en el fondo la única castidad que justificaba era la de los muertos. El ardor que sentía hizo que su atrevimiento le declarase la guerra a la candidez.

Los dos estaban deslumbrados por la curiosidad del afecto y, enceguecidos de deseo, ambos querían triunfar en el litigio de quién daba más. Baltasar la despojó de la blusa y luego le quitó el sujetador, acometía la superficie desguarnecida con sus labios hasta terminar hilvanando una cadena de besos. Despacio, con una mano le presionó la cintura y con la otra bajó el cierre de la falda, que se deslizó suavemente hasta caer al piso.

Lucrecia estaba prácticamente desnuda, salvo por la bombacha, las medias y las zapatillas. Para engalanarla de Eva, Baltasar la acostó en la cama con la parsimonia de quien no tiene noción del tiempo. Desató los cordones de su calzado deportivo, siguió entreteniéndose con sus tobillos y, como si tuviera manos de relojero, se detuvo en cada accidente de esa extremidad. La despojó de las medias y con sus dos manos le tomó el pie derecho para besarle los dedos. Luego pasó al izquierdo, se detuvo en su dedo gordo para situarlo entre la lengua y el paladar. Con los dientes lo estiraba y lo mordía tenuemente produciéndole escalofríos y agitaciones.

Gozaban de aquello que solo es lícito entre los hedonistas del erotismo, esa complacencia que, como ondas expansivas, atraviesa el cuerpo. Los pies recibieron caricias de sus manos, labios, lengua y dientes. Para él las mujeres deberían estar siempre descalzas. Pensaba que los zapatos eran el envoltorio protector en contra de la sociedad pues ocultaban aquellas partes tan sensuales de la mujer. Era un detallista de la belleza femenina, notaba que esas extremidades no solo eran la base de la efigie, sino su mayor hermosura y pensaba que eran muy mal recompensadas.

Cuando Baltasar intentó quitarle las bragas tuvo que enfrentarse con la mirada de Lucrecia. En sus ojos leyó su decisión y sus palabras confirmaron lo que pensaba.

—No fue solo tu seducción la que me trajo aquí, sino más bien mi libre albedrío. Lo que va a ocurrir ahora es mi decisión soberana —dijo ella.

Y dignamente se retiró la prenda, dando paso a la acción. Ella no quería un papel de reparto, sabía que la contemplación era la gimnasia de los solitarios. Necesitaba decodificar y perpetuar con él la anatomía secreta del instante. Ella lo desvistió a él. Sentía que la euforia de su pasión la embellecía. Lo condujo frente al espejo, le pidió que la abrazara y puso sus rudas manos sobre su pecho. Deseaba sentir el roce de un movimiento circular sobre los pezones. Él había dado pruebas suficientes de que no era estupendo en el uso de las manos, su impericia tornaba sus caricias en un torpe manoteo. Luego le tomó la mano izquierda y la apostó sobre su barriga,

bordeando con el dedo más largo su ombligo. Después llevó la mano de su amante entre sus piernas. Baltasar, al percatarse de la tremenda osadía de Lucrecia, quedó estupefacto, ella le suspiró al oído y lo invitó a tocar la intimidad más profunda de su ser. Sorprendido ante tanto atrevimiento, Baltasar se asustó, lo que provocó la reacción de ella:

—¿Ahora que me ves desnuda no te gusto? —preguntó Lucrecia—. ¡Baltasar, el cuerpo es siempre más honesto que el alma!

—Perdón, mi amor, siento la infantil temeridad del primer compromiso amoroso —repuso Baltasar.

Recobró la conciencia de lo que sucedía y encaró sin frenos los pedidos. La alejó del espejo, la acostó en la cama y emprendió una maratónica ronda de besos. La mimó de pies a cabeza, sus diestros labios terminaron exhaustos, no respetó las zonas que impone el pudor de la primera vez. Lucrecia le ordenó que se detuviera y que de una vez por todas cumpliera con su cometido.

Él estaba absorto, y de los nervios no podía penetrarla, le faltaba sutileza y le sobraba fuerza. Como si ella fuera una diestra en la materia se sintió obligada a retomar la iniciativa, asió el miembro y lo guío hacia su sexo. Él se dejaba conducir, y ella le indicaba con el movimiento de su cadera que empujara. Así lo hizo y cuando finalmente ejerció más presión ella sintió que una grieta se acababa de abrir en su cuerpo, su aprensión quedó confirmada cuando sintió un hilo de sangre entre sus piernas.

Se palpó y notó la presencia de la sangre, la única que siempre es recordada y la mayoría de las veces evocada con ironía. La sangre estampada en las sábanas decretaba la caducidad de su niñez al igual que la felicidad de este primer encuentro sexual. Una vez vencido el miedo inicial, Baltasar la hizo suya, la amó y la hizo sentirse amada. Luego, tanto sudor como sangre y semen humedecieron la cama. Ella tenía los brazos estirados y él le besuqueaba las axilas. Se mantuvieron unidos hasta que el peso les dificultó la respiración. Baltasar se deslizó y se acostó a su lado, a ella le brillaban los ojos y le brotaban lágrimas, y con voz casi imperceptible colocó la palma de su mano abierta sobre su vientre para señalarle que allí, en ese espacio subterráneo, algún día iba a engendrarse un hijo suyo.

Lucrecia sentía que había alcanzado la cima del placer, que si se muriese en ese instante sería de satisfacción. Él estaba sobrepasado por lo acontecido, tanto que el recuerdo de su pasado le causó remordimiento. Mientras ambos se recuperaban y tomaban aliento para reiniciar una charla, Baltasar cayó en una situación que presentaba signos de aturdimiento, como el vértigo que se siente cuando se dimensiona la hondura de un abismo. La saciedad del momento no pudo impedir que afloraran sus encarceladas contradicciones, las que se aprisionaban en el más hermético de los cofres, el inconsciente. Se preguntaba cómo corregir sus errores. Comprendió esa tarde que la vida sin amor era una equivocación que se rectificaba con la generosidad. Había que favorecer que germinara lo que acababa de nacer.

Mientras él pensaba y Lucrecia dormitaba boca abajo, le echó un vistazo a la protuberancia de sus glúteos, no se distrajo en su desnudez y se tomó su tiempo para continuar el proceso de introspección; necesitaba evaluar el transcurso de su existir hasta ese entonces. Él se contemplaba como el morador de las penumbras que vivía zambullido y buceando en su mar interior. Se había declarado enemigo solitario del mundo e hizo suya una secreta nostalgia que era como su hogar. Hasta que conoció a Lucrecia en su alma habitaban, sin abandonarlo un segundo, la desesperanza y el cansancio. Llevaba a cuestas las frustraciones de todos los caminos necios que había recorrido. Durante su silencio se reprochaba a sí mismo que su vehemente afán de dotar a su existencia de un sentido artificial había terminado siempre en un fracaso. Se

autoflagelaba con el balance de su vida, le retumbaba en la mente su propio reclamo: «Viví la vida entera embriagado por mi desazón, apelé al recuerdo de lo que nunca existió para deshacerme de la voluntad de edificar el futuro al lado de alguien. Hasta que conocí a Lucrecia me embargaba el más despótico de los sentimientos, el deseo de la soledad insaciable. ¡Qué ciego anduve por los caminos al no percibir que mis convicciones eran enemigas de la realidad! ¡Las luces de mis verdades me encandilaron!» Suspiró y pensó: «¡Qué inmensa es la alegría de transitar los caminos no trazados!»

Se sentó en la cama y la miró con los ojos dilatados por el asombro. En ese atardecer ella le impartió una lección de vida, el amor podía llegar como un lucero para alumbrar un sueño y anunciar un nuevo mañana. Baltasar se dejó asediar por la sensación de que la aurora resplandecería con luces serenas.

Cuando Lucrecia se despertó, Baltasar le preguntó:

—Mi amor, ¿sabés todo lo que me inspirás?

—No lo sé, pero quiero al menos infundirte un sentimiento —repuso ella.

—¿Cuál? —inquirió él.

—El de la seguridad, si estamos juntos nadie puede herir nuestra libertad —manifestó ella.

—¿Conocés esta frase? —preguntó él.

—¿Cuál?— respondió ella.

—La de Flaubert: «Que niñería más sublime es el amor».

El intento de conversar fue abruptamente interrumpido. La pasión volvió a encenderse, se derramó con frenesí y en ella se ahogaron. Emprendieron la tarea de conquistar un horizonte más elevado y ancho, la decisión tenía la vocación titánica de llevarlo a cabo hasta sus últimas consecuencias. Se reiniciaron los besos, el tráfico de caricias con las que se rinden pleitesía los cuerpos. Las ganas se encendieron e incendiaron todo lo que había en ellos, inmediatamente se liaron con las piernas. En un decir amén estaban unidos de la manera más deliciosa. Con un gemido halagador y sin anunciar molestias terminaron subyugados por la voluptuosidad de sus cuerpos.

A las seis de la tarde, cuando la timidez crepuscular anunciaba la proximidad de la noche, ambos se pusieron de acuerdo en abandonar el lugar y volver a verse a la hora de la visita nocturna de Baltasar en la residencia de los González Miranda Hoffmann. La consigna era no despertar ninguna sospecha, ahora más que nunca había que mantener las apariencias y la rutina de todos los días. Tenían que adquirir el arte de ocultar lo que los otros ni se imaginaban. Lucrecia no era feliz de tener que esconder este amor, deseaba que todos se enterasen de que las intenciones puras de sus actos podían mirarse a trasluz.

Esa noche Baltasar visitó a Lucrecia como de costumbre, ambos parecían dos comediantes que anulaban con apatía la resaca de la tempestad afectiva. No tenían la tristeza de quienes encubren un secreto, solo ellos sabían que tenían un pacto que no era de sangre, sino de ardores que colorean alboradas. Se los veía desganados, simulando con la pereza y la lentitud de los que se sienten observados y penitentes. La estadía de él fue más corta de lo usual, se despidió de los padres y en el umbral de la puerta le pidió a ella un último beso, diciéndole:

—Deja que el aliento de tu boca y el roce de tus labios enciendan la antorcha de mi corazón.

Baltasar, al retirarse, giró hacia atrás, observó su espesa cabellera aunada con un grueso moño. Le dirigió una rápida y atenta mirada, en sus ojos resplandecía la luz que no se avergüenza de mostrar sus emociones y en los de él brillaba el hermoso sentimiento de la bondad.

CAPÍTULO 14

El obsequio

LO QUE RESTABA DEL AÑO 1979 FUE SUFICIENTE para que la pareja de novios consolidara la relación sentimental. La compenetración entre ellos era notoria, se los veía cada vez más enamorados. Los encuentros de las tardes en público o en privado se convirtieron en una necesidad diaria. Los rumores unívocamente coincidían todos en la misma versión; que ni bien Lucrecia terminara el bachillerato su próximo paso se orientaba hacia el altar. Las cosas para ellos y sus respectivas familias salían a pedir de boca y gracias a la complicidad de María Liz nadie reparaba en los encuentros clandestinos. Los padres iban por caminos ascendentes, los negocios de ambas familias prosperaban, la sociedad se mantenía letárgica y el Gobierno le imprimía su dinámica a los conceptos de paz y progreso.

Para las navidades de ese año Baltasar le obsequió a Lucrecia una máquina fotográfica Pentax MX. Le encomendó a su primo hermano, Jorge, que la adquiriera en Panamá. Este último era una de las pocas personas cercanas a él y desde que retornó de Argentina lo visitaba asiduamente. Los encuentros eran casi diarios y se prolongaban por más de una hora. Mientras tomaban café, normalmente, las conversaciones rondaban en torno a temas comerciales.

Como siempre, la curiosidad de Baltasar era suficientemente satisfecha con respuestas que detallaban la dinámica, identificaban a los protagonistas de las operaciones y a sus respectivos padrinos políticos militares. Él escuchaba atentamente lo que su primo comerciante relataba acerca de las conveniencias de la importación y exportación de bienes extranjeros, las adjudicaciones y los contratos públicos para la construcción de infraestructura y los nuevos «sujetos de la reforma agraria». Según el pariente las ganancias en estas actividades suponían el retorno de cifras monetarias desproporcionadas para el tamaño de las inversiones y la economía del país, pero por sobre todo describía de una manera infalible la composición anatómica del poder político. El axioma era simple y verosímil, según el primo era una verdad de Perogrullo: detrás de cada canonjía, exención impositiva o grupo de favorecidos estaban los encaramados en la cúspide del poder, los integrantes del círculo palaciego del General-presidente, que apadrinaban e impartían las bendiciones a los preferidos.

La actividad del pariente devenido comerciante consistía en la importación de electrodomésticos que se reexportaban a Brasil y a Argentina. Cuando sus ganancias de la triangulación comercial superaban la renta esperada, invertía el excedente en la compra de tierras y el cultivo intensivo de soja.

El aprendizaje de la realidad paraguaya y su economía se completaba con las visitas a la casa del Ministro, donde se interiorizaba y enriquecía con cada plática con Octavio. Según él este proceso de instrucción era un CAPÍTULO inexorable e impostergable de su renacionalización; comentaba con orgullo que para reconocerse a sí mismo como paraguayo debía antes que nada

conocer a su país.

A veces estas pláticas se prolongaban tanto que parecían dos miembros del mismo bando; quien los viera y escuchara conversar daría por sentado que tanto el uno como el otro conformaban un tándem. A Lucrecia esto no le molestaba, sentía que Baltasar bien podría ser el hijo que sus padres nunca tuvieron. Además, como ella disfrutaba al verlos charlar, empezó a participar de estas tertulias. En este espacio, Lucrecia empezó a tener curiosidad por encontrar la razón causal de los acontecimientos. Sentía una especie de devoción por las explicaciones racionales capaces de justificar por qué un hecho sobreviene en el destino de los pueblos y los individuos. El transcurrir de los acontecimientos hacía impensable la emergencia de hechos y situaciones insólitas.

Capítulo 15

Instantáneas del presente

EL OBSEQUIO NAVIDEÑO REVELÓ QUE LUCRECIA poseía una cualidad inexplotada para las artes visuales.

Era una de las mejores cámaras a las que se podía acceder en el mercado, su costo alcanzaba la cifra de quinientos dólares americanos. Lucrecia recibió el presente la Nochebuena y desde el instante en que aprendió cómo funcionaba el aparato no paró de fotografiar a Baltasar. Entre la Navidad y el Año Nuevo le propuso dedicarse a tomar fotografías durante una tarde entera. La relación de ella con su nuevo *hobby* se volvió algo obsesivo.

Lo invitó a su casa para realizar una «sesión de modelaje» aprovechando la claridad de la tarde y las bellezas que ofrecía la vegetación del jardín. Él accedió y arribó a las cinco de la tarde. En cuanto llegó, Lucrecia lo llevó corriendo, tomados de la mano, al patio cubierto de flores, plantas ornamentales y árboles nativos.

Lucrecia demostraba la rapidez con la que conquistó el oficio de fotógrafa. Le pidió retratarlo como si fuera un actor de cine o un galán de telenovelas argentinas o mejicanas. La respuesta no se hizo esperar, fue un rotundo no.

Él replicó diciendo:

—¿Si me tomás tantas fotos es porque pensás que seré el primero en partir o porque creés que solo vivo para las apariencias? Yo creo que un retrato nunca captura lo esencial y lo profundo que hay en cada uno. La máquina ayuda a copiar lo aparente, pero solamente abriendo los corazones se llega a las fuentes vivas que alimentan nuestras formas. Recuerdo ahora que Plotonio no permitía que le esculpieran un busto porque aseveraba que con una imagen no se hace más que legar al mundo la sombra de una sombra.

No hubo respuesta del otro lado, la muchacha seguía ejercitando su nueva faena sin inmutarse. En un momento dado ella le pidió:

—¿Podés posar como algún personaje histórico? —dijo Lucrecia.

—¿Cómo Napoleón descripto por Víctor Hugo? —inquirió Baltasar.

—No conozco esa descripción.

—Decía que Napoleón tenía dos actitudes: cuando cruzaba los brazos sobre el pecho denotaba un ánimo resuelto, y con las manos hacia atrás revelaba incertidumbre —aclaró Baltasar.

—¡Es maravilloso todo lo que sabés! ¿Y cuál es la pose que más te agrada? ¿Cuándo tenga que colgar en nuestra sala fotos de los primeros recuerdos, qué imagen tuya tengo que exhibir?

—Una que me dé aire de intelectual, de una persona con pensamiento propio. Me gustaría que me hagas una foto posando con la mano bajo la barbilla.

—Pero esa no es una pose que se comparece con la de un pensador, escritor o intelectual. La imagen que proyecta un hombre con ese gesto es la de un impostor, transmite la impresión del

que encubre sus convicciones —bromeó ella, riendo con una carcajada desinhibida.

—Me resulta de muy mal gusto tu chiste. Tus palabras destilan ironía —replicó él.

—¡Ey! ¡No me imaginaba que fueras tan sensible, solo te hice una broma! Siempre te burlás de mi ingenuidad, ¿o no es así? Y yo no me enojo —acotó Lucrecia.

—Me parece bien que desarrollemos el sentido del humor, pero eso no nos habilita a faltarnos el respeto. Si decís que poso como un defraudador significa que no confiás en mí. Uno se comporta, hace y dice cosas consciente e inconscientemente. Ambas hipótesis expresan la idea de que en una persona cohabitan dos personalidades; en un caso lo llevamos al descubierto y en el otro está sumergido, pero no sepultado, menos aún muerto.

—Perdoname, mi amor. No soy la mujer acabada que buscás, ayudame a madurar, tenés que ser el amigo o el hermano que nunca tuve. No quise ofenderte. Hay veces que la exaltación ni siquiera me permite pensar lo que digo. Siempre te demostré una actitud determinada a enfrentar los escollos que se nos presentaron, pero a veces me siento como una niña bromista. Todavía no he llegado a ser la persona que seré para vos. ¡Vos me tenés que hacer mujer!

—Mi amor, no te atormentes por lo que pasó. Es una nimiedad, sos juguetona porque tu inocencia te hace así. No tenés malicia. La exuberancia de tu cuerpo encarcela un espíritu angelical, te disfruto pequeña y grande, distraída y atenta, vigorosa y frágil. Tenés algo muy especial, tu energía es terca; tu audacia se demuestra ante los desafíos. Nunca permitas que tu enjundia arrincone lo inconmensurable y sublime que hay de niña en tu alma. No tengas vergüenza, tampoco te arrepientas. Cuando nuestros corazones estén enfermos, maltratados y ofendidos, notarás que su fuerza no era lo invencible que pensabas y que con la razón no podrás dimensionar ni tampoco justificar la maldad que esconde el alma humana. Acordate siempre de que tu manera inocente de entregar más de lo que ostentás es un bálsamo para sanar mis lastimaduras y otorgar patente de corso a este amor de piratas.

La tomó de las manos y pasearon por el jardín. A él ese ambiente verde y crepuscular lo apaciguaba. Lucrecia dejó el aparato de fotos y comenzaron a caminar, ella estaba concentrada en la idea de su regalo navideño para Baltasar.

CAPÍTULO 16

Cambio de planes

PASADAS LAS FIESTAS DE FIN DE AÑO, LUCRECIA y Baltasar migraron con los suyos a la ciudad veraniega de San Bernardino. En febrero ya estaban de regreso en la capital. Sin resistencia alguna se impuso el ritmo habitual. Lucrecia cursaba el último año de bachiller, y así como iban las cosas en diciembre de 1980 contraerían nupcias. Baltasar continuaba con su aprendizaje y adaptación al medio. No se intuía ningún acontecimiento que pudiera entrometerse en sus vidas. De igual manera, «el precio de la paz» rendía sus réditos, la inercia del proceso político producía hechos enmarcados dentro de la normalidad y de lo establecido como predecible.

Los encuentros vespertinos se llevaban a cabo sin alteraciones. Ambos estaban adiestrados en el arte de evadir cualquier clase de obstáculo o en disipar las más impensables de las sospechas que se podían cernir en torno a las ausencias injustificadas. Con el sigilo de costumbre se apersonaban en la morada de la manera más campante, sin el resquemor de ser descubiertos. Lo que al inicio se presentaba como una actividad de alto riesgo y peligrosidad, se transformó en el más habitual de los afanes. La rutina de los enamorados estaba compuesta de *rendevouz* que de acuerdo a las factibilidades duraban una hora o se podían dilatar toda la tarde. Obviamente la estadía no dependía de las ganas de permanecer, sino de factores aleatorios independientes de su voluntad.

A finales de agosto de 1980 Baltasar se encontró con una Lucrecia distinta. Intentó seducir a su enamorada pero enseguida comprendió que ese viernes 30 de agosto Lucrecia no era la misma de siempre. Ella, igual que en otras ocasiones, estaba predispuesta a amarlo, pero sentía que su secreto le apretujaba el corazón.

La contemplaba un tanto absorta, como si estuviera obsesionada con una idea. Lucrecia se sentó en la cama y miró a través de la ventana. Él veía cómo su pelo alisado y largo le corría por debajo de los hombros. Ella tenía la semblanza de una adolescente con espíritu celeste, una aureola de luz confirmaba su pureza. La sentía quebrantada por una querella interior que le ponía fuego a una maraña de sensaciones. No se la advertía ausente, sino todo lo contrario, era tan traslúcida que sus ojos reflejaban la intensa angustia que soportaba en ese momento.

Ella quería hablar con él, pero no sabía cómo empezar; no por temor sino para no ser malentendida. Creía que las verdades debían darse a conocer y ser trasmitidas así como venían al mundo; la descripción de una circunstancia no debía ser endulzada, había que detallarla de la manera más apegada a la realidad. Por más espeluznantes que fueran las vicisitudes había que llamarlas por su nombre, sin los eufemismos de la cobardía.

Por otra parte quería liberarse expulsando la verdad fuera de su boca, pensaba en el alivio que produciría compartir asuntos íntimos, y en especial cuando son tan delicados. Especulaba que las

cuestiones irrevelables eran mejor custodiadas de a dos. Además, el motivo de la zozobra no podría ser ocultado por un periodo de tiempo muy extenso. Conjeturó que no había por qué guardar silencio. Esa tarde la fisonomía de su rostro alegre se había trasmutado en uno retraído como el de quien es portador de un problema y se agobia porque no encuentra ninguna solución. Dirigiéndolo con la mirada y palmoteando la cama lo invitó a tomar asiento a su lado.

Él, impaciente, pues encontraba muy extraño su comportamiento, la tomó del brazo y la sacudió con suavidad preguntando:

—¿Qué te pasa, Lucrecia?

Sin perder más tiempo y con su particular estilo de hablar, directo y llano, Lucrecia se dirigió al grano sin rodeos.

—Mi querido, es muy importante lo que debo comunicarte. Estoy convencida de que lo que voy a decirte es lo más trascendental que hemos enfrentado en nuestras vidas —dijo Lucrecia.

—Por favor, mi cielo, podés hablar sin cohibirte. Siempre te garanticé que hallarías en mí el amparo que los demás te nieguen. Decime lo que quieras, soy todo oídos —respondió Baltasar.

—Estoy embarazada de cinco semanas —afirmó con determinación ella.

—No puede ser, ¿estás segura? —preguntó, angustiado, Baltasar.

—Por supuesto, ya debería haberme venido el período. Soy súper regular. Desde que empecé a menstruar nunca me retrasé ni un solo día, siempre tengo la regla con la puntualidad de un reloj suizo. Antes de tenerla anuncia su llegada con dolores y cambios en mi humor. En esta oportunidad no se presenta ninguno de estos síntomas. No tengo dudas, mi seguridad es absoluta —aseveró Lucrecia.

—Mi amor, estoy desconcertado. ¡Me dejás helado, boquiabierto! ¡No sé qué decir! Yo pensé que te cuidabas y contabas los días previos y posteriores a tu regla. ¡Cómo iba a imaginarme que esto podía pasar! —exclamó Baltasar.

—¿Vos en serio creés que los bebés vienen de París? ¿O que existe la cigüeña? Estas cosas suelen pasar y no hay que avergonzarse. ¡Tenés miedo! ¿Es que te amedrentan las habladurías maliciosas? ¿Tanto te amordazan las convenciones sociales? Hablame como yo te hablé toda la vida, invariablemente con la verdad, no me mientas. No te escondas detrás de argumentos falaces, eso no le queda bien a un varón. ¡Demostrá que sos un hombre mayor de edad para asumir las consecuencias de tus actos y no rehúyas tus responsabilidades! Por lo visto hay que saber llevar los pantalones. En lo que a mí respecta, estoy resuelta a realizar lo necesario para que nuestro hijo nazca sano. ¡A lo hecho, pecho!

—Lucrecia, por favor. ¿Qué te pasa? No te vuelvas tan agresiva, que no he dicho nada aún. No me das tiempo de expresar lo que me está pasando, en mi cabeza todo da vueltas y me atemoriza lo que pueda sucederte. Esto es algo imprevisto que no figuraba en los planes. Creí que teníamos otros proyectos, que queríamos continuar creciendo uno al lado del otro, seguir desarrollando nuestras personalidades, madurar juntos y ahora esto impone una pausa a nuestros proyectos y cambia lo previsto.

—¿O sea que según tu manera de sentir y pensar solo son bienvenidos los hijos planificados de acuerdo a la estrategia nacional de natalidad? Me angustia tu reacción, Baltasar. Te comunico que estoy embarazada, que llevo en mi vientre un hijo tuyo y vos me respondés diciendo que tenés la mente confundida, que todo te da vueltas. ¿Qué sentís en el corazón? ¡No me digas que no se te mueve la estantería! Cuando se ama el embarazo es una cortesía del amor, que quiere adular y no sobornar al sentir. Un hijo es una bendición divina, significa que mis entrañas son una cavidad fértil para las simientes de nuestra pasión. Siento la dicha desde los dedos del pie

hasta la punta de mi cabellera. Me recorre en la superficie y debajo de la piel el estremecimiento de ser halagada y privilegiada, soy la persona más feliz del universo. Nunca imaginé que estar encinta hiciera a las hembras más mujeres de lo que son. Ahora sí que hay motivos para envidiarme. Con tu hijo, que es mi hijo, no le temo a nada en este mundo, hoy más que nunca sé por quién vivir. Me muestro conforme con la pureza de nuestro amor porque solo un evento de esta magnitud puede superar su propio destino generando el más incondicional de los amores, el de la madre al hijo.

Lucrecia se desprendió la camisa para decirle:

—Mira mis pechos, regístralos en tu memoria visual, porque dentro de muy poco no guardarán la estética del presente. Estarán cargados de leche, hinchados y quizás deformes. ¡Pero cuánta ternura se reúne en los labios de un recién nacido que busca aliviar su hambre con el seno materno! ¿Qué más privilegio que dar de mamar a mi hijo? Hasta ahora pensaba que mis senos se configuraron fornidos solo para vos, que solo tu boca podía empuntar mis pezones para que tus deseos fueran atendidos a satisfacción. Espero que no apaguemos el fuego en el cual nos hemos dejado consumir, pero debemos tomar conciencia de la nueva prioridad; no es que me alegre más, la naturaleza de la dicha que me genera es diferente. No resisto, ya no puedo aguantar más tiempo para ver y sentir la boquita resuelta y avara de nuestro bebé subiendo a mis pechos para pedirme a llantos que cumpla con mi obligación de loba Luperca.

—Lucrecia, te pido disculpas si te ofendí, creo que mis palabras fueron malinterpretadas y fui torpe al expresarme. El nerviosismo del momento y las derivaciones de la primicia me impactaron. Podés estar segura de que, para mí, desde ahora somos tres. Que no te quepa la menor duda de que por vos y nuestro bebé estaría dispuesto a dar mi vida. A tu lado le encontré sentido a mi existir y no lo estaba buscando pues creía que ya lo había encontrado. Mi fundamento de vida estaba resuelto, no esperaba ninguna nueva revelación. Hasta conocerte era un pesimista, en este instante me encuentro ilusionado con ganas de emprender algo con vos. Jamás dudes de mi amor. Si me sentiste inseguro fue pensando en vos, en el qué dirán, en tus padres que son tan católicos y conservadores. Entendeme, me preocupa más tu suerte que la mía. No soy un badulaque, tengo códigos y escrúpulos. Yo siempre asumo las consecuencias de mis compromisos, pero más allá del bien o del mal, sin Dios y sin bandera, con o sin dinero, entre el cielo y la tierra, te amo y esa es mi única verdad. Vos me reconciliaste con la vida. Hay mucha mujer dentro de vos. Amo la fuerza de tu personalidad. Tu vigor te hace única y ese arranque femenino tiene el coraje de enfrentar la adversidad sin perder la suavidad y la elegancia. Nunca morirá la ternura que hay en vos. Me seduce la idea de que este niño en tu panza revivirá lo que más hay de mujer bajo tu piel. No hay voluntad sobrenatural o viento en contra que pueda apaciguar o doblegar tu bravura, hermosa Lucrecia.

—No te podés imaginar la felicidad que me produce escucharte hablar de ese modo; me tranquiliza saber que cuento contigo, que esta es nuestra lucha. Saber que el hombre de mi vida está firme a mi lado no por conveniencia sino por convencimiento me contenta y robustece para sobrellevar las presiones y las censuras de las que vamos a ser objeto. A tu lado a nada le temo, arrancaremos fuerza y coraje de lo que llevamos vivido. No estamos juntos por casualidad, tampoco compartiremos el futuro por azar. Hemos actuado libremente, sin embargo, desde ahora estamos atados a la decisión de crear una familia. Vamos a librar muchas contiendas para alcanzar lo que anhelamos; el combate engrandece cuando se batalla por una causa superior. Es cierto que le debemos explicaciones a los que confiaron ciegamente en nosotros, pero no toleraré que ningún tribunal de puritanos nos condene.

—De ningún modo se puede soportar que castiguen a alguien por saber o desear amar, en todo caso, que sancionen a los que pudiendo amar no lo ambicionan o no quieren aprender. Daremos explicaciones pero no justificaciones, incluyo a mis padres y a los tuyos, el resto del mundo me importa un pepino. Solo habrá una excepción, la verdad es que rompí la promesa que hice a María Liz, ella sí se merece una aclaración. La debo eximir ante mis padres de cualquier responsabilidad, la gente inventa fantasmas para justificar lo injustificable. Lo más humano que existe es que las personas adultas se nieguen a ver la realidad, si esta resalta y desagrada por su rigor nadie estará predispuesto a arrancarse los ojos.

Más tranquilos, decidieron andar con pies de plomo. Estaban acostumbrados a la clandestinidad y en alguna medida deberían mantenerse en esa zona y ganar tiempo para elaborar un plan y elucubrar las explicaciones que deberían dar a sus respectivas familias. Especulaban si debían hacerlo en conjunto o separadamente, se preguntaban cuándo debían hacerlo, y sobre las ventajas y desventajas de dejar pasar el tiempo. Sumaron las semanas, hicieron cálculos, intentaron predecir el momento en que serían notorios en ella los cambios que produce un embarazo. Suponían que Lucrecia ya llevaba un mes encinta.

La celebración del egreso se realizaría a fines de noviembre y ella debía participar en el evento, de lo contrario su inasistencia llamaría la atención y despertaría rumores. Las sumas y restas ejercitadas con rigor matemático dieron por sentado que ella estaría en su cuarto mes de gestación a finales de noviembre. Sus precarios conocimientos de la anatomía humana les sirvieron para concluir que a las aproximadamente dieciséis semanas de embarazo todavía no sería notoria la panza. Esta situación les otorgaba una capacidad de acción para poder pergeñar y avanzar con su plan. Contraerían nupcias inmediatamente después de los festejos del final de sus estudios. Debían reunir a sus padres por separado para comunicarles que querían casarse lo antes posible y sin agitar las aguas.

El pretexto sería que deseaban discreción y solamente invitarían al círculo inseparable de amigos y familiares, lo imprescindible para que nadie pensara que pretendían esconder algo. Ahora a toda costa debían impedir que la celebración del matrimonio pasara a ser la «boda del año».

Dado que Stroessner sería el testigo de honor de la ceremonia civil los planes debían comunicarse inmediatamente. El inconveniente de la apretada agenda presidencial debía ser subsanado eligiendo una fecha entre los primeros días de diciembre, antes de los festejos del 8, celebración de la Virgen de Caacupé.

Cuando terminara la ceremonia religiosa emprenderían un viaje de dos años de duración. Sería una especie de viaje de estudios o de postgrado a los Estados Unidos de América. El subterfugio sería que Lucrecia aprendiera inglés y que Baltasar realizara un máster en economía agraria en alguna universidad de Kansas.

Con este plan mataban dos pájaros de un tiro, cumplían con todas las obligaciones sociales y así el parto se llevaría a cabo en abril de 1981 sin que nadie en la suspicaz sociedad asuncena se percatara del nacimiento. Llegaron al acuerdo de que cuando comunicaran la decisión no podría haber marcha atrás en la determinación de casarse los primeros días de diciembre, fecha hasta la que se podría disimular la gravidez de la novia. Las transformaciones físicas que sufriese el cuerpo de ella serían justificadas con las evidencias de que los estudios de fin de año no le permitían hacer deportes y que la madre como siempre le daba de comer hasta por los oídos. Si ningún incidente imprevisto se interponía en el rumbo que se habían trazado lograrían realizar lo pronosticado sin sobresaltos. Todas las excusas estaban concebidas, sería la primera navidad de

Lucrecia sin sus padres. Tenía que decir que solamente conoció la nieve en un viaje del colegio a Bariloche y aspiraba a que esta fuera su primera Nochebuena con nieve y mucho frío; por ello después de contar a sus respectivos padres la novedad celebrante deberían invitarlos a cenar y, para evitar cualquier sugerencia que supusiera el cambio de las fechas convenidas, él, con un gesto que denotase la determinación de no retroceder, debería mostrar que los boletos del viaje ya estaban comprados y confirmados para el 9 de diciembre del año en curso.

Solamente si ellos ostentaban sus ímpetus y sus ganas de manera categórica, nadie podría torcer sus voluntades. Por si acaso sus progenitores se opusieran utilizando un argumento baladí, contra argumentarían invocando la edad de Baltasar, echarían en cara que ellos desde un comienzo apoyaron la relación y ¿cómo ahora se oponían? Había que acotar como parte de la contraofensiva argumental la interrogante que en forma sugestiva los padres en reiteradas oportunidades y como quien no quiere la cosa repetían: «¿Para cuándo la fecha?» y aclarar que la indirecta fue interpretada por los novios como un aliento para concretar la unión. Por separado ambos tenían que insinuar que la unión de las dos familias trasmitiría un mensaje político de la envergadura que iba cobrando la alianza del poder político con el económico. Todo tipo de argucia, mentira piadosa o picardía estaba autorizada. Había que garantizar a cualquier precio el cumplimiento del cronograma para que no se descubriera la condición de la novia. Después de repasar el plan coincidieron en que ni siquiera consideraban conveniente informar a María Liz de que Lucrecia estaba encinta; a fin de cuentas, ¿para qué levantar la perdiz?

Cuando estaban preparándose para levantar carpas, él la observó consternado. La imagen de Lucrecia lo conmovió, y con el gesto de querer protegerla y darle la garantía de que todo saldría como lo habían planificado, la abrazó con ternura, arrimó los labios a sus oídos y con la calidez de su voz le susurró:

—Si no cometemos errores, nadie se percatará de nuestros planes, tu embarazo pasará desapercibido. Una verdad nunca se revela por sí sola, tiene que ser descubierta. Te adoro, quedate tranquila. ¡Es tan dulce existir a tu lado! ¡Siempre vamos a ser felices!

CAPÍTULO 17

El final de la dinastía

LOS PROCESOS HISTÓRICOS DE MANERA RECURRENTE plasman en la realidad la aseveración de Thomas Jefferson que dice: «*The tree of liberty must be refreshed from time to time, with the blood of patriots and tyrants*».[1]

Nicaragua era la patria de los «nicas», pero propiedad de una familia. Por casi medio siglo un sistema despótico desoló la tierra de Rubén Darío.

Anastasio Somoza Debayle era el segundogénito de Anastasio Somoza García, conocido como «Tacho» tanto por sus amigos y protectores como por sus enemigos. Este último de tenedor de libros llegó al cargo de Jefe Director de la Guardia Nacional gracias a que hablaba perfectamente el inglés y a su actitud rastrera con sus patrones del norte. Fue un político hábil, supo conservar el poder manteniendo la vigilancia permanente sobre sus rivales fuera y dentro del ejército y la policía: o los eliminaba o los compraba. Con sus contrincantes tolerados utilizaba astutamente la política de desacreditarlos o la de pactar con ellos a cambio de favores o concediendo espacios de libertad para que su gobierno obtuviera un manto de legitimidad. Llamó a elecciones en las que no se candidateaba, pero dejaba ganar a títeres controlados por él. Durante la Segunda Guerra Mundial se colocó en el bando de los aliados, a ello se debería el apoyo de los estalinistas nicaragüenses a Somoza para la farsa electoral de 1944. Siempre actuó en función de los intereses de Washington y algunas veces hasta anticipándose a los propios norteamericanos. Fue el primer gobernante de toda América en declarar la guerra a las potencias del Eje tras el ataque a Pearl Harbor, anticipando veinticuatro horas al gobierno de Franklin D. Roosevelt.

Tacho se caracterizaba por ser jovial y sanguinario, y su hijo sobresalía por ser un personaje siniestro y bilioso. El padre era un civil, sin embargo el hijo era un auténtico militar graduado en West Point. El fundador del clan pertenecía a una familia de clase media cuyo único patrimonio era un cafetal mal explotado. Sea como fuere, en 1956 su fortuna estaba valuada en aproximadamente sesenta millones de dólares y, gracias a que su familia se adueñó de tantas propiedades, se constituyó en el primer terrateniente del país. El iniciador de la estirpe tenía como mérito más destacado en su currículum el haber ordenado el asesinato a traición de César Augusto Sandino, apodado «el general de los hombres libres», el 21 de febrero de 1934.

Desde un principio Sandino rechazó con las armas la invasión y la hegemonía extranjera ejercidas contra su país. En el año 1913, aproximadamente tres mil *marines* desembarcaron en territorio nicaragüense, lo que significó una ocupación militar sin disimulo por parte de los Estados Unidos de América. La presencia militar les permitió tutelar la convivencia política, designar gobiernos funcionales a sus intereses y firmar el tratado Bryan-Chamorro, que les garantizó la posibilidad de construir un canal interoceánico sobre el «gran lago». En 1924 la Secretaría de Estado de los Estados Unidos envió a otros dos mil *marines* para restablecer el

orden político que estaba siendo resquebrajado por las disputas locales entre liberales y conservadores. En esta ocasión la intervención armada encontró una fuerte resistencia militar que operó de una manera desconcertante para los ocupantes. Fueron empleadas tácticas de guerrilla por grupos armados integrados por sectores populares y con arraigo nacional. Un general liberal condujo esta «resistencia nacional antiimperialista», su nombre se convirtió en símbolo y bandera de la liberación nacional: César Augusto Sandino, jefe del «pequeño ejército loco». Durante seis años lideró una guerra extenuante e invicta contra la potencia ocupante. En 1933 depuso las armas tras el retiro de las fuerzas de ocupación. El repliegue de los *marines* fue el resultado de la implementación de la nueva política exterior del buen vecino ejecutada por el presidente Roosevelt para América Latina. El país del norte padecía las consecuencias de la gran depresión y en el ambiente se avizoraban síntomas de la segunda conflagración mundial, lo que tornaba imprescindible una modalidad más amigable de intervención en la región.

En 1954 el dictador Anastasio Somoza García intervino en el golpe de estado que derrocó al presidente electo de Guatemala, Jacobo Arbenz. El poderío de los Somoza confundía la propiedad del Estado con la de la familia, se fundaba principalmente en el apoyo de la potencia del norte y el que le brindaba la guardia nacional. Ésta, con su papel represivo, respaldaba y a la vez garantizaba la existencia del poder de los Somoza.

La lealtad y obediencia al híbrido norteamericano-nicaragüense se basaba en un sistema de gratificación para los leales y de sanción para los antagonistas. La fidelidad se recompensaba con privilegios crematísticos y las infidelidades con el castigo atroz. Para prevenir las conspiraciones que se organizaban en ese gremio se instaló un sistema de vigilancia y delación consustancial con las formas del ejercicio del poder que denigraba la condición humana a su nivel más bajo. La guardia nacional era un engendro creado para consolidar una hegemonía familiar y no un ejército que, como en toda Sudamérica, sirvió para moldear el Estado-Nación.

El primer muerto de la dinastía fue asesinado a tiros por Rigoberto López el 21 de septiembre de 1956. Su muerte no significó el fin de la estirpe pues su hijo Luis lo sucedió y recibió el apoyo de su hermano Anastasio.

Luego del fallecimiento del primer heredero, lo sustituyó el segundo en el orden dinástico, quien sería presidente y comandaría la guardia nacional hasta su destitución y expulsión del país en 1979.

A partir del 12 de octubre de 1977 el Frente Sandinista de Liberación Nacional anunció que la guerra revolucionaria contra la dictadura somocista había emprendido su última fase. La ofensiva iniciada por aquel entonces fue el antecedente inmediato que condujo a la caída de Anastasio Somoza Debayle, alias «Tachito». Este fue el último dictador de una dinastía que, durante cuarenta y cinco años, retuvo el poder y abusó de él en desventaja de la nación nicaragüense. Un hecho que radicalizó la lucha antidictatorial y precipitó la caída fue el asesinato, en enero de 1978, de Pedro Joaquín Chamorro, director del periódico opositor *La Prensa*. Debido a este crimen, representantes de la burguesía local y empresarios industriales acordaron un paro laboral en repudio al atentado, y, de la misma forma, a todo lo largo y ancho de la geografía del país se produjeron manifestaciones y acciones en contra del autoritarismo. La condena internacional contra el atentado al doctor Chamorro no se hizo esperar; el homicidio causó, a nivel interno y externo, la repulsa de una conciencia que, en forma masiva, sentenciaba y contaba los días para que Tachito fuera derrocado.

El aislamiento diplomático internacional del régimen fue inexorable. El ex director del diario que litigaba con la verdad en contra de la tiranía fue el factor aglutinante y la garantía de un

proyecto nacional policlasista. Una gama de actores sociales y políticos conformaron el espectro de derecha e izquierda, que sin tregua enfrentó la violenta represión del sistema. La consigna fue la unidad de todos los nicaragüenses para que el país superara las más de cuatro décadas de autocracia de una familia que se adueñó del Estado. El declive y la derrota del somocismo significaron muchas víctimas y una prolongada acción armada que adquirió ribetes de insurrección popular.

Anastasio Somoza Debayle dirigió al Honorable Congreso Nacional del Pueblo de Nicaragua su renuncia el 16 de julio de 1979 en los siguientes términos: «Consultados los gobiernos que verdaderamente tienen interés de pacificar el país, he decidido acatar la disposición de la Organización de los Estados Americanos y por este mediorenuncio a la presidencia para la cual fui electo popularmente. Mi renuncia es irrevocable. He luchado contra el comunismo, y creo que, cuando salgan las verdades, me darán la razón en la historia. Firma: Anastasio Somoza, Presidente de la República.»

La lucha que se dirimió a favor de los antisomocistas supuso que Tachito abandonara la región desde la ciudad de Guatemala, en la madrugada del 17 de julio de 1979, en un vuelo chárter rumbo al Paraguay. El avión era propiedad de las Líneas Aéreas Paraguayas. Los opositores tomarían el poder dos días después. Somoza dejó Nicaragua para no volver a verla.

Somoza, acompañado de una frondosa comitiva, arribó al país del General-presidente, quien veintitrés años atrás le había enviado los pésames por la muerte de su padre.

Los Somoza nunca tuvieron como máxima el pensamiento del prócer cubano José Martí, para quien: «Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio sería la mayor ignominia».

Ni los que vencieron a la tiranía entendieron que la revolución no es tal si no se le imprime un sentido ético.

Terminada la Segunda Guerra y hasta la década de los ochenta, América Central fue escenario de situaciones que acreditaban una convivencia política sin contenido institucional, una praxis política desvinculada de los valores morales, de los desatinos políticos del poderoso del norte y de la confrontación de bandos armados que expresaba la competencia por el liderazgo mundial en un orden internacional determinado por la bipolaridad político-militar. Las gavillas cívico-militares usurpadoras del poder confiscaban el Estado y pisoteaban el surgimiento de cualquier noción embrionaria del derecho.

CAPÍTULO 18

Los días previos

LA NOCHE DEL 30 DE AGOSTO BALTASAR volvió a su casa un poco más temprano de lo usual. Se excusó con Lucrecia arguyendo que necesitaba repasar y cotejar a solas todas las implicancias del plan que tramaron para eludir las derivaciones del imprevisto embarazo prenupcial. Apeló a la coartada a la que recurren los que gozan de la aureola del intelectual; de acuerdo a eso, la reflexión es más fecunda en soledad. Todavía quedaba pendiente lo atinente a la logística del traslado aéreo, la inscripción en la universidad, así como también el alquiler de una vivienda. Antes de dejarla en el Centenario la acurrucó en sus brazos e hizo que su cabeza reposara en su pecho. Con su hablar pausado, que confirmaba su determinación, le dijo:

—Aunque el destino quiera no podrá separarnos. Ya tenés en tu vientre lo más tenaz de mi felicidad, nuestro hijo.

Al llegar Baltasar a su domicilio, su rostro esquivo reflejaba un estado de perturbación emocional. Esa noche no podía poner en práctica el arte escénico del disimulo que conocía en todas sus expresiones. Su atractivo físico, imperturbablemente valeroso y conquistador, se transformó en la figura castrada del atemorizado y apesadumbrado. Estaba disminuido, no irradiaba fuerza, se lo veía como a los que los consume la certeza de no poder vencer un obstáculo.

Al encontrarse con la doméstica le preguntó:

—Morocha, confirmame que mis padres viajaron a Argentina.

—Así es. Tomaron el vuelo de la mañana de Aerolíneas Argentinas —respondió—. Van a quedarse por lo menos dos semanas. Me dijo tu mamá que como hace tiempo no van a ningún lado, quieren sacarle el jugo a su estancia, aprovechar para hacer compras, salir a cenar, ir al cine y al teatro.

—Lo más correcto es que a su edad descansen y disfruten de la vida —dijo Baltasar.

Morocha percibió en su jefe un estado de ánimo extraño, lo notó exhausto, mortificado. Como había un grado de confianza entre ellos, le dijo que lo veía abatido y le inquirió:

—¿Qué te pasa Baltasar? ¿Querés que llame a un médico?

—Por Dios, Morocha, no exageres. Estoy bien, solamente me encuentro extenuado. Las reuniones sociales me hastían, cada noche hay algo que hacer. Un asado aquí, un cumpleaños allá, la vida social de Asunción desgasta al más fuerte y sano de los seres humanos. Todos los días hay un compromiso que se debe cumplir y un evento al que hay que asistir. Nunca faltan los que quieren socializar y quedarse a hablar hasta altas horas de la madrugada, realmente no sé cómo la gente no se cansa. ¡Tanto barrullo social me resulta tedioso! En todas las ocasiones se dice y se escuchan los mismos cuentos y sus remanidos testimonios, las novedades sociales se extienden como reguero de pólvora. Este tren de vida nocturno me está por matar y a eso hay que

sumarle que lentamente me voy haciendo cargo de los negocios de la familia. Claro está, bajo la supervisión y dentro de la tibia delegación de responsabilidades que mi viejo acaba de empezar, aparentemente comienza a confiar en mí. Para colmo tengo que despertarme temprano todas las mañanas. Madrugar no me sienta bien. Me cuesta arrancar, siempre quiero remolonear un poco más en la cama. Necesito pedirte un favor.

—Decime, Baltasar.

—En breve van a venir unos amigos míos de la época de la universidad. Están de paso en Paraguay y los invité a tomar unos tragos conmigo. Por favor, ¿podés llevar al quincho *whisky*, agua, hielo y algo para picar? ¡Qué sé yo, cualquier ambigú!

—Hay jamón serrano que trajo el amigo español de don Esteban. También queso manchego, aceitunas, maníes. ¿No querés que haga una tortilla de papas o alguna minuta fría o caliente?

—No, Morocha, no te molestes. Calculo que mis amigos ya habrán cenado. Alcanza con algo liviano para acompañar las bebidas. Por favor, dejanos también gaseosas por si alguien no ingiere alcohol. Después de poner todo en su lugar andá a dormir. Ahora voy a darme una ducha. Si llegan a venir, te pido que los hagas pasar rápido, que no esperen en la calle, y que estacionen su auto dentro del jardín. No es por seguridad, Asunción es una ciudad súper segura, pero no quiero que el vecindario se entere de que me frecuentan mis amistades del extranjero. Ni siquiera les menciones este encuentro a mis padres, para ellos mis amigos porteños son malas compañías.

—Está bien, voy a preparar el aperitivo y los recibiré. Luego iré a acostarme y veré mi telenovela; esta noche mi novio no viene, está de guardia. Tan pronto termine con estos menesteres me retiro a mi pieza. Si después algo más se necesita me llamás por el interno. A vos da gusto servirte, Baltasar, sos muy bueno con nosotros. Nunca tuve un patrón que haya tratado con tanto respeto a todo el servicio; todos te aprecian, desde el jardinero hasta el chofer. Lo que más me gusta de tu personalidad es que no sos para nada altanero. ¿Sos diferente a los demás porque estuviste un tiempo largo viviendo en el extranjero?

—Gracias por el concepto que tenés de mí. Lo del extranjero creo que no sirve como excusa. En todos los lugares hay gente buena y mala. Yo creo que nacemos buenos pero la sociedad nos transforma. ¡En fin, esto no es tan importante! Movámonos, hacé lo que te solicité y espero que no haga falta nada. Preparemos todo, dale, que están por llegar. Que descanses, Morocha, voy a darme una ducha reparadora. Hasta mañana y gracias.

—Hasta mañana, Baltasar.

Mientras el joven se vestía, arribó la delegación de sus amigos, integrada por dos hombres y dos mujeres. Morocha ya sabía que no eran paraguayos, así que no se sorprendió por su manera de vestir, su pronunciación y sus ademanes. Lo que sí llamó su atención es que todos, sin excepción, aparentaban ser más grandes que Baltasar. Sobresalía entre ellos el de la calvicie pronunciada, que daba la impresión de tener un par de años más y ser el líder del grupo.

Morocha, según las órdenes que tenía, los condujo al recinto y les ofreció algo de beber. Respondieron negativamente al unísono. No eran groseros, tampoco indiferentes, pero era evidente el fastidio que produjo su presencia. Ella captó inmediatamente que tanto su ofrecimiento como su estancia allí incomodaban a los visitantes. En su simple manera de ver y entender el mundo, estos señores no tenían nada en común con la jovialidad de su patroncito. La impresión que dejaron en Morocha fue la de un grupo carente de calidez: eran toscos, irritables y con maneras de comportamientos rígidos y desconfiados.

Como le había anunciado a Baltasar, se retiró a su dormitorio y aunque pretendió ver su programa favorito no logró la concentración necesaria para mirarlo. Dio vueltas en la cama, no

podía conciliar el sueño. Algo en las visitas la inquietaba. Se durmió con interrogantes para las cuales no encontró respuestas: ¿Será que vienen a buscar trabajo? ¿Por qué una persona tan noble como Baltasar se juntaba con gente tan extraña y distante?

Transcurridos unos minutos Baltasar se hizo presente. Ya lucía distendido y alegre, llevaba ropa de entrecasa como el que se viste sin tener en cuenta las apariencias, para ir al encuentro de viejos camaradas. De entre los asistentes conocía al pelado Gorriarán Merlo y al capitán Santiago, a las mujeres nunca las había visto. Se saludaron como lo hacen los que viven ocultando su identidad; es decir, dándose un abrazo que significaba la celebración de la vida y la alegría del reencuentro. Para ellos, «volver a verse» era la demostración de que, cabalgando con maestría, los jinetes pueden burlar el apocalipsis.

Se sirvieron *whisky* con mucho hielo y sin agua. Bebían más como un sedativo que por placer, necesitaban amansar los nervios. Los años sin verse no se sintieron, pues la complicidad de haberse jugado el pellejo como integrantes de un mismo equipo era suficiente para establecer el nivel de confianza requerido para abordar el asunto que los convocaba.

Y aunque entre los combatientes no se prestaba atención a las formalidades, Baltasar hacía las veces de anfitrión. Ya todos sentados y cada cual con su vaso en la mano, se inició una plática retrospectiva con el afán de refrescar los acontecimientos de la década del setenta, no sin antes entrar, en forma superficial, en consideraciones de naturaleza personal. Como llevaban una vida alejada de lo convencional, no había casi nada en qué detenerse. Era estéril hablar de hijos, compromisos nupciales y problemas domésticos o laborales. Estas charlas no eran frecuentes, pues su preocupación no consistía en cómo llegar a fin de mes con el salario, sino en amanecer con vida al día siguiente. Para ellos la existencia estaba hipotecada a la revolución, vivían de y para ella.

Se tuteaban con la horizontalidad fraterna que ofrecen las palabras «compañero» y «compañera» y su dogmática manera de pensar no permitía contrastar su credo con la evidencia empírica. Practicaban una sexualidad libre pero mecánica pues racionalizaban sus emociones para poner sus energías al servicio de la causa. Su lucha enarbolaba la verdad de los pueblos dotada de una religiosidad que se afirmaba en la intolerancia con otras maneras de pensar. Lo que no se encuadraba en sus parámetros de conducta era evaluado como desviacionismo ideológico y algún atisbo de romanticismo se asimilaba a inclinaciones pequeñoburguesas. Elogiar la política de los derechos humanos de Carter equivalía a representar una posición pro imperialista. Se expresaba en ellos el fanatismo que haciendo apología de los fines relegaba el valor de la vida. Siguiendo los mandados del buen partisano las acciones directas debían ser preferidas porque conducían a la unión, mientras que la discusión teórica llevaba a la desunión.

Como punto previo al motivo convocante, recapitularon lo positivo y lo negativo de la lucha político-militar de la que habían sido activos protagonistas. Enrique Gorriarán Merlo estuvo involucrado en el mayor número de acciones militares. Él ejercía una ascendencia intelectual sobre los otros tres pero con Baltasar la relación era distinta. En «la cofradía» este siempre se destacó por su solvencia intelectual y por su conocimiento pulido de las teorías insurreccionales. El discurso de la rebelión, como se respaldaba en el rigor científico, validaba la presunción de que sus divulgadores debían ser pensadores o ingenieros sociales. También en estas organizaciones paramilitares la antigüedad de servicio era valorada como en las milicias convencionales, tanto es así que el más antiguo gozaba del respeto y de la legitimidad que otorgaba la trayectoria asociada a una larga militancia llevada a cabo en la clandestinidad y vinculada a sabotajes, asaltos a guarniciones militares, enfrentamientos armados, muertes,

secuestros y un sinfín de actividades en las cuales detonar una bomba era meritorio no por el hecho en sí, sino por la gravedad de los daños causados.

En estos intercambios de opiniones cada cual trascendía en proporción directa a su participación en los actos subversivos. Baltasar, por su edad y más corta militancia, era el que menos había arriesgado, no había tenido tantas ocasiones para jugarse el todo por el todo. Sin embargo su mejor formación intelectual, su ingenio para cimentar sus tesis y su verba de erudito lo habilitaban para contradecir y analizar críticamente el intento de revuelta armada de los setenta.

En un momento dado de la conversación, Baltasar puso en tela de juicio la concepción que optó por la promoción de la «guerrilla urbana» a través de la vía armada y rechazó a rajatabla la democracia, catalogada por los radicales de izquierda y derecha como un mecanismo inane *per se*. Para el pensamiento insurgente, era calificada de «formal y clasista», y para el conservadurismo ultramontano, de «anárquica y libertina», y aunque resultaba paradojal los extremos cohabitaban en lugares de convergencia. Representaban la antípoda de pensamientos que al ser implementados producían consecuencias similares. Esta perspectiva tocó un punto gélido y fue desaprobada por el resto de los reunidos. El que capitaneaba la próxima Operación Reptil lo contrapunteaba y se explayaba ennobleciendo y remarcando las conquistas logradas en esas casi dos décadas de luchas, en las cuales la sangre derramada sería de utilidad para la construcción de la patria proletaria y socialista no estalinista, sin burócratas ni privilegiados. Enfatizaba en su alocución que las artimañas de la democracia liberal impedían el desarrollo del sujeto revolucionario. Solamente agudizando las contradicciones de clase era viable el proyecto de la sublevación popular. La institucionalidad republicana no hacía más que aletargar las energías rebeldes de los pueblos, la igualdad de todos ante la ley no superaba el estatus de una ficción que se constituía en una contradicción debido a la desigualdad social creciente. Por eso el veredicto del juicioso estudio era unívoco, las dictaduras militares con su brutalidad de hierro y fuego eran la forma de dominación burguesa más fácil de enfrentar. La crudeza de los regímenes militares de naturaleza dictatorial desnudaba las características antipopulares de la hegemonía de las clases superiores.

Argumentaba sin arrepentimiento de ninguna naturaleza que los ataques producidos contra las Fuerzas Armadas y de seguridad se realizaron con alevosía y premeditación. La agresión no buscaba causar un daño militar, sino provocar la reacción de los milicos. Subrayaba que ese era el método para hacer colapsar el sistema institucional que llevaría a una dictadura brutal y que profundizaría la escalada hacia una confrontación de dimensiones desconocidas. El régimen de facto sería incapaz de contener una oposición cuyo liderazgo recayera en las organizaciones populares armadas. El camino estaba allanado para el triunfo inexorable de las fuerzas sediciosas.

Era más ventajoso para la insurrección combatir a una burguesía con el rostro descubierto que a una que ocultaba su ferocidad clasista con el manto de las libertades aparentes. No se debía tener reparos en complotar, por todos los medios, en contra de las formas tibias que podían adquirir los gobiernos oligárquicos. El capitalismo democrático era la farsa que con sutileza disfrazaba la explotación de los grupos hegemónicos en contra de las clases subalternas. En cambio, su versión autoritaria desarropaba el descarnado proceso de acumulación capitalista que, en los hechos, traducía la marginalidad y la pauperización de la gran mayoría de la población. La democracia burguesa imposibilitaba remover las trabas para poner en marcha la cimentación de la sociedad en donde la libertad fuera plena porque las necesidades estaban satisfechas; mientras

hubiera miseria el postulado de la emancipación sería puro espejismo. Su experiencia nicaragüense le servía como fundamento de su estrategia, que sobrevaloraba el recurso de la violencia y desdeñaba el camino de las urnas. Para los partidarios de Santucho, el desplazamiento de Somoza del poder se debía, entre otras razones, a que la insurrección fue militar y popular. En sus juicios valoraba la movilización de los sectores populares, lo que, en consonancia con su lógica, se debió a un escenario en el que el enemigo estaba claramente identificado. A este respecto, no existía la menor sospecha de que el sistema somocista, por donde se lo mirara, era una dictadura y el pueblo lo percibía y lo sufría de esa manera. El dominio somocista era un mal remedo de democracia. Su actuación criminal, su concepción dinástica, su favoritismo corporativista, el «sultanismo», la estructura de clan para la administración del Estado y la práctica sin límites de estelionato la perfilaban como una alevosa dictadura clasista empotrada en el poder para privilegiar a una minoría en menoscabo de la gran mayoría. Había que cargarse las formas moderadas de gobierno burgués, las contradicciones tenían que ser visibles y padecidas. No habría revolución sin las condiciones objetivas y sin la presencia de la vanguardia político-militar que desentrañara y materializara las ansias populares.

Baltasar volvió a tomar la palabra con la intención de exponer la disquisición adversa de los sucesos. Para él los paradigmas de lucha de guerrillas que desmerecieron al republicanismo por ser tildado de incapaz para destruir las cadenas de la opresión social supusieron la observación de las condiciones externas a través de la óptica equivocada, que terminaba siendo ahistórica y acientífica. Su celo excesivo por potenciar la acción directa comportó un subjetivismo que negaba la tremenda incidencia que podría tener la interferencia de factores exógenos sobre las voluntades de los actores.

Este «desliz metódico» favoreció que la realidad fuera percibida en forma distorsionada, suponiendo la distinción entre la democracia formal y la real, y la subvaluación de esta como medio y no como un fin en sí mismo. Tampoco se entendía la función que cumplen las reformas para encauzar los movimientos sociales hacia los cambios sustantivos de estructuras. Cuestionó airadamente la aseveración del líder montonero Mario Firmenich, quien afirmó que nada hicieron para evitar el golpe del 24 de marzo de 1976: «No hicimos nada para impedirlo porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista». El anfitrión criticó el énfasis puesto en el perfeccionamiento de las pericias para el uso de la vía armada, que supuso considerar más importante al sujeto que al contexto, priorizar la actuación armada sobre el trabajo político y apuntalar la actitud mesiánica antes que la concientización política. Concluyó afirmando que esta manera de trabajar ayudó a fortalecer la reacción y contradijo aviesamente la concepción marxista de la dialéctica de la lucha de clases. Tildó de sesgado y estrecho el hacer, que confirió preeminencia a la estrategia militarista y pospuso el activismo político de los sectores sociales que debieron haber sido el objeto y el sujeto de las transformaciones estructurales. «La acción no se puede convertir en obstinación», acotó para reforzar su argumentación.

Terminó su intervención con una sentencia lapidaria en contra de la tesis que favoreció la militarización del accionar político: «Las tácticas del terrorismo insurreccional contra la democracia son igual de perversas que los procedimientos represivos del terrorismo de Estado; ambas son indecentes, la diferencia radica en la desproporcionalidad de la reacción del segundo». Las anotaciones filosóficas y las críticas no veladas de Baltasar contra el proceder de la guerrilla produjeron la contrariedad y el malestar de los otros tertulianos. La respuesta de los consocios no se hizo esperar, se dio a través de la participación del capitán Santiago, que, hasta ese instante,

seguía la discusión impasiblemente.

—Entonces vos pensás que todo lo hecho fue en vano, en pocas palabras fue un esfuerzo fútil para nuestros planes que tuvo como resultado el propósito no buscado. Que los medios y el método de los cuales nos valimos no eran los apropiados para lo que perseguíamos. ¿Estás diciendo que fuimos todos unos irracionales seducidos por la utopía de los medios? ¿Que nuestro actuar propició que los gorilas salieran de los cuarteles y se hicieran con el poder, y que las torturas y las desapariciones son el resultado de nuestro actuar irreflexivo?

—Compañero Irurzún, los resultados hablan por sí solos. Estamos rodeados de dictaduras militares que han asesinado a sangre fría a nuestros compañeros y a muchos inocentes, se impuso la bestialidad al avance civilizado. Estos criminales con sus botas pisotearon tantas flores. Y esos muchachos y muchachas que ahora podrían estar con vida y ni siquiera sabemos dónde están. Seguramente que nunca más regresarán. Se ha retrocedido en el ámbito de lo social, las luchas reivindicativas por mejores condiciones de vida han sido criminalizadas, los sindicatos desarticulados y declarados ilegales. Los milicos se regodean en el Palacio San Martín y los únicos que nos defienden son los gobiernos democráticos del primer mundo.

—¿Realmente creés que los compañeros fueron manipulados como marionetas? —preguntó exaltado el partisano Santiago.

—No digo que obramos de mala fe, pero sí creo que fallamos. En este episodio somos los vencidos, no los vencedores. Cuando un punto de vista es tan dogmático se vuelve insignificante. La realidad centroamericana tiene peculiaridades incomparables con la sudamericana. La guardia nacional somocista no fue análoga a la de los ejércitos del sur como Chile, Argentina y Brasil. Los países del cono sur tenían un grado de industrialización y urbanización superior a cualquiera de esa región, y ni hablar del tamaño de esas «repúblicas bananeras» que todas juntas creo que tienen una superficie similar a la paraguaya. La injerencia gringa en América Central e Insular fue grotesca, grosera, alevosa y desvergonzada, en cambio por aquí siempre procuraron, mientras pudieron, cuidar las apariencias, aunque contra Allende hayan actuado explícitamente, sin descaro ni discernimiento. En Nicaragua la resistencia y los enfrentamientos duraron medio siglo porque el apoyo popular existió desde el vamos. Nosotros con nuestro accionar, nos aislamos de las masas populares. Estuvimos ensimismados, encolerizados, con una soberbia de adolescentes, de sabelotodos, de avasalladores, e inclusive llegamos al colmo de hacer la vista gorda a las metidas de pata de los camaradas. No supimos o no quisimos escuchar la voz de la realidad, no distinguimos los matices de los fenómenos. Medimos con la misma vara todos los eventos. Para hacer que la explicación cediera ante la justificación, interpretamos todos los acontecimientos como un subproducto derivado de una vulgar lectura del materialismo histórico. Obramos con exceso de arrogancia, no nos apartamos del facilismo y del posibilismo, creímos poder revertir la realidad y ni siquiera fuimos lo bastante intelectualmente humildes y honestos para dimensionar que esta última es inagotable y quizás, en su horror, prodiga insospechadas posibilidades. El justificativo de los proyectos fallidos fue la reestructuración del capitalismo y la nueva alianza de los actores hegemónicos. Hasta las profecías tuvieron su basamento monocausal.

—Por lo que te oigo decir, deduzco que te abrís de la corriente revolucionaria —interrumpió Gorriarán.

—Así es, Enrique, no soporto más arriesgar el pellejo por litigios perdidos y objetivos inalcanzables. Tengo edad suficiente para no ser más un rebelde sin causa. No tolero estar escondiendo mi identidad, me abro. Quiero empezar una nueva vida, acabar con esta etapa. Me comprometo a encerrar los secretos de nuestra organización en una sepultura, sé de compañeros

que están escondidos aquí y los he ayudado. Ellos pagan a sus padrinos protectores, generales o comisarios, para que no se los moleste; cada vez que pude les di una mano y lo voy a seguir haciendo. Mi solidaridad con los que viven escondidos en el Paraguay se mantiene inalterable, he conversado con casi todos y piensan igual que yo, están deseosos de encaminarse hacia otros rumbos.

—Por lo que se ve de tu casa provenís de una familia muy rica, quizás, con tu retorno, te aburguesaste, te convertiste en un nene de papá, y pusiste como prioridad existencial la acumulación de riquezas. Puede ser que estés arrepentido y termines avergonzándote de tu pasado insurreccional, tu extracción burguesa fagocitó tu compromiso revolucionario. Da pena e irrita tu creencia de que más le debés a tu clase que a tu ideología —dijo una de las muchachas, que con anterioridad se había presentado con el nombre de Tania.

—Mi familia es pudiente, pero no soy un fetichista ni estoy alienado por el dinero. Ni pensar siquiera que diluyo mi angustia existencial detentando un gran patrimonio de bienes materiales. Nunca estuve apegado a la existencia cómoda, vivir para atesorar y ostentar riquezas te termina esclavizando, pues la codicia es la agonía enjaulada en los que hallan la felicidad en poseer y no en existir. La razón de mi desazón no es que tenga la esperanza cansada. Sencilla y llanamente les confieso que he dejado de creer en la revolución. Esto no significa que tenga el cinismo de los nihilistas, la abulia de los acomodaticios o la vergüenza de los desertores, como tampoco el fanatismo de los conversos.

—Por lo visto era cierto lo que me informaron en Managua —intervino Gorriarán.

—¿Cuál sería esa información? —preguntó, sorprendido, Baltasar.

—Se rumoreaba que te apartaste de los objetivos de tu misión. Al principio cumplías al pie de la letra con tus obligaciones revolucionarias. Enviabas los informes de situación en tiempo y forma, describías las características políticas y económicas del sistema stronista, informabas sobre quién era quién. Hasta llegaste a dar detalles de tu relación amorosa fingida con esa chica, la hija del ministro del Interior, que te permitió acceder y moverte por los rincones de los círculos del poder; en conclusión, estabas haciendo un excelente trabajo de infiltración. Tus informaciones sobre Somoza y las pesquisas que realizaste nos fueron de mucha utilidad para concebir el Operativo Reptil. Tu profesionalismo forzó a que escudriñaras como es debido. Gracias a tus labores nos hemos aclimatado sin inconvenientes al acontecer de esta ciudad. No tuvimos ningún problema logístico, las armas entraron clandestinamente escondidas en paquetes de alimentos y cajas de electrodomésticos y nadie se enteró de cómo iba la cosa. Gracias a esa información clave que nos diste, en la que supimos que el sátrapa de Somoza era despreciado por su seguridad paraguaya, pudimos avanzar. Incluso leí en una de tus anotaciones al margen lo que relatabas respecto a la «humanitaria» idea de tu suegro, el ministro, que propalaba contra viento y marea que los descendientes de comunistas deberían ser asesinados en el vientre de la madre y subrayabas que, a pesar de su sólido catolicismo, sostenía que estaba moralmente justificado el aborto en las madres que llevaban en sus entrañas al hijo de un bolchevique. ¿Te les vas a unir ahora? Concluías que el anticomunismo no era de fachada en este Gobierno, que no respondía a una necesidad de congraciarse con los yanquis, sino que constituía un principio de la filosofía del stronismo. Ahora resulta que el mundo está al revés. Si no te conociera juzgaría que tu reflexión, expuesta con la lucidez que te es propia, tiene un tufillo de lavado de cerebro. ¡Pero atención! Lo que dijiste no son naderías. Tu palabrerío y el aparente rigor intelectual con el que conceptualizás esconden lo más rancio del pensamiento de la socialdemocracia, en la que la lógica de la implosión revolucionaria debe ser sustituida por la evolución. El mensaje que se extrae de tu

razonamiento me dejó helado, tus críticas al proceder armado ignoran que la sociedad socialista debe ser alumbrada. Como dice la Biblia: «Parirás con dolor». Tu cuestionamiento a la aplicación de métodos violentos suena infantil y riñe con los procesos que concluyeron en el nacimiento de las sociedades que prepararon la emancipación de los pueblos. La violencia utilizada con racionalidad revolucionaria es el equivalente a hacer uso de la fuerza como recurso de la política. No te olvidés del axioma de Carl Von Clausewitz: «La guerra es la continuación de la política con otros medios». Reconozco que apelar a la violencia de manera irracional termina implantando el terror. Quienes practican el terrorismo o cualquier clase de exceso no están llamados a conducir las grandes transformaciones. Los jacobinos ya nos enseñaron lo efímero que puede ser un gobierno revolucionario. Nuestro uso de la violencia siempre estuvo inspirado en la justicia. ¿Olvidaste que Jesucristo fue quien expulsó con un azote de cuerdas a los mercaderes del templo? Para mí, desmerecer nuestra lucha armada es sepultar con la losa del olvido a los compañeros que empuñaron las armas, cayeron en combate o fueron asesinados en sesiones de tortura con los más atroces padecimientos. Renunciar a la lucha armada es igual que abjurar del compromiso rebelde. ¿O es que llegamos al acabose de soñar que es posible hacer justicia con el pueblo fraterno de Nicaragua sin ajusticiar al malparido de Somoza? ¿O será que la justicia burguesa garantiza a los enterrados en el anonimato la reparación? ¿Cómo haremos para que los tiranos paguen por sus crímenes de lesa humanidad? El día que los explotados abdiquen de su derecho a hacer justicia por mano propia simbolizará la claudicación del puño izquierdo en alto a favor de la avaricia de los chupasangre. No te comprendo y tengo necesidad de entender el sermón de quien encontró su camino a Damasco. ¿A santo de qué a los noventa minutos del partido cambias de parecer? ¿Te calentaste por la pendejita, la hija del malparido de González Miranda, represor y torturador de los compañeros paraguayos? ¿Cambiaste de bando y estás trabajando como agente de la CIA? ¿Nos dejás en la estacada? ¿Vas o no vas a seguir colaborando en el tiranicidio?

—Enrique, después de escuchar detenida y atentamente tus juicios y el hilo argumental de tu discurso, creo, con toda sinceridad, que no vale la pena enfrascarnos en una discusión teórica en la que se mezclen el juramento revolucionario con la petulancia de nuestro intelectualismo —comentó, enfadado, Baltasar—. Pero nada debe quedar en penumbras, no pretendo contrariar tu enfoque. Es más, para que quede claro, creo que tus palabras, como las mías, no tienen el menor matiz de cinismo. No concuerdo con tu parecer, pero de algo estoy seguro, no es la ocasión adecuada para enrollarse en una disputa en la que terminaremos disgustados y sembrando la desconfianza entre nosotros. ¡Escúchenme bien! No me borro del ajusticiamiento, el 17 remataremos al desgraciado para que aprendan sus pares que la justicia popular tiene sed, es infatigable y los va a alcanzar en esta vida. Debemos demostrar que la justicia de los postergados toma partido y es, en su esencia, «parcial, impiadosa y vidente». Que los vejadores de la dignidad aprendan que podrán burlarse de los pueblos por un tiempo, pero nunca jamás escabullirse del veredicto de los tribunales populares. En equipo hemos organizado este atentado y de igual manera lo ejecutaremos. ¿Cómo te atrevés a insinuar que me rajo o arrugo ante un reto? ¿Cuántas veces he demostrado que tengo los huevos bien puestos? Mi determinación siempre dejó su marca en donde me cupo intervenir. A este cabrón de Somoza lo licuaremos y así como está previsto estoy más que seguro que será un suceso de repercusiones internacionales. La información que pasé va a ser corroborada por el éxito operacional. Aquí ni Stroessner ni el ministro del Interior se esperan este golpe. Ocupan el peor escenario posible para quien está en el poder. Se encuentran ensoberbecidos en su gloria, desconcentrados, buscando la forma más

rápida de enriquecerse y los más suspicaces ya pergeñan la transición. ¡Están viviendo la borrachera del poder! Las tareas de ese día van a estar facilitadas por el factor sorpresa. A estos ni se les cruza por la mente que algo tan gordo pueda acontecer, no tienen la más remota idea y no hay nada ni nadie que les insinúe que esto es posible. Están persuadidos de la infalibilidad de su sistema de seguridad. Si no cometemos errores y respetamos lo planeado, coronaremos esa jornada con un gran triunfo del pueblo nicaragüense y de la fraternidad proletaria. Quiero volver a subrayar en esta oportunidad mi decisión inapelable de terminar con mis actividades guerrilleras. Me desvinculo de la organización. Finiquitamos este operativo y me marcho a estudiar a España, ya compré el pasaje y he sido admitido en una universidad. Necesito experimentar un ambiente de libertad y en Madrid se vive la efervescencia democrática. Me inscribí en un posgrado de sociología y ciencias políticas. Tengo curiosidad por lo que está pasando en España, creo que la transición española y sus pactos deben ser analizados como una nueva modalidad de la relación entre el Estado y la sociedad. Muchos de los nuestros están exiliados allá, me imagino que tomaré contacto con algunos de ellos. Esta vida de tener que adulterar mi personalidad para vivir en casa de mis padres, simular la pose de enamorado y engañar así a una chiquilina me fastidia y puede llegar a corromperme. Me genera disconformidad conmigo mismo. Odio tener que jugar al príncipe azul, actuar puerilmente, entrometerme en la sandez burguesa y comportarme copiando los estereotipos sociales para no despertar ninguna habladuría. Me harta el juego de la doble personalidad, en especial cuando tengo que ostentarla en un medio tan anodino. Es hora de que me reinvente con la libertad que nunca pude ejercer. Espero que sepan comprender y acepten mi decisión. Serviré a la causa desde otro sitio. Un comentario al margen. No estoy afectivamente enganchado con la jovencita, la he utilizado para cumplir con nuestro cometido. Me sirvió de mucho, casi todo lo que sabemos se lo debemos a ella. Es una niña que está perdidamente enamorada de mí, sueña con el amor eterno y desea lo más convencional en la vida de una adolescente de alta sociedad: casarse, tener una familia con muchos hijos y reproducirse como clase. La pobre está tan embobada que no tiene el más leve recelo de lo que ocurrirá, nunca hizo una pregunta indiscreta y me introdujo en los círculos íntimos del régimen sin ningún reparo. Es la típica niña de clase burguesa, de padre todopoderoso, no entiende un carajo del mundo y de la vida, se entusiasma velozmente con todo lo banal. Su conversación es lo más superficial del mundo, nunca leyó un libro en serio; reparte su tiempo entre el deporte, la modista y la peluquería. Ella no representa ningún peligro, es mejor dejarla fuera de todo esto. Sin embargo, no es tan caída del catre. Tiene facultades actorales ocultas, a pesar de su estricto catolicismo, ni se imaginan cómo disfruta su sexualidad. No lo digo por machista, pero tuve que apelar a las argucias de la seducción para meterla en mi bolsillo. El sexo con estas principiantes es una herramienta de control y sometimiento. La engañé para evitar sospechas, le anticipé que nos separaríamos temporalmente y que regresaría en un par de meses para casarnos y llevarla conmigo a Europa. En Asunción hay que tener en cuenta hasta el último detalle, prever lo inimaginable, no puedo desaparecer del mapa súbitamente y sin un buen justificativo ya que se me arma la podrida con sus padres y con los míos. Mi noviecita no es mala persona, un poco tonta como todas las niñas pudientes malcriadas y consentidas, siempre tuvo lo que le dio la gana. Además, como única hija, fue una mimada toda su vida. Ni se imaginan lo insufrible que es su compañía tan ingenua. Verdaderamente en este ambiente social tan asfixiante es oneroso ser diferente.

—Interesante lo que acabás de contarnos —intervino Gorriarán—. Los tiempos cambiaron, vos sabés que en otra época no podrías alejarte de nosotros. Como estamos en retroceso, que no

es lo mismo que estar en desbandada, se impone que nos comprendamos los unos a los otros hasta que reiniciemos el proceso de reorganización. De todas formas me alienta tu decisión de acompañarnos en la realización de este acto justiciero. A tal efecto es necesario que el compañero Santiago pernocte en tu casa la noche previa al atentado. Desde aquí estamos muy cerca del radio de operaciones, no amerita que el camarada venga de Lambaré y atraviese toda la ciudad en la madrugada del día «D». El sitio que hará de paredón y la casa que habitamos tienen mucha visibilidad y, por cierto, las calles configuran una perpendicular neurálgica muy transitada. No conviene levantar una pizca de sospecha. Esta ciudad vive la paz de los cementerios, debemos ser atentos en no perturbarla con nuestras idas y venidas. El día establecido saldrán de madrugada: el capitán Irurzún irá bien temprano para finiquitar los preparativos y vos, como está previsto, te encargarás de la movilidad. Terminada la ejecución de la rata debemos actuar velozmente y cambiar de coches. Imagino que ya está previsto que necesitamos dos autos veloces con las chapas y los papeles en orden esperando próximos al sitio del atentado. Debemos pasar desapercibidos, estar atentos y no ser reconocidos como extranjeros. Tenemos que llegar por caminos diferentes al punto indicado para salir de Paraguay. Que nadie olvide sus dólares y su documentación. Baltasar, al cerciorarte de que los transportes estén en los sitios convenidos, volvé a tu domicilio y, de ser posible, para disimular, que te despierten con la noticia.

—Por lo visto los dioses nos sonríen. Mis viejos no están en casa, fueron a Buenos Aires. La única que va a estar esa noche es la mucama que los recibió, ella es de mi entera confianza. No se da cuenta de lo que pasa a su alrededor, aparte me adora.

—No me digas que te aprovechás de ella. ¿Abusaste de tu privilegiada condición? —interrumpió exaltada la otra integrante, apodada «Polaca» por su piel blanquecina y cabellera color nieve.

—¡Pero, por favor, compañera! No soy de los que se benefician de su posición social para entusiasmar a una mina. Disculpame la pedantería, pero salta a la vista que me sobran cualidades para conseguirme una pendeja.

—¡Pero carajo, déjense de tonterías! —irrumpió Enrique—. Estamos a días de un acontecimiento histórico único por sus características y ustedes debaten boludeces. Muchachos, paremos la mano y concentrémonos en lo que nos trajo aquí y hoy nos reúne. En pocos días estaremos escribiendo una página imborrable en los anales de la lucha popular, estaremos refrendando el derecho que tienen los pueblos a hacer justicia, aunque luego la prensa enemiga catalogue el acto de venganza. Ya es tarde, volvamos a la casa. Baltasar, como tus padres estarán ausentes en los días que faltan podremos reunirnos en tu domicilio. La avenida España es muy transitada, este lugar pasa inadvertido y no está a la vista de la policía. ¡Quién puede sospechar del reaccionario de De La Sobera! ¿A quién se le pasaría por la mente que alguien que proviene del riñón de la oligarquía pueda estar involucrado en un tiranicidio? Las veces que haga falta nos reuniremos acá, siempre y cuando sea necesario. Evitemos y reduzcamos al mínimo nuestros movimientos. Tendremos el privilegio de escribir el epílogo de esta hazaña.

CAPÍTULO 19

El atentado

NADA PRESAGIABA QUE EN ESE DÍA LO RUTINARIO iba a ser alterado por el más inusitado de los acontecimientos, la muerte. «Tachito» Somoza despertó luego de haber dormido plácidamente, algo raro en los últimos años de gobierno y de exilio.

El ostracismo lo apocaba y lo hacía sentir como un forzado, obligado por la traición de Jimmy Carter a quedarse en Paraguay, presionado por personajes locales para desarrollar proyectos agrícola-ganaderos o negocios inmobiliarios. Había que corresponder y colaborar; el precio de la paz garantizaba para su extrañamiento un lugar seguro sin comunistas. Ser un extrañado de su patria-propiedad y ver el desplume de los bienes adquiridos en los años de servicio a Nicaragua lo irritaba y lo sacaba de quicio.

El malestar y la furia que llevaba en lo más íntimo de sus entrañas se expresaban en formas verbales, maldiciendo en cada ocasión al felón del presidente norteamericano, refiriéndose a él con un insulto: *son of a bitch*.

Se dio una ducha y después, mientras escogía el traje para esa mañana, le expresó a Dinorah su deseo de tomar un buen desayuno con huevos fritos, tocino, plátanos, frijoles, jugo de naranja, pan tostado y un café tipo americano, bien aguado pero abundante. La Sampson, que a sus treinta y tres años lucía espléndida, conocía que las demandas amorosas de Tachito se atendían con el cuerpo. Ya había aprendido a callar, obedecer y lucir sus destrezas culinarias.

Sus expectativas para ese día no excedían la rutina diaria. Se preparaba para salir a hacer diligencias bancarias y encontrarse con algún hombre de negocios que quería seducirlo con las ventajas del Paraguay como una plataforma segura para sus inversiones.

Durante el desayuno leía los diarios. Su lectura silenciosa era interrumpida, de tanto en tanto, por un comentario iracundo que contenía una sentencia en contra de la debilidad de Occidente y del avance de los rojos. No terminaba de entender cómo la infiltración comunista omnipresente se complementaba con la actitud candorosa e ingenua de los políticos e intelectuales, que, con la cantinela de los derechos humanos, debilitaban a los gobernantes decididos a combatir y destruir a cualquier precio la amenaza marxista. No se sentía derrotado, anidaba dentro de él el rencor de quien se sabe traicionado y utilizado por los gringos, a quienes sirvió por décadas con lealtad canina. El interlocutor de turno asentía con sigilo a sus elucubraciones y solo se atrevía a acotar comentarios fugaces.

La mañana del 17 de septiembre de 1980 Tachito compartía el café con su amante y con su asesor financiero, el colombiano Jou Baittiner. Cuando los temas eran cotidianos participaban los tres, cuando se hablaba del estado de las cuentas bancarias, la conversación quedaba reservada para el consejero económico y Somoza.

Terminado el desayuno, que se había convertido en una reunión de trabajo, Somoza volvió al

cuarto de baño para cepillarse los dientes y por cábala supervisó la cómoda de su dormitorio para cerciorarse de que todos sus utensilios personales estaban ubicados en el sitio que les correspondía. Finalizados todos los preparativos, se aprestó a salir, ordenando al jefe de la seguridad que tomara las medidas correspondientes para ponerse en marcha. Con un beso en los labios de Dinorah y un «Adiós mi cielo» se despidió de su amante. Subió a su Mercedes Benz 280 color blanco sin blindaje. Ella permaneció en la puerta de la casa hasta que el móvil tomó la avenida España rumbo al centro de la ciudad. Tachito, complacido, salió al encuentro de su mala hora.

El jefe de la seguridad, el comisario Isidro Ramírez, había recibido momentos antes la orden dada por el propio Somoza de trasladarse por la avenida Francisco Franco, más conocida como avenida España. El comisario sopesó los pros y los contras de ejecutar una orden que él consideraba vulnerable a la precauciones del ya precario sistema de seguridad del tacaño Tachito.

Ramírez, superando su discreción y parquedad, le recordó a Somoza que de nuevo iban a transitar por el mismo trayecto del día anterior; y recordó lo inconveniente de repetir el itinerario cada mañana. El expresidente contradijo esa recomendación como alguien incapaz de escabullirse con sutileza a la tradición de la muerte.

—Vaya tranquilo, comisario, que aquí nadie nos fastidia. Paraguay tiene su Único Líder, que sabe mandar y ejercer el poder, es un visionario, su «democracia sin comunismo» acabó de cuajo con el peligro del izquierdismo apátrida y ateo. Claro que hay criminales, pero están en las cárceles o bajo tierra. Stroessner es un estadista que recompensa a cada uno con lo que se merece. Como diría mi finado padre, que en paz descanse: «Plata para los amigos, palo para los indecisos y plomo para los enemigos».

El comisario quedó insatisfecho y experimentó la reafirmación de la orden como una reprimenda. Subió al auto de atrás, un Ford Falcon de color rojo, y por radio comunicó las instrucciones al comando central: «Aquí, ztpx232 a ztpx233. Bienvenido el caudillo por gracia de Dios, a buscar el oro de América». Ramírez expresó su disconformidad entre sus inferiores, uno de ellos agregó:

—¡Quién va a querer jugarse el pellejo por este tipo! Ni siquiera nos da hielo para el tereré, cuando necesitamos helar el agua tenemos que ir a comprarlo de la despensa de la esquina.

La comunicación radial fue interceptada por un comando de hombres armados y animados a ejercer la justicia popular. La ubicación de la brigada estaba a menos de mil metros en línea recta de la casa de Anastasio Somoza Debayle. Ambas moradas estaban situadas en una zona residencial de Asunción. Los miembros de este grupo eran los guerrilleros argentinos que habían visitado hacía poco a Baltasar. Todos tenían probada experiencia en luchas armadas en América Central y en actos de sabotaje y atentados contra civiles y objetivos militares. El cabecilla era Gorriarán Merlo, fundador del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y de su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). A inicios de la década del setenta, Gorriarán y Mario Santucho optaron y emprendieron el proceso de militarización de la disputa política con el objetivo de establecer en la Argentina la patria socialista. La construcción de una sociedad sin clases prescindía de la voluntad soberana del pueblo, todo dependía del triunfo militar. Según esta lógica, la conquista del poder estaba supeditada a una élite de iluminados que se autoproclamaba «el pueblo en armas» e invocaba la representación de los sectores populares y la interpretación de sus deseos. Prevalecía la estrategia militarista por sobre la política. Gorriarán Merlo propició muchos actos de violencia hasta finales de 1976, cuando dejó la Argentina para

enrolarse en el Frente Sandinista y, junto a este, combatir la dictadura somocista. Tras el triunfo de la revolución, fundó con otros el departamento de seguridad del Estado nicaragüense. Su compromiso con la revolución supuso indistintamente empuñar las armas en el combate contra gobiernos dictatoriales o democráticos.

Los perpetradores del atentado contra el exdictador habían alquilado una casa durante los tres meses previos a este día, ubicada en la avenida España y la intercepción con la calle América. Pagaron por el arrendamiento la suma de 4.500 dólares americanos y se dieron a conocer como los representantes del cantante español Julio Iglesias. Para controlar los movimientos de Somoza y de sus próximos, la brigada compró un kiosco de venta de revistas a doscientos metros de la salida de la casa. Desde ese lugar, uno de sus integrantes actuaba de campana. El día del tiranicidio anunciaría el momento en que Somoza abandonase su casa e informaría el rumbo tomado, ya fuese por la avenida España en dirección recta o por su bifurcación en Sacramento para dirigirse al centro de la ciudad por la avenida Mariscal López.

Una vez interceptada la comunicación y descifrado el mensaje, Gorriarán ordenó poner en ejecución la Operación Reptil. Cada quien realizó los aprestos de su incumbencia y responsabilidad y en cuestión de segundos la brigada estaba presta a ejercer justicia por mano propia.

El Mercedes Benz blanco, sin blindaje, estaba conducido por el chofer César Gallardo, exintegrante de la Guardia Nacional, y transportaba a Tachito y a su asesor financiero. Para que Gallardo no entendiera las conversaciones, estas se mantenían en inglés y versaban sobre la necesidad de buscar operaciones financieras que sirvieran de camuflaje a sus activos bancarios y sus acreencias financieras. El dinero acumulado por décadas «de sacrificio y de trabajo» debía ser protegido de cualquier pretensión que supusiera el congelamiento, inmovilización o repatriamiento de los fondos.

Atentos en sus posiciones, los milicianos avizoraron que el auto se acercaba. El Mercedes se detuvo frente a la luz roja del semáforo de Venezuela y España. Uno de los guerrilleros se ubicó en el jardín de la casa que daba a la calle. De rodillas, situó la bazuca sobre su hombro y durante la espera precisó todos los detalles, mientras los otros ocupaban sus lugares en un jeep que iba a salir de sorpresa para cruzarse con el Mercedes Benz e impedir el avance de la máquina.

A las 10:45 de la mañana el móvil con los guerrilleros salió del garaje súbitamente y obstaculizó el auto del otrora hombre fuerte nicaragüense en la desembocadura de la calle América. Los ejecutores de la emboscada, con los nervios exaltados, apuntaron sus armas, abrieron fuego y ametrallaron el vehículo, anulando, toda reacción por parte del chofer, quien fue acribillado con la primera ráfaga. Simultáneamente, el que estaba apostado en el jardín disparó, pero erró el objetivo; en segundos encañonó la bazuca y volvió a disparar con tal precisión que el proyectil impactó en el móvil y descuartizó los cuerpos de los ocupantes, que se esparcieron por los alrededores.

La guardia que lo seguía atinó a disparar unos tiros, más al aire que apuntando a la humanidad de los pistoleros. Los disparos, el fallido y el certero de la bazuca, sonaron como el desplome estruendoso de un edificio. El tronar ensordecedor confundió y aterrorizó a los que vivían en las cercanías. A esa hora gozaban en sus hogares de la paz y la seguridad laboriosamente ganadas en veintiséis años de gobierno patriótico y progresista. Cuando callaron las armas y se silenciaron las detonaciones y los gritos asustadizos, cuando parecía distendida ya la atmósfera de violencia y el viento diluía el humo y el olor a pólvora, los vecinos se asomaron para otear y enterarse de qué iba la cosa.

La curiosidad los alentaba a superar el miedo que los paralizaba, su aproximación al lugar del hecho fue tan cautelosa que necesitaron un par de minutos para andar unos metros. Los primeros en llegar observaron un escenario dantesco compuesto por el lujoso auto descuajeringado pero con el motor funcionando, trozos de restos humanos en derredor y sangre bañando las calles. Para estos curiosos se trataba de un crimen abominable. El auto destrozado, los cuerpos mutilados, la humareda de los proyectiles y el olor, que mezclaba sangre y pólvora, daban fe de que en la mañana en que murió Somoza confluyeron tres formas diferentes del autoritarismo latinoamericano.

El comando se dio a la fuga y en cuestión de segundos ya no se avistaba ningún rastro de ellos. Restablecida la calma, los hombres de la seguridad abandonaron sus refugios y un integrante de la custodia de Somoza declaró, de manera no muy convincente, que había herido con su pistola 9mm a uno de los criminales.

Trascurrido un breve lapso de tiempo se apersonaron todos los altos jerarcas del régimen, civiles y militares responsables del mantenimiento del orden y de la seguridad. Ellos, a base de obsequios, delaciones y torturas, se habían ganado renombre y reputación por desbaratar con antelación cualquier actividad de rasgos, inspiración o simplemente apariencia subversiva.

El desconcierto y la perplejidad de la situación se plasmaron en los rostros de los personeros de los aparatos de inteligencia. El momento confuso quedó retratado como un tumulto de irresolutos y dudas nacidas de lo inesperado y del sobresalto. El aturdimiento generado por no poder explicar cómo pasó lo que pasó y cómo reaccionar se agravó con la llegada al lugar del acontecimiento de la Sampson, que con llantos y gritos demostraba que tenía el corazón desgarrado. Repetía: «¡Tachito, te amo, te amo!».

Oficiales de la policía vestidos de civil trataron de tranquilizar a la amante pero nada pudieron contra lo que provocaba la imagen de un cuerpo de 1,90 mutilado y empapado en sangre. Ella confirmó el horror de lo que sus ojos miraban cuando despertaron en su memoria las imágenes del primer encuentro en ese lúgubre velorio en Managua en el año 1962. En aquella ocasión la prestancia, la actitud recia y la majestad de mando que encarnaba el general Somoza sedujeron a la adolescente de 15 años. Desde ese instante quiso entregarle su futuro, su alma y el frenesí de una pasión que la quemaba.

A las 11 de la mañana seguía reinando el caos en el sitio del atentado. Además de los miembros de la inteligencia se acercaban los representantes de la prensa local e internacional, y vecinos y curiosos que habían escuchado la noticia por la radio se apersonaban para cotejar la realidad de los hechos con lo que se decía en los noticieros radiales.

La balacera y la explosión mataron en el acto a Somoza, a su asesor financiero, el colombiano Jou Baittiner, y a su chofer. Los cuerpos de la comitiva que iba en el auto con el exdictador nicaragüense quedaron carbonizados. Cuando los médicos forenses hicieron la autopsia, los cadáveres presentaban un estado tal de descomposición que fueron examinados por los pies según el parte médico dado a conocer.

Las pertenencias de Somoza, recuperadas por la policía, eran una cadena de oro, tres medallitas de 18 quilates y otra medalla con las iniciales: «A.S.D. Diciembre de 1978», todas del mismo metal. También tenía un reloj de marca Rólex, un anillo de oro de 18 quilates (carretón), un cheque de $150.000 a favor de Minas Maturín, cargo Citibank NA, roto en la parte de la firma del librado, dos tarjetas de crédito American Express, entre otros documentos. Portar tanto oro a cuestas delataba la voluntad de encarnar poder y de ejercerlo sin ningún tipo de miramientos. Era de los hombres que consideraban que el poseer poderío nunca debía ser fingido y que concebirlo

como un ejercicio de cortesía reflejaba la actitud timorata de los que no se atreven a desplegarlo en todas sus consecuencias. Tachito fue enterrado en Miami, en la cripta Somoza-Portocarrero. En su funeral, decenas de nicaragüenses y cubanos exiliados en Florida acompañaron a la verdadera viuda ante la sociedad Hope Portocarrero, a sus hijos y a otros parientes, como la madre de Tachito, Salvadorcita Debayle viuda de Somoza.

El Departamento de Estado, en una concesión especial a la consorte sobreviviente, accedió a que los restos de Somoza fuesen enterrados con el permiso de las autoridades estadounidenses. Esto se debió a que Hope, como ciudadana americana, solicitó que su marido recibiera cristiana sepultura en el país en donde ella y los hijos de la pareja nacieron. La fortuna de Somoza nunca pudo ser cuantificada, se suponía que alcanzaba la suma de varios cientos de millones. Solo era comparable con la del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, conocido por sus cuantiosos bienes y por el estilo de vida extravagante de su hijo.

Un poco después de las once de la mañana llegó, con seguridad redoblada, el influyente ministro del Interior, el doctor Octavio González Miranda. Ni bien arribó al lugar de los hechos dispuso instalar unas barreras para frenar el acceso de la prensa y de los curiosos. Convocó al oficial que ordenó las primeras diligencias y acto seguido se dispuso a escuchar todos los partes. Necesitaba que le clarificasen la situación.

No había tiempo que perder, era consciente de que lo acontecido demostraba la vulnerabilidad del sistema de seguridad. Sus ambiciones políticas podían ser mermadas. La presunción de hermetismo y de previsibilidad del régimen que él tanto propaló y de la cual se jactaba se volvió una amenaza para su existencia y aspiraciones políticas.

El secretario de Estado poseía la cualidad de saber mandar y no tener miedo al ejercitar esa facultad; con más rapidez y lucidez que de costumbre, asumió el comando de las operaciones e implementó un conjunto de acciones para brindar la sensación de que el Gobierno no había perdido el control de la situación. Mientras disponía cerrar las fronteras y los aeropuertos públicos y pistas privadas de aviación, prohibía la salida o entrada de nacionales y extranjeros, mandaba vigilar las embajadas de gobiernos sospechosos de poder dar asilo, acuartelaba a las fuerzas policiales e instruía la elaboración de comunicados con los que el Gobierno advertía y amenazaba a quienes colaborasen con los criminales, ofrecía una cuantiosa recompensa para los que suministraran indicios e información del paradero de los comunistas y se preparaba para comunicarse con el señor Presidente.

Suponía, con razón, que el General-presidente ya estaría en conocimiento de lo sucedido. Sabía que Stroessner iba indagar sobre la capacidad de respuesta del Gobierno ante una situación de violencia y de anarquía, impensables en Paraguay en ese momento. Confirmó su sospecha cuando un subalterno le acercó el aparato de radio portátil y le indicó que el General-presidente quería hablarle. Sin darse cuenta, antes de asir y de acercar el audífono a su oído derecho se puso firme como si la máxima autoridad estuviera frente a él, e inhaló y exhaló aire antes de expresar:

—Mi general, el ministro del Interior Octavio González se reporta. ¡A sus órdenes, señor presidente! —exclamó, elevando la voz como gesto de subordinación y bravura.

Alfredo Stroessner, con voz calma y hablando pausadamente, inquirió al Ministro:

—¿Cómo sucedió? ¿Hay indicios de quiénes fueron los autores materiales o intelectuales del atentado? ¿Cuántos arrestados ya están en Investigaciones? ¿Se está procediendo con mano dura contra los sospechosos? ¿Cómo se va a comunicar a la prensa y a los gobiernos amigos? ¿Tomamos contacto con los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay?

Una vez terminadas las preguntas, el General-presidente hizo una pausa en su alocución con el silencio breve que utilizaba para probar a los subordinados, que en el caso de no respetar su mutismo y de no esperar su orden para poder hablar, eran censurados de una manera distante e indiferente con el sonido de una tos estudiada. Como el Secretario de Estado era un conocedor de las mañas del General y sabía cómo administraba los tiempos, González Miranda aguardaba la autorización para responder a todas las preguntas y diluir su responsabilidad de lo acaecido.

Sin embargo, cosa rara en los diálogos con el General-presidente, caracterizados por un ping pong escueto de preguntas y respuestas, esta vez el Único Líder empezó un monólogo que reivindicaba el combate y el triunfo de su gobierno contra el comunismo, la paz que reinaba, la comunión de ideales entre el pueblo y sus gobernantes, la identificación de los dirigidos con los dirigentes, la prevalencia de los valores nacionalistas sobre las tendencias extranjerizantes, la consustanciación del estado paraguayo con los valores católicos de Occidente y la lucha infatigable contra aquello que perturbaba el orden tan afanosamente conquistado. Finalizó su intervención espetando al Ministro el daño que causaba a la imagen del país un acto terrorista contra un expresidente que era de por sí una figura polémica y por eso nunca lo había recibido en horas de audiencia pública, sino, como él sabía, solamente una vez en forma reservada en Mburuvicha Roga. Al concluir, el General-presidente impuso la pausa de silencio, pero esta vez, como en los primeros años de su gobierno, recordando que el tiempo que se perdía por no atreverse a tomar las decisiones que de raíz extirpaban las conspiraciones terminaba pertrechando y soliviantando las voluntades de los conspiradores. El Ministro sabía que el salvador de la patria quería escuchar un plan de acciones que condujeran a castigar a los implicados y reparase el perjuicio causado a la credibilidad del Gobierno. Estimaba que lo ocurrido, más que excepcional, constituía una situación extrema y a toda costa debía esquivar un rapapolvo que mermase su autoridad y ensombreciera su prestigio. Con la venia correspondiente, expresada con un recio e imperativo: «Hable, lo escucho», González Miranda repuso con la precisión y firmeza del subalterno que pretende resguardarse del castigo que le correspondería según la lógica vertical a los inferiores cuando fallan:

—Mi General —dijo con un tono de extrema subordinación—, he diligenciado todas las providencias que nos llevarán en un primer momento a restablecer el principio de autoridad. No podemos permitir que se genere la sensación de que nuestro gobierno se siente amedrentado por un acto de barbarie cometido por un grupo de fascinerosos. Por esta razón le propongo que actuemos sin contemplar ninguna presión externa, la patria está primero. Más que nunca hay que proceder y aplastar con el puño cerrado, van a sentir el hierro forjado en la inmisericordia que no repara con ninguna compasión. Le prometo, señor, que estos malhechores no van a encontrar un nicho donde depositar sus esqueletos. El enemigo debe ser triturado como nunca. Propongo que apliquemos el estado de sitio hasta su última consecuencia, la Constitución ampara nuestro proceder. Le sugiero que implementemos una operación combinada con las Fuerzas Armadas y la Policía que abarque todo el país. Debemos revisar cada casa para que el pueblo se sienta a la vez protegido y atemorizado. Para revertir esta situación hay que actuar con rudeza. Los cuerpos de seguridad y defensa trabajarán en horario nocturno y diurno, van a ver la presencia de la autoridad del Gobierno en todo momento y en cada centímetro de tierra, vamos a pisar fuerte y demostraremos que somos omnipresentes. Esta acción totalizadora se llamará Operación Rastrillo. Su nombre la define, vamos a rastrillar la geografía nacional entera, y, como el rastrillo, de raíces arrancaremos del suelo patrio a estos terroristas. ¿Qué le parece esta forma de accionar, mi General?

—Me parece un muy buen plan, pero actuemos de una forma solícita. Nuestro pueblo es conservador y anticomunista, busquemos su colaboración, las gloriosas Fuerzas Armadas deben entrar en acción como la encarnación del pueblo en armas. El paraguayo es un hombre apegado a su tierra y a sus tradiciones, en nuestra historia la fuerza de lo telúrico pudo más que lo foráneo. Nuestra mentalidad nacionalista no tiene rasgos extranjerizantes, no somos como los argentinos que descienden de los barcos o los brasileños que son una mezcla de bandeirantes y africanos. Somos diferentes, en nuestro país la tierra y la sangre nos dan los derechos; primero tenemos que ser paraguayos, y luego ciudadanos. Jamás la nacionalidad puede ceder sus prerrogativas ante la ciudadanía. Los compatriotas de pura cepa siempre hemos combatido el comunismo, hagamos que el pueblo y el Gobierno, en un esfuerzo mancomunado, desbaraten la amenaza que se cierne sobre nosotros. ¡Descubra la mano del comunismo internacional que está detrás de esta conspiración, investigue y arreste al mayor número posible de extranjeros misteriosos! Este no fue solo un ataque contra el Gobierno, sino contra el Paraguay y el mundo libre. Preste atención, Ministro: cualquier forastero con barba, pelo largo y sin ocupación específica, de antecedentes farragosos y de conducta anormal debe ser calificado de misterioso y aprehendido. Por último, en las tareas de limpieza sería mejor que no se involucre el Ejército, que de esa labor se encarguen los escuadrones civiles. Siempre que se pueda hay que precautelar a los militares, somos el pilar en donde reposa la soberanía, la conciencia de la nación y lo más permanente del Estado.

—Si me permite, mi General, sus instrucciones serán cumplidas al pie de la letra. Vamos a apretar donde haga falta, ninguna vacilación va a interponerse entre nuestra actuación y lo que usted ordena. En veinticuatro horas presentaremos los primeros resultados, serán hechos, mi General, y no charlatanería.

—Ministro, usted goza de la confianza del Gobierno nacional y de la mía, pero recuerde que nuestra respuesta debe ser contundente, que no deje lugar a ningún tipo de incertidumbre. El enemigo debe tener pánico ante nuestra determinación, mejor es que nos reconozcan como insaciables en nuestra obligación de mantener el orden a que piensen que somos flojos; de igual manera, si hace falta, lleve a la práctica lo que tantas veces le escuché decir y repetir con énfasis: «Los comunistas y sus descendientes deben ser asesinados en el vientre de la madre».

Concluida la comunicación con Stroessner y con la serenidad de no haber sido objeto de una reprimenda por parte del «Supremo», el Ministro aceleró los quehaceres, consciente de que en veinticuatro horas las investigaciones y los procedimientos debían arrojar resultados que condujeran a resolver el desenlace.

CAPÍTULO 20

Buscando a los culpables

COMPELIDOS POR LAS CIRCUNSTANCIAS Y con la promesa de clarificar lo sucedido en el término de un día, los servicios de inteligencia y las fuerzas del orden empezaron a remover cielo y tierra con la esperanza de divisar y descifrar los ejes de una acción prácticamente perfecta. En menos de un par de horas Asunción y sus alrededores cambiaron su apariencia. En la ciudad se transformó la atmósfera pueblerina, gentil e inocente por una de aire espesado, con un cielo color plomo y un silencio sepulcral. La calle y los espacios públicos fueron ocupados por soldados encasquetados e integrantes de los servicios de inteligencia, quienes examinaron cada rincón impávidamente. Cundió el pánico y esto acicateó el deseo colaboracionista de la población.

El Ministro y los colaboradores que monitoreaban el Operativo Rastrillo se encontraban en la jefatura de la policía cuando llamó por teléfono el comisario principal, Arnulfo Benítez, para comunicarles que en la comisaría de Lambaré se acababa de presentar una mujer ofreciendo datos que podían ser de utilidad para la investigación. El secretario de Estado, guiado por su aguda intuición, ordenó retener a la mujer en la guarnición policial hasta que él pudiera conversar personalmente con ella. Celina Mora, por su parte, expresó su consentimiento y su alegría de ayudar a las autoridades dirigiéndose en términos categóricos al uniformado Arnulfo Benítez:

—¡No escatimaré esfuerzos en mi colaboración!

A lo que él respondió:

—¡Así se expresan los patriotas! En la lucha para erradicar de la faz de la tierra el flagelo del comunismo, el pueblo y el Gobierno deben actuar como una unidad.

Sin más demoras, González Miranda partió a Lambaré con un séquito de servidores públicos especializados en hacer hablar a los muertos, ver a los ciegos y escuchar a los sordos; todos ellos con especialización en el extranjero. Cuando él utilizaba el eufemismo «de apelar al sexto sentido» era para disimular su ambición conducida por la premonición de que las historias de los hallazgos y de los que llegaron a la cúspide consistían en hazañas de sujetos que no siempre respetaron los pasos prescriptos.

Sus acompañantes no entendían tanto despliegue y se preguntaban por qué el Ministro desperdiciaba un tiempo tan valioso como escaso interrogando a una fulana que era capaz de inventar cualquier cosa con tal de satisfacer a las autoridades. Cada participante de la comitiva sentía una duda interior: ¿De qué serviría un testimonio que no fuera arrancado a la fuerza o recompensado con una dádiva? Más aún en una sociedad contentadiza cuyo Gobierno alentó, recompensó, prestigió y convirtió la delación en una virtud social. Era usual escuchar el tono burlón de los agentes de los servicios de inteligencia cuando lacónicamente repetían hasta el

hartazgo: «La mitad de nuestros compatriotas son *pyrague* y la otra quiere serlo». Nadie atinó a preguntar sobre la finalidad práctica de abandonar el centro de operaciones y trasladarse a un sitio considerado por todos como periférico. Lo que ninguno se imaginaba era lo que la mente fría y calculadora del Ministro iba pergeñando. La perfección del atentado hacía conjeturar que la mano de obra era importada, desde el primer momento el Ministro presumió que un acto llevado a cabo con tanta precisión, arrojo y destreza no podía haber sido realizado por individuos sin experiencia en el campo de batalla. Todos los intentos de sedición contra el régimen fueron desbaratados y sus instigadores y protagonistas pasaron a mejor vida o estaban purgando sus castigos en prisión. La conclusión del análisis era unívoca, se trataba de una operación tramada y llevada a cabo por extranjeros. Una faena que, si no se analizaba científica y profesionalmente, terminaría siendo una investigación enmarañada.

Provenientes de dónde, se preguntaba a sí mismo. Analizaba la coyuntura política de los países de la región buscando la respuesta. En todos los casos se trataba de dictaduras fraternas que habían triunfado en el enfrentamiento contra la subversión. La Operación Cóndor, que fue puesta en práctica a partir de noviembre de 1975, funcionaba a la perfección. La transferencia de información era fluida y la práctica de intercambiar rehenes se realizaba periódicamente y por canales clandestinos. La transferencia del *know how* era la demostración fehaciente de que, en la lucha contra el terrorismo, no había lugar para la competencia y la desconfianza interestatal; por el contrario el combate contra el marxismo-leninismo permeaba las soberanías absolutas, atributo estatal tan caro al sentimiento de los militares. La percepción de la intimidación comunista era de tal dimensión que facilitaba las sinergias entre las Fuerzas Armadas, que, bajo otras circunstancias, recelarían entre ellas.

La doctrina que inspiraba el operativo era la seguridad nacional, que además buscaba y encontraba al enemigo dentro de las fronteras. Esta visión morigeraba la hipótesis del conflicto internacional. La amenaza interna cobró prioridad sobre la externa. La iniciativa la llevaba el ejército chileno liderado por el general Pinochet. Estaban obsesionados con la idea de eliminar a los integrantes sobrevivientes del gobierno de Salvador Allende. El terrorismo de estado alcanzó un nivel de sofisticación que hasta se testimonió en las tareas compartidas. Mediante el acuerdo, cualquier ciudadano extranjero exiliado podía ser controlado, apresado, torturado, desaparecido, asesinado o entregado, sin más trámites legales, de un gobierno «solidario» a otro. La cacería significó, de un plumazo, acabar con la tradición del derecho internacional público latinoamericano y el asilo político. Los opositores ya no podían eludir las persecuciones al cruzar la frontera.

El Ministro creía que lo sucedido había sido planeado y ejecutado por comandos que operaban fuera de la región. La primera sospecha se orientó a la isla y la siguiente fue la patria del recién victimado.

Sin darse cuenta arribaron a la comisaria de Lambaré en donde los aguardaba Celina Mora, una mujer de cuarenta y cinco años de edad, piel oscura, cabellos negros y ondulados, 1,60 de estatura, cara redonda, nariz ancha, labios carnosos, dientes blancos, ojos negros con cejas muy pobladas y el sobrepeso de las mujeres que con su instinto maternal abdican a su sensualidad.

El Ministro entró a la oficina con actitud altiva, imperturbable, caminando con pasos largos que trasmitían seguridad y superioridad, características camufladas en presencia del General-presidente. Sin anunciarse irrumpió en la oficina del comisario principal, y al abrir la puerta ojeó fugazmente el interior y reconoció la precariedad del mobiliario y la ausencia del oficial de la policía Arnulfo Benítez. Carraspeó para aclarar la voz, aprendió del jefe máximo que el que sabe

mandar renuncia a exteriorizar cualquier trastorno nervioso que testimonie pérdida de las riendas del asunto. Inmediatamente solicitó la presencia del comisario principal Arnulfo Benítez.

En un abrir y cerrar de ojos el uniformado estuvo presente donde lo llamaban. Como subordinado, conocedor del atajo que acerca una investigación a su final, se presentó al Ministro cuadrándose y elevando a la visera la mano derecha con los dedos juntos en señal de saludo y de obediencia. Erguido y con un vozarrón que revelaba adicción al tabaco, solicitó permiso para permanecer y dar el parte correspondiente. La venia le fue otorgada según el ritual, pero antes de que se le permitiera explayarse el Ministro preguntó:

—¿Es posible la fuga por el río Paraguay? ¿A qué hora del día atravesar el río, para llegar a la costa Argentina, representa menos dificultades y peligrosidad?

El comandante repuso:

—Señor Ministro, disculpe, pero no entiendo sus preguntas. Es bien sabido que lo más fácil es pasar a la Argentina en cualquier momento del día, da igual que sea de mañana temprano o en la hora crepuscular, muy entrada la noche o de madrugada antes de que salga el sol. ¡Lo que mejor le venga al viajero, ya que siempre están disponibles canoas y baqueanos!

En la cara de don Octavio se reflejaron la sorpresa y la indignación después de oír la respuesta. Tuvo un dejo de amargura y estuvo a punto de perder la calma, pero pronto buscó serenarse mediante ejercicios respiratorios.

Le espetó al comisario:

—¿Cómo es posible tanta permisividad? ¿A qué se debe esta promiscuidad fronteriza? ¿Tan fácil es burlar las inspecciones aduaneras? ¿Quién carajo es el responsable de tanto descontrol? ¿Quiere decir que quien quiera es capaz de escamotear cualquier cosa de nuestro país y hacerlo desaparecer sin dejar ningún rastro?

El rostro del comisario se transmutó al escuchar la ingenuidad, la ignorancia o el olvido, quizás debido al estrés del civil más fuerte dentro de un gobierno en donde la última decisión la tenían las Fuerzas Armadas. Benítez cobró valor para aclarar las circunstancias que rigen en las zonas fronterizas de todo el Paraguay. Exponiendo cierta audacia desconocida en los inferiores jerárquicos, le retrucó con un tono cargado de ansiedad:

—Parece que nos estamos olvidando de que el tráfico transfronterizo para su fluidez y seguridad demanda la existencia de límites porosos y la apertura de cada orificio depende de las autoridades encargadas. ¡Que nos hagamos de los *ñembotavy*! Además, señor, con todo respeto, nuestra gente sobrevive gracias a esa actividad; con ella se ganan el pan de cada día. De igual manera, no hay que olvidar que gran parte de los beneficios terminan en manos de la corona, por consiguiente el contrabando está homologado y bendecido por las máximas autoridades. Perdone mi sinceridad, pero mi lealtad con mi General me obliga a clarificar lo que de oscuro tenga la situación en Lambaré. Le ruego sepa comprender y por amor a Dios no me censure, pero, señor, usted, por su sapiencia, puede imaginarse la implicancia en esta actividad de nuestros amigos correligionarios y no correligionarios, de políticos y militares.

El Ministro tomó conciencia de su error y las consecuencias que podían acarrear en su foja de servicio comentarios de esa calaña, con discreción inhaló y exhaló una bocanada de aire para diluir el susto provocado por sus expresiones pueriles e imprudentes. Luego de superar el trance, instruyó desalojar la dependencia para cotejar y evaluar la información del atentado con el comisario:

—Por ningún medio debe filtrarse información calificada, por la tranquilidad y para la protección de ustedes. Mejor esperen afuera.

Ni bien se quedaron solos, retomó el uso de la palabra para ordenarle a Benítez que se olvidara de esa conversación y continuó:

—Es un acto de justicia para los que trabajamos con tesón por la patria y somos fieles a nuestro General que recibamos gratificaciones. Digan lo que digan, la paz tiene su precio. Eso ha sido siempre así y nos difaman los contreras cuando nos acusan de que la complicidad en el delito nos mantiene unidos. Con su moralina maniquea e hipócrita, insisten en descalificarnos. Ellos creen que con la corrupción se suelda la alianza de la troika entre el ejército-partido-estado. La lealtad a nuestro Único Líder es incondicional, porque creemos en él y en su misión histórica. ¿En qué podemos avanzar con la señora o señorita Celina Mora? ¿Qué testimonio tan gravitante posee ella?

—Su excelencia —sugirió Benítez—, le propongo que usted mismo la interrogue y juzgue si es o no es pertinente la revelación de la compatriota.

—Cómo no, proceda —asintió el Ministro—. Vaya e invite a la susodicha a acercarse. Si mal no recuerdo, su presencia y proclividad a colaborar son *motu propio*.

—Así es, señor —asintió Benítez.

El policía salió del lugar y fue a buscar a la mujer, quien sin aspavientos y con mucha más convicción que coquetería entró al recinto sin desparpajo pero motivada por su altruismo patriótico.

El Ministro la saludó de una forma llana y cálida. Para entrar y ganarse su confianza empezó a hacerle preguntas que denotaban una horizontalidad tan bien estudiada que parecía espontánea en situaciones donde el interrogatorio debería estar desprovisto de cualquier rasgo policial o presencia opresora que pudiera intimidar.

—Dígame, ¿señorita o señora Mora? ¿No le molesta que le llame por su nombre y apellido de soltera?

—Por favor, señor Ministro, soy señorita y para mí sería más cómodo que usted me llame por mi nombre o por mi apodo, Celina o «Ina».

—Muy bien, Celina. ¿Qué podés contarnos para ayudar a atrapar a esos malvivientes que quieren destruir nuestra paz?

—Señor, soy empleada doméstica con permiso. Eso significa que tengo retiro. A la mañana tempranito salgo para tomar el ómnibus para ir a la casa de mis patrones y a la tardecita vuelvo del trabajo. Soy empleada de la familia Bogado-Jiménez, mi patrón es funcionario del Banco Nacional de Fomento y la señora es dueña de un pequeño almacén de ramos generales. Llego a la casa a eso de la seis de la mañana, antes de que los patrones salgan para sus respectivos sitios de trabajo. Cuando ya estoy instalada, me dejan sola pues ellos viven en concubinato y no tienen hijos. La casa no es muy grande, aprovecho la mañana para la limpieza, preparo la cena y para cerca del mediodía mi trabajo está casi listo; generalmente lavo y plancho la ropa dos veces a la semana. Le relato estos detalles para demostrarle que dispongo de varias horas del día, en especial a la tarde; cuando no tengo nada para hacer y me paso el tiempo chismoseando con los vecinos o de brazos cruzados sobre la murallita mirando la calle y a los transeúntes. Hace casi dos meses que la casa de Ña Fortu, nuestra vecina, fue alquilada por un señor que no parece paraguayo. Se trata de un hombre alto, más alto que usted. ¿Cuánto medís vos, Ministro?

—Creo que mido 1,85, más o menos.

—Entonces el fulano ha de estar midiendo 1,90. Es muy atractivo, tiene una cabellera color castaño, pelo liso y ojos pardos que se tornan más verdosos con la luz del sol.

—¿Y qué tiene eso de raro o de malo?

Ante esta interrogante, Celina se conmovió y describió con más énfasis los rasgos peculiares del individuo.

—Señor, este mozo tiene hábitos que no son normales. Primero, no trabaja de mañana y tampoco de tarde. Con mis propios ojos me percato de sus idas y venidas, de repente desaparece por dos días y luego aparece cuando estoy entrando tempranito al trabajo. Me da la impresión de que no duerme nada, parece tímido, por eso creo que habla poco, siempre lleva libros en las manos o camina rápido, con una revista bajo el brazo. Cuando lo saludo me responde con amabilidad, pero cortante. Lo que me llama la atención es su pronunciación, habla como *kurepa*. Creo que no es paraguayo, no solo por su forma de hablar, sino porque usa barba y tiene melena. Su vestimenta es medio *hippie*, en vez de zapatos usa sandalias, su vaquero parece raído y lleva la camisa por afuera del pantalón. En ocasiones lo visitan personas extrañas que no son lugareñas y de eso sí que estoy segura, le juro que no son paraguayos. Son raros, cuando se bajan del auto miran alrededor como viendo que no los persigan. Cuando lo visitan no se quedan en el patio, ni siquiera toman mate o hacen asado en la parrilla que hay atrás de la casa; llegan, entran y se encierran por horas. Nunca vi a otra clase de personas que llegasen junto a él, ni vendedores ambulantes o siquiera de *pohã ro' ysã*. Pero aquí no se acaba el cuento: este personaje se ponía nervioso cuando creía que alguien merodeaba el barrio. Por ejemplo, lo descubrí mirando a través del postigo de la ventana cuando escuchaba pasar o estacionar un coche en la cercanía de su casa. Lo peor de todo es que, en los últimos días, el tipo no estuvo en la casa, y hoy, justo pasado el mediodía, mientras estaba yo barriendo la vereda, lo vi acercarse y, sin saludar, ingresó presuroso a su domicilio. Me llamó la atención su descortesía porque siempre acostumbraba saludarme. Cuando terminé el aseo de la vereda, entré para ver mi telenovela de la siesta en el dormitorio de los señores. De repente interrumpieron la transmisión de la programación y lo vi a usted, señor Ministro, explicando el asesinato del general Somoza. Me pegué un susto al oír la probabilidad de que los terroristas fueran extranjeros. Ni bien terminé de escuchar lo que dijo, con el miedo que me consumía y sin cambiarme de ropa, me presenté aquí para decirles que ese sujeto es un sospechoso y que estoy a las órdenes para lo que haya que hacer, desde llevarlos a su escondite para identificarlo hasta declarar contra él.

El Ministro, circunspecto, escuchó la declaración y sin intervenir dejó a Celina explayarse mientras imaginaba el escenario del crimen. Mientras transcurría la testificación, sus hipótesis cobraban fiabilidad para transformarse en la teoría de la confabulación internacional. Su apuro por ir a Lambaré emergía de su intuición de que la operación había sido planeada y ejecutada por extranjeros. ¿Qué mejor punto de salida del país? ¿Acaso no eran accesibles y transitables las rutas y calles de salida a la Argentina por Lambaré? Era muy fácil y rápido llegar desde cualquier barrio de Asunción a la costa del río Paraguay. ¿Era razonable presumir que quien acometiera un crimen de esa laya no podía permanecer en el país? Si Lambaré era la puerta trasera para la huida, ¿respondía o no al sentido común tener en esa plaza de operaciones una guarida?

CAPÍTULO 21

Primeros avances

GONZÁLEZ MIRANDA EMPEZABA A VISUALIZAR la luz al final del túnel, la probabilidad se convertía en realidad. El próximo paso estaba decidido. Había que arrestar al sospechoso con vida y hacerlo cantar hasta lo que no sabía. Sin perder más tiempo en pensamientos estériles, impartió órdenes de manera ininterrumpida y con la celeridad del que descifra los artilugios secretos del código de un procedimiento. A través del sistema de comunicación de uso interno estableció el vínculo con la comandancia central, pidió refuerzos y la incorporación a este operativo de las fuerzas especializadas. La orden fue precisa: «Enviar número suficiente de tropas para el allanamiento, pertrechadas y con el ánimo soliviantado». Imaginando que el sospechoso podía darse a la fuga, el Ministro personalmente dispuso y puso en marcha el operativo de captura para ganar tiempo.

El traslado desde la comisaria al sitio donde se guarecía el presunto terrorista se realizó en forma inmediata, las instrucciones impartidas proyectaban clausurar las entradas y salidas de vehículos o peatones a doscientos metros a la redonda. Las personas que rondaban por la zona debían ser detenidas y palpadas, asimismo, los autos retenidos y revisados. Dos policías vestidos de civil, sin apariencia intimidatoria, debían aproximarse a la casa para asaltar el escondite cuando llegaran las unidades especializadas. El propósito era irrumpir de imprevisto, arrestar al indiciado y catear el recinto.

Pero la dinámica del proceso se aceleró, e hizo que los hechos se precipitasen. El sujeto que habitaba esa propiedad se percató de la presencia de dos individuos que deambulaban por la vereda de enfrente. El denunciado contra quien las fuerzas públicas acudían a arremeter era nada más y nada menos que Hugo Alfredo Irurzún, alias el capitán Santiago. Este, asomado detrás de la ventana, entrevió que lo habían descubierto y comprendió que lo buscaban para aprehenderlo y mantenerlo en cautiverio bajo las condiciones de suplicio ya conocidas para estas situaciones. Ansioso y temeroso por lo que iba a sucederle si lo atrapaban, decidió escabullirse por el traspatio y eludir el control saltando la muralla del vecino de atrás. Mientras enfundaba la pistola y la sujetaba con fuerza a su cintura, maldijo el instante en que olvidó su dinero y el pasaporte falso al salir la noche anterior. Ahora se había visto obligado a volver a este maldito lugar, desde ese momento la antesala de su infierno. Reconoció la falla de su memoria, pero no la atribuyó a su falta de profesionalismo, sino más bien a no pernoctar ahí la noche previa al atentado. Consciente del inicio de la cuenta regresiva, lo que se traducía en una menor posibilidad de salvar el pellejo, hizo el intento de saltar la pared medianera y atravesar corriendo la propiedad contigua. El capitán Santiago no se percató de que los vigilantes apostados en la vereda, al escuchar ajetreo dentro de la casa, entraron saltando la murallita. Los agentes de seguridad corrieron por el pasillo y divisaron que el sospechoso intentaba saltar la pared lindera.

Empezaron los gritos que embarullaron el escenario:

—¡Alto, levante las manos y ríndase!

El capitán Santiago no tuvo más escapatoria que permanecer quieto mirando la muralla y dando la espalda a los que le gritaban. Siguió las órdenes y dio media vuelta para estar de frente a sus captores. Los que entraron quedaron paralizados de asombro e Irurzún, por la angustia, no paraba de sudar. Cuando quiso secarse la frente con la mano derecha, uno de los policías imaginó que iba a desenfundar y le disparó a la altura de su costilla izquierda. Herido y mareado por los nervios que lo fagocitaban se entregó sin oponer resistencia. Al oír el tiro, todas las unidades concurrieron donde el sospechoso se cobijaba. Cuando quedó claro que el individuo había sido reducido y estaba bajo custodia, los ánimos se calmaron. Con la camisa manchada de sangre y esposado, pero caminando y sin ayuda, el capitán Santiago abandonó la que sería su última morada.

Al terminar la captura, el señor Ministro intentó por todos los medios a su alcance comunicarse con el General-presidente; debía ser el portador de la buena nueva, sería un error táctico e imperdonable que otro se llevara los beneficios del resultado obtenido. En él debían recaer los laureles, ambicionaba ser el sucesor. Sin despertar celotipias debía utilizar el logro para prestigiar su figura alicaída por el tiranicidio. Programaba su futuro político y consideraba que cualquier éxito era idóneo para alcanzar sus metas.

El general Somoza fue asesinado a las 10.55, y a las 19.00 ya fue capturado uno de los actores principales del atentado que desnudó la vulnerabilidad del sistema y que casi acabó con la carrera política de González Miranda y su desenfrenado anhelo de ser el favorecido para la transición. Recién llegado al departamento de Investigaciones, el secretario de Estado logró dar con el Rubio. Esta segunda conversación tenía solamente la tensión que generaba el diálogo con el superior. Más distendido y seguro de sí mismo por los aires del triunfalismo, sin despojarse de su condición solícita y con la intención de esmaltar sus discursos con elementos atractivos, tomó el auricular y con voz entonada que denotaba y combinaba energía con sometimiento, requirió el permiso e hizo uso de la palabra:

—Mi General, quiero darle el parte del avance de nuestra investigación.

—Si hay o no avances en las pesquisas lo voy a determinar yo, proceda con la información.

—Sí, señor, hemos aprehendido al terrorista Hugo Alfredo Irurzún, de nacionalidad argentina. Lo identificamos inmediatamente por la colaboración de los servicios amigos del vecino país, se trata de un criminal que a pesar de sus treinta y cinco años tiene una larga trayectoria en acciones criminales. Nació en Santiago del Estero en 1945, en los años setenta formó parte del Ejército Revolucionario del Pueblo, estuvo involucrado en un sinnúmero de actividades delictivas con hechos de sangre y en 1979 se enroló en el Frente Sandinista para batallar contra el régimen somocista.

—Más allá de los datos biográficos de este asesino en serie, ¿qué hay en concreto relacionado con el atentado que sufrió el general Somoza?

—Su excelencia, todavía no iniciamos el interrogatorio. Estábamos esperando sus instrucciones.

—Está bien. Convoque al general de Infantería Díaz, él es el responsable de la inteligencia militar. No debe haber envidia entre los servicios de inteligencia, ya que, de haber desconfianza o competencia dentro del sistema de seguridad, abriremos un hiato que luego será difícil de cerrar. Por lo tanto, todos juntos, mancomunadamente, pueblo, partido y ejército, tenemos que borrar de la faz de la tierra a estos malvivientes.

—Así se procederá, señor Presidente. Actuaremos conforme las necesidades de la seguridad nacional, los protocolos serán aplicados con el rigor que demanda la destrucción del marxismo-leninismo. No le quepa la menor duda de que la nobleza de nuestra causa nos obligará a ser implacables con el enemigo, así como ellos lo son con nosotros.

—Espero que sepan actuar como hombres valientes que no temen al ejercicio del poder. En esta situación, la razón de Estado recomienda más el extender que el restringir el uso de las prerrogativas que dan el cargo y las responsabilidades que llevamos a cuesta. No olvide, doctor González Miranda, que la única que conoce el final de nuestra y de todas las guerras es la muerte.

—Deje a mi cargo la actividad. Tenemos una larga noche, el enemigo va cantar más que su compatriota Gardel. Mañana a primera hora le prometo un informe completo, y, de ser posible, concluyente. Le juro por Dios que este delincuente va a arrepentirse de haber nacido y de haber venido a perturbar nuestra paz.

—Cumpla con su cometido, con la obligación que tiene con la patria y con el superior Gobierno nacional. Y, por favor, recuerde que es pecado jurar en balde.

La sesión de tortura empezó pero no terminó como estaba previsto. Fue conducida por el Ministro, quien se hallaba acompañado por miembros de los servicios civiles, policiales y militares. El capitán Santiago, con las fuerzas disminuidas por el impacto del proyectil y por el agotamiento físico y psíquico, no estaba dispuesto a resistir. No contemplaba un horizonte en el que sobreviviría. En un primer momento pensó en ganar tiempo para que el resto de los compañeros pudiera pasar la frontera y protegerse según lo planeado. Luego imaginó que sus compañeros ya estaban fuera del Paraguay. Meditando en silencio, recordó con satisfacción el segundo bazukazo que acabó con la vida del déspota. No le causaba remordimiento, más bien sosiego.

Como repasando su vida en el final, rememoró su existencia sin patria ni amos y experimentó una sensibilidad que lo alteró. En su desesperación y cansancio se hizo presente el recuerdo de los pechos, los labios, los pies, la cabellera color azabache, los ojos negros achinados y la ternura de Amanda, que con la gentileza de su piel y las formas voluptuosas de su geografía lo gratificaba. Sin emitir un sonido se preguntaba a sí mismo: «¿Llegué a amarla?» y en su silencio encubridor se respondía: «Sí, la amé.»

La jornada de trabajo comenzó con el ritual y las sugerencias que fijaba el libro de procedimientos. En la primera fase el Ministro se expresó paternalmente ofreciéndole mantenerlo con vida si cooperaba en la captura de sus camaradas. A continuación sobrevino la advertencia intimidatoria de partirle hasta el último hueso y el recordatorio de que no tenía escapatoria, por tanto, más le valía demostrar una actitud comprensiva que reacia a la averiguación.

Irurzún ingresó a la sala de tortura engrillado. Llevaba las manos esposadas atrás de la espalda y las esposas de los pies le dificultaban el andar. Al entrar divisó con la mirada una silla en medio de la habitación, frente a una tina de baño y el único instrumento para iluminar la pieza era una lámpara colgada de una cadena de bronce entrelazada con un cable. Al ambiente lúgubre del lugar lo acompañaba un olor fétido y húmedo con el trasfondo musical de la voz de Luis Alberto del Paraná.

Dio unos pasos lentos desde el umbral de la puerta a sabiendas de que debía pasar al costado de la silla y sentarse en el borde de la bañera cargada de agua servida. No era guiado por ninguna orden, conocedor de su suerte no hacía más que acomodar su conducta a lo que el destino le deparaba. Sentado de frente a todos los presentes, sin pérdida de tiempo se acercó al capitán

Santiago el oficial de investigaciones, Pedro Olmedo. Llevaba unas llaves con las que desligó las cadenas de los pies, por un momento, para luego sujetarlas a una argolla incrustada en el piso. Olmedo permanecía inmutable, con la prestancia de quien conoce los gajes del oficio; en esa esquina de la habitación los protagonistas eran el verdugo y el prisionero. La lámpara colgante iluminaba con una luz que enceguecía al rehén, impidiéndole reconocer el rostro de su martirizador. De pronto se escuchó desde la penumbra una voz de mando que, sin hacer eco, ordenó proceder al ablandamiento sin dejar huellas.

—Mañana presentaremos a este criminal a la prensa, ¡que no queden rastros del trabajo! —señaló el Ministro.

El oficial dio inicio a su labor, para la cual fue entrenado en el extranjero y en el país, mientras que el capitán Santiago, como en las mesas de juego, buscaba las manos y no la mirada de su contrincante. Aunque en esta situación los roles estaban demarcados y cada quien se identificaba con su papel de sujeto activo y pasivo, los resultados podían no ser los esperados. «El trabajador» ubicó su pierna entre los muslos de Irurzún, y con la rodilla izquierda presionó el bajo vientre para impedir su respiración. Simultáneamente con la mano izquierda sobre el pecho y con el antebrazo derecho presionando el cuello, empujaba su torso y cabeza hasta hundirlos en el agua dejándolo casi sin respiración y causándole una sensación de asfixia real. Para agudizar esta impresión puso los orificios nasales al nivel del agua y con la mano derecha le tiraba líquido para aumentar el sentimiento de ahogamiento. La primera intervención del trabajo no fue perturbada con ningún interrogatorio. Luego lo aturdieron con una ráfaga de preguntas realizadas por varios individuos ahí presentes; la agonía se agravaba por la falta de aire y el apabullamiento del griterío. Sondearon a Irurzún sobre todos los detalles del atentado; este, sometido a la desesperación en la que se prefiere la muerte a la vida, detalló los pormenores de los preparativos y de la ejecución del atentado.

Abatido y atontado, en ningún momento intentó «no soltar prenda». Su declinamiento corporal se tradujo en un jadeo al procurar expresarse. El relato era entrecortado, lo que obligaba a repetir la narración de los mismos hechos y las circunstancias; esta práctica servía de mecanismo para corroborar la verosimilitud de lo que el inquirido decía. Las armas entraron embolsadas con otras mercaderías de contrabando por los conductos convencionales. Este relato causó estupor y permitió comprender la naturaleza dual, como el rostro de Jano, de una forma de comercio fronterizo avalado por el Gobierno. La declaración de que las metralletas, bazucas y municiones fueron trasladadas por calles y avenidas bajo control policial provocaron suspicacias en los representantes de la milicia, y la afirmación de que alquilaron la casa sin presentar documentos, solamente invocando la representación de un cantante de fama mundial, desnudó la precariedad jurídica y las derivaciones que podían tener las transacciones que se hacían en la periferia de la legalidad.

La constatación de que no tuvieron ningún tipo de impedimento para recorrer toda la ciudad y sus alrededores confirmó que el sistema de soplones había caducado, y la confesión de que las informaciones sobre los movimientos de Somoza eran obtenidas en el kiosco donde vendían los cigarrillos a los custodios de la víctima era el certificado de defunción del profesionalismo en las fuerzas policiales. Transcurrida toda la noche y próximos a la aurora, la jornada de trabajo extenuó a todos sus actores. Las presunciones del Ministro adquirieron estatus de veracidad; se trataba de un comando foráneo, el plan fue diseñado en Nicaragua, el propósito no era instalar una guerrilla en el Paraguay y la acción perseguía un objetivo excluyente: el ajusticiamiento del último de la dinastía.

A pesar de la extensa y forzada exposición, el Ministro tenía la sensación de dejar cosas en el tintero pues algunas preguntas quedaron colgadas rondando en su cerebro. ¿Hubo o no cooperación local? ¿Se habían infiltrado en el ejército y la policía? ¿Tenían ramificaciones políticas y contactos con plumarios de la prensa local? Aguardó y dejó pasar un rato, hasta que, sulfurado por la idea de tener que presentarse para dar el parte al Jefe Supremo, arremetió con la pregunta cuya respuesta acarrearía consecuencias fatales:

—¿Hubo complicidad de agentes de nuestro gobierno en sus actividades?

El interrogado seguía sangrando pues padecía una hemorragia. Durante el derrotero del trabajo no recibió atención médica que evitase que se desangrara. Su cuerpo estaba atormentado y fatigado, su mente no podía hilar las ideas para ordenar las palabras, entonces sumó fuerzas en su deseo de ver llegar el renglón final de su vida. En sus minutos postreros percibió que le convenía buscar que lo asesinara su verdugo. Era un acto de fidelidad y congruencia con su destino. Sin disimulo, pronunció sus últimas palabras:

—Bastardo, nadie está implicado. El sistema corrupto es cómplice.

Inclinó la cabeza y se desvaneció. Un médico que estaba entre los participantes verificó la carencia de signos vitales. El deceso se produjo a las 3:30 del 18 de septiembre. Confirmada la muerte de Alfredo Irurzún, alias capitán Santiago, el Ministro sintió un pánico que le aprisionaba el cuerpo y le borraba toda idea de la mente. Inhaló un soplo de aire y suspiró como estaba habituado a hacer para restablecer el autocontrol. Maldijo la muerte del criminal y reflexionó en voz alta:

—Hicimos el trabajo para que cante, no para que muera. Era más útil vivo que muerto.

A continuación ordenó que, mientras él iba a reunirse con el Presidente, preparasen el cadáver para la conferencia de prensa y que además prestasen atención a que el cuerpo estuviera presentable y sin rastros del trabajo en ninguna parte. Por último, sentenció:

—¡Cómo finge el destino su ironía para el final de los rebeldes que profesan el mito sacrificial!

CAPÍTULO 22

Un chivo expiatorio

EL MINISTRO OCTAVIO GONZÁLEZ MIRANDA, antes de acudir al encuentro con el General-presidente, tomó una ducha, se rasuró y se vistió con un traje oscuro de solapas anchas, pantalones entubados a la cintura, de botamanga fina con bastilla, y una camisa blanca acompañada de una corbata colorada. Llegó a la residencia presidencial antes de que la aurora destellara; el General-presidente lo estaba aguardando, también vestía un traje oscuro y lucía una corbata colorada estridente. Cuando lo individualizó gesticuló con la mano derecha un movimiento palmar de autorización para que ingresara al despacho. El General estaba erguido, parado detrás de la mesa del escritorio, en el ambiente reinaba un silencio monacal. Al Ministro siempre le sorprendía la precariedad y la rusticidad del mobiliario, la oficina no tenía aire acondicionado, solamente un ventilador de pie de muchos años que al girar chirriaba. Su estilo de vida austero acompañaba su hablar escaso, preciso, imperativo, carente de emotividad y con un dejo de nasalidad.

—Buen día, señor Ministro, ¿qué novedades tiene? —dijo el Presidente.

—Mi General, hemos obtenido toda la información relacionada con el atentado —repuso y continuó en el uso de la palabra el Ministro—. El criminal Irurzún fue uno de los que craneó el asesinato y disparó los dos tiros de la bazuca RPG-2 que acabaron con la vida de Somoza y sus acompañantes. Además, como muestran las fotos, hicieron volar en pedazos el techo y una de las puertas del automóvil. El objetivo del plan era liquidar a Somoza y no, como era mi preocupación, desestabilizar nuestro gobierno. Los otros integrantes de la gavilla huyeron inmediatamente finiquitada la acción, de todas formas tenemos bien identificados a los malvivientes. Se trata de un grupo de guerrilleros argentinos trotskistas partidarios de la cuarta internacional. Esta característica excluye la posibilidad de que detrás de lo sucedido esté la mano de Moscú. Esto se concibió en Nicaragua con apoyo logístico de La Habana y de la guerrilla colombiana. Como siempre, el pueblo está colaborando con el superior Gobierno en nuestra lucha anticomunista. La mala suerte que tuvimos fue que, en plena jornada de trabajo, cuando preguntábamos para cerciorarnos de la autenticidad de sus declaraciones, imprevistamente el sujeto sufrió un infarto que nos sorprendió a todos; apretamos pero no fue para tanto. Ya ordenamos que preparen el cuerpo para la conferencia de prensa en la que vamos a decir que la muerte fue causada por una herida de bala en el tiroteo provocado por el sujeto cuando se resistía a entregar sus armas y darse por arrestado. También vamos a aprovechar la ocasión para exponer el arsenal clandestino, los documentos falsos y la cantidad de dólares americanos de que disponía el criminal. La gente tiene que ver lo bien organizadas que están estas bandas terroristas, pues nunca actúan solos y siempre tienen mucho apoyo logístico. Terminada la presentación a los medios, la orden será que el cadáver se esfume.

—Muy interesante su informe —asintió el Presidente—. ¿Qué revelaciones hay de conexiones del individuo con personajes locales?

La interrogante no tomó por sorpresa al secretario de Estado, que debía inventar algo del agrado del señor Presidente. En la lógica de la seguridad nacional era incomprensible que una banda, a pesar de su apariencia extraña, actuase a sus anchas y en menos de dos meses pudiera preparar un operativo a la luz del día, eludiendo el control de los servicios de inteligencia que por poco se dieron por enterados de lo acontecido a través de los medios de prensa.

El Ministro sabía que estaba en falta, entendía que la reacción del sistema no terminaba con la captura de un integrante de un grupo de seis temerarios subversivos. Por consiguiente, no podía presentar el caso como cerrado. La ocasión se prestaba para hacer uso de la idea antediluviana de buscar una cabeza de turco para inculparla y de esa forma justificar la existencia y persecución del enemigo interior.

Además, cuando se trabajaba con esta hipótesis se ampliaban las prerrogativas y aumentaban las facultades de los organismos de seguridad interna del Estado. ¿Qué mejor justificación para hurgar en la privacidad de los que incomodan? ¿No eran estos los momentos que ofrecían la ocasión de hacer caducar la lealtad tan mal recompensada en la política? ¿No era la ocasión propicia de jugar el partido de uno mismo, el que más le redituaría en la vida y en especial en la carrera política? ¿No se prestaban estas clases de coyunturas para descabezar a los adversarios?

El Ministro sopesó varias ideas antes de pronunciar su respuesta. Conocedor de la suspicacia presidencial, ideó una contestación que no despertase recelos.

—Mi General, el verdugo del señor Somoza mencionó la participación de un chileno que vive y trabaja aquí desde un tiempo atrás. El que colaboró con los terroristas se llama Rafael Alejandro Mella Latorre, de 31 años, casado con su compatriota María Cristina Castro, de 25 años, en estado de gravidez. Estuve averiguando sobre el pasado de este hombre, así me enteré de su participación en la revolución sandinista. Estamos hablando de un insurrecto de antecedentes tan sinuosos que algunos lo delatan como un doble agente. Ni bien llegó a nuestro medio, se infiltró en el diario *La Tribuna*. Este indeseado no encontró ninguna dificultad para afincarse entre nosotros, el Paraguay ha sido siempre generoso y de puertas abiertas para los extranjeros que vienen a compartir el esfuerzo y la esperanza en el progreso de la patria, pero, señor, no podemos dejar pasar tanto atrevimiento, como tampoco perdonarlo. El culpable merece recibir su castigo y debe desenmascarar a todos los que se esconden tras el antifaz de la falsa amistad, a los traidores que fingen para ocultar el puñal. Esos falsos renuevan su compromiso en cada oportunidad y sellan su lealtad con un beso como el de Judas. Perdone, mi General, pero este hijo de puta no cometió el error de nacer; la equivocación fue haber dejado parir a su madre. Estos malditos tienen que ser liquidados en el vientre materno sin contemplación. Quiero informarle, señor, que ya mandé arrestar a este hombrecillo, que se arrepentirá de que su madre le haya dado la vida. En el mismo sentido, ya están siendo investigados más de mil extranjeros que no tienen sus papeles en orden o que inspiran desconfianza. Yo le prometo que se hará justicia caiga quien caiga.

—Puedo ver que ha tomado las providencias necesarias —afirmó Stroessner—. Usted sabe lo que yo pienso en lo relativo al quehacer político, cuando en la política se hace más de lo necesario se cometen errores. La política es movimiento, resultados tangibles, esperados, y todo lo recargado suele ser exceso de verborragia de los politiqueros sin convicciones. Esta acción debe adecuarse a la visión estratégica, es como la relación entre amigo y enemigo, por eso es de vital importancia saber quién es quién y denunciar a los que se encubren para encumbrarse a

costa nuestra. Proceda, señor Ministro. Usted tiene carta blanca, que no le tiemble el pulso cuando decida. Recuerde que, contrariamente, si se trata de la seguridad de Estado más vale exacerbar la sensación de la amenaza que atemperarla, en esto no ahorre energía. Preferir la exageración a la prudencia es cosa de los buenos hombres de Estado, en especial si tenemos la certeza de que el enemigo está entre nosotros. Use la fuerza del Estado desde otro razonamiento, porque, guste o no guste, está revestida de la legalidad. La amenaza que nos circunvala valida todos los métodos al alcance de la mano, el enemigo no repara en nada cuando usa la violencia contra nosotros. Enseñémosles una clase de urbanidad y que aprendan en carne propia que «quien a hierro mata, a hierro muere». Doctor Octavio, usted tiene el perfil del hombre de Estado imbuido de patriotismo, sabemos que parte de la función de gobernar es hacer que crean en nosotros. Los políticos son más vulnerables que los militares, nosotros asomamos la eternidad, ustedes por esencia son furtivos. El político que con sus acciones no arroja buenos resultados genera desconfianza y termina fastidiando. Por eso, tenga siempre presente el adagio romano: «Serás amo de tu silencio, y esclavo de tus palabras». ¡Qué más le puedo decir! Se comenta que los redentores de la patria recompensamos mal, que no tenemos memoria; recuerde usted: el pueblo la tiene aún menos.

—Si me permite, mi General.

—¡Cómo no!

—Yo quise enrolarme en las gloriosas Fuerzas Armadas de la Nación, pero en la inspección médica del colegio militar me rechazaron por tener los pies planos y un asma leve. Conozco de los laureles ganados en los campos de batalla, la gloria que se conquista con el cuerpo y alma de la nación es eterna, sin embargo, la política es un lodazal o un campo de batalla donde todo es efímero. Soy consciente de que en esta profesión muere primero el nombre y después el hombre. Le agradezco su confianza, soy un soldado fiel a la causa e incondicional a su persona, que no le quepa la menor duda de ello. Nunca me desgasté en esfuerzos fútiles, tampoco en caminar en círculos; jamás admití ni admitiré un accionar zigzagueante, nunca anduve ni andaré con remilgos, tengo el honor de colaborar en su gobierno. Como usted gobierna para servir y no para beneficiarse del poder, aprovecho la ocasión para reafirmar que, si usted sigue de timonel y yo de marinero, este barco no necesita ser refaccionado. Por último, Presidente, no poseo el coraje de un excombatiente de la guerra del Chaco como usted, pero cuando actúo parto de la premisa de que la violencia es necesaria para mandar y que es trágica solo cuando fracasa en sus objetivos.

—Usted es una persona que no deja de sorprenderme. Dicen por ahí las malas lenguas que le temo a los colaboradores competentes. ¡Cómo engañan y se equivocan los agoreros del apocalipsis! Perpetuamente aposté a favor de la excelencia combinada con la lealtad. Ahora, retomemos nuestras labores. Manténgame continuamente informado, aprese a quien haga falta y que escarmienten los que tienen un doble discurso y actúan con mentiras. Por último, que no se diga mucho a la prensa, es nuestra enemiga, lo único que hace es criticarnos, nunca reconocen ni valoran nuestras obras de progreso.

El Ministro sentía la seguridad de aquellos que creen en su destino. Acababa de recibir el respaldo del Único Líder. Con el entusiasmo causado por la conversación que tuvo ribetes de complicidad, se dispuso a poner manos a la obra. Ordenó un sistema de control de veinticuatro horas para el chilenito y se formó un equipo de agentes profesionales. González Miranda se contemplaba a sí mismo como uno de los pocos poseedores de un agudo sentido de Estado. Concebía que la «mejor verdad» no es la que se busca y encuentra, sino la que se inventa.

El plan pergeñado consistía en dejar pasar el tiempo hasta que, agotada la primera etapa de la

Operación Rastrillo, se encontrara un nuevo hallazgo que habilitara y legitimara el mantenimiento de la política llevada con la mano firme y el endurecimiento del estado de excepción. La presa estaba acorralada y no tenía escape, era más una cuestión de conveniencia política que de tiempo. Lo llamaban «el Chilenito» por su estatura de 1,60 y por su nacionalidad chilena; tenía el futuro cronológicamente planificado, no por él, sino por sus verdugos.

Alejandro Rafael Mella Latorre fue hecho prisionero el 30 de octubre, sus datos personales no quedaron registrados en el libro de ingresos y su humanidad fue arrojada en una mazmorra insalubre, húmeda y oscura del departamento de investigaciones. Como cumplía la función de chivo expiatorio, las sesiones de trabajo empezaron con una paliza con la que los operarios de la institución querían darle la bienvenida. El Gobierno preparó una conferencia de prensa para que, con bombos y platillos, se diera a conocer la buena nueva de la captura de otro terrorista implicado en el asesinato del general Somoza.

El ministro del Interior quería que, más temprano que tarde, el régimen recuperara su reputación de infalible e imbatible. En ese entonces se lo escuchaba repetir monotemáticamente:

—No es suficiente que teman, es necesario que nos respeten. Que crean en nuestras mentiras, tenemos que elaborar un discurso creíble porque con la fuerza se doblega pero no se contenta y menos aún se entusiasma al pueblo.

El Chilenito padeció toda clase de suplicios físicos y psicológicos hasta que pudieron arrancarle una declaración en la que reconocía su involucramiento en el atentado. Supuestamente fue informante y fotografió el hecho, pero los rollos nunca fueron encontrados. Las jornadas de trabajo a las cuales era sometido siempre estuvieron acompañadas por invitados de países de la zona y algunos extrazona. Le infligieron toda clase de martirios. El dolor era provocado con los instrumentos más insólitos, como un pene de toro recubierto en cuero, conocido en guaraní como *tororembo*, era utilizado para propinar golpizas que no dejaban huellas. Los suplicios eran nocturnos e iban desde el «pileteo» al uso de la picana eléctrica aplicada en su sexo. En varias ocasiones lo sometieron a la humillación del termómetro: le introducían a través del ano un tubo de cobre de magneto eléctrico que lo hacía perder el control de sus esfínteres. Los tormentos no se limitaron a su persona, también su esposa fue detenida y durante su cautiverio abortó a consecuencia de la tortura de la que fue objeto. No se sabe con certeza cuándo fue expulsada del Paraguay y entregada a los servicios de inteligencia chilenos, pues no hay noticias de su paradero.

Alejandro Mella Latorre estuvo preso hasta febrero de 1989 y, no habiendo sido encontrado culpable de ninguno de los cargos de los que lo acusaban, quedó en libertad.

El plan de los terroristas aconteció como estaba previsto. El resultado fue el esperado, el atentado se concretó y el exdictador fue asesinado. La dictadura paraguaya intencionalmente olvidada era noticia en el mundo. El ajusticiamiento puso al Paraguay en casi todos los titulares periodísticos y por un momento el sistema stronista dejó de ser el primer «etcétera» en el listado que condenaba a los regímenes dictatoriales de la región. El crimen también sirvió para poner al desnudo las falencias de un esquema de seguridad cuyas fortalezas eran más aparentes que reales.

El atentado contra Somoza y los resultados inmediatos de las investigaciones dejaron a todos insatisfechos. El círculo no cerraba, ¡tanta precisión y sutileza para burlar el blindaje impenetrable del régimen de seguridad! El secretario de Estado murmuraba confuso, en forma indescifrable:

—Uno de los nuestros colaboró con los malvivientes. ¿Quién será el perro resabiado, infiel y

malagradecido que muerde la mano del que le da de comer?

Comprendió que sus vanilocuencias y sus cavilaciones se terminaban rindiendo ante la realidad. Le costaba distinguir si lo que pasó fue producto de una causalidad o de una casualidad. En su mente, a hurtadillas, intercambiaba pensamientos contradictorios. Las dudas y las reflexiones del Ministro presagiaban un devenir en el que se entreveraban, alteraban, sucedían y diluían hipótesis y posibilidades, donde cabían actores y situaciones de lo más insólitos y peculiares. Su mente cortesana, prestadora de pensamiento e imaginación para la complacencia del poder, presentía que se encontraba perdida en un laberinto con paredes revestidas de espejos que reproducían su imagen. Cada vez que miraba a su alrededor se encontraba con el juego inquietante de retratos yuxtapuestos, lo que lo indujo a considerar la cercanía de los felones. De ahora en más existían los demonios de dentro, de fuera y los que estaban próximos a uno mismo.

CAPÍTULO 23

Una testigo clave

DURANTE LAS SEMANAS POSTERIORES AL atentado las fuerzas del orden eran omnipresentes, se las veía en todas partes desplegando la solidez del sistema. Así como amedrentaban a los transeúntes ordenándoles que se identificaran, también allanaban sin orden judicial todo tipo de recinto privado. Reinaba en el ambiente un ánimo represivo y álgido, la jovialidad y la candidez de la sociedad fueron sustituidas por el retraimiento y la susceptibilidad de la población. Bajo estas condiciones, el Gobierno desenmascaró su brutalidad, que, al no poder ser contrarrestada por un impulso contrario, engendró una atmósfera proclive a neutralizar el coraje cívico y a excitar conductas inclinadas a la delación y al envilecimiento.

Sucedió lo que siempre acontece con los grupos humanos cuando en el horizonte se divisa el poder del Estado con toda su prepotencia. El imperio del terror acobarda y denigra a la especie humana. El terrorismo de Estado convierte a los individuos en autómatas e ineptos para incentivar una acción dotada de lógica solidaria y espíritu libertario. En el régimen del pánico las personas se muestran renuentes y hostiles a colaborar entre sí, y, en la hipótesis de que aconteciera un hecho trasgresor al orden impuesto por la fuerza, nunca faltarían aquellos que competirían para asistir con la información del hallazgo al detentador del poder.

Todo cambió luego del atentado. Los días pasaban y el tiempo se diluía, aliviando a los afectados, salvo a Baltasar, a quien se notaba afligido y anonadado, no por estar desconcentrado en lo que le sucedía, sino por el exceso de atención que ponía en lo que decía y hacía. En absoluto se imaginó que estos días posteriores iban a durar más que los preparativos previos. Le preocupaba que las indagaciones no alcanzasen su etapa de clausura. Las investigaciones se intensificaban y profundizaban. No se percibía el final.

La suerte corrida por Irurzún y la huida exitosa de los otros implicados no eran suficientes para restablecer su ánimo anterior y paliar su zozobra; el recogimiento familiar fue lo que suavizó las angustias originadas por la densidad ambiental. Quería evitar, a cualquier precio, que el proceso de gestación de Lucrecia se cruzara con un sobresalto que pudiese alterar lo planificado. La visitaba todos los días y la halagaba con flores y presentes, pero aun así no podía ocultar el desasosiego interior que se reflejaba en su rostro. Lucrecia, conectada afectivamente a su enamorado, se daba cuenta del aturdimiento que padecía. Su sensibilidad le permitía entrever que el sujeto de quien estaba enamorada se hallaba bajo una fuerte presión. En un par de ocasiones le preguntó:

—¿Qué te pasa, Baltasar? ¿Te arrepentís de lo decidido? ¿Querés cambiar los planes? ¿Me amás menos? ¿Le temés a la paternidad?

A lo que él le respondía con certeza y énfasis:

—Cada minuto que pasa te amo más, no dudes de mi amor ni de mis palabras. Lo prometido

ya es ley de nuestro destino, no nos queda más que acatarlo. Recién me calmaré cuando estemos en Kansas y cuando lo vivido pase a ser pasado. Hasta que esto suceda, dejame que conserve la tensión de un supervisor detallista. Si no permanezco bajo apremio podría desatender algún pormenor y poner en peligro nuestros planes. Vos dedicate a estudiar para tus exámenes y quemate las pestañas para terminar tu bachillerato y dejame a mí la carga de la responsabilidad de todo lo demás.

Baltasar decidió esmerarse en producir un ambiente nuevo con los suyos, pretendía anular el artificioso tratado de paz que había moldeado su soledad. Nunca, en toda su vida, había sido tan diserto y solícito con don Esteban como en ese entonces; el padre sentía una rareza que jamás experimentó con su hijo, intuía por primera vez que su único descendiente estaba necesitado de amparo y ayuda. Pero como se trataba de una relación inexistente no podía ser rehecha, debían empezar de cero. Fueron situaciones en las que la carga del pretérito vedaba los sentimientos nacientes de la nueva relación. No había más tiempo para volver a empezar. Pensaba él que la vida se le había escurrido de tal manera que la nostalgia no tenía probabilidad de hacer trampa. En esos días, don Esteban procuró entablar un diálogo con su hijo; ya era tarde, la distancia que se interponía entre los dos se había agrandado demasiado. El padre maliciaba que su sucesor estaba necesitado de una luz que lo iluminara y de una mano que lo empujara, pero el pasado se sobreponía al presente; innumerables desavenencias y días en que ni siquiera se dieron el saludo o intercambiaron palabra alguna convirtieron la relación en un páramo inhabitable en donde el tiempo transcurría sin efectivizar el cariño. Cuando no se supo querer a tiempo se afirma en el alma la huella perdurable del silencio que acalla el sufrimiento y la desesperanza.

Los que se tomaban la molestia de observar a Baltasar lo veían taciturno y errabundo, abismado como si estuviera enfadado consigo mismo. No proyectaba, por aquel entonces, la imagen del hombre apuesto y resuelto; su rostro hermoso no destilaba más la estampa del espíritu rebelde. Si bien no había cambiado sus hábitos, se apreciaba que obraba de manera fingida, casi forzada y fastidiada. Su proceder llamó la atención de Morocha, la circunspecta ama de llaves. La mucama representaba la fiel imagen de la mujer campesina pulcramente aseada y coqueta dentro de lo permitido, siempre con su aroma a jabón de coco. Tenía el pelo color azabache y la piel oscura y brillosa, era muy atractiva.

Un hombre deseoso de formar familia y construir un porvenir podía encontrar en Morocha no solo sus atributos femeninos, sino también el beneficio de que trabajaba para una de las más renombradas familias asuncenas, lo que permitía presumir una conducta sexual ajustada al decoro que imponía su estatus laboral. Además, percibía un sueldo jugosamente superior al salario mínimo y su instinto previsor la llevó a abrir una cuenta en el banco, lo que le posibilitó juntar sus primeros ahorros para construir una casa en una comunidad periférica. Su anhelo de vida era poder trabajar con retiro para poder disfrutar de las noches libres. La patrona, doña Teresa, jugadora empedernida, le confiaba la administración general de la casa, desde las compras del supermercado hasta el mantenimiento de la disciplina del resto del servicio doméstico. Teresa le tenía un cariño especial y su generosidad se tradujo en regalos: prendas de vestir sin estrenar o componentes del tocador femenino. En cada ocasión que viajaba al extranjero volvía con un presente para su mano derecha en los quehaceres domésticos.

Morocha estaba de novia con un miembro de la policía. Antes de ligarse con el apuesto y cumplidor suboficial Apolonio Valdez, le comunicó y solicitó la autorización a su patrona; con la venia concedida, encaró su noviazgo con intenciones serias, correspondidas a su vez por el pretendiente. Se trataba de un sujeto predecible que ambicionaba formar una familia y cumplir

con todas sus obligaciones de servicio. El aspirante a marido la visitaba día por medio y si no estaba de servicio compartían los sábados por la tarde y todo el domingo. Para la patrona era un motivo de tranquilidad que su *alter ego* estuviera ennoviada con un integrante de la policía nacional. La serenaba pensar que la cercanía de un suboficial alejaría a los rateros de poca monta que rondaban por el barrio, rufianes que hurtaban pequeñeces y que tenían garantizada la libertad de acción para sus fechorías porque hacían de alcahuetes para los servicios de inteligencia. En esa época el Gobierno de la paz se jactaba de tener una red de soplones funcionando eficientemente a lo largo y ancho del territorio nacional. La delincuencia estaba bajo control, el nivel de la seguridad pública era considerado, si no el mejor, uno de los mejores de la región. La longevidad del gobierno favoreció que la mayoría de la población se creyera envuelta en las políticas preventivas y represivas de la lucha contra el comunismo.

Desde que aconteció el tiranicidio, las visitas del suboficial Valdez se espaciaron. En los cuerpos de seguridad los nervios estaban crispados y las relaciones entre la policía, los militares y el departamento de investigaciones se agriaron, dificultando la sinergia entre las diferentes instituciones que se ocupaban de la seguridad del Estado.

Una noche, mientras Apolonio estaba al comando de una patrullera, tuvo el antojo de hacerle a su novia una visita sorpresa. Le ordenó a su subordinado dirigirse en la dirección que le señalaba. Estaba ansioso, pues habían pasado ya cuatro días desde la última ocasión en que habían estado juntos.

Esa tarde, antes de ir junto a ella, había recibido una reprimenda de su superior por una falla que no había cometido; esa circunstancia lo amargó y malhumoró. Durante la visita no hizo más que despotricar en contra de su jefe y de los ineptos que lideraban la investigación del asesinato de Somoza, que hasta ese momento no arrojaba resultados concretos y esclarecedores. Esa noche el suboficial Valdez se hizo anunciar. Como llegó sorpresivamente, sin previo anuncio, tuvo que esperar que Morocha se desprendiera del uniforme de tareas. Cuando la vio, lucía un vestido primaveral de color rojo con tirantes que dejaban los hombros al descubierto. Esta prenda atrevida era un regalo de doña Teresa, que, por su edad, ya no lo podía lucir sin ser indecorosa. Se roció la cara, los brazos, el cuello y los pechos con agua de lavanda, también donación de la patrona. Acudió al encuentro de su pretendiente encerrada en la alegría de recibir la visita deseada en forma inesperada. Lo invitó a pasar y a tomar asiento en un rincón del jardín conformado por una mesa de azulejos y cuatro sillas de hierro que durante el día recibía la sombra de un lapacho. Se saludaron con recatados besos en las mejillas, no estaban seguros de estar en el lugar apropiado para otro tipo de demostraciones de cariño. Seguidamente, ella exclamó:

—¡Ver para creer! —y siguió con la pregunta obligada—. ¿Qué se hizo de vos? ¡Pensé que olvidaste mi dirección!

—No es que no quisiera venir a verte, el problema es que desde lo de Somoza no paramos de allanar, arrestar y vigilar a medio mundo. Los resultados de las indagaciones no andan por buen camino, el Gobierno está más perdido que *jagua* en canoa. No se avanzó un ápice, todo lo que se dice es puro lata *pararã*, no hay un elemento concluyente. De lo que estamos seguros es de que los que cometieron el atentado, a excepción de uno, están gozando de buena salud y regodeándose en su triunfo. No se ha podido averiguar quiénes son los locales que se prestaron a los juegos de estos terroristas. Está recontraconfirmado que los ejecutores del crimen eran dos varones y dos muchachas, internacionalmente buscados por sus actuaciones subversivas en Argentina y Nicaragua. Todavía no pudimos adivinar quiénes son estos tipejos y cómo lograron

moverse como si estuvieran en su casa. Alguien les proporcionó información calificada y les prestó apoyo logístico, de lo contrario hubiera sido imposible perpetrar el homicidio. No te miento, mi amor, esta situación me harta, estoy cansado. Como nunca antes se instaló la desconfianza entre nosotros, nadie cree en nadie, ninguno sabe ni se imagina cómo ni cuándo va a terminar esta historia.

Morocha, que prestaba atención a lo relatado por Apolonio, súbitamente lo interrumpió para preguntarle:

—¿Cuántos y de qué nacionalidad eran los asesinos?

—Era una célula integrada por cuatro terroristas. El cabecilla era un pelado y había un melenudo con barba que ya fue asesinado. Según las pruebas había también dos pendejas de pelo largo y de piel blanca, como buenas argentinas. Según el identikit hecho por expertos extranjeros, eran medio altas y seguramente bien pertrechadas de cuerpo.

Morocha reaccionó. Estaba atónita y temblaba. Su rostro se trasmutó. Su instinto previsor intuía que las cosas no estaban en orden. La asediaron el miedo y la sensación del desastre que asomaba. Estaba al borde del desquicio y su pretendiente, que padecía de incontinencia verbal por el agotamiento psíquico y físico, no se dio cuenta de la mutación del estado de ánimo de su novia. Morocha, con pánico de confirmar sus dudas, lo tomó de las manos y le preguntó:

—¿Tenés con vos las fotos de los sospechados?

—Las tengo en mi chaleco, pero las dejé en la patrullera. Si me das un minuto las voy a buscar y te las muestro. Pero ¿por qué las querés ver? ¿Es que tramás algo? —inquirió Valdez.

—No preguntes más, andá y traé las fotos, que muero de la curiosidad.

Él se dirigió al coche con pasos acelerados y estuvo de regreso en un abrir y cerrar de ojos. Las fotografías estaban en un sobre color madera; las sacó y se las enseñó.

—Él es el pelado que se presume que era el líder de la célula guerrillera. Este otro es el ultimado y estos son los dos identikits de las extremistas. ¿Por qué te interesan las identidades de estos delincuentes?

La respuesta de Morocha no se hizo esperar. Al ver las imágenes se santiguó, en su cara se reflejó el pánico y sin retraimientos comenzó a gesticular y a dar vueltas de forma maquinal alrededor de la mesa del jardín en la que tuvo lugar esta conversación. En un momento se paralizó y, asustada, corrió a los brazos de él, murmurando de manera inentendible. Fue entonces cuando Apolonio la sacudió de los brazos y, elevando la voz, preguntó:

— ¿Qué carajo te pasa?

—Conozco a esos hombres, los he visto por aquí.

—Estas recontraloca, cuidá lo que decís, que podría acarrearte consecuencias nefastas.

—No estoy delirando para nada. Estos criminales, aproximadamente dos semanas antes del atentado, y lo recuerdo bien porque fue el día que los señores viajaron a Buenos Aires, mantuvieron una reunión con Baltasar en el quincho. Por otro lado, el barbudo pernoctó en la casa la noche anterior al asesinato. La primera vez que estuvieron de visita les serví de tomar y comer, son amigos de la época universitaria del patroncito. La noche que se apersonaron por vez primera no me cerraba cómo el joven podía andar con esa clase de gente. Me llamó la atención cómo el pelado con su sola mirada dirigía al resto. Mi presencia los incomodó, recuerdo que me retiré enseguida y el señor me pidió que no le contara a nadie sobre los visitantes. Te juro por *Ñandejára* que el barbudo durmió la noche previa al atentado en la habitación de huéspedes. Muy temprano, de madrugada, los dos salieron. Lo sorprendente es que el señor regresó solo, se puso a tomar café y a escuchar la radio.

—¿Pero no viste la imagen del terrorista en los diarios o por el televisor? ¿Se puede saber en qué mundo vivís? —preguntó Apolonio.

—Vos sabés que trabajo como una mula, me cuesta ganar mi dinero. No me sobra tiempo para nada, todas las obligaciones de la manutención de la casa recaen en mis manos, además trato de tener todas las cosas a punto para que la señora me dé más días de franco. Cuando estoy en mi cuarto, si no descanso, me paso haciendo mis cuentas.

—¿Qué clase de tipo es este Baltasar?

—El señorcito es una de las mejores personas que conozco. Es tan educado, atento y culto que no parece paraguayo. Tiene gustos raros, leer, escuchar música, estar solo, y no le interesa el fútbol. Con su papá nunca se llevó bien, sin embargo la mamá parece ser su confidente. Desde hace un año está metido con la chiquilina más bella y encantadora de Asunción

—¿De quién se trata? —preguntó Apolonio.

—Es Lucrecia, la única hija del ministro González Miranda —repuso Morocha.

—Contame algún detalle más que vincule a tu patrón con estos extremistas.

—Baltasar estudió como diez años en Argentina. Casi no conocía el Paraguay y no tenía amigos. Desde que volvió se pasó leyendo en su escritorio y escribiendo. No sé por qué jamás se me ocurrió preguntarle qué era lo que tanto anotaba en sus cuadernos. Solía recibir visitas del extranjero. Las visitas venían cuando los viejos salían, estaban en la estancia o se encontraban en Buenos Aires. Lo cierto es que todos eran raros y se reunían como queriendo esconderse. Sus hábitos cambiaron radicalmente desde que se enamoró de la jovencita. Antes de eso casi no sonreía, esa nena lo enloqueció, no te imaginas lo bonito que se puso con la sonrisa del amor en la cara, es indiscutible que es súper apuesto, ¡pero cuando se pone alegre no te podes imaginar, se vuelve un juguetón, un niño grande!

—¿No me digas que te encamaste con tu patrón? —reclamó el novio, celoso.

—¡Qué malpensado! Baltasar es un caballero, un hombre que no se sobrepasa, no es un abusador. ¡Siempre guarda las formas, no sabés con qué atención escucha a todo el mundo! No se trata para nada de un ser de nariz respingada. Es sensible, no es de los cachafaces que enamoran a dos mujeres al mismo tiempo; en el fondo es fiel a sus sentimientos, porque tiene un corazón honesto. Por lo que me comenta, creo que está perdidamente enamorado de su noviecita.

—¿Pero tanta confianza tenés con él?

—Cuando recién llegó no hablaba con nadie, solo conmigo. Yo lo escuchaba, aunque tocara temas que yo no entendía, como el de la justicia social o los cambios de estructura. Usaba palabras raras como monopolio o plusvalía que hasta el día de hoy no sé qué significan. No hacía oídos sordos a lo que narraba, mi problema consistía en hacerle creer que le seguía el hilo de la conversación. Él no se daba cuenta de nada, su soledad le enseñó a bastarse consigo mismo.

—Dejate de sentimentalismo que pareces una enamorada y yo un cornudo. ¡No estoy para esos trotes!

—Por favor, Apolonio. No pienses mal de mí, no te he sido infiel ni con el cuerpo ni con la mente.

—Está bien, es una broma. Pero lo de Baltasar es peligroso y me parece que es la salida del laberinto en el que se encuentra estancada la investigación. ¡Qué claro es todo ahora! Él era el vínculo local con los terroristas, o, mejor dicho, este es un cabrón que está metido hasta los tuétanos en el homicidio. Habrá proporcionado información, contactos y apoyo logístico para el operativo. ¡Se movía por todos lados! ¿Quién iba a desconfiar de su persona? Hijo de rico y su suegro el político más próximo al señor Presidente. ¡Se pueden atar todos los cabos sueltos, de

repente todo tiene sentido! Disculpame, mi corazón, pero este mimado de papito es un doble cara, un vulgar terrorista, preparado para secuestrar, violar y matar. Si estás segura de que los extremistas estuvieron por acá y de que tu patrón les dio cobijo, este asesino debe ser arrestado inmediatamente. Es un peligro que ande suelto. Si lo dejamos libre, en un par de semanas ejecutará otro atentado para sembrar la muerte y enlutará a la familia paraguaya. A estos comunistas de mierda hay que darles su merecido. ¡Espero que no te retractes ni tengas miedo de tus patrones, no te das cuenta del servicio que le vas a prestar a la patria!

—Me siento aturdida —comentó Morocha—. No puedo creer lo que me dijiste. ¡Que Baltasar sea un comunista, con lo bueno que es! ¡Es tan considerado con todos! ¡Hasta parece incapaz de matar una mosca! Siempre nos impresionó por su bondad. ¡Aparentaba ser un pan de Dios! Estoy confundida, la verdad es que me sorprendió que tuviera amigos tan raros.

—Dejate de joder y cumplí con tu obligación con el superior Gobierno —afirmó imperativamente Apolonio—. Si no lo hacemos, vamos a convertirnos en cómplices de un acto criminal y subversivo. Debo contarles a mis superiores lo que me dijiste, o de lo contrario, si se llegan a enterar de que sabemos lo que pasó y no dijimos nada, me van a torturar, encadenar, apresar y quizás me lleven al matadero. Vos corrés la misma suerte, con el agregado de que a las mujeres, cuando las torturan también las violan.

—Es mi obligación servir y colaborar con las autoridades. Estoy muerta de miedo, pueden hacer cualquier cosa conmigo. ¿Quién defiende a un pobre cuando sus huesos van a parar a la cárcel? ¿Cómo me iba a imaginar lo que tramaban estos asesinos? Por lo visto Baltasar disimula muy bien. ¡Tengo que contar todo, no quiero que me encarcelen ni que me peguen!

—Tenemos que declarar todo para salvarnos —manifestó Apolonio—. Te estuvo engañando por un buen tiempo, siempre tuvo dobles intenciones, es el campeón de los fascinerosos. Lo vamos a agarrar y de la paliza que va a recibir no se va a acordar ni de su nombre. Este tipo de criminales son lo peor que hay. ¿Sabés qué clase de persona es «tu» Baltasar?

—No sé, no entiendo de eso y ahora ni siquiera puedo pensar.

—Es un renegado, un malnacido, un malagradecido. Merece ser rudamente castigado, es de los que deben morir tres veces; traicionó a su patria, a su gobierno y a su familia. Hay pocos hijos de puta así, pero hay de todo en la viña del Señor. Andá y buscá tus documentos. Nos vamos al departamento de Investigaciones. Se necesita una denuncia formal para arremeter contra el tipejo. En última instancia se trata de un «chuchi» emparentado con los poderosos, tenemos que hilar fino para no errar. Es nada más ni menos que el yerno del ministro del Interior. Se va armar un quilombo de marca mayor.

—Me cuesta creer que Baltasar pueda ser un asesino. ¿Cómo me engañó así?

—Mi hija, los terroristas son personas preparadas para todo. Su inteligencia es superior a la nuestra, de ahí la peligrosidad que representan. Son ruines, capaces de matar a sus padres, no tienen escrúpulos, matan por matar. Apurate, que no se haga tarde. Que no se entere de que lo hemos descubierto y se dé a la fuga. No tenemos más remedio que contar todo lo que sabemos, de lo contrario nuestras vidas correrían peligro y seríamos cómplices y encubridores de los comunistas. Así que rajémonos de acá y vayamos donde corresponde. Vamos a servir a la patria, y de paso me gano una promoción.

CAPÍTULO 24

Una carta para Lucrecia

COMO SI UN CONJUNTO DE CAUSAS ESTUVIERAN encadenadas, los protagonistas desempeñaban la función que la contingencia les había asignado. Cada quien andaba por el camino que conocía. Mientras ocurría la conversación de Morocha con su candidato, Baltasar, que se sentía acorralado, se reunía con la hermana de los afectos de Lucrecia. Su visita causó el asombro de María Liz.

—¡A qué se debe este honor! —exclamó ella.

—Necesito hablar a solas con vos y te pido que Lucrecia no se entere por nada del mundo de esto —manifestó Baltasar.

Ella se pavoneó de su probidad y cordura. Adrede ansiaba resaltar sus virtudes y lanzar sus críticas.

—Te consta que soy de confianza y que guardo los secretos como si los salvaguardara en una sepultura. No cometo imprudencias, tampoco pronuncio una palabra de más. Sabés que he sido muy discreta con sus encuentros a pesar de oponerme a ellos. Sigo pensando que en la vida hay que ir quemando etapas; pero qué más da, lo hecho, hecho está. Soy leal a la amistad y por sobre todas las cosas no quiero que le pase algo a mi hermana del alma. ¿En qué puedo serles útil esta vez? ¿En qué lío están enredados que Lucrecia no viene a poner la cara? ¡No me digas que está embarazada! ¡Por el amor de Dios, no intentes plantearme que colabore en un aborto!

—Sacate esas ideas alocadas de la cabeza, María Liz, no seas tremendista. Solo quiero pedirte un favor para darle una sorpresa a Lucrecia. Con un engaño voy a demostrarle lo penoso que es el vivir separados y a mi retorno quiero comprometerme con ella para el resto de nuestras vidas. Nuestro amor es un reto de la realidad a lo ideal y tiene garantía de eternidad por su belleza.

—¡Sos más excéntrico de lo que me podía imaginar! Con razón enloqueciste a mi socia. No sé qué se te estará ocurriendo, supongo que no harás ninguna bobería.

—Mirá, le escribí esta carta a Lucrecia. Deseo que se la entregues en unos días. Yo me voy de viaje por muy corto tiempo. En la misiva describo mis sentimientos y mis planes para el futuro, está de más decirlo, siempre al lado de ella. Me resulta una idea original que la lea a solas y medite. Las decisiones más libres y genuinas son las que se toman sin coacción. Si sentimos lo mismo el uno por el otro, a mi retorno le ofrezco matrimonio y nos casamos lo antes posible. Estoy convencido de lo que siento, pero necesito que también Lucrecia sepa lo que anhela a mi lado. El sobre está lacrado, quiero que ella esté segura de que nadie más sabe nuestros secretos. Esta certeza facilitará que nos sinceremos y hablemos sin rodeos. Lucrecia debe estar segura de que solamente ella y yo conocemos el contenido de la carta.

—¿Cómo y cuándo sabré el momento adecuado para entregarle tu correspondencia epistolar?

—Si no te llamo yo mismo, te llamará el ama de llaves de mi casa, Morocha. Sin esa

autorización no entregues la carta a nadie. Que por ningún motivo caiga en manos de terceros, si es necesario quemala o destruila.

—Como vos digas, Baltasar, así lo haré. Espero tus indicaciones.

—Gracias, María Liz, pronto tendrás noticias mías. Te aprecio por lo mucho que querés a Lucrecia.

—¡Tus palabras suenan como una despedida!

—No es un adiós, sino un hasta la vista —dijo Baltasar.

CAPÍTULO 25

La verdad sale a la luz

MOROCHA Y SU NOVIO SE PRESENTARON en el departamento de Investigaciones, el santuario de la verdad, donde la misma era arrancada con los métodos más feroces. Al entrar, la doméstica sintió que las piernas le flaqueaban, la sordidez del ambiente y el rostro de los anfitriones la hizo dimensionar la situación y el sitio en el que se hallaba. El suboficial Apolonio Valdez pidió con urgencia hablar con el jefe de la unidad. Cuando le preguntaron a qué se debía su apuro, respondió diciendo que traía a la testigo clave del caso Somoza.

La noticia conmocionó a todos los presentes y en cuestión de minutos acudieron todos los responsables de la unidad. Morocha presentaba síntomas de agitación, un escalofrío la recorría de los pies a la cabeza pues temía por su vida. En ese instante odió a su novio. Sin pronunciar una palabra y enmudecida con el silencio de los que piensan que para sobrevivir hay que fingir, se puso a sollozar. Apolonio la abrazó, ella hizo un movimiento del cuerpo para deshacerse de sus brazos. El asombro fue mayor para ella cuando él, con su tono de mando, le ordenó que se comportase decentemente y relatase de nuevo el rollo de Baltasar y de sus amigos.

En ese momento irrumpió Jiménez, el jefe de investigaciones. Se ocupó de dar las órdenes, le impuso a Valdez la obligación de hablar solamente cuando se le ordenase y amablemente invitó a Morocha a empezar con su relato.

A continuación se puso en marcha la testifical. Ella enumeró todo lo que había visto y oído, comentó que no tenía nada que ver con el asunto y que si antes no se había acercado a colaborar era porque no había tenido la posibilidad de hacerlo. Los presentes la escuchaban sin interrumpir, eran especialmente amables. Le recomendaron que respirase, que se tomara su tiempo, que se sintiera cómoda, le dieron todas las garantías de que nada le pasaría a ella ni a ninguno de sus seres queridos y le ofrecieron un vaso de agua o una taza de café para que se calmase.

El interrogatorio fue bastante liviano para ella y Jiménez otorgó la palabra a Valdez para corroborar la veracidad de los hechos. Morocha asentía a lo narrado por el novio, no opuso ni un pero, lo descripto guardaba plena fidelidad con la realidad contada por ella. El relato del suboficial incluso atendía los más mínimos detalles de la familia De La Sobera.

El jefe tenía cosas para preguntar y se explayó:

—Señorita, ¿qué personas visitan a don Esteban?

—El señor tiene un círculo muy cerrado de amigos. Suelen reunirse en la casa para jugar al póquer y comer asado.

—Entre los que concurren a esos eventos, ¿hay militares?

—No, señor, son todos hombres de negocios y ganaderos en general. Personas conocidas de la sociedad.

—¿Frecuentan políticos la casa donde usted trabaja?

—Tampoco, señor.

— ¿Nunca apareció por ahí el ministro González Miranda?

—Que yo recuerde, una sola vez. Fue el día del festejo del cumpleaños de don Esteban, al que fueron invitadas una decena de personas.

—¿Y qué me dice de las relaciones que mantiene el hijo con personajes raros? Ese tal Baltasar.

—Como dijo mi novio, el muchacho no tiene amigos paraguayos. Los que lo visitaban eran extranjeros, creo que en su mayoría argentinos. Nunca me enteré de ningún conocido paraguayo.

—¿Recibía llamadas telefónicas de larga distancia o correspondencia? No se apresure en responder, piense bien. Rememore, tenemos todo el tiempo del mundo. ¡Distiéndase y no se olvide de que estamos entre amigos!

—El señor Baltasar solamente hablaba por teléfono con su novia, la señorita Lucrecia. Los últimos meses por la mañana acompañaba a don Esteban a la oficina para atender los negocios familiares. Él no era de mucho trato social, a pesar de que no es un huraño. Al domicilio no llegaban cartas del extranjero y tampoco recibía llamadas locales ni internacionales. Su ritmo de vida era muy ordenado; salía de mañana, no tan temprano como su papá. Almorzaba en la casa, no dormía la siesta, se encerraba en su dormitorio, donde estaba su escritorio, y leía libros o tomaba notas. Me consta que después de la comida tomaba un café en su habitación. A la tardecita frecuentaba el club Centenario, donde su prometida jugaba al tenis y él se la pasaba en la biblioteca. Lo único que rompía su rutina eran las visitas nocturnas de gente rara que ni siquiera cenaba con él. Recuerdo que cuando se adaptó más, su suegro le presentó a muchas personalidades, y lo mismo hizo su padre. Así como le gustaba hablar con su suegro, le fastidiaban los innumerables compromisos sociales.

—¿Quiere decir que no había nada en particular que llamara la atención en la vida del joven?

—Era extraño, quizás por ser único hijo pareciera que le gustaba estar solo. Vivía para su novia, con ella realizaba muchas actividades.

—¿No tiene nada más que agregar? ¿Está de acuerdo con lo señalado por el suboficial Valdez?

—Señor, que no le quepa la menor duda de que ni él ni yo mentimos. Estamos para prestar nuestra ayuda para esclarecer los hechos.

—Muy bien, señorita. Le pido que permanezca un rato más con nosotros y nos ilustre sobre las características de la casa. El oficial González va a cooperar con usted para dibujar un croquis del lugar. Le solicito que esta noche vuelva a su lugar de trabajo y simule no saber nada.

Finiquitado el interrogatorio, el director de investigaciones, el licenciado Jiménez, telefoneó al Ministro del Interior.

—Señor, le habla Jiménez. Disculpe que lo moleste, pero es urgente, se trata de algo grave.

—Por la hora debe serlo. Cuénteme de qué va la cosa —dijo González Miranda.

—Creo que es mejor hablar en persona y, para no desperdiciar mucho tiempo, le ruego que nos reunamos en mi institución. Hay testigos y no es ventajoso que los traslademos, no porque puedan fugarse, no hay peligro de que huyan; sino para no cambiar el escenario del interrogatorio. Luego de escuchar los testimonios tenemos que actuar inmediata y decididamente. Para esta operación será mejor que sean mis subordinados los que lleven a cabo las detenciones y las inspecciones. La tarea es para mi gente, ya se dará cuenta usted del porqué de mis palabras.

—Anticípeme algo. ¿Hay nuevos informantes en el caso Somoza? ¿Atraparon a otro revolucionario?

—Doctor, de eso se trata. Vamos a arrestar a la figura clave del atentado, con él en prisión

vamos a descifrar el acertijo.

—Voy para su oficina en este instante. Por favor convoque a las otras instituciones, a la policía y a los militares.

—Prefiero que lo haga usted mismo, señor ministro. Trace el derrotero de las pesquisas una vez que se entere de todo lo que saben estos que están retenidos aquí conmigo.

El Ministro se vistió con ropa de entrecasa, le comentó a Gudrun las últimas novedades y no esperó que aparecieran ni su chofer ni su custodia personal. Subió a su auto y se dirigió al departamento de investigaciones.

Las calles semivacías que veía en su trayecto eran el resultado de décadas ininterrumpidas de estado de sitio. Asunción prácticamente no tenía vida nocturna.

Mientras manejaba eran muchas las dudas que venían a su mente, sabía que debía ser cauteloso en sus procedimientos. Sus contrincantes podían utilizar cualquier desliz en su contra.

El Ministro estacionó su coche enfrente a las instalaciones, entró sin tener reparo de nadie. Se apersonó como quien sabe que es superior en jerarquía a los de la casa. El jefe, el licenciado Jiménez, lo estaba esperando en el umbral de la puerta de su oficina. González Miranda saludó a todos sin considerar quién era quién, sabía que debía aguzar su sexto sentido.

—Buenas noches, señor ministro —saludó con voz sumisa el jefe del departamento de investigaciones.

—Pasemos a evaluar los testimonios recién obtenidos a la brevedad posible —ordenó González Miranda.

—Hagan pasar al suboficial Valdez y a su concubina —indicó Jiménez.

Sin demora, los declarantes fueron conducidos a la oficina en donde los esperaban González Miranda y Jiménez. El Ministro solicitó que se retirasen todos los subordinados. Estaba aterrado de que se tratase de una maquinación en su contra y actuaba con la mesura de quien sabe que la envidia de los mediocres es sigilosa pero muy filosa.

Cuando se quedaron solos los cuatro, el Ministro se dirigió al suboficial Valdez con la mirada puesta en Jiménez. El interrogatorio se llevó a cabo apresuradamente, sin presión alguna sobre los testigos. González Miranda estaba en lo correcto: la información obtenida era un hallazgo fortuito y no el resultado del ahínco y del talento investigador de Jiménez o de Valdez. A pesar de la circunstancia favorable donde el mérito de la averiguación no podía ser atribuido a la competencia, en ningún instante disminuyó su tirria contra Jiménez, a quien consideraba un funcionario de baja calaña, que solo conservaba su cuota de poder por ser el más dotado para cumplir las órdenes más expeditivas y sanguinarias del General-presidente.

En el transcurso de la narración de los hechos, Morocha y Valdez intercambiaron sus turnos de habla. González Miranda escuchaba con suma atención y mantenía su rostro impertérrito. Experto en representar sentimientos falsos y en ocultar los verdaderos, fue esta la ocasión en la que más tuvo que esmerarse y mantener la compostura a pesar de la conmoción que le producía la información. Al principio quiso ganar tiempo para inventar una solución que lo exonerara de toda responsabilidad y resguardara a su familia, pero muy pronto llegó a la conclusión de que no había mucho por hacer. Se rindió a las evidencias y sin detenimiento instruyó el arresto del bandolero.

La mucama debía retornar a su lugar de trabajo. Nadie debía ser informado del procedimiento. Los muchachos de investigaciones, especialistas en confeccionar testimonios contra uno mismo, debían preparar las instalaciones y los instrumentos de suplicio para una larga jornada de trabajo.

El asalto a la casa del inculpado se haría sin orden judicial de allanamiento y con fiereza, para

demostrar que, se tratase de quien se tratase, el final es el mismo para todos los comunistas. El secretario de Estado informó que él comandaría el operativo de captura y que personalmente le informaría al señor Presidente del «final feliz».

Según estaba previsto, Morocha volvió a la casa de los De La Sobera mientras la unidad de asalto se pertrechaba de todo lo necesario. Como ella tenía las llaves de la casa, entró por la puerta principal tratando de no hacer ruido. Antes de pasar a sus aposentos se detuvo en la cocina para tomar un vaso de leche; no tenía hambre, mas se sentía débil, la tensión nerviosa había sido demasiada. Mientras estaba delante de la heladera, bebiendo de una botella a sorbos, sintió que alguien le palmoteaba la espalda y se sobresaltó.

Se dio vuelta y se encontró frente a frente con Baltasar, en una situación de intimidad impuesta, en la que no había salida y solo restaba encarar lo desfavorable como la única posibilidad de escape.

La conversación que se suscitó entre Baltasar y Morocha estaba restringida al mandato del momento; no obstante, implícitamente poseía el contenido antedicho.

—¿Se puede saber de dónde venís? —inquirió Baltasar.

Sin pasos intermedios ni medias tintas, con ese modo recio y benevolente, como quien dice justicia ante un ser considerado noble, le manifestó:

—Estuve con tu suegro y con la policía. Les conté todo lo que sé —repuso ella.

Baltasar, desconcertado, se sumergió en una silenciosa humildad. Por primera vez en su trajinar reconoció en su destino el rostro de la derrota. Caducó su condición de combatiente invicto, su locuacidad infatigable renunció al esmero de persuadir. Instintivamente le preguntó:

—¿Qué les dijiste?

—Detallé las peculiaridades de los sinvergüenzas que te visitaban. Me mostraron sus fotos y les confirmé que estuvieron en la casa. Resulta ser que eran unos asesinos a sueldo, forajidos, despatriados, ateos y comunistas. ¡Estás ligado a un asunto del que solo te podrían salvar las relaciones e influencias de don Esteban! ¡Con tu suegro mejor ni cuentes! ¡Qué dolor de cabeza les vas a dar a tus padres! ¡Y pensar que yo ponía las manos en el fuego por vos!

—Me importa un pepino lo que pensés de mí. ¿Qué más les trasmitiste? —se acercó a ella, la tomó de los brazos, apretándolos con una fuerza titánica—. ¿Te interrogaron sobre mi vínculo con Lucrecia?

—¡Soltame! —gritó—. Si querés matarme, hacelo. Pero si deseás hablar conmigo lo haremos con respeto y sin recurrir a las manos. Por lo menos conservá tus buenos modales —exclamó ella.

—Disculpame, te repito: ¿Qué les dijiste sobre Lucrecia? ¿Les explicaste que ella no tiene nada que ver en esto?

—Claro que sí, está salvaguardada de las consecuencias de tus bestialidades. Jiménez me indagó sobre ella y le dije la pura verdad, que es una víctima más de tu manipulación. Cualquiera se da cuenta de que sos más malo que un lobo y más rápido que un felino. Ella cayó en las garras de un desalmado. ¿No te da vergüenza?

—Por suerte no la metiste en este lío —aclaró Baltasar aliviado.

—¡Cómo te animás a pensar que mencionaría su nombre! Vos la metiste en este rollo, no yo. Si sos hombre, precautelala y tomá todas las medidas necesarias para que esto no la afecte más de lo debido.

—Morocha, no te culpo de nada ni te guardo rencor. No fuiste para mí una empleada, sino alguien a quien aprecié y respeté. Cuando los juegos de la vida se nos escurren de las manos no

concluyen de la manera esperada; terminan con la pérdida en la que cada uno aporta su dosis de dolor y pena. Te utilizaron como marioneta de las circunstancias, ahora no te darás cuenta, pero con el transcurrir de los años se te irá aclarando este presente tan ambiguo que enmaraña inclusive a los que creíamos tener la película clara. Acordate siempre de que los aires de libertad le echan luz a la verdad. No me guardes rencor, andate y dejame a solas, que tengo que pensar. No quiero que lleguen los matones y nos encuentren hablando. Me quedo acá abajo, cuando creas que ya me esposaron, despertá a mis padres. Andá a tu cuarto hasta el momento del desenlace.

Morocha pronunció estas últimas palabras y se retiró lagrimeando:

—Patroncito, desde que te conocí profesé una gran admiración a tu persona y te consideré diferente y superior a los demás. ¡No sabés cómo me duele lo que está pasando! Pero lo primero es lo primero. Los que estuvieron aquí, visitándote, son comunistas.

—Andate de una vez, Morocha, dale.

CAPÍTULO 26

La captura

BALTASAR SINTIÓ QUE LO ARROJARON A un pozo oscuro, parecía caer sobre él una tormenta de rayos y truenos. Se encontró apabullado, vaciló, se remordió y lo embistió un ataque de miedo que lo entumeció. Hurgaba dolorosamente en su memoria para comprender que lo más enternecedor que lo unía a Lucrecia era la comunión de sus almas.

Un relámpago de lucidez le recordó que debía telefonear a María Liz. Se puso en contacto con ella, le pidió disculpas por llamarla tan tarde, se excusó arguyendo que partía en ese instante por un par de días a su estancia. Le solicitó que a la mañana siguiente, lo más temprano posible, entregara, en mano, su encomienda. La joven, juguetona como era, le respondió:

—Sí, mi segundo Único Líder.

Seguro de que la carta llegaría a su destinataria, prosiguió, distraído y absorto, el proceso de escrutar una alternativa. Estaba abatido. Como nunca antes sintió el escalofrío de no pertenecer a ninguna parte y vislumbrar un futuro sin porvenir. La derrota afinaba su sentido de realidad, pero, como todo sujeto malogrado, albergaba la esperanza de una situación salvadora. Cohabitaban en su mente la desolación, el deseo y la fantasía. Se aferraba a sus sueños como el náufrago al salvador trozo de madera. Ponderó la posibilidad de fugarse, pensaba que si tenía estima por su vida debía marcharse sin demora. La idea lo sedujo por un instante; la desaprobó sin tomarse el tiempo de conjeturar. No podía, bajo ningún concepto, poner en peligro la vida de Lucrecia y la de su hijo.

Con la voluntad desfallecida de los vencidos y sin la ilusión de que nadie le escribiera una elegía, esperó lo inevitable. Su única obligación era poner a salvo a Lucrecia. No le quedaba más remedio que certificar con su muerte su reciente amor a la vida.

Comprendió lo inicuo de usar la vida como medio de pago. Honrar las deudas con lo más preciado era ruin. No obstante, más indebido le resultaba que «la mala moneda expulsara a la buena». Tamaña injusticia le parecía que los justos pagasen por los pecadores y que nuestros seres queridos sufrieran las consecuencias de nuestros actos. Con estos razonamientos puso punto final al alegato de su inculpación, él fue su abogado acusador y su juez sentenciador. No conocía el deleite de enajenar amor sin esperar recompensas.

Los agentes del temido departamento de investigaciones circundaron la mansión de los De La Sobera. El perímetro de menos de cuatrocientos metros estaba vigilado por agentes de civil. La aparatosidad de las maniobras sobrepasaba con creces la peligrosidad del temido terrorista. La operación se realizaba pasada la medianoche, las calles apenas estaban concurridas. Los que comandaban la operación de captura ordenaron apagar las lámparas callejeras aledañas, presumían que la noche era más silenciosa sin luz. El sigilo era necesario en este procedimiento cuyas consecuencias políticas eran imprevisibles. Ningún vecino debía enterarse de lo que

sucedía en la casa de la familia De La Sobera. La ciudad ya estaba dormida y la impunidad garantizada, porque así como el día favorece la transparencia, la noche lo hace con la truculencia.

Baltasar, que observaba el movimiento de sus carniceros desde la ventana de la sala, decidió no oponer resistencia. Abrió la puerta y, con una actitud recia mas no desafiante, los invitó a pasar.

«Los gubernamentales del orden» armaron tanto jaleo que no hizo falta que Morocha despertara a sus padres, quienes, al ver tantos hombres armados gritando expresiones como: «Comunista de mierda, te vamos a moler a palos» o «Hijo de puta, malagradecido, ahora vas a conocer quién es tu macho», bajaron inmediatamente a ver lo que estaba pasando. Don Esteban vestía pijama. Doña Teresa tuvo tiempo de ponerse un salto de cama. Confundidos y asustados, llegaron a pensar que alguien quería secuestrar a Baltasar, quien se encontraba esposado en el piso. Había un sujeto apuntándole con una metralleta y simultáneamente oprimiéndole la cabeza contra el piso. Don Esteban entendió que no se trataba de un plagio, sino de un operativo que tenía el propósito de atrapar y reducir a su hijo. Envuelto en un soplo de cólera, lanzó un vendaval de improperios y se desgañitó en amenazas contra los agresores. Por un rato continuó lanzando imprecaciones e instando a los atacantes a liberar a su Baltasar o de lo contrario se armaría la de Dios. Trató de desarmar a uno de ellos y en pleno forcejeo escuchó una voz familiar pero irreconocible. Cuando por segunda vez oyó el mandato de tranquilizarse, comprendió que era su consuegro el que comandaba este procedimiento. Se dio media vuelta, se encontró con el secretario de Estado e instantáneamente le preguntó:

—¿Cómo se atreven a cometer semejante atropello? ¿Se olvida de quien soy y de lo que representa el apellido De La Sobera? ¡Le ordeno que acaben de una vez con este escarnio!

El Ministro, actuando sin vacilar, como si no se conocieran, le sugirió:

—Cálmese y hablemos a solas.

La respuesta no se hizo esperar:

—Libérenlo y después conversamos.

González Miranda sabía que tenía que obrar probando a cada paso que ningún sentimiento lo conmovía y que nada podía desviarlo de su obligación. Con la voz artificial de quien avizora el declinar de su preeminencia expresó: «Métanlo en la camioneta y transládenlo para interrogarlo». Pusieron de pie al inculpado, lo tomaron de los brazos para conducirlo y este se sacudió como queriendo expresar que podía valerse por sus propios medios. Al pasar frente a sus padres se detuvo; don Esteban, conturbado, no paraba de llorar, no de impotencia, sino de tristeza. No encontraba sosiego en su infecunda indignación. Al estar don Esteban y Baltasar paralizados cara a cara, impedidos por las malquerencias del pasado de inundar el instante con el sentimiento del cariño, el padre, con la voz suplicante del condenado y con el arrepentimiento en los labios, le dijo:

—Hijo, te quise distante como lo hacen aquellos que no saben amar, de vos se embebe mi perpetuidad. Perdoname por no haber compensado mi ausencia con ternura.

Baltasar leyó en el rostro de su padre sentimientos que estaban soterrados. Sus ojos se humedecieron y se marchó con ansias de atajar el camino de su partida. Su muerte era el acto de discreción que garantizaba el ocultamiento de su secreto. Aun así, la despedida no desató el atrevimiento de decirse «te quiero», el paso del tiempo se encargó de sembrar silencios donde ya no se podían cosechar afectos, fue un adiós con aroma de flores marchitas.

La pareja se hundió en un abrazo de desolación y desamparo. Ellos, que se consideraban invulnerables a la ira del Gobierno, fueron tocados por la mano infausta del sistema, la que

asestaba su merecido a los enemigos. Morocha, aterida de miedo, se acercó y los arropó con una manta, conduciéndolos a un sofá. Les dio de beber y le proporcionó a don Esteban su pastilla contra la presión alta.

Habiendo recuperado la calma y la lucidez, la doméstica los puso al tanto de lo que estaba pasando según su versión de los hechos. Ellos se quedaron atónitos, sin palabras, pues su hijo era alguien a quien no conocían. Don Esteban envejeció en minutos lo que en años no había hecho, cesaron su vitalidad y su entereza. Visualizó lo que nunca quiso ver, se enteró de lo que jamás quiso enterarse, infirió que el destino de los pisoteados era digno de indulgencia.

En las instalaciones, Baltasar fue sometido a todos los procedimientos de rigor. Lo fotografiaron, le tomaron los datos personales que documentaban su identidad y lo desnudaron para facilitar la faena de preguntas y respuestas. No sintió frío debido a la situación nerviosa que padecía. Parecía que esos espacios oscuros y helados nunca hubieran recibido luz solar. Pensar en su obligación de encubrir su secreto con Lucrecia lo ayudaba a sobreponerse al presagio de las torturas venideras. Temía por su vida y lo obsesionaba aflojar su fortaleza. Lo traicionaba la congoja de la incertidumbre en el comienzo de la muerte pero más lo aterraba imaginarse a Lucrecia en manos de esos desalmados. Sabía y estaba preparado para recibir los suplicios, lo que no le quedaba claro era cuánto dolor su cuerpo sería capaz de resistir sin delatar lo que significaba el salvoconducto de su hijo. El ambiente presentaba un aspecto para nada inesperado y la circunstancia de estar rodeado de sus victimarios no lo amilanaba, sus sentidos funcionaban con la agudeza del que mira de frente a los ojos blancos de la muerte.

Aquella tarde en que Lucrecia le contó de su embarazo volvió a su mente y se le agolparon sentimientos encontrados. Tomó la decisión de que él pagaría por los platos rotos. En su vida había una sola cosa que le podía infligir un padecimiento. Tuvo tiempo suficiente para internalizar y acostumbrarse a la idea de renunciar a vivir y con ello a Lucrecia. Su suerte estaba echada, su voluntad derrotada se sobreponía a la adversidad solo para resguardar a su prometida del odio humano y para no penar tanto a la hora de morir.

«Las sesiones de trabajo» se iniciaron con una violencia desacostumbrada, a la antigua usanza. Las cortesías de la casa, como la etapa previa del ablande y las ofertas de colaboración, no fueron hechas. Se notaban en los torturadores la ira y la animadversión. Por primera vez estaban apaleando no a alguien de su nivel, sino a uno de clase superior, a un privilegiado. Se ensañaron pensando que habían manchado sus manos con sangre en defensa de estos «lindos pendejos», de estos nenes de papá a los cuales estaban obligados a darles un trato de doctor o señor. La inquina incubada en la niñez y gestada en la adolescencia acicateaba el complejo de inferioridad que dejaba sus huellas en el cuerpo de Baltasar. En el oído le rezumbaban voces agudas. Magullado y somnoliento, acopiaba sus fuerzas. Sentía el deseo del último suspiro.

El ministro del Interior supervisaba el procedimiento desde la penumbra, quería que actuaran con libertad ya que pensaba que su presencia al frente inhibiría a los inferiores. ¡Qué craso error sería proyectar la imagen de amparar a un delincuente! González Miranda estaba más conturbado por el qué dirán que por la traición.

Como se cometía una equivocación en el procedimiento y no se actuaba gradualmente, pronto las fuerzas de Baltasar se agotaron. Los golpes que le propiciaron ya evidenciaban lesiones que dejarían consecuencias para toda la vida. Dos verdugos jugaban con su humanidad. Se desmayaba y lo despertaban a base de bofetadas y baldazos de agua.

Antes de perder totalmente el control gritó que contaría todo con una sola condición: debía hablar a solas con el Ministro. Pedía que lo llevaran junto a él.

En ese momento González Miranda apareció de entre la oscuridad e intuyendo algo fatídico se acercó a Baltasar.

—¿Qué querés, hijo de puta?

—Conversar a solas con usted —dijo Baltasar sombríamente.

Intercambiando miradas elocuentes a hurtadillas, el Ministro sopesó el pedido. Conversar a solas con él suponía un compromiso, pero ambos tenían un interés en común que debía ser precautelado, Lucrecia. Tenía que cerciorarse de anular probables daños colaterales en contra de su hija.

Sin pensar en lo que opinaría su entorno, instruyó a todos a desalojar la sala de tortura. Él volvería a convocarlos. Todos conocían la decisión final. La determinación estaba tomada, más que información se buscaba la muerte del joven. Había que aleccionar, los desagradecidos debían conocer el precio de su traición.

El Ministro estaba parado y Baltasar, maniatado en una silla, con su mirada distraída buscaba el sosiego. González Miranda le propinó un puñetazo en la mejilla derecha y le dijo:

—Esto es para que aprendas y lo demás por haber abusado de mi confianza.

Baltasar, con voz inaudible, le dijo:

—Déjese de boludeces. Que no nos escuchen. No quiero hablar en voz alta. Acérquese.

El Ministro acercó su oído izquierdo rozando los labios de Baltasar.

—Hay que salvar a Lucrecia, está embarazada. Mi hijo está en su vientre. Ya no puedo resistir más y tengo miedo de contar lo indebido. Según su ley de profilaxis social, que impone ejecutar a los hijos de comunistas en el vientre de la madre, Lucrecia y mi hijo deberían morir. Pero ellos no deben padecer a causa de nuestras ambiciones. Máteme lo antes posible, no tenemos escapatoria, mi hijo tiene el derecho de vivir.

Baltasar habló sin ambages. El Ministro se quedó pasmado. Sabía que la cuenta era regresiva, que la aguja del reloj giraba en sentido inverso. Una respuesta inmediata era la única posibilidad de hallar una solución a la complicación que acababa de emerger.

—Hijo de puta, te voy a matar. Ahora, insultame con toda tu fuerza. No te desmayes y utilizá los peores calificativos, gritando bien fuerte para que todos te escuchen.

Baltasar encaró la misión ensanchando los pulmones:

—¡Hijo de puta, fascista de mierda, corrupto, criminal, asesino de campesinos y obreros! ¡Torturador de estudiantes! ¡Tu esposa es una puta y tu hija también! —gritó Baltasar.

En ese instante desenfundó su nueve milímetros, la puso en la sien derecha de su yerno y aguardó. Baltasar alentaba a su asesino a honrar lo pactado y buscaba la muerte como el que busca la vida.

—¡Dispará, malparido! ¡Acometé tu único acto de nobleza!

Mirándolo a los ojos le escupió y fue en ese momento en que el Ministro jaló el gatillo. El arma de fuego se disparó, la bala atravesó la cabeza de Baltasar haciendo un orificio de salida en el temporal derecho. Él boqueó un instante, musitó entre los dientes el nombre de Lucrecia y sucumbió. La sangre bañaba su rostro y el Ministro, despegado de afectos hacia el difunto, fue a enjuagarse las manos.

Capítulo 27

Rindiendo cuentas

González Miranda poseía una personalidad ambivalente, sabía moverse en las ocasiones en donde el abanico cerraba las posibilidades dejando solo una opción. Tomó la decisión de proteger a Lucrecia y así proteger su carrera política. Para el Ministro, la jornada laboral no había terminado. Una vez decidido lo relacionado con la entrega del cadáver de Baltasar, partió a la residencia presidencial para informar lo sucedido.

Las instrucciones que dejó fueron precisas: si querían retirar su cuerpo solamente podrían hacerlo con el compromiso de no celebrar velorio y de enterrarlo fuera del Paraguay; en caso contrario no quedarían ni siquiera huellas del difunto y su cuerpo se esfumaría.

Deberían retirar los restos silenciosamente, sin comunicarlo a la prensa: cualquier declaración a los medios sería considerada como un acto de hostilidad contra el Gobierno y la paz social. Cualquier tipo de actividad que llamase la atención de la sociedad internacional equivaldría a desacatar la prohibición impuesta por el poder constitucionalmente constituido. A cambio de la mesura, el Gobierno nacional realizaría todas las gestiones ante su par argentino para que el joven fuera sepultado con la discreción exigida por el fatal desenlace. González Miranda tenía conocimiento de que la familia De La Sobera era propietaria de un mausoleo en el cementerio bonaerense de la Recoleta.

Como el tiempo apremiaba, el secretario de Estado no pudo pasar por su casa a tomar una ducha y a cambiarse de ropa. No quería que Stroessner se enterara de lo ocurrido a través de terceros. El General-presidente debía escuchar su versión pues estaba convencido de que los confabuladores prepararían un relato de lo pasado que distorsionaría la situación en detrimento suyo. Conocedor de las tramas palaciegas, era consciente de que la primera narración de los hechos era la más convincente.

No tenía opción, debía ser él quien informara las nuevas, tratando de diluir allí su responsabilidad y la de los miembros de su familia. Estaba dispuesto a negar cualquier intimidad con el fallecido. De ahora en adelante, el extinto sería un desgraciado que engatusó a la cándida de su hija, con quien mantuvo un noviazgo de adolescencia que nunca pasó a mayores. En la versión elaborada por él, el muchacho nunca había sido santo de su devoción y menos aún de su señora. Atentos a mantener los usos y costumbres familiares, nunca aflojaron la vigilancia; siempre lo mantuvieron a raya.

Sabía cómo rendir cuentas delante del Rubio, no debía proyectar la imagen de un atolondrado o la de estar compungido por el resultado del interrogatorio. Su hablar debía ser pausado y sin alteración alguna. No solo estaba en juego su puesto, y su capacidad en entredicho, sino que también debía preservar la alianza que antes de morir había pactado con Baltasar. El embarazo de la joven se constituyó en el misterio que lo unía al fallecido y lo alejaba de su hija. El finado

se llevó con su silencio eterno el secreto que garantizaba la vida de Lucrecia y la de su nieto. Hoy debía esmerarse en ser más que nunca lo que fue en todo el transcurso de su carrera, un recluta. Necesitaba de la cercanía del poder para sostener su vigencia y exonerar a su descendiente de la ley de los indeseados.

Arribó antes de lo previsto. El Único Líder lo estaba esperando y se sentía cierta reprobación en el ambiente, tal vez su temor era real y sus adversarios le habían ganado de mano.

Conocedor de la psicología del General-presidente, sabía que cuando se cometía un traspié no había que andar con rodeos y se debían descartar los prolegómenos. El libreto del dependiente, taxativa y explícitamente, imponía no atizar el fuego y aceptar las reprimendas pasiva y silenciosamente. En este contexto, aferrarse a la mentalidad del sumiso era más testimonio de ductilidad que de docilidad. Los parlamentos de la actuación se adaptaban a lo prescripto por la moral del esclavo. Stroessner lo reconoció y le ordenó pasar. El rostro del General-presidente denotaba que ya estaba al tanto de lo ocurrido. Estando a solas, fue su silencio lo que le indicó la autorización para que contara lo sucedido.

—Mi General, hemos atrapado al más intrépido de la banda criminal que ejecutó el homicidio del general Somoza. El sujeto era nada más y nada menos que el hijo de nuestro amigo don Esteban De La Sobera. El malviviente fue el que suministró la información y la logística necesarias a los mercenarios que vinieron de Nicaragua. Con la confesión de este asesino cerramos el círculo de la investigación, pudimos concluir el rompecabezas. Las incertidumbres que acompañaron a las indagaciones se han disipado. Demostraremos tanto a la comunidad nacional como a la internacional que el terrorismo apátrida y cosmopolita atentó contra el orden y el bienestar en nuestro país. El homicidio del ex presidente nicaragüense certifica que el peligro comunista no es una hipótesis, sino una realidad.

—Me da la impresión de que está olvidando un pequeño detalle —dijo Stroessner llamando la atención al Ministro.

—Está en lo cierto, mi General. Si me permite, continuaré con la descripción de este procedimiento y, como siempre, seré en mi declaración fiel a la realidad y a la confianza que usted depositó en mí.

—Prosiga, doctor.

—El implicado era además quien estuvo visitando a mi hija. Fue un agente infiltrado del comunismo internacional, pero le aseguro que sin éxito. Nunca confidenció conmigo, usted sabe, mi General, que de cuestiones de Estado no hago comentarios a nadie. Usted es la única excepción. Lo de mi hija fue inevitable. ¿Qué puedo decirle? Las mujeres se enamoran y este fue el primer enredo emocional de mi niña. ¡Tampoco se debe exagerar! ¡A esa edad, los amores, así como vienen, se van! Esto le servirá a Lucrecia de lección, la próxima vez atenderá mejor con quién se mete o de lo contrario se le complicará la vida con otro filibustero. Este resentido recibió su merecido y ya le habrán comentado que no hubo contemplaciones.

—Ahora dígame, ¿por qué fue usted el que terminó con De La Sobera? Esas labores se las encargamos a los inferiores, a los que quieren hacer carrera sin escala, a los que no pueden esperar y para ser bien recompensados ejecutan el imperativo del momento.

—Señor Presidente, ese carnicero me insultó y ofendió a mi esposa y a mi hija. Tenía que ajusticiarlo para saldar el honor herido de mi familia. Hay una razón aún más importante, sé que ya empezaron a rumorear que lo sobrevenido fue falta mía, que el atentado y las dilaciones de las investigaciones también lo son; pero, mi General, todo el mundo sabe que desde siempre estuve a su lado para colaborar con su gobierno. Si lo considera necesario y conveniente, apárteme del

cargo, disponga lo que crea mejor para el Paraguay y su persona. Comprendo e inclusive podía estar justificado que quisieran echar sombras a mi trayectoria, es lo más natural en la política, por eso renuncio y estoy dispuesto a cumplir lo que usted decida. Mi compromiso con su gobierno y con la causa de nuestro nacionalismo se mantiene inalterable y no va a desfallecer. No importa dónde esté ubicado, ya sea en la vanguardia o en la retaguardia, donde usted decida seré un combatiente. La misión que se me encomiende estará sujeta a mi obediencia y lealtad.

—Doctor, lo sucedido es su responsabilidad. Los comunistas están preparados para delinquir y sembrar terror. El atentado nos dejó una enseñanza: nunca bajar la guardia. Nosotros dormíamos sobre los laureles, en tanto que ellos no descansaban tramando sus actividades delictivas. Nuestro sistema falló, no somos invulnerables, tengamos presente que cuando puedan estos perros nos van a pasar por las armas. Más allá de estas inferencias, no podemos pensar que es cuestión de borrón y cuenta nueva. El enemigo debe ser identificado y destruido, no podemos dormir con él. Somos humanos y cometemos errores, pero el encargado de la seguridad del Estado no puede ser burlado en su buena fe. ¡Es mucho! ¡Si alguien le toma el pelo al ministro del Interior significa que se están burlando del Gobierno! El pueblo nos mide por los resultados, si estos están ausentes no hay legitimidad. Su fiabilidad, señor Ministro, debe ser un sello de calidad que se identifique con el sistema. El gobernante que no demuestre maestría para garantizar los bienes y la vida de sus conciudadanos está minando las bases de su credibilidad. Usted pecó en su buena fe, se dejó llevar por el sentimentalismo de un padre de familia. Ahí radica su equivocación, nuestros parientes no deben interferir en nuestras decisiones y su proximidad no debe nublarnos el sentido común. Los familiares se pueden beneficiar, pero nunca ejercer o tener influencia en los asuntos estatales. Recuerde que uno de los grandes errores de Bonaparte fue la participación de su familia en la política, se inmiscuyeron en todas partes. El tonto de su hermano José y la subestimación del pueblo español supusieron el inicio de la decadencia napoleónica. De la historia hay que extraer lecciones. La familia nos influye con su emotividad y la razón de Estado debe estar desafectada de cualquier sentimiento. El dirigente no puede ser un pollerudo, si no lleva los pantalones en su hogar menos aún podrá tomar las decisiones que cuestan sangre, sudor y lágrimas. No repita ese error, separe los propósitos del clan familiar de los de sus sagradas obligaciones como hombre de Estado. La historia está plagada de ejemplos de familiares que arruinaron el ascenso al poder de hombres extraordinarios. Usted se equivocó. Un criminal se infiltró en las entrañas del Gobierno, pudo haberme liquidado como así también acabado con su brillante carrera. No me cabe la menor duda sobre su lealtad, pero erró por querer ser un buen padre. Aprenda que la bonhomía no es la consejera más adecuada en la política. Desconfíe de su propia sombra, depender de otros es análogo a enajenar poder en favor de terceros. ¡Inmensa torpeza cometen los candorosos que en su desconocimiento de la naturaleza humana entregan su energía para fortalecer el poder de su adversario! Doctor, como exijo la lealtad y coherencia de mis colaboradores, les pago con la misma moneda. Estamos en el mismo barco, salimos todos a flote o nos hundimos. Se queda donde está, nadie se mueve de su lugar, yo decido quién se queda y quién se va. Nada debe trascender de lo sucedido, si hace falta que el cadáver desaparezca, que don Esteban se tranquilice y que su hija salga del país por un tiempo. Si se enteran de esta historia en la que se entrecruzan el poder y la pasión los medios de prensa van a hacer del caso un escándalo melodramático.

—Mi General —dijo aliviado el Ministro—, se hará así como ordena. El cuerpo será sepultado en la Argentina, estamos haciendo las gestiones. La familia De La Sobera sabe que lo mejor es guardar silencio por la memoria de su hijo. En todas sus actividades económicas obtienen

muchas ganancias y llevan una contabilidad paralela para evadir sus obligaciones tributarias. Acumularon más fortuna que lo heredado en tiempo récord por eludir el pago de sus cuentas con el fisco. Este don Esteban es un fresco, exigía rutas y no honraba sus compromisos con el Estado. Los acomodados no quieren entender que el impuesto es el precio que se paga por el progreso. Con respecto a mi hija ya está decidido que la enviaré al extranjero, evitaré por todos los medios que se propalen los comentarios morbosos. Lo sucedido la dejará sorprendida, todavía no le he contado acerca de la doble personalidad de Baltasar. Le explicaré que el fulano fue extraditado por los crímenes que cometió en la Argentina. Obviamente, la noticia le causará un shock, pero comprenderá qué clase de gánster era el tipo y de lo que se libró. Nos tocó lo que coloquialmente se denomina una desgracia con suerte. En los últimos tiempos la veía triste y retraída, incluso había perdido su espontaneidad. Parecía que se sentía incómoda y agobiada, hasta llegué a oír discusiones entre ellos. Verdaderamente, la relación nunca llegó a cristalizar. El candidato nunca fue del agrado de mi señora. En una ocasión le pregunté: «¿Qué no te gusta de él?» y me respondió lacónicamente: «Cuando recelo de alguien me pica la espalda». Mi hija es una señorita educada en la fe católica y en los valores tradicionales. Se notaba que no había compenetración afectiva entre ambos, nosotros controlábamos todos sus pasos. Precautelábamos que jamás estuviesen solos, cuando salían iban a sitios públicos con el grupo de amigos de ella.

—Definitivamente, doctor, usted es un mago con las palabras y un experto en excusas. Es sagaz y capaz de justificar lo injustificable. Es por eso que lo quiero a mi lado, pero no vuelva a equivocarse, a los que me rodean no les está permitido errar. Mande a su esposa e hija a airearse a Buenos Aires, los colegas porteños nos facilitarán seguridad para su familia. Compre un departamento allá que los precios inmobiliarios están por el suelo. ¿Cómo era que se llamaba su hija y cuál era el significado de su nombre?

—Lucrecia —repuso el Ministro—. Su nombre significa aquella que gana. Se relaciona con el lucro, con ganar en la vida. Estoy seguro de que saldrá de esta.

—¡Qué irónico! Estuvo al borde de perderlo todo, por lo visto tiene un Dios aparte.

CAPÍTULO 28

Malas noticias

YA HABÍA AMANECIDO CUANDO EL MINISTRO llegó a su domicilio. Gudrun lo estaba esperando pues asumió que si él no había llamado durante la noche y la madrugada era porque se trataba de un asunto de máxima gravedad.

La saludó con un beso en la frente y preguntó:

—¿Dónde está Lucrecia?

—Sigue durmiendo.

—Acompañame, tengo que contarte las últimas novedades. No te desesperes pero te prevengo que no es nada agradable.

Estando los dos en su dormitorio le pidió que cerrara la puerta con llave para que nadie los interrumpiera. La conversación debía ser breve. Se desprendió de su camisa y comenzó a rasurarse.

—Sentate, escuchá y no hagas preguntas —dijo González Miranda—. Ha sucedido lo impensable, el carilindo de Baltasar era uno de los terroristas implicados en el atentado de Somoza. Está muerto, lo maté con mis propias manos.

—¡Octavio, qué decís! —dijo ella sobresaltada.

—Esperá, que ahí no termina la historia.

—¡Contame de una vez lo que sabés!

—Nuestra Lucrecia está embarazada de ese aprovechador y fracasado.

—Imposible, no puede ser. ¡Qué golpe! Él un asesino y ella una libertina.

—Que Lucrecia está embarazada lo sabemos solamente vos, ella y yo.

— ¿Cómo estás tan seguro?

—El malviviente me pidió, en pleno interrogatorio y con sus fuerzas extenuadas, que lo matara para no revelar el secreto. Fue un contrato no firmado entre el susodicho y yo. En honor a la verdad debo reconocer que se comportó como un caballero, y se preocupó resguardar del peligro a Lucrecia y a su hijo. Ahora tenemos la obligación de escudar a nuestra hija de la ley de la profilaxis social, nuestro buen nombre no debe ser mancillado y tenemos que mantener la fama de familia honrada. Estamos metidos hasta la coronilla en este enredo, que más se parece a una maldición. Ya hablé con mi General, de más está decir que le conté todo menos lo del embarazo. Él me aconsejó que ustedes dos se vayan de vacaciones por un tiempo a la Argentina, que desaparezcan del mapa. Nadie debe enterarse del estado de gravidez de Lucrecia. Ella tiene que partir lo antes posible, y dar a luz en el extranjero. Tienen que salir en los días venideros, hay que anticiparse a los acontecimientos; ese será el mejor camino para que no esté aquí cuando empiecen a evidenciarse los primeros síntomas de su preñez. Inmediatamente después del parto, debemos entregar a la criatura en adopción. Será una solución ecuánime, nos beneficiará a todos,

resguardará nuestros intereses y evitará que este escándalo salpique con manchas imperecederas los apellidos González Miranda-Hoffmann. Mantengamos entre nosotros dos la idea de entregar en adopción al bebé. Lucrecia no debe estar al tanto de este plan. En la Argentina hay organizada una red que permite que los hijos de terroristas sean acogidos por buenas familias. Con esta salida garantizamos el nacimiento del bastardo, nuestra hija puede comenzar una nueva vida y nosotros nos quedamos donde estamos a esperar a ver qué pasa.

—Es la salida ideal, lo mejor que podemos hacer para librarnos de este problemón —asintió Gudrun—. Nuestra familia se sustenta en valores y principios. ¡Qué asqueroso tener un nieto extramatrimonial cuyo padre es un homicida! La traición de Lucrecia no tiene nombre. ¡Por Dios, qué bajeza la de ella! Nunca me lo hubiera imaginado. ¡Mirá cómo nos paga que hayamos pasado la vida entera dedicados a ella! ¡No hay derecho a tamaña inmoralidad! ¿En qué nos equivocamos, Octavio?

—No sé, cariño, un hecho de esta magnitud te cambia la vida —contestó, consternado y con el ánimo vencido—. Por lo visto las cosas del vivir no son como nos imaginábamos, hay veces que frente a un detalle insignificante se desploma todo lo construido, se desanda el recorrido andado. Hemos sido una familia feliz y ejemplar, vivíamos con normalidad, sin nada estrafalario, nuestra existencia se ajustaba a los valores católicos y patriotas. Jamás imaginé que pudiéramos ser víctimas de semejante desgracia. Ahora me resulta entendible la clarividencia del apotegma de Tolstoi: «Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo». Me esforcé para que no les faltara nada, no vivíamos en el lujo pero siempre tuvimos todas las comodidades. Cualquiera piensa que las zancadillas nos las ponen los extraños, pero esta situación es responsabilidad de nuestra única hija. Ella quiso perpetrar con sus andanzas nuestro parricidio. No te sientas culpable por nada, no nos equivocamos en su educación. Quizás fuimos blandos en la etapa donde más se requería de control. Pero fue ese sinvergüenza que, con su oficio de seductor, engañó a Lucrecia. No te olvides de que la carne es débil y su impericia la llevó a realizar actos impropios y contradictorios que no se compadecen con la moral de nuestra religión. Este De La Sobera era un tipejo inescrupuloso y ella, con su inexperiencia, se dejó conducir por las promesas de amor eterno que encierran un engaño. Dejémonos de lamentos y pongamos manos a la obra, no hay tiempo que perder. Lo primero que hay que hacer es decirle a ella lo acaecido pero matizándolo, acordate que lo de la adopción solamente lo sabemos vos y yo. Si hace falta, por primera vez, utilizaremos la fuerza para hacerla entrar en razón. Andá a despertarla, traela a nuestra habitación y cerciorate de que nadie del servicio doméstico ande dando vueltas. Actuemos con cautela, pues las paredes tienen oídos.

Siguiendo las instrucciones de Octavio, Gudrun fue a llamar a Lucrecia. No pudo con su carácter y la despertó de una manera ruda, casi violenta.

—Despertate, vamos. Levantate, que tu padre y yo tenemos algo que decirte. Vestite rápido, que el horno no está para bollos.

—Pero ¿qué pasa mamá? —inquirió, asustada, Lucrecia.

—No te hagas de la tonta —dijo la madre.

—No me hago de la tonta —replicó ella.

—Entonces sos una cínica, te esperamos en el dormitorio.

Al retirarse, cerró la puerta con tanta fuerza que el ruido provocado asustó a Octavio.

—¡Mujer, te pedí silencio! —dijo el padre.

—Lo siento —dijo ofuscada Gudrun—. Lucrecia se está vistiendo y en un minuto va a estar con nosotros. ¡Espero que no se quiera pasar de lista o le parto la cara en dos!

—Atendeme, Gudrun, en estas circunstancias lo mejor es actuar y decidir con la mente fría. Dejemos para otra oportunidad los reproches. Ahora evitemos los problemas, zanjemos las dificultades que supone el traslado a Buenos Aires y posteriormente habrá tiempo de sobra para sancionar a Lucrecia. Lo primero es lo primero, deben viajar, ella corre peligro. Acordate de que el solo hecho de que nazca el espurio se ha convertido en un delito. Aguantemos lo que haya que aguantar y después pondremos las cosas en su lugar. Cuando hablemos con ella, conservemos la calma, lo mejor que puede pasar es que logremos su colaboración para solucionar este enredo.

Lucrecia golpeó y se paró bajo el contramarco de la puerta. Su rostro denotaba enfado y nerviosismo, sus ojos, más que mirar, registraban el gesto facial gélido de disgusto de sus padres. Pensó que no podía empequeñecerse. Sin pedir permiso y con pasos firmes se acercó a su padre. Mirándolo de frente, lo encaró y, sin ningún tapujo, le preguntó:

—¿Se puede saber qué está sucediendo?

—Calmate hija y tomá asiento —dijo el padre musitando y en forma pausada, como si estuviera hablando para que otros no pudieran escucharlo.

Se sentó en el camastro matrimonial, la ansiedad la poseía y con sus dedos pellizcaba los bordes de la cama. A pesar de que su manera de ser no tenía ningún apego con las formas del sometimiento, en ese momento la consumía un complejo de culpa que facilitó su sumisión. El modo altanero de hablar de su madre fue la alerta que la indujo a presumir que sus padres estaban enterados del embarazo. No la asustaba que supiesen su estado, estaba intimidada por la reacción que podían tener en contra de Baltasar. Intuía que la ira de ellos se dirigiría contra él, pensaba que en estas circunstancias siempre se busca un culpable y no había mejor modo de exculpar a la hija que responsabilizando de todo al rufián del novio. Pensaba en la conveniencia de argumentar diciendo que el embarazo era el resultado de la búsqueda y del amor, pero al mismo tiempo sopesaba que lo más conveniente sería dejar que se aligeraran emocionalmente para después con tranquilidad entablar el diálogo que la ayudase a resolver los problemas logísticos derivados de la celebración del matrimonio y de la salida por los estudios de Baltasar. Los tres estaban inmersos en un escenario insólito. La familia conformaba una triada indisoluble, siempre abroquelados para enfrentar la más áspera de las realidades. Agrupados se suponían lo suficientemente fuertes para encarar las hostilidades y retos del entorno, pero nunca habían tenido que confrontar sus debilidades por separado.

El aire era irrespirable, Lucrecia permanecía sentada en la cama sin emitir sonido alguno, Gudrun tenía una mirada misteriosa y obstinada. Octavio estaba parado y erguido con las manos cruzadas sobre la barriga. En su rostro se dibujaba una sonrisa amarga y mordaz. Su mente estaba ultimando los detalles de una historia que debía sonar veraz. Carraspeó y, con voz melosa, comenzó a dirigirle la palabra a su hija.

—Prestá atención a lo que te voy a decir y tomalo con resignación —dijo impávidamente Octavio—. Acontecieron cosas que nunca debieron haber sucedido. La sangre llegó al río y desde ahora en adelante hay que introducir cambios en nuestra vida. Nadie esperaba este desenlace, pero hay veces en la vida en que las cosas deben ser puestas en su lugar con el rigor necesario. La mayoría de las veces, cuando algo así ocurre la respuesta correcta demanda una reacción implacable.

Lucrecia no entendía de qué hablaba su padre, se sentía confundida, el preludio de don Octavio no apuntaba a cuestionar el embarazo. Se sentía perdida y, como no tenía control de la situación, sentía un mareo inusual, su respiración era trabajosa y artificial, la perturbaba la presencia indagadora de sus padres. Jamás se había sentido intimidada. Algunas lágrimas

comenzaron a perlar sus mejillas; lloraba de nervios, no de tristeza.

—¡No comprendo a dónde querés llegar, papá! ¿Qué está pasando? —inquirió con voz temblorosa.

Para impedir que ella lo importunara con preguntas, Octavio la interrumpió y decidió emprender el relato ficticio de lo ocurrido.

—El departamento de Investigaciones descubrió que Baltasar De La Sobera era uno de los terroristas que integraban el grupo armado del Ejército Popular del Pueblo. Durante años fue un activo militante de esa organización en la Argentina. Estaba acusado de haber perpetrado asaltos a bancos, secuestros y asesinatos a sangre fría. Era un vulgar homicida que vino al Paraguay a infiltrarse para prestar apoyo a las actividades guerrilleras en la región. Nos utilizó a su antojo, no tenía buenas intenciones con vos y te usó para incorporarse a los círculos influyentes del poder político. Era un ser ruin que sabía hacer hasta de sus seres queridos instrumentos de sus correrías. Su prescindencia de la moral lo asemejaba a Mefistófeles, un individuo sin escrúpulos, un maquiavelista sin frenos morales, más obsceno que un pecado satánico.

—Papá, ¿por qué cuando te referís a él hablas en pasado?

—inquirió sobresaltada.

—Sucedió que una unidad de la policía de la Argentina se presentó en búsqueda de la captura de este homicida. Se planificó una operación conjunta de agentes paraguayos y argentinos para atraparlo, tramaron un plan para arrestarlo con vida y llevarlo a la Argentina. Los tribunales de ese país lo querían juzgar por todos los crímenes cometidos en su territorio. Este sujeto generó mucho dolor por donde anduvo, muchas familias quedaron mutiladas a causa de su accionar criminal. La policía tenía todo preparado para que, por sorpresa, fuera reducido a la salida de su casa. El lugar estaba rodeado, era imposible que se diera a la fuga u ofreciera resistencia. La consigna era atraparlo con vida, se quería evitar cualquier derramamiento de sangre y además querían interrogarlo sobre el tejido internacional de terrorismo del que, como se lee en su currículo, era miembro conspicuo. Al final resultó que el malparido era más listo de lo esperado, el tipo tenía un infiltrado en la policía que lo alertó del operativo. Esto le permitió trasladarse hasta su escondite en Luque, pero un *pyrague* lo siguió e informó su ubicación. ¡Su intención era fugarse para continuar con sus fechorías quién sabe por dónde! Las fuerzas de seguridad acudieron a arrestarlo, De La Sobera opuso resistencia, abrió fuego y se generó una refriega que terminó hiriendo a varios agentes del orden que se vieron obligados a disparar contra él. Era la vida de ellos contra la suya, los muchachos se jugaron el pellejo. El criminal estaba equipado con las armas más sofisticadas, incluso se encontraron granadas en su poder. Pereció en combate y de su última hazaña hay dos policías gravemente heridos. Da pena el final de este farsante, demostró no ser merecedor de compasión alguna. Se burló de todos nosotros, para él no éramos más que preservativos que una vez utilizados serían arrojados al basurero. Este malnacido era capaz de eliminar a su propia madre en nombre de la revolución. Sus padres lo enterrarán en Argentina. No te podés ni imaginar la indignación de don Esteban cuando le informaron qué clase de persona era su hijo. Con ellos no hubo problemas. Asombrados como estaban por los sucesos, hicieron de tripas corazón, prepararon sus maletas, recogieron los restos mortales de su hijo genocida y marcharon en su avión privado para Buenos Aires. Lo único que suplicaron, con los ojos anegados en lágrimas, fue mantener la discreción sobre las circunstancias que rodearon la muerte y los pormenores de la doble personalidad de su hijuelo.

El Ministro se esmeró en fingir un estado de alegría forzada. Se obstinó en aparentar neutralidad y distancia con la suerte de Baltasar. Pensaba que obrar así le permitiría mantener la

autoridad necesaria para enderezar el rumbo torcido de Lucrecia. Lo pasado ya acarreaba una tragedia con fatalidad, pero lo peor estaba aún por llegar: separar a una madre de su hijo.

Lucrecia escuchaba a su padre con pánico y escozor, sentía espanto por lo que encerraba el relato e igualmente porque el narrador le resultaba un desconocido. Especulaba y dilucidaba si conocía o no a su interlocutor, con su mirada examinadora se preguntaba si sabía realmente quién era ese hombre. De lo que ya estaba segura era de que su paladín se había desmoronado.

La agobiaba el estremecimiento de sentirse defraudada. Claudicaron en ella sus sentimientos filiales; los pensamientos más extraños la asechaban. La horrorizó la idea de la muerte de Baltasar, no le importaba que fuera comunista.

Su corazón maltratado y ofendido convulsionó acreditando la tenacidad y la vitalidad de los sentimientos cuando presagian que los sueños sucumbirán frente a los aspectos sombríos de la existencia. La debilidad se apropió de su cuerpo, la aprisionaba un dolor físico, la sacudían emociones desgarradoras, sus manos temblaban, balbuceaba, no le salían las palabras, padecía la sensación de que se asfixiaba, sus orificios nasales se cubrieron de mucosa y le brotaron lágrimas impetuosas.

Vertiginosamente la luz de la vida se convirtió en un anochecer. Lucrecia sentía ganas de vomitar, pero una bravura misteriosa se apoderó de ella y recobró la fuerza. No sufría remordimiento de conciencia. Se apretaba los labios como queriendo no hablar. Calló por un largo momento. Luego miró al Ministro con aire inquisitivo, cerró los puños e inhaló con hondura para luego decir:

—¡Asesino! —gritó exaltada—. Han ejecutado al padre del niño que llevo en mi vientre y lo hicieron con el pavor de los verdugos que temen mostrar su rostro. Me arrancaste del vivir la dicha y llenaste de nubes mi cielo. Has aniquilado mi felicidad, ¡te maldigo! ¡Nunca más encontrarás sosiego en tu vida, deseo que Dios te castigue por el crimen de Baltasar! Vos y ella son un par de bellacos, lo que hicieron no tiene perdón. La benevolencia divina tiene un límite, espero que ambos paguen sus pecados en esta vida y no en el infierno. Para lo único que tenés valor es para matar por la espalda. Espero que jamás alcances la cumbre que te propusiste, sos igual a los demás de tu oficio, ¡un vulgar canalla capaz de hacer cualquier cosa con tal de lograr tus objetivos! ¡Cómo no pude imaginarme que eran tan despóticas tus ambiciones de poder!

Finalizadas sus palabras, se puso de pie y arremetió contra él, con los puños le propinaba golpes en el pecho. El padre dejó que ella aliviara su ira y cuando percibió que las fuerzas la estaban abandonando la tomó de los antebrazos y le gritó diciéndole que se serenara. En ese instante de descontrol, dichos reclamos sonaron para ella como una imposición con pretensión de engaño. Reaccionó con furia y profirió los peores adjetivos contra el Gobierno y sus integrantes. Fue entonces cuando él perdió la paciencia y la abofeteó con la palma derecha y de vuelta con el dorso de la misma mano. Las cachetadas la tumbaron en la cama. Desde ese instante, además de odio, comenzó a sentir miedo de su padre. Tenía la comisura de los labios rasgados, la nariz le sangraba, las muñecas estaban magulladas y su cabellera revuelta. Tendida en la cama, se volcó boca abajo, con la frente sobre sus manos lagrimeaba con la contención de quien no quiere llorar delante de los que desprecia. Sentía que desfallecía, su debilidad la atormentaba, inmediatamente asimiló que no tenía fuerzas para soportar su tristeza en solitario. A pesar de ello no quería verlos, prefería la soledad a su compañía; se levantó y repasó con un pañuelo sus ojos para secarse las lágrimas y retirar la sangre. Se irguió delante de ellos y, con la confianza de los que creen en su verdad, en su voluntad lapidaria, dijo:

—Hoy asesinaste a Baltasar y con ese crimen murió tu hija. Los detesto desde lo más íntimo y

profundo de mi alma porque lo arrancado del corazón con odio y dolor jamás volverá a mí. En adelante viviré solo para mi hijo, me apena no tener donde ir. Lo que fue mi hogar se convertirá en mi cárcel.

—Lucrecia, necesito que me oigas y que hablemos con calma, todavía no hemos esquivado todos los riesgos —dijo Octavio—. Las cosas funcionan en el Paraguay de una sola manera y vos lo sabés muy bien. Por favor, prestá atención a lo que voy a decirte, es por tu bien.

—Te escucho, filicida —impugnó ella.

—Por esta vez tolero tus impertinencias y groserías. Recordá que estamos liados en un grave problema que aún puede tener consecuencias fatales para todos nosotros y en especial para tu hijo. Para el Gobierno es imperdonable que la hija del ministro del Interior dé a luz al hijo de un comunista. Eso es impracticable. Tenés que abandonar el país lo antes posible. Hasta la fecha nadie se percató de tu embarazo, estamos a tiempo de salvar a la criatura y evitar un aborto forzado. Tu vida y la de él corren peligro. Debes marcharte con tu madre a Buenos Aires y que el niño nazca en Argentina. Cuando las aguas se calmen, volverán como si nada hubiese pasado. Es la única salida que tenemos, pensá en tu hijo. Vos estabas enamorada de él y por eso lo perdonás pero la sociedad no perdona y tampoco olvida. Dejá de lado tus sentimientos, ahora tenés que esconderte. Acá no estás segura, andate y resguardate allá. Mi colega argentino te custodiará. Es como si fuera un hermano para mí, ya hablé con él y pondrá todo a nuestra disposición. Yo las acompañaré para que no haya dificultades en su instalación y una vez terminada esta etapa regresaré a casa, pero estaré permanentemente en contacto con ustedes. Implementemos el plan antes de que sea muy tarde. Lo ideal es salir mañana, en el vuelo de la mañana. No hace falta que lleven equipaje. Comprarán lo que necesiten allá. Cuando me pregunten por ustedes, responderé que estás acompañando a tu madre en un procedimiento de salud. Diremos a los más íntimos que tu madre está haciendo un tratamiento contra el cáncer de mamas, eso es algo creíble. No podemos estar en babia, cada interrogante debe tener una respuesta convincente. Si nos ven alelados y respondiendo con imprecisiones vamos a levantar un mar de dudas. Hay que impedir que empiecen los rumores pues al General-presidente le sientan mal los chismes sobre sus allegados, a más de uno le costó el cargo una que otra intriga. Las cosas no están para hacer quijotadas, los problemas son más fáciles de solucionar desde el poder.

—Está bien, haré lo imposible para que no perjudiquen a mi hijo y al de Baltasar. Mañana partiremos —respondió tajante y escuetamente Lucrecia.

Con ademanes de tener la dignidad ultrajada y el corazón en pedazos, se retiró y fue a su habitación. Necesitaba estar a solas, quería llorar y sufrir su pena, sentir el dolor hundido en la profundidad de su estómago, aquel que se padece cuando el amor fue condenado a muerte. Reflexionaba sobre lo frágil de la belleza y de lo bueno en el combate por la felicidad. Solamente la consolaba su presunción de que el sufrimiento es un sentimiento éticamente superior. Se decía a sí misma: «Sufrir por amor y el sacrificio de defender la vida me elevan. Crecer con dolor me hará más fuerte para proteger a mi hijo».

Transcurrió la mañana y ella no salió de su aposento, estaba sumergida en una sensación de irrealidad infinita. Se aferraba al recuerdo de Baltasar para evadir su malestar emocional y fantaseaba con la vida que le restaba junto a él.

CAPÍTULO 29

Palabras desde el más allá

MARÍA LIZ TENÍA UNA MISIÓN QUE CUMPLIR, así que al mediodía del día siguiente a recibir la llamada de Baltasar fue a la casa de Lucrecia. Ella guardaba la misiva que, de acuerdo al compromiso asumido, debía entregar en mano a la destinataria.

Al llegar a la casa de su amiga comprendió que el ambiente familiar estaba enrarecido. Un silencio glacial inundaba los espacios donde siempre reinaba la jovialidad. Sin demorarse subió al cuarto de Lucrecia para entregarle la carta que contenía la presentación y la despedida de Baltasar. No golpeó la puerta para pasar, era la costumbre entre ellas. María Liz se paró delante de la cama en la que yacía su amiga, le tomó de la pierna y la estiró hacia ella.

—Lucrecia, soy yo, María Liz. ¿Qué pasó aquí? ¿Qué te pasa?

Lucrecia se dio vuelta y se sentó en el borde de su cama. Con la mirada perdida le preguntó, como si se tratara de una desconocida:

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a ver cómo estás, no supe nada de vos esta mañana. Tengo algo importante para vos, te traigo una carta de Baltasar, me la entregó para que te la dé y la leas con calma. Me da la impresión de que contiene su oferta matrimonial y detalla cómo va a pedir tu mano. Es más previsor de lo que me imaginaba, por lo visto es un buen candidato, va a ser un gran esposo y padre. Mis sospechas con respecto a su persona se volatilizaron, fui injusta al juzgarlo con tanto rigor y premura. Al principio creí que era un impostor, un tramposo más, pero ahora veo que es un varón de nobles intenciones y que es capaz de darlo todo por vos. Quiero reconocerte algo, no me tomes a mal. ¡Me invade la envidia al ver que vos ya encontraste un compañero para toda la vida, tengo celos de tu felicidad, tu personalidad, tu belleza, tu familia tan bien constituida!

—Callate María Liz, ya es suficiente —interrumpió Lucrecia—. No entiendo a qué viene tu sarcasmo. ¿Es qué te querés burlar de mí? ¡Alguna vez pagarás caro no cerrar la boca a tiempo! No estoy de ánimos para tus tonterías.

—Te hablo con el corazón en la mano, con la franqueza que nos caracteriza, jamás falté a la verdad. Te digo todo esto porque en el fondo deseo que tu dicha sea contagiosa. Solo le pido a Dios tu misma buena suerte, ni un poco más ni tampoco menos. Igual a vos en la misma proporción. Mis sentimientos son auténticos y mis palabras no guardan un doble sentido.

—Perdoná mi reacción, mi hermanita querida. ¡Qué hubiese sido de mí si no estabas a mi lado! Te agradezco por lo que has hecho por mí y Baltasar. Voy a cometer una infidencia con vos y espero sepas guardar el secreto.

—¿Es qué te fallé o traicioné alguna vez? —respondió María Liz.

—Nunca en la vida —repuso Lucrecia—. Mañana viajo a la capital porteña a acompañar a mi madre. Sufre una enfermedad para la cual no hay posibilidades de cura en Asunción. La duración

del tratamiento es prolongada y dolorosa. Quiero y debo estar a su lado, pues me necesita. En casa estamos asustados con la noticia, mi padre también viaja. Tan pronto nos ubiquemos allá, él regresará a reasumir sus obligaciones. El Presidente fue muy permisivo, lo autorizó a viajar las veces que fuera necesario. Va a estar permanentemente en contacto, cada vez que pueda irá a estar en familia con nosotras. Cuando mi papá se enteró del diagnóstico de los médicos se puso a llorar como un niño. El pobre está desolado. No comentes esto con nadie, no solo por lo mucho que afecta a mi familia, sino por ser información que los organismos de seguridad calificaron de sensible.

—Igual que siempre, seré tu cómplice. En todo lo que pueda darte una mano, no lo dudes, tu hermanita estará a tu lado o donde vos desees. Tomá la carta de Baltasar, él mismo la lacró. Me dijo que los secretos, para que estén bien cuidados, requieren solamente de dos centinelas. ¡Mirá la suerte de ustedes! Podrán encontrarse en Buenos Aires, su familia tiene casa y departamento allá.

—Así es. Espero que me disculpes, María Liz, pero quisiera leer la carta a solas, además necesito estar con mamá y papá. Tengo que hacer mis maletas y ayudar a mi mami a hacer las suyas. Ni bien pueda, te haré saber noticias mías.

—No te preocupes por mí, Lucrecia. Tu obligación es estar en los momentos difíciles con los tuyos, vos sos su única hija, el amor que tus padres te profesan es inmenso. Yo estaré atenta y rezando por tu mamá, a la que considero mi segunda madre.

Lucrecia esperó a quedarse sola para abrir el sobre. Temblaba y lloraba. Tenía entre las manos la carta y con sus dedos la acariciaba. Fijó su mirada como el cazador novel que busca un punto fijo, que cierra los ojos y teme jalar el gatillo. La entristecía abrirlo porque conocía su final. Jamás una carta le despertó tan pocas ilusiones. No apresuraba la apertura, se sentía acongojada. Se armó de coraje y rasgó el sobre por el costado, respetando el lacrado. Sacó la carta y besó el papel con sus labios temblorosos. Miró la escritura, que tenía signos de una caligrafía infantil, pero sin errores de ortografía. Atribuyó la desprolijidad caligráfica al momento aterrador en el que fue redactada la misiva. Estaba conmovida, lloraba sin gemir, sufría sin quejas y sentía sin apasionarse. Se derrumbaron sus esperanzas más luminosas y las sombras ocuparon su futuro. La voluntad irrefrenable del destino la había encorvado:

Querida Alondra:

Nuestro amor termina sin que yo pueda, con un beso, decirte adiós. Mi fracaso convirtió la muerte en el mejor refugio para mi alma.

Te escribo con nostalgia al recordar lo hermosas que eran las tardes a tu lado y manteniéndome fiel al destino que juntó nuestras vidas en el riguroso libro de las adversidades. No procuro que mis palabras detengan el tiempo, solo aspiro a exponer con la simpleza de mis sentimientos lo que no pude demostrarte con mis agallas.

Te amé más allá de la razón, del cielo y de las vicisitudes que se cruzaban en nuestro camino, pero ¿de qué valió eso si el tiempo nos traicionó? No supe manifestar lo que se hospedaba en mi corazón estepario, por tanto en esta despedida me humillo ante el infinito de la pasión que con su patológica pureza me arrastró hacia vos, como un torrente de agua recién salido de la naciente que fluye y se desborda.

Las despedidas son tristes cuando se abriga la esperanza de volver a verse y cuando son definitivas tienen el sabor inasimilable de la derrota. Mis palabras están impregnadas de la resaca perenne del dolor de perder lo amado sin haber agotado todas las posibilidades. No sé,

yo no sé, si este final es por resolución propia o decisión del destino inexorable. He aprendido, ya muy tarde, que en nuestra vida influyen en igual medida o aún más las cosas que no nos pasan que las que nos pasan. Mi pacto con la vida caducó, me sometí a la intransigencia del devenir, pero no decliné en mi deseo de amarte.

En mis horas postreras me sumerjo en el anhelo de ver crecer a nuestro hijo, ese que cobra forma y espíritu en tu ser. Tené siempre presente que donde él esté me encontrarás, estaremos unidos, él nos enlaza y me inmortaliza. «¡Hijo soy de mi hijo! ¡Él me rehace!»

Que no suenen mis pensamientos como el canto suplicante que precede a la capitulación. Te amé desde el momento en que vislumbré que tu cuerpo irradiaba luz. Sentí la madurez del adulto, pues los niños no sucumben a las pasiones. Nuestro amor fue la rabia de las olas del mar que se alzan y no reposan hasta romper la terquedad de las rocas. Ese amor, ebrio de melancolía, hoy nos muestra su rostro oscuro. Tuvo la ambigüedad y la pretensión de lo que no reconoce restricción alguna. Nos trajo placer y padecer, sin el uno y el otro no se revela la belleza de la vida.

Te amo y te amaré. Me enseñaste que hay algo hermoso más allá de la imaginación, que no todo en esta vida es inútil y vanidoso. Te amé por tus manos caprichosas. Con vos aprendí que el amor no es solo lo que se tiene, sino lo que se espera de él. A tu lado deseé la vida, aprendí el significado de decir te amo y de estar abrazados. Sospechaba que lo sublime abandonaría lo terrenal para subir al cielo, que tanta alegría no podía perdurar, no me consideraba merecedor de tanto beneficio.

Me sentía sentenciado por mi pasado y, como todo condenado, procuré ganar en intensidad lo que se pierde en duración. Mágicamente desapareció mi soledad, llegué a amarte más que a mis ideas, más que a mis ambiciones, y más que a todo aquello por lo que había luchado.

En la cima de mi verdad descansó tu belleza. Te amé más que a mi vida; cuando me dieron a elegir, me quedé con vos. Recuerdo tus ansias devoradoras, tu voz platinada, tu sonrisa de caramelo, tu piel aterciopelada, tus lágrimas insaciables de indocilidad, tus ojos que mudaban del verde del mar al azul del cielo y tu decisión de tributar a favor del porvenir. Encarnabas la generosidad de compartir el sufrimiento y las ganas de vivir. Al inicio recelé, tuve miedo y me resistí a zambullirme en los brazos de alguien que no había sido tocada por los golpes demoledores de la vida.

Temía estropearte con mi amor y que el tuyo me destruyera. Con timidez me atreví a entrometerme en un juego que sospechaba dejaría su herida insanable desgarrando corazones. Para esquivar las trampas que me tendía la tristeza, arremetí contra mi indulgencia con el coraje que me regalaste. El frenesí de tus esperanzas me encerró y mis ambiciones se desvanecieron ante la pasión que sentí por vos.

Cuando leas esta carta no sabrás dónde estoy y yo no sabré dónde estás, quizás esté en tu corazón y vos estés besando con tus labios de higo mi boca huérfana, lo que sí sé es que lo más puro de mi vida latirá en tus entrañas. Cada vez que sientas sus pataditas sabrás que mis hondos sentimientos quieren florecer en la punta de tus senos y en la extensión de tu piel.

No he sido ni seré un desertor de la revolución, detesto la actitud claudicante del converso. No me avergüenzo ni me arrepiento de mi compromiso. Cuando se lucha se corre el riesgo de perder; me vencieron, hoy me toca sufrir las desventuras de la derrota. No combatí para beneficiarme de los privilegios de la victoria, eso le está reservado a los que malogran el bienestar de los pueblos. Cuando mi hijo te pregunte cómo era su padre, solo decile que era alguien que creía en sus ideas.

Y sí, tal vez fue un desacierto abrigar ilusiones en la insurrección armada. No obstante, es moralmente inaceptable que nuestra indiferencia arme la mano agresora del tirano.

Te debo una explicación por mi doble personalidad. Te engañé escondiendo mi pasado, me faltó coraje y no quería que te vieras comprometida en algo que no te incumbía y que pondría tu seguridad en peligro.

Perdoname, caí en la celada que me tendió mi desenfrenada vanidad. Creía que la revolución y mi amor por vos tenían rumbos dispares, no presagié las derivaciones irremediables de mi actuación. Puse mi voluntad entera para eludir esta situación, pero la vida tiene enigmas ante los cuales somos impotentes. Hemos encendido una pasión en la que pereceremos y nos redimiremos. Me has amado y te amé sin notar lo extraordinario que hay en ese sentimiento. En este momento de zozobra me sujeto a vos, rememorando tu bondad sedienta de bien y apta para la felicidad.

Ya no puedo decir que me sentenciaron a morir sin conocer el amor. Tengo miedo, escribo y me tiemblan las manos, el frío se apodera de mi espalda, sufro retortijones estomacales, me cuesta hilvanar los pensamientos y precisar los conceptos, me mareo y la vista se me nubla. Solamente vos me das aplomo, aprisiono tu imagen para exteriorizar un coraje postizo. Sé que la muerte me espera detrás de la puerta.

Antes de poner el punto final a mi adiós, me sincero y reconozco que mis temores coléricos florecen y el pánico me envuelve en un torbellino de agonía. Me fatiga el remordimiento de los que no quieren partir, pero no me lamento de amarte, porque si ha sido bello vivir para vos, todavía es más hermoso morir por vos.

No me olvidés. Cuando te sientas vencida, buscame que estaré entre las hojas. Si tenés miedo, llamame que vendré de las sombras y si padecés de inviernos empuñá tus manos justicieras para hallar misericordia en el cielo. Después de muerto, amame.

Hasta el reencuentro, alondra mía.

Siempre tuyo,

Baltasar

CAPÍTULO 30

La amarga espera porteña

LUCRECIA ARRIBÓ A BUENOS AIRES COMO ESTABA previsto, junto con su madre.

La realidad no la hacía feliz, así que ella prefería vivir en sus fantasías. Lo verdadero le era inamistoso, y lo falso, magnánimo. Desde que cayeron las máscaras actuaba con la precaución de los desconfiados, odiaba a sus padres y los responsabilizaba por la muerte de Baltasar. Debía compartir con su madre lo cotidiano en el exclusivo departamento de la avenida Alvear en el barrio de Recoleta, adquirido por el padre pretextando la prolongada estadía.

El trauma que padecía transformó su personalidad vivaracha en ermitaña. Lucrecia construía un mundo interior al que no tendrían acceso sus padres. La sangre fría era el recurso que garantizaba la coexistencia pacífica requerida para tener un parto sin sobresaltos.

Ella esperaba dar a luz sin problemas para luego desaparecer con su hijo. Quería resguardarlo y protegerlo. Consideraba una felonía a la memoria de Baltasar que su hijo creciera con sus carniceros.

Estaba desconsolada y vivía en sus recuerdos, olfateaba el aire buscando su fragancia y cerraba los ojos para revivir su semblante. Su pasado la dominaba aunque rememorar los pequeños detalles la aturdía, pues todavía no había asimilado lo irreversible de la situación. Soñaba y despertaba deseando el reencuentro.

Lucrecia padecía una existencia atormentada. Con cada día que pasaba consideraba el crimen de Baltasar como un pecado mortal contra la vida. Lo recordaba como un poeta de la acción, una persona abatida por su atrevimiento en el vivir. La proximidad con sus padres la alejaba del mundo y la volvía introspectiva. Pasaba las horas leyendo cuanto caía entre sus manos. De alguna manera debía suplir la falta de instrucción al no poder hacer una carrera universitaria.

Lucrecia hacía sus paseos diarios a la biblioteca para buscar nuevo material de lectura. Salía sin avisar, como escapando. Gudrun la seguía como un custodio empecinado por todos los tramos de la caminata, cuya marcha Lucrecia no aminoraba en función del cansancio evidente en Gudrun. Todo lo contrario, Lucrecia no la quería cerca y se lo hacía notar.

Sin embargo, actuaba en forma solícita cuando necesitaba dinero para completar el ajuar que estaba armando para su bebé, pero la nueva Lucrecia era austera en todo sentido. En sus salidas quería estar a solas, pero no podía desprenderse de la madre, que, por susceptibilidad y suspicacia, la acompañaba a todas partes. Durante el periodo de gestación Lucrecia no descuidó su aspecto físico. Ahora se cuidaba en la dieta, comía con moderación, bebía mucha agua y para evitar la retención de líquidos no consumía sal. Gudrun ya no cocinaba sus delicias y ella no las extrañaba.

Lucrecia solía desnudarse y pararse frente al espejo, mirándose y acariciando su vientre cariñosamente mientras le decía a su bebé: «¡Sos mío, sos mío! ¡Nadie nos podrá separar!».

Amaba sentirlo moverse dentro de ella, imaginaba que él le prodigaba caricias. Sentía que, entre ambos se había establecido una comunicación en la cual sus palabras eran respondidas con los movimientos de él.

González Miranda las visitaba los fines de semana largos y los feriados. Su presencia no distendía la tensa calma que imperaba en el ambiente. La navidad de 1982 fue muy triste y el festejo forzado entre los tres supuso para Lucrecia su primera Nochebuena carente de religiosidad, todo cambió en su mundo.

Lucrecia temía a sus padres. En ningún momento se ausentó de su mente el prejuicio que generaba el nieto ilegítimo en personas que ponían su sistema de valores morales al servicio utilitario del ascenso social. Silenciosa y pasiva, ella percibía el disgusto y la beligerancia que incubaban sus padres en contra de su condición de madre soltera. Su desconfianza se convirtió en una obsesión que la atosigaba día y noche aunque nunca manifestó las inquietudes, preocupaciones y ansias que no la dejaban en paz.

La única persona de su entorno en quien Lucrecia confiaba y sentía como un amigo era el doctor Aldo Conti, a quien visitaba, acompañada, por supuesto, por su madre y carcelera.

Los padres le explicaron a la hija que la elección de este profesional era garantía de confiabilidad e idoneidad. El doctor había realizado sus estudios de posgrado en la prestigiosa universidad norteamericana de Harvard. Sus padres argumentaban que, debido al escándalo que se armó con todo lo sucedido, lo más conveniente era mantener el parto y el nacimiento bajo el mayor sigilo posible.

El nacimiento estaba previsto para ese mes de abril, y los chequeos diagnosticaron que ella poseía una salud de hierro, que el parto se desarrollaría sin dificultades y que la criatura nacería sana. Para Lucrecia, todo aquello que supusiese la normalidad y la seguridad de su hijo era bienvenido. El padre se jactaba de tomar las medidas necesarias para garantizar el desarrollo del proceso sin altibajos e invocaba el nombre de Dios cuando le prometía a su hija que todo iba a salir como estaba previsto.

Lucrecia entendía que no tenía otra opción más que colaborar y pensaba que ni ella ni su hijo tenían escapatoria; como en las galeras, había que obedecer para sobrevivir, no ofrecer resistencia y converger con el amo. Imaginaba que después del nacimiento su vida sería distinta. Su plan era fugarse y educar a su hijo sin la influencia negativa de sus padres. Pero, para que esto pudiera suceder, mientras tanto debía simular complacencia y sumisión ante el látigo amenazante del carcelero.

El doctor Conti tenía prácticamente la misma edad que el Ministro pero lucía más joven que él. González Miranda se avejentó por los últimos acontecimientos y su actitud reflejaba pesadumbre por lo que aún quedaba por delante. Conti poseía la sagacidad de establecer una relación en la que las pacientes se sentían amparadas por él. A pesar de su 1,84 de estatura y su delgadez, denotaba poseer una personalidad afianzada y dulce. Era atractivo, tenía el pelo color castaño encanecido y su cabellera siempre arreglada le daba un aire de hombre predecible y aplicado. Tenía los ojos claros y las mejillas bien afeitadas. Su rostro era alargado y en la parte extrema de su mentón se visualizaba un hoyuelo. Su buen aspecto físico trasmitía seguridad y confianza y siempre tenía una sonrisa para sus pacientes. Su hablar era decidido y abundante en rigor científico, sus explicaciones detallaban los pormenores de las intervenciones quirúrgicas, los efectos de la medicación y el porqué de los tratamientos. Su guardapolvo de médico, blanco e impecablemente limpio, sugería una personalidad transparente. Proponía una relación paternal con sus pacientes, las llamaba por sus nombres o por sus apodos, les acariciaba la frente y las

manos con un toque de delicadeza, pero sin apetencia sexual.

Lucrecia estaba agobiada por la presencia permanente de Gudrun, así que cuando pudo le sugirió que aguardara en la sala de espera del consultorio del doctor Conti; de esta forma sintió que ganaba un poco de espacio y libertad. Las pláticas con el profesional rondaban sobre su ansiedad. Ella se sentía vigorosa y no tenía dudas sobre el avance positivo del embarazo pues el proceso de gestación se desenvolvía en los plazos y términos previstos.

Como sus consultas con el obstetra se prolongaban, y para evitar que las demás pacientes tuvieran que soportar una espera interminable e insufrible, la secretaria siempre le reservaba a Lucrecia la última cita.

Ella estaba ansiosa, quería y necesitaba aliviarse, compartir con alguien sus pesares. Encontró en el doctor Aldo a su confidente. Conti monitoreaba el proceso y la contenía en lo psicológico y emocional, pues su consultorio era el espacio donde Lucrecia lloraba la ausencia de Baltasar, donde dejaba fluir sus dudas y miedos con relación al futuro de su hijo. Lucrecia sentía que el doctor era su contacto exclusivo con el exterior. Ella no tenía tiempo para hablar con ambigüedades. Buscaba, a través de la compasión, lograr la solidaridad de su médico.

—Doctor, usted seguro sabrá por qué estamos aquí, por qué no tengo marido, y sí una madre y un padre tan aprensivos, por qué tanto misterio y un nombre falso en la planilla. Supongo que estará al tanto de lo ocurrido, pues conoce la identidad de mi padre y la situación política que se vive en el Paraguay —dijo Lucrecia con la impaciencia de los que están esperando escuchar la verdad.

—Mi querida Lucrecia, comparto tus preocupaciones, pero tenés que comprender que tu situación es difícil de sobrellevar, especialmente para tus padres. Necesito que te tranquilices. Sé lo difícil que resulta entre tanto dolor obrar con la mente fría, pero no tenés otra salida. Tus padres han desatendido sus intereses postergando sus planes por tu bienestar. El problema radica en que la gente mala y mezquina, que existe allá y acá, quiere utilizar lo sucedido para perjudicar la carrera política de tu papá. Con esa finalidad aprovecharán lo acontecido para golpearlo a él. Yo entiendo que a tu padre ya no le importa ascender un eslabón más en la estructura del poder pues su prioridad sos vos, al igual que para tu madre, con la que creo que te comportas de una manera muy injusta.

—No, doctor. Quizás usted no sepa todo lo sucedido, ellos le contaron la historia según su versión de los hechos —replicaba ella.

—Me describieron el drama que vivieron pues es un requerimiento para el tratamiento y la internación en este sanatorio. Nosotros debemos estar bien informados sobre los pacientes para garantizar nuestra mejor ayuda.

—¿Le dijeron que asesinaron a Baltasar? ¿Qué él era mi novio y el padre de mi hijo?

—Me comentaron que fue abatido en combate y que era un terrorista.

—¡Pero quién les cree! Baltasar entregó su vida para que nuestro hijo tuviera el derecho de nacer. Era consciente de que mi vida y la de nuestro hijo tenían un precio y tuvo la hombría de honrarlas con su vida. Lo que no se imaginó fue que nos dejaría en cautiverio. Baltasar no era un homicida ni un farsante, era un héroe imperfecto. ¿Sabe por qué?

—No, no me hago la menor idea —dijo él.

—Porque era humano, tenía corazón y cometía errores. Me amó con todo el fervor de su cuerpo y a su hijo con la impecable renuncia del amor verdadero. Estoy segura de que lo acribillaron por la espalda, que lo mataron como a un perro. Mis padres fueron tiranos conmigo, me avisaron que fue sepultado acá y no me dejan visitarlo. Con nuestro hijo en brazos iré y

depositaré al pie de su tumba un ramo de gardenias, su flor predilecta. ¡A quién le van a hacer creer que alguien con esa sensibilidad era un matón a sueldo! Él, que tenía una fe ciega en los hombres, que creía en la bondad humana, pensó que podría protegernos.

—¡Tu Baltasar era un iluso! —afirmó el doctor.

—No, no fue un incrédulo. ¡No, no y no! Lo más bello en él era su bondad, era noble y por eso erró al juzgar a la gente. Baltasar no estaba hecho para este mundo. Pero sí quiero que le quede claro, doctor, que no fui una niña engañada. No fue mi candidez la que me hizo sucumbir, no fui víctima de una trampa. Este hijo es mi única posibilidad de tener algo de él. Disculpe que lo fastidie. ¡Sé que no se puede consolar el dolor que no se sufre! Le tengo una fe ciega, es usted el único en quien confío. Sé qué clase de persona es, de las que jamás traicionan. Lo catalogo como un hombre leal.

—Gracias por tu confianza. Entiendo que crecer en el dolor te hará madurar y atemperará tu ánimo. Superarás este trance y buscarás un nuevo horizonte. Tus padres son hoy los que más te quieren y los que harán lo indecible para que alcances la dicha. Ahora no podés entenderlos, pero ya lo harás. El paso del tiempo nos permite relativizar la gravedad de las experiencias dolorosas, el transcurso de los acontecimientos hace que las cosas vividas ocupen el lugar que la memoria le asigna. Los recuerdos solo pueden ser usurpadores del presente si se tiene una vocación nostálgica. La vida mirada de lejos es menos dolorosa. He aprendido en este trabajo que la reconciliación es la solución ideal. Para tolerar la convivencia no solo se necesita del perdón, a la paz hay que condimentarla con el olvido. El paso del tiempo cerrará tus cicatrices. Dejame que te señale la arbitrariedad que estás cometiendo. Sos injusta con los que más te adoran, no seas lapidaria con tus padres, vos sos una buena persona, debés ser piadosa. Apartá el dolor que retuerce tus sentimientos por culpa del recuerdo de lo que no tuvo que ocurrir. Tu juventud te debe empujar a entusiasmarte con lo que tenés por delante, posees más de lo que una chica de tu edad puede esperar de la vida.

—Doctor, perdonar es un deber, pero olvidar es una posibilidad que no contemplo. El perdón nos acerca a Dios, pero recordar nos humaniza. Así, el perdón nos desvía de la verdad. Nos aproximamos a los otros pero nos alejamos de lo que sentimos. El perdón solo sirve para establecer la paz con los demás y la beligerancia con uno mismo. El olvido nos anestesia pero nos quita lo único que nos queda de los que ya no están.

—Lucrecia, me asusta escucharte hablar así —dijo el doctor Conti con el rostro sorprendido —. Sos muy dura con vos y con los demás. Con esa filosofía será difícil que puedas rehacer tu vida.

—Mi hijo me obliga a continuar con vida. Ya no soy más una adolescente, estoy obligada a ser mujer. Aunque usted no lo crea, tengo planes para el futuro.

—Ya me gustaría escucharlos —dijo él.

—Cuando volvamos a Asunción, recogeré mis cosas y me mandaré mudar. Voy a instalarme en Brasil, que es un país con una sociedad tolerante. Allá a nadie le va a importar que sea madre soltera. Pienso radicarme en Río de Janeiro. Y no estoy huyendo de mi pasado, estoy evitando que me secuestren el futuro. Ya no pienso en mí, solo deseo una vida digna para mi hijo, quiero verlo crecer en un ambiente permisivo y a la luz de la verdad.

—Lucrecia, ¡tené cuidado! No tenés idea lo que implica ganarse el pan. Con tu familia no te faltará nada —la interrumpió él.

—Doctor, el pan sin libertad alimenta la indignidad —replicó enfáticamente.

—Por favor, Lucrecia, parece que no pensás lo que decís. Sos muy chica, no contás con

patrimonio propio, no tenés estudios universitarios, carecés de experiencia laboral, no hablás portugués. No me parece que tu plan sea factible.

—Doctor, por favor no discutamos esto ahora. Entiendo que quiere y desea lo mejor para mí. No me encuentro en condiciones de contradecirlo y en el fondo me siento derrotada. Ayúdeme y proteja a mi bebé. Póngase en mi piel para comprender mi padecimiento, ahora lo único que deseo con todas las fuerzas de mi corazón es mecer y dar de mamar a mi niño. Ya sé cómo se llamará; ¿quiere saber con qué nombre lo voy a bautizar?

—Claro, soy curioso—respondió, impresionado por la testarudez de Lucrecia.

—Baltasar, como su padre.

En la medida en que la gestación llegaba a su fin y el día del parto se aproximaba, la tensión iba en aumento en el departamento de la calle Alvear. Y aunque no había nada que temer pues estaba previsto un procedimiento de parto natural, sin sobresaltos ni cesáreas, y ella gozaba de una salud envidiable, Lucrecia sentía que sus nervios no resistirían los días venideros.

Lucrecia adivinaba que a sus padres los consternaba y avergonzaba la idea de tener un bastardo en la familia. Para los González Miranda-Hoffmann la atmósfera estaba densa, el aire helado e irrespirable. Nada de la alegría que suele acompañar la llegada de un nuevo ser al mundo contagiaba a esta familia.

Los empleados del nosocomio, elegantemente ataviados, representaban ex profeso un papel diferente, simulaban solvencia moral y técnica, el contento del éxito profesional y la despreocupación de la que no gozan los afligidos.

Finalmente, en la mañana del 27 de abril, Lucrecia sintió las contracciones que anunciaban la llegada de su hijo y fue trasladada a la sala de parto. Más que nunca mantenía todos sus sentidos en alerta.

El trabajo de parto, contra lo esperado, se prolongó más de once horas. Lucrecia pujaba con todas sus fuerzas, dos enfermeras la tomaban de los hombros para ayudarla a presionar con más facilidad. El dolor le contraía la cara, gritaba y, para que no se lastimara la boca por la presión que ejercía con su dentadura, le dieron un pañuelo que mordía con toda su fuerza. Ya con la boca cerrada gruñía y disminuía la intensidad de los gritos. El doctor quiso inyectarle un anestésico para reducirle los dolores pero ella se negó enfáticamente; quería un alumbramiento sin nada que pudiera adormecerla e intoxicar al bebé. Tenía sed, sudaba, gemía, se retorcía de dolor, mientras que el doctor la animaba a hacer más fuerza. Su vigor físico era contundente, los brazos y las piernas de los médicos y paramédicos empezaban a flaquear, se le acalambraban los brazos y le temblaban las piernas.

Después de varias horas de esfuerzo el doctor Conti sugirió una cesárea o ayudar a la parturienta con las pinzas de fórceps. Ella reaccionó con virulencia, escupió el pañuelo de su boca y a los gritos reafirmó que, doliera lo que doliera, lo mejor para la salud de su hijo sería alumbrar sin anestésicos. Ella se mordió los labios y siguió en el intento. Sentía que su vientre y su entrepierna eran vapuleadas por el sufrimiento del sobresfuerzo muscular. El calor la agobiaba, sentía que no podía respirar. Repentinamente llegó un instante en el que el padecimiento le generó placer. El médico volvió a insistir en la necesidad de apelar a un medio que le sirviese de ayuda. Le explicaba que la criatura era de un tamaño de consideración, que pesaba más del promedio, que era de cabeza grande y que tenía hombros anchos, lo que dificultaba su salida. Lucrecia comenzó a percibir la disminución de sus propias fuerzas y apreció la fatiga de los demás. Sus ganas la forzaban a seguir intentando, pero el resto del cuerpo ya no acompañaba lo que la mente sugería. Estaba dispuesta a ofrendar el máximo de su

sacrificio, esperaba que, con el nacimiento, la vida la recompensara en parte por lo que le había arrebatado. En medio de los dolores y el desgaste corporal se figuraba a su pequeño acurrucado en sus brazos y mamando de sus pechos, se sentía madre y ello la hacía más mujer. El doctor estaba casi rendido y con voz de exasperado le impuso su criterio médico.

—Lucrecia, tenés cinco minutos para el último intento, si no podés sola, vamos a utilizar las pinzas. El bebé está por salir, no podemos perder más tiempo, se puede ahogar. Así que hacé toda la fuerza que puedas, hace más o menos once horas que estamos trabajando y estamos todos agotados —dijo imperativamente el doctor Conti.

Ella sonrió dulcemente antes de hacer su último esfuerzo, el que fue acompañado de la presión que, con las manos, una enfermera ejerció sobre su vientre. Un cuerpecito envuelto en una capa espesa de color marrón salió del vientre. Lucrecia, bañada en sudor, palideció. Oyó la queja con la que los recién nacidos anuncian sus ganas de vivir. Rogó que le permitieran sostenerlo en sus brazos. Quería verlo, pedía por él.

Pero no lo traían a su lado y Lucrecia desesperó. Mientras gritaba insultos sintió que la amarraban a la cama y le ordenaban silencio. Solo obtenía por respuesta la afirmación de que todo lo hacían por el bien de los dos.

Con impotencia veía que limpiaban a su niño y lo escuchaba llorar de hambre. Ella quería acallar su llanto, sentir el calor de ese cuerpecito sobre el suyo.

El tiempo transcurría lentamente y su angustia crecía. Le estaban arrebatando a su hijo. ¿Qué querían hacer con él? ¿No veían que la necesitaba?

Nunca imaginó tanta maldad. Gritaba, escupía, pateaba. Estaban alejando a su bebé de su lado. Descubrió que todo lo que la rodeaba en esa instalación no era más que una podredumbre encubierta, que el color blanco también servía de ropaje a la miseria del alma humana. Su ira desenfrenó todas sus energías. Al mismo tiempo que no se daba por vencida, le retumbaba en los oídos el llanto del niño, ¡aquella música chillona que jamás volvería a oír! Despotricaba contra la trampa de la cual fue objeto y contra ese grupo de malparidos, insensibles e incapaces de apiadarse ante tanta dolencia humana. El mundo adquiría formas insensatas que encubrían la perversidad ilimitada de los humanos. Comprendió que nunca se sabe bastante del dolor hasta antes de saber lo que es sufrir en demasía. Le espetaba a Dios haberla dejado en manos de esos malvados y sentía la presencia opresora del doctor Conti. Estaba decidida a perecer en la lucha antes que padecer una existencia marcada por la presencia de dos ausencias.

El médico indicó calmantes que fueron suministrados por una enfermera mientras la ataban a la camilla con sábanas.

Decayeron sus fuerzas, le pesaron los párpados y en su mente la imagen de Baltasar alternó con la de un niño sin rostro. Lucrecia comprendió que peor que una historia sin destino era una historia sin final.

CAPÍTULO 31

Vientos de cambio

DESDE EL RETORNO AL PARAGUAY, LA FAMILIA González Miranda se puso de acuerdo en llevar una existencia retraída y de baja intensidad social. Lo sucedido acarreó un cúmulo de habladurías y especulaciones en las altas esferas políticas y sociales. Las fabulaciones cubrían una amplia gama de posibilidades, desde supuestos compromisos matrimoniales incumplidos, un aborto que puso en peligro la vida de Lucrecia, una disputa económica entre los padres, presiones ejercidas para que no se concretara la alianza González Miranda-De La Sobera, una dote insuficiente por parte de la novia; decían también que el Rubio no había aprobado el enlace matrimonial por no simpatizar con don Esteban, se hablaba de las costumbres libertinas de Lucrecia; otros comentaban que Baltasar ya se había casado en la Argentina y que tenía esposa e hija. Hablaban de Baltasar como un rompecorazones que tenía la costumbre de embarazar y no responsabilizarse de las consecuencias de sus intervenciones amorosas. La alta sociedad asuncena era tan contentadiza que solo creía en lo que creía creer.

Salvo los González Miranda y los De La Sobera, nadie conocía con certeza y exactitud todo lo ocurrido. El General-presidente y los prominentes del aparato de seguridad solamente sabían de las aristas político-militares que provocaron el desbarajuste acaecido. Eran los únicos que podían deducir hipótesis asociadas a la seguridad del Estado, pero tampoco ellos conocían que ese amor accidentado había dejado su fruto.

Los rumores se acallaron como consecuencia de la denuncia de escándalos de corrupción alarmantes que empezaban a evidenciar el declive del régimen.

Por esa época la sociedad civil dejó de remolonear en su letargia e hizo el intento de sobreponerse a la inercia de las pautas históricas. El entorno internacional se convertía para el Gobierno de la «segunda reconstrucción» en un cerco de enemistades democráticas.

El «Tiranosaurio» era el último de su especie. ¿Cuánto tiempo más podría el Paraguay permanecer siendo la isla rodeada de tierra? El proceso histórico se encargaría de verificar o contradecir la afirmación de Roa Bastos de que «los pueblos no se suicidan» o la tesis contraria de que sí lo hacen cuando son seducidos por un demagogo, por una bandera izada para espolear el fundamentalismo o por una utopía peregrina.

Lucrecia, por su parte, sentía que lo único que la mantenía con vida era la idea de encontrar a su hijo. Pensaba en él todo el tiempo y solo quería abrazarlo y cuidarlo. El letargo del dolor no impidió que muy pronto pudiera desentumecerse y madurara en su cerebro la idea de que el triunfo se construye. Atisbaba que su nuevo peregrinar recién acababa de empezar y sabía que la benignidad del futuro nunca recaía en los que esperaban. De ahora en adelante su voluntad de vivir se sometería a una fuerza tiránica y a un deseo obcecado. Su propuesta de vida se había reducido a las ansias de recuperar a su hijo. Pensaba que buscar en la incertidumbre lo

desconocido suponía trazarse una meta y para lograrlo debía someter la voluntad disciplinada a la prosecución de ese fin. Alcanzar ese objetivo comportaba un día a día conflictivo, una cotidianeidad ordenada, una guerra muda con inicio datado y sin fecha final en el calendario. Disminuyó sus ansias de orgullo e independencia y se apropió de cualidades diplomáticas que se regían por los dictados de la necesidad. Estaba persuadida de que la fórmula de «ella contra el mundo» era sinónimo de esfuerzo estéril, no podía guerrear en solitario contra el universo, ya había sido derrotada por un par de embates y debía aprender estas lecciones. Repetía, de forma recurrente y en voz murmurante, que no se puede combatir con ansias de victoria cuando se batalla en solitario.

Se transformó en un modelo de discreción y se instruyó en la destreza de andar sin levantar polvareda y sin hacer ruido. Armó un muro de silencio e intimidad a su alrededor.

Los golpes recibidos la resacaron, sus sueños se esfumaron, sin miramientos excluyó de sus prioridades la realidad soñada y la reemplazó por la realidad real. A consecuencia del sufrimiento que anidaba en su corazón sentó nuevas precedencias en su perspectiva de vida, seguía pensando que no era conveniente contrariar a las pasiones pero que, con un poco de mente calculadora, tendría que aprender a utilizar las pasiones de los demás en beneficio de los propios intereses. Se le resecó el espíritu. La horrible experiencia que había vivido la aleccionó y le permitió a distinguir matices que nunca antes había visto. Apartó de su carácter todo rastro de sentimentalismo pues más que nunca tenía que andar con los pies en la tierra.

En sus reflexiones desgranaba lo sucedido y concluía que los fracasos solamente se justificaban en tanto se convirtieran en escuela de vida.

Había asimilado la idea de tener que esperar y convivir con sus padres, y esta convivencia le resultaba repugnante. Debía fingir sentimientos inexistentes y enmascarar el odio a los enemigos, no confesar nunca sus intenciones verdaderas. Las nuevas circunstancias le imponían cambiar de táctica y estrategia. Se persuadió de que para vencer debía traicionarse a sí misma.

El sufrimiento cotidiano la hizo madurar, se tornó más sabia y prudente y reconoció la necesidad de alivianar su carácter para poder llevar adelante esa coexistencia familiar artificial. Ya no volvería a cometer el error de decir lo que pensaba, la readaptación imponía actuar y sentir como la mayoría, dominar la lengua y los impulsos. Ninguna presencia debía inquietarla, no tenía que reaccionar ante ningún estímulo externo y había que aprender a dejar correr las aguas. En su refugio se vio forzada a razonar e indagar sobre las causas que produjeron su dicha y su desdicha. Jamás había visualizado antes la interconexión que existía entre los asuntos de la vida pública y la privada. Ahora podía ver que había caído en un juego de terceros donde ella no era más que una convidada de piedra y se observó participando en una partida donde otros manejaban los hilos de su destino. Recapituló lo sucedido y entrevió que fuerzas extrañas a su decisión habían decidido su suerte. Las ambiciones políticas de los otros habían atravesado su vida.

Ahora era más aguda a la hora de enfocar sus pensamientos y sus observaciones. Así logró reconocer que su diminuta capacidad para interferir en su propio destino dependía de la correcta lectura de la contingencia. Se disciplinó. Sabía que tenía que dejar pasar el tiempo y conjeturó que para poder actuar sin ataduras en la búsqueda de su hijo debía esperar el final de la era de Stroessner. Durante su permanencia en Argentina pudo ver que en las calles se respiraba aire de tolerancia y se impulsaban procesos políticos de restablecimiento de las libertades públicas.

Si llegaba la democracia a su país, ella recuperaría la iniciativa para movilizarse y solicitar ayuda a los organismos internacionales para ubicar el paradero de su hijo. Para esta búsqueda

necesitaba encontrar gente en la que confiar pues sola contra el mundo no era más una alternativa. Algo que le quedó más que claro después de haber sido maltratada como una paria era que había que volar en cuadrilla. Debía hallar aliados confiables con capacidad de gestión dentro y fuera del país.

Su padre, por su parte, veía también que en el ambiente social emergían componentes desconocidos y nuevos actores, se estaba forjando un escenario político diferente. Dentro del partido oficialista empezaron a oírse las voces disidentes, un grupo de la oposición democrática comenzó a operar extraparlamentariamente, aparecieron los que negaban la legalidad del sistema, tímidamente sectores de la desarticulada sociedad civil formularon sus protestas contra los atropellos que cometía el Gobierno en nombre de «la paz y el progreso» y la comunidad internacional continuó y acentuó sus críticas contra las violaciones de los derechos humanos. El Ministro percibía que «el cambio» se avecinaba, lo que no podía visualizar era qué clase de transformaciones abarcarían estas nuevas circunstancias. Para él era inconcebible un Paraguay sin Stroessner y optó por apostar a la carta más segura: el stronismo sin Stroessner o quizás con otro Stroessner. Las dos eran opciones que exigían la lealtad con lo que fue, era y sería la labor de décadas de gobierno unipersonal. El legado histórico del «unicato» y de la «democracia sin comunismo» debía ser aceptado en sus consecuencias pasadas y futuras. Él, que era un acróbata de las peripecias, ladino y calculador, comprendía que la movida de sus fichas comportaría más riesgo para su sobrevivencia si seguía pretendiendo liderar la transición. Los tiempos venideros tenían que ser utilizados para borrar los rastros de su participación directa en las investigaciones que supusieron derramamiento de sangre. Además, debía procurar blanquear la fortuna acumulada en los años de servicio.

Arribó a la conclusión de que su única opción era fortalecerse dentro del stronismo, obró en consecuencia y concibió que la manera de reconquistar la confianza del Único Líder era radicalizando su discurso y su actuación progubernamental. Se esmeró en reposicionar su protagonismo, para ello no perdía oportunidad de reiterar en sus peroratas las acusaciones en contra de la conspiración comunista. Su lengua viperina se asemejaba al dedo acusador que anticipaba e indicaba a quiénes se dirigiría la próxima represión estatal. Su retórica cada vez más virulenta contenía descalificaciones contra la oposición democrática, no dejaba pasar ocasión de incitar a las fuerzas públicas a golpear con determinación a los manifestantes en las protestas ciudadanas. El plan de sobrevivencia que concibió presuponía su viabilidad dentro y no fuera del esquema palaciego. Imaginaba también que, desaparecido el Rubio del escenario, cambiaría la política, como había sucedido en España. Su análisis le permitía comprender que, por muy «bien atadas que se dejen las cosas», los regímenes personales acababan con la desaparición física del mandatario. En sus planes prospectivos atribuía a los grupos inmovilistas el rol protagónico en la transición.

Esta perspectiva daba por sentado que las Fuerzas Armadas mantendrían su juramento de lealtad al Rubio hasta después de su fallecimiento. El desmontaje del stronismo sería realizado, según sus expectativas, por el ala dura y los militares, lo que significaba impulsar un proceso que además de respetar la memoria histórica del Líder no supusiese la implantación de un caballo de Troya entre las huestes del continuismo. La alianza de los duros y los nostálgicos no podía cometer la inexperiencia de ser pillados en su incredulidad por la deserción y deslealtad de sus propios miembros. Había que precautelarse de los pérfidos y tener en cuenta que los elementos que siempre cohesionaron y mantuvieron unidos al partido, las Fuerzas Armadas y el Gobierno se estaban disolviendo. La troika tenía sus días contados en el nuevo ordenamiento mundial,

factores externos e internos precipitaban su extinción. El liderazgo del General-presidente declinaba en concordancia con la merma de sus facultades físicas e intelectuales. Se instaló en el debate el irresuelto problema de la sucesión. La hipótesis del enemigo comunista se evaporaba concomitantemente con el tambaleo del socialismo real existente, la Guerra Fría y la bipolaridad estaban siendo superadas por un proceso veloz que procuraba la caducidad de las fórmulas jurídicas y políticas de la posguerra.

La desaceleración de la economía nacional, producto del final de la construcción de la represa de Itaipú, produjo el estancamiento de la economía y el consecuente achicamiento de la torta. La recesión impedía que la distribución del canon a la corona alcanzase para todos. La coalición autoritaria, para garantizar su persistencia, tenía dos materias pendientes a realizar lo antes posible: elegir a alguien que, con liderazgo emergente y aglutinador, articulase el futuro, y prever los medios para adaptarse a las nuevas reglas del juego. Ambas prioridades eran desestimadas por el Único Líder, quien manifestaba los síntomas de cansancio y los achaques de la edad.

CAPÍTULO 32

Enrejada en la jaula de oro

LA VUELTA A PARAGUAY NO SIGNIFICÓ RETOMAR los hábitos del pasado. Pasaron unas semanas y cuando se sintió preparada restableció el contacto con María Liz. Lucrecia abrigaba un cariño entrañable por su amiga, pero, a pesar del lazo fraternal que las unía, no se animó a relatarle a su cómplice su horrible experiencia porteña. ¿Cómo explicar y justificar el comportamiento de sus padres? Se deshicieron de su hijo y lo entregaron a una red clandestina que comercializaba los bebés de los secuestrados.

¿Cómo entender que los niños nacidos en las celdas de la dictadura eran mercancías con nominación monetaria pero sin valor humano para los intermediarios? No había palabras para relatarle que los impolutos profesionales vestidos de blanco contratados por sus padres estaban implicados en el tráfico de vidas humanas y que entre ellos estaban los que también ejercían la denigrada profesión de promover la muerte. Este siniestro oficio era llevado a cabo por personas elegantemente vestidas, con un alto nivel cultural, que manejaban varios idiomas, lo que les garantizaba un amplio margen de acción. Sentía ganas de contarle que ellas convivían con ese tipo de asesinos y delincuentes, pues eran parte del mismo círculo social.

Ahora podía entender que la fe púnica y la ambigüedad moral de las sociedades propiciaban el caldo de cultivo para la vigencia e impunidad de los apropiadores, traficantes y exterminadores de la vida. Los homicidas son pontificadores de la paz que aniquilan a culpables o inocentes en nombre de la patria, de la propiedad y de Dios. ¿Con qué palabras podría darle a entender que el nacimiento de las criaturas era la sentencia de defunción de las madres y que ella no estaba desaparecida solamente por ser la hija de un miembro de la nomenclatura?

No podía compartir su drama, ella que todavía residía bajo el mismo techo con los entregadores de su hijo. Era demasiada la pena que la inundaba, pensaba en su bebé, al que nunca había podido abrazar, recordaba a Baltasar, su único amor, y la tristeza era el mar en el que se ahogaba. María Liz no sabría nada de esto. Ella debía simular su aparente normalidad hasta con su mejor amiga.

En soledad sufría ataques de desesperanza y sospechaba el final de un túnel sin luminosidad. ¿Lograría no enloquecer sin saber cómo estaba su niño? Los desconocidos que lo criaban, ¿le estarían dando amor? ¿En qué ambiente se haría mayor? ¿Sabría su verdad? Su dolencia era inmensa y disimulada. Contaba los días desde que los separaron y se imaginaba la forma que tomaban sus extremidades, el color de sus ojos, la forma de su boca, su cabellera. Dibujaba en cuadernos la figura de su hijo respetando la cronología de la metamorfosis de los cuerpos y teniendo como referencia las fotografías de Baltasar.

Lucrecia se sentía muy sola. Suponía que la gravedad de lo sucedido podría afectar mucho a su amiga y superar su capacidad para guardar secretos. Sin embargo, la amistad continuaba y ese

contacto era un momento de calidez en la fría y triste vida de Lucrecia.

Cuando María Liz sentía que su amiga estaba melancólica, le preguntaba:

—¿Estás recordando al cachafaz de Baltasar? ¿Cómo podés continuar amando a uno que se aprovechó de vos y se fue sin dar explicaciones? ¿Por qué las mujeres somos más gentiles con los hombres que menos nos quieren? ¡Cómo cuesta entender los designios del corazón! Amiga querida, no te lastimes más con los recuerdos, no pienses en lo que perdiste.

—Querida María Liz, es mucho lo que estoy sufriendo y ya no me preocupo por las formas y las apariencias. Tal vez el tiempo nos ayude a entender. Y no estoy justificando el comportamiento de Baltasar, desde luego, porque no tiene justificación. Solo voy a pedirte que le otorguemos el beneficio de la duda. No me atrevo a sentenciarlo por su fuga sin que antes dilucidemos cada detalle de lo sucedido. Sinceramente, me agradaría poder perdonarlo. Todavía quedan cosas que no se entienden, como la actitud de sus padres, que han desaparecido del medio social. ¡Eso es rarísimo! Estoy segura de que con el tiempo se impondrá la verdad.

—Lucrecia, no podés ser tan buena. ¡Parece que no hubieras aprendido la lección! Baltasar se merece ser arrojado a las tinieblas. Tenés que olvidarlo y aprovechar esa facultad de la memoria. Suprimirlo de tu mapa afectivo y eliminar así el padecimiento. Con el olvido ejercemos la crueldad y con la indiferencia denigramos a los demás.

—María Liz —dijo Lucrecia, exaltada por lo que acababa de escuchar—, estás siendo muy draconiana. Estoy pasando por un momento más difícil de lo que imaginás, te pido paciencia y cariño, creo que no puedo seguir tolerando críticas e incomprensión.

—Estoy como siempre a tu lado, soy nada más que un sostén moral. Si te lastiman también me hacen daño a mí. Por suerte lo de Baltasar no pasó de una tontería, imaginate si el atorrante te dejaba embarazada y luego se daba a la fuga. Eso sí que hubiera sido horrible.

Luego de estas palabras Lucrecia sufrió una crisis nerviosa. María Liz quedó atónita, sin poder desentrañar las razones de la reacción de su amiga.

—¡Por el amor de Dios cerrá la boca! Estás convirtiendo un amor no correspondido en una tragedia griega.

—¡Bueno, bueno! No quise herir susceptibilidades, perdoname. Solo pretendía ser honesta con vos, pero mejor cambiemos de tema —sugirió María Liz.

—Esta charla se termina aquí. Estoy cansada y aun no me he recuperado de la estancia en Buenos Aires. Fue difícil acompañar a mi madre pues no era una paciente fácil. Necesito descansar, mejor nos vemos mañana.

—Cuidate amiga, te extrañé mucho y quiero volver a sonreír con vos.

Lucrecia dejó de dar vueltas por los ambientes sociales, su carácter no se malhumoró pero incorporó elementos taciturnos. Para mantener bajo control su tristeza, se involucró en actividades caritativas, que realizaba sin ningún tipo de publicidad. Solo conocían de este compromiso social sus padres, María Liz y los miembros de la seguridad, pues en una sociedad que percibía la amenaza del fantasma del comunismo este tipo de ocupaciones podrían ser malinterpretadas y consideradas socialistas.

Su principal proyecto fue el de agrupar a menores y huérfanos de la Chacarita y asistirlos con medicinas, vestimenta y alimentos. Los niños, para poder beneficiarse de la ayuda, tenían que participar los martes, jueves y sábados de las clases de gramática, lectura comprensiva y matemática que ella misma les impartía.

Esas actividades le permitían explotar su reprimido sentimiento materno y la hacían pensar que este trabajo mantenía encendida la llama de la esperanza del reencuentro con su niño, al que

imaginaba en cada sonrisa que recibía de sus nuevos niños. Compartir su tiempo con menores desamparados la contentaba. A todos los condescendía como si proviniesen de su vientre. Juzgaba que cuando estaba con ellos juntaba voluntad y determinación para sobrellevar el fastidio que significa el heroísmo cuando no se quiere ser héroe. Colaborar con los necesitados aligeraba su pesar, creía que su labor de beneficencia mitigaba la culpa que sentía por no haber tomado las debidas precauciones para evitar el secuestro de su hijo. Con este trabajo, además, creaba un mundo mejor en lugar de ser partícipe y beneficiaria del sistema que le había despojado con violencia de lo más preciado de sus afecciones.

Todas las mañanas, al despertar, se reprochaba con rigor lo ingenua que había sido. Ahora se sentía, además, cobarde. Estaba presa. Se despreciaba por no animarse a desafiar al entorno.

Ya no le interesaba llamar la atención de nadie, así que solía estar encerrada en su dormitorio. Se abocaba ahora a la lectura de textos filosóficos, clásicos de la historia del pensamiento político. Los leía detenidamente, subrayaba las frases o las reflexiones que le llamaban la atención y tomaba notas al margen. Inauguró sus «Apuntes para la memoria y la comprensión» donde realizaba resúmenes de sus lecturas.

La mayoría de los ejemplares fueron comprados durante su estadía en Argentina, algunos otros los obtuvo hurgando en la biblioteca de su padre, quien sin mucho éxito intentaba sustraerle y prohibirle la literatura valorada como subversiva. Ella se resistía a la censura. Leía a Lenin, sobre eurocomunismo, a Rosa Luxemburgo o el diario del Che.

Una noche, don Octavio entró súbitamente a la habitación de su hija y fue directo a la cómoda donde se encontraban algunos de estos materiales editados en Moscú y La Habana. Ella estaba tendida en su cama, leyendo, y reaccionó con rapidez. Se puso de pie enérgicamente y saltó sobre él.

El padre trastrabilló y se le cayeron los libros. Ella se agachó y los recogió, los apretujó contra su pecho. Él procuró persuadirla, recordándole que era un delito muy peligroso poseer ese material. La discusión aumentaba mientras Octavio enumeraba las leyes 294, «De la defensa de la democracia», del 17 de octubre de 1955, y la 209, «De la defensa de la paz pública y la libertad de las personas», del 15 de septiembre de 1970, ambas con dispositivos legales que se inspiraban en la Doctrina de la Seguridad Nacional. El padre argüía que estas normas legales proscribían y penalizaban las acciones y la difusión de ideas que propiciasen las luchas de clases. La aplicación jurisdiccional de estas leyes, bajo el estado de sitio, era inclemente con quienes, en forma pública o encubierta, desaviniesen sus prescripciones. Le señaló las consecuencias que podía acarrear la tenencia de materiales cuya lectura y divulgación estaban vedadas, la amenazó diciéndole que debía atenerse a las dificultades que conllevaba la sola posesión de esos libros. Estaba renuente a hacer ninguna concesión y se enfrascaron en una discusión subida de tono. Lucrecia se negaba con excitación a entregar el material. El padre, ofuscado, la estiró de los brazos, ella retrocedió y con ira los contuvo con más encono entre sus extremidades. En ese instante entre ambos se desarrolló un escueto diálogo que reflejó el declive de la autoridad paterna y el poco respeto que su hija sentía hacia él.

—Lucrecia, sos una insolente. ¡Te volviste loca! —le espetó don Octavio.

—Y vos debés aprender que hasta para hacer las veces del inquisidor Torquemada hay que tener autoridad moral —repuso sonriendo sarcásticamente y tomando distancia de él.

—Te equivocás y te aseguro que te faltará tiempo para arrepentirte de tu conducta y de tus palabras.

—Tenés razón. Mi conciencia no me deja tranquila cuando recuerdo lo que dejé de hacer —

afirmó ella.

—Ojalá recapacites. Nos necesitás hasta para hacer caridad, dependés de nosotros, pues, aunque gritás como un valiente soldado, te escondés como una inválida en la sombra de esta casa. Tenés que aprender a respetar a tus progenitores.

La convivencia pacífica en la casa de los González-Miranda estaba asegurada en la medida en que los integrantes de la familia lograran simular que lo pasado estaba olvidado y enterrado. Hubo palabras, fechas y episodios que no volvieron a mencionarse nunca. Para ello no se debían pronunciar los nombres de determinadas personas, no se alentaban los vínculos con los amigos que pudieran sospechar algo y no se debía abrir la boca para mencionar una palabra de política o enunciar un juicio sobre ella. El pasado se convirtió en un pesado lastre no por lo que se recordaba de él, sino por lo que se debía olvidar.

Gudrun continuó con las labores hogareñas, para ella el aislamiento social no suponía ningún sacrificio. De hecho, nunca fue proclive a socializar, únicamente su propensión a servir a las ambiciones del marido era lo que la llevaba a estar presente en los eventos sociales. Nunca tuvo gracia ni inspiró simpatía, pero, debido a todo lo que le tocó vivir, reaparecieron con más atrevimiento aspectos emocionales superados de su personalidad de adolescente. Rebrotaron en su manera de ser las características de mujer tosca, porfiada, argel e introspectiva. Se volvió más ruda y su trato con los demás se transformó en más tajante e imperativo. Solo encontraba sosiego en compañía de Octavio, él era su cómplice, el único hombre que había conocido en su vida. Los reveses y sus derivaciones los unieron de tal manera que ambos perdieron la capacidad y el coraje de la iniciativa individual. Ella no decidía nada, por insignificante que fuera, sin consultar con él, y Octavio no daba un paso en falso sin la opinión de Gudrun.

Para Octavio todo había cambiado. Su concepción de la familia retornó al origen: la pareja. Dejaron de ser los tres para volver a ser ellos dos, pues Lucrecia era irrecuperable. Las cosas no volverían a ser como antes, incluso su carrera estaba perdida, se había convertido en un sinsentido pretender ser el sucesor del General-presidente. Desistió de seguir acumulando más poder, su consigna se había transformado en no sumar nuevas parcelas de influencia. Lo sucedido sembró entre él y Stroessner la incertidumbre con respecto a su tan mentada capacidad intelectual y de gestión. ¡Cómo el Rubio iba a confiar en quien ni siquiera era capaz de controlar su *kokué*! La posición política asumida era su única salida, pues su porte de político seguro de sí mismo empalideció y su liderazgo quedó muy debilitado por todo lo ocurrido en su familia. Sabía que mantener sus aspiraciones acarreaba el riesgo de que lo embarrasen reflotando el crimen de Baltasar y la actuación encubridora de Lucrecia. En cambio, desprovisto de ambiciones presidenciales se convertía en una figura funcional a los proyectos continuistas en formación. Reconocía las desventajas de intentar ser el número uno y prefirió actuar desde la penumbra.

Octavio percibía su limitada capacidad de intervención y la casi inexistente posibilidad de dirigir la vida de su heredera. Comprendía que la situación era delicada y que demandaba mucho tacto manejarla y supervisarla. El cautiverio de Lucrecia no debía aparentar lo que era, ella tenía que sentirse libre y sin ataduras. No debía ofrecer resistencia al plan de vida pergeñado por él y era mejor que creyera que la seguridad policial que la acompañaba a todas partes no estaba para controlarla, sino para impedir un atentado en su contra. Constantemente el Ministro le advertía que la vida de toda la familia corría peligro por las prácticas habituales de retorsión de los insurrectos que sin reparos aplicaban la Ley del Talión: «Ojo por ojo, diente por diente». Así mismo la aterraba con el cuco de que el terrorismo la quería secuestrar para que testimoniara

sobre el supuesto sacrificio heroico de Baltasar. Decía que la causa criminal de insurrección marxista necesitaba de un nuevo mártir. Para evitar cualquier tipo de escándalo había que revestir a la mentira con apariencias de verdad, la colaboración de ella era insustituible. Otro desatino como el anterior supondría el final de su carrera; es decir, su cabeza rodaría.

Los padres se esmeraban en no irritar a la hija, no la querían enervar, estaban forzados a aguantar aunque fuera en contra de su voluntad las manías y antojos de su resaca afectiva.

Mientras tanto, como queriendo pasar desapercibida y ganarle tiempo al tiempo, Lucrecia seguía con su tesis de mimetizarse con el enemigo. Conquistó el método del autocontrol, no respondía a las insinuaciones y no hablaba de lo que la afectaba. Su desconsuelo no cedía y ella no lograba recuperar un nivel mínimo de estabilidad emocional. Le dolía el corazón de tanta injusticia, su hombre asesinado, su hijo secuestrado. Se preguntaba por qué habían salido tan mal las cosas en su vida. ¿Por qué le negaron la felicidad, siendo que nunca hizo el mal a nadie? Le dirigía a Dios ese reclamo, ahora que su vida era un calvario. Se respondía a sí misma, resignada: «¡Y por qué no a mí!»

Padecía de una tremenda depresión escondida tras su orgullo y su fuerza. Había momentos en los que permanecía por horas acostada mirando un punto fijo, su mirada se extraviaba, sus ojos en éxtasis buscaban un horizonte que no estaba al alcance de la vista, el que escrutaba no con los ojos sino con la imaginación.

El dolor emocional se trasformó en insomnio, padeció trastornos menstruales, había días en los que no quería ver a nadie. Dejó de confiar en los médicos y comenzó a automedicarse, falsificaba recetas que prescribían píldoras para conciliar el sueño, aminorar la ansiedad y controlar la sensación de pánico. Se convirtió en una fármacodependiente que a donde iba llevaba consigo su farmacia a cuestas.

A pesar de su tristeza no perdía su humor ni su ironía. Usaba una cartera, que denominaba «el perdedero», en la cual llevaba sus libros, sus cuadernos de anotaciones, su perfume, sus pañuelos y sus infaltables medicinas. Cada vez que por algún menester sumergía su mano en el envoltorio de objetos, nunca hallaba, de buenas a primeras, lo que buscaba. Debía hurgar un par de minutos para encontrar aquello que había motivado la búsqueda.

El perdedero se convirtió en su muleta, los fármacos la acompañaban a todas partes. Saber que contaba con sus pastillas le devolvía cierta sensación de seguridad en sí misma. Los tranquilizantes, los ansiolíticos y los reguladores de la digestión que consumía libremente la adormecían y le dejaban un sabor desagradable en la boca cada vez que se despertaba.

El aturdimiento la conducía a sentirse desorientada, la espera del reencuentro le resultaba más larga de lo imaginado. Percibía que no podía escapar, los recuerdos estaban cada día más vivos, le parecía que todo había sucedido ayer.

El tiempo, conocido por su virtud de implacable en la proscripción de los recuerdos, no cumplía con su misión de calmar el dolor que inmortalizaba su vida lastimera. Lucrecia se sentía pobladora de un presidio en el cual estaba prisionera en la celda de los sueños rotos.

CAPÍTULO 33

Nace una esperanza

LUCRECIA, A PESAR DE QUE LA PENA LE COMIERA las entrañas y las pastillas le adormecieran la sangre, entendía que debía mantenerse con vida y fuerte para lograr encontrar a su hijo. Esa era la única razón que tenía para despertar cada mañana, encontrarlo.

Su nuevo plan consistía en soslayar el envilecimiento de su espíritu y su dolencia moral, así que se propuso dedicar un par de horas diarias a ejercitar el cuerpo. Lucrecia intuía que la salud física terminaría matando a la enfermedad moral.

El sudor y el cansancio producto del desgaste corporal serenaban sus fastidiosas penas. La extenuación física le producía complacencia y apaciguaba sus pesares. Por este motivo, entrenaba casi todos los días en el parque Caballero.

Terminados sus ejercicios de rutina, que solo suspendía en los días de lluvia, retornaba a su casa y tomaba una ducha caliente que la recomponía. Este esfuerzo corporal era la herramienta que usaba para apartar de la mente el deseo del suicidio. La idea de la muerte la emboscaba de manera obsesiva y Lucrecia se aterraba de la impresión liberadora que le producía.

Como los desahuciados, también ella sucumbía a la tentación de que todo acabara. Cada día recordaba lo sucedido y terminaba trastornada y abrumada. Nunca hallaba respuesta a sus preguntas y, si bien la sugestión de la inmolación la aligeraba, sabía que de ella, solamente de ella, dependía su salvación. Si seguía manteniéndose firme, tal vez lograría encontrar a su hijo. Debía sobrellevar el quebranto que le significaba vivir con el dolor soterrado en el alma.

Una mañana, luego de haber corrido cerca de diez kilómetros, un hombre se le aproximó mientras elongaba. El hombre, que parecía tener cerca de treinta años, era esbelto, delgado pero con abundante musculatura, de rostro alargado pero agradable, ojos pardos y saltones y abundante cabellera de color castaño. Tenía la risa frecuente y cuando sonreía se le formaban dos hoyuelos. Llevaba la barba bien afeitada, su nariz recta reflejaba una personalidad firme, auténtica y responsable. Proyectaba la imagen de las personas que siempre tratan de ser veraces. Se aproximó y le preguntó a Lucrecia:

—Señorita, ¿no le molesta si me acerco? Tal vez usted pueda ayudarme con una duda que tengo.

—Dígame usted en qué puedo serle útil.

—La he visto correr como si fuese maratonista. ¿Es usted atleta de competición?

—¡No, para nada! Solamente disfruto con el deporte. Además, mi salud lo necesita —repuso Lucrecia.

—Pues en apariencia usted goza de un estado físico excepcional —dijo él.

—Bueno, se hace lo que se puede.

—¿Puedo preguntar tu nombre?

—Me llamo Lucrecia González, ¿vos cómo te llamás?

—Mi nombre es Guillermo Magraner.

—Tu acento suena como el de un rioplatense. ¿Sos uruguayo o argentino? —inquirió ella.

—Soy de Buenos Aires y ya sé que acá los porteños no somos bienvenidos pues se nos considera unos chantas.

—No solo eso. Se creen europeos, reniegan de ser latinoamericanos y son unos pedantes de marca mayor. No quiero ofenderte, espero que no te sientas aludido. Sé que las generalizaciones son injustas.

—¿No te parece que hay mucho prejuicio en tus expresiones?

—Es lo que se dice. De todas formas, los argentinos del interior del país son diferentes, humildes y formidables, como pasa en todos los países.

—No voy a discutir con vos, aunque espero poder escaparle a esta generalización —dijo con una sonrisa imperceptible.

—Puede que seas la excepción que confirma la regla —dijo lacónicamente—, pero eso está por verse.

—Sería genial si me dieras la oportunidad de demostrártelo. Por ahora me alcanza con que podamos correr juntos pronto —exclamó él.

—La vida me ha vuelto un poco desconfiada. ¿Qué hacés en Paraguay?

—Me dedico a la cría de ganado, vengo de una familia de ganaderos. Tenemos un campo en el Chaco, y en la Argentina también nos dedicamos a la misma actividad.

—Entonces estás a menudo por Asunción.

—Exactamente, me paso recorriendo los establecimientos de acá y allá.

—¿Sos médico veterinario?

—Empecé los estudios, pero fueron años agitados los que vivimos y la universidad no era un lugar seguro, así que preferí abandonarla. Fue en ese momento cuando papá decidió comprar un campo fuera de la Argentina y me encomendó a mí organizar nuestra inversión. Hace varios años ya que voy y vengo. Ya me siento local acá.

—Por lo que me decís asumo que conocés cómo funcionan las cosas en este país.

—Ya aprendí las reglas del juego, hay cosas que me gustan y otras que no son de mi agrado. Lo digo con respeto, sin ánimo de ofender. En mi país la situación recién se empieza a normalizar, somos conscientes de que se cometieron muchas irregularidades.

—Te cuidás mucho al hablar, ¿siempre sos tan juicioso?

—No es que sea cuidadoso, no deseo ser irrespetuoso. Me encanta Paraguay, pero he visto que acá la gente reacciona con sensibilidad cuando un extranjero habla de temas locales y en especial si es un argentino. ¿Vos conocés Argentina?

—Si, pero no fue una grata experiencia.

—¿Qué pasó? ¿Tuviste algún problema derivado de tu situación familiar?

—Por lo que acabás de decir deduzco que sabes quién soy. Si no vas a ser honesto conmigo esta conversación se termina aquí. Me hastían, les tengo fobia a las personas deshonestas. ¿A dónde querés llegar con tus secretitos? —inquirió Lucrecia mal entonada.

—Disculpame. ¿Pensás que soy un espía o un farsante? Soy un hombre rutinario y hace un tiempo que te veo entrenar todas las mañanas en el parque Caballero. Atraído por tu belleza, pregunté por vos. En mi círculo de amigos todos te conocen, supongo que esto no te sorprende, pues la sociedad asuncena es muy pequeña. Todo lo que sé es que sos hija del ministro del Interior. Y para poner las cosas en su lugar ahora mismo te garantizo que jamás indagué sobre

tus asuntos personales —respondió Guillermo con un hablar pausado y calmo.

—Habrás escuchado cualquier disparate, se inventan tantas historietas relacionadas con mi vida. Cuando no se sabe se recurre a lo más sencillo, fantasear.

—En lugares tan pequeños no existe la posibilidad del anonimato y se acrecienta así la vigilancia social sobre el individuo.

—¡Todo un sociólogo!

—No te burlés de mí —respondió Guillermo con aire de fastidio.

—¡Pero qué irascible sos! No fue mi intensión ofenderte. Solo estoy intentando saber si me encara un trotamundos o un hombre con buenas intenciones.

—Espero no desilusionarte, pero ni por aproximación estás hablando con un aventurero. No soy el estereotipo del hombre canchero. Me podés clasificar dentro de lo que se denomina un tipo normal, carezco de toda excepcionalidad. ¡Mirame, soy como me ves, de carne y hueso! Me habita una sola persona, por dentro soy igual que por fuera. No me presto a los juegos fútiles, tampoco pretendo ser el salvador de la humanidad. Sin molestar a nadie y sin que me molesten, vivo la vida a mi manera. Muchos la juzgarán como una existencia anodina, sin expectativas ni desafíos. Procuro encontrar la felicidad en las cosas sencillas, valoro los pequeños detalles, me entusiasma no dejar nada para mañana y me atormenta más el aburrimiento que la soledad.

—Yo no soy quién para juzgar a los otros. Respeto que cada quien en su forma halle la felicidad; cada uno es feliz a su estilo. Sinceramente me sorprende tu manera de encarar la vida, me agradan las personas diáfanas que no esconden su verdadera personalidad ni o camuflan sus intenciones. La sed de reconocimiento social ensoberbece; a mí también me molesta exponerme en público. Yo prefiero, aunque no me creas, llevar una vida retraída.

—¡Aleluya! ¡Por lo visto nuestras personalidades se parecen! —dijo entusiasmado Guillermo.

—Así parece. Yo ya no soy la de antes. En el pasado mi vida estaba cargada de compromisos y actividades sociales, pero tropecé y pagué la cuenta. Hay veces en que la realidad es muy dura y la gente que menos te imaginás te da un golpe bajo.

—¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo daño?

—La falta de experiencia me guio por caminos equivocados y sin darme cuenta caí en medio de ambiciones que lidiaban entre sí. No supe actuar como una fiera y terminé devorada como un cordero y entendí que no hay peor daño que el que nos infringimos por nuestra impericia. Hay veces que nuestra propia ingenuidad y bondad son las herramientas que los otros utilizan para perjudicarnos, pero el error radica en la fe ciega que tenemos en determinadas personas. La traición de los demás exige que hayamos depositado previamente en ellos nuestra confianza. No pueden traicionarnos los que no gozan de nuestra consideración.

—¡Contame qué te hicieron!

—No quieras consolarme, ya no acepto que me traten como a una minusválida. Solo los débiles necesitan compasión. Ahora soy desconfiada. No tengo nada en tu contra pero tampoco nada a tu favor. Cerremos aquí este primer encuentro. Ya hemos hablado de cosas de las que no hablan dos desconocidos.

—No tomés mi curiosidad como un interrogatorio policial. No quiero parecerte impertinente y menos aún un desubicado. Ya sé que no creés en promesas y tendrás tus buenas razones. Tengo mis defectos, mis propias inseguridades, pero, así como detesto que me usen, tampoco acostumbro usar a los otros. Me encantaría volver a verte, ¿te puedo llamar por teléfono?

—Me vas a encontrar aquí siempre que no llueva.

—Hasta pronto, entonces, Lucrecia.

—Hasta pronto, Guillermo.

Se despidieron sin pautar un reencuentro.

Ella concurría todas las mañanas al parque para realizar sus ejercicios y distraía su concentración buscándolo. Él, que viajó al día siguiente de su primer encuentro al campo, se ausentó por unos días de Asunción pero ella no lo sabía. Después de mucho tiempo una persona le volvía a causar una impresión que la inquietaba, había algo en él que la había dejado abstraída. La conversación no le produjo el sobresalto de haber estado con un seductor; su elocuencia le resultó moderada, su estilo no era invasivo, al contrario, un poco tímido y esquivo. Le parecía que tenía buena presencia sin ser nada excepcional: poseía buenos modales, se notaba que provenía de una familia pudiente y su manera de hablar denotaba un nivel cultural superior. La conmovía la paz interior que él provocaba en ella.

Aquella vez en la que hablaron ella logró sentirse relajada y lo percibió como un hombre sensible con el que se podía mantener un diálogo sin arriesgarse ni correr peligro. Le resultaba un hombre diferente de los que había conocido; le transmitía seguridad y ella necesitaba ese sentimiento.

Más que miedo, Lucrecia padecía confusión, no sabía cómo eludir la realidad que la apresaba. No tenía noción alguna de qué hacer para encontrar a su niño, pero sí imaginó que, tal vez, Guillermo, siendo argentino, tendría alguna idea de por dónde empezar la búsqueda. Lucrecia sabía que necesitaba a alguien de fuera de su entorno, que no estuviera bajo la vigilancia a la que ella era sometida. Ese alguien podría viajar e indagar y hacer las gestiones ante los organismos nacionales e internacionales que estaban investigando sobre las desapariciones y el tráfico de bebés.

Los fantasmas del pasado no la dejaban en paz, se concebía agobiada por un entorno inhóspito que le reavivaba las lesiones que la habían quebrantado. Cuando las pesadillas iban a su acecho le destrozaban los nervios, la cabeza le daba vueltas, su cuerpo se afiebraba, se humedecían sus prendas de vestir, se sujetaba las rodillas con los brazos entrelazados y quería gritar para liberarse del cautiverio.

Muy pronto vislumbró que Guillermo significaba la salida del laberinto en el que se encontraba. Las comparaciones con Baltasar no se hicieron esperar, pero enseguida comprendió que eran dos seres diferentes.

Guillermo, por suerte, trasmitía la impresión que dejan las personas sobrias cuyas ambiciones no traspasaban los límites de su destino particular. Lucrecia pensaba que su deseo de felicidad era individualista, sentía que no le interesaba ninguna clase de reconocimiento social. No parecía un individuo mordaz, daba más bien la sensación de poseer la madurez emocional de las personas que saben lo que quieren en la vida. Baltasar representaba todo lo opuesto.

Finalmente, una mañana, Lucrecia lo descubrió en el parque. Su corazón se emocionó. Él había vuelto. El camino se hizo solo, pues los dos coincidían en que querían la amistad del otro, ambos estaban necesitados y apresurados por construir una relación de la que pudiese surgir compañerismo. La diferencia radicaba en que él buscaba una relación que lo sumergiera en el amor, quería rehacerse en un sentimiento con sentido de inmensidad. En cambio ella esperaba amistad y contención emocional, se sentía impedida de dar o recibir cariño, tenía una deuda pendiente que saldar y el recuerdo de Baltasar no aminoraba.

Guillermo deseaba establecer un vínculo amoroso con Lucrecia. Sus intenciones, aunque las disimulaba, eran diferentes a las de ella. Antes del primer encuentro ya estaba enamorado. Desde el inicio para él quedó claro que el contenido de la relación superaba los aspectos meramente

amistosos, debía ser más que pura amistad; para ella las cosas no estaban tan bien definidas. Después de su única y última experiencia amorosa había perdido la sensibilidad afectiva, no percibía que la amaban ni podía sentir amor, identificaba el amor con lo más dramático de la existencia. Se convirtió en una nihilista que descreía de la nobleza de los sentimientos.

Se pusieron de acuerdo tácitamente en coincidir en el horario. El entrenamiento incluía trotes y diversos ejercicios para fortalecer la musculatura. Más rápido de lo previsto, la plática se tornó más necesaria y gratificante que la gimnasia. Ella encontraba en él la apertura a otros horizontes, sentía que cuando departían olvidaba los aspectos amargos de su existencia. En la medida en que iba recobrando la seguridad en sí misma y ganaba confianza en él, reverdecía su esperanza de revertir las adversidades. Parecía que a ambos las derrotas y pérdidas que les había propinado la vida les sirvieron para disminuir sus expectativas en las relaciones humanas.

Sin las ilusiones ni la determinación de los que esperan mucho a causa de su abstinencia vital, se abocaban prodigiosamente a cultivar su vínculo y se contentaban con establecer un régimen de compañerismo y armonía que les permitiese superar el estado de soledad y pesadumbre.

La relación fue evolucionando porque los objetivos que ambos tenían fueron satisfechos. Lucrecia y Guillermo empezaron a salir y frecuentar otros sitios. Iban a todos los estrenos de películas hollywoodenses y europeas, cenaban en una parrillada y luego iban a tomar un postre a alguna confitería de moda.

Ella esperaba ansiosa las llamadas telefónicas que anunciaban su regreso de la Argentina o del campo. Compartían el gusto por la música y los libros, él la abastecía de las novedades musicales, le regalaba los nuevos éxitos y las últimas publicaciones que adquiría y traía de Buenos Aires. Los encuentros, las visitas y los paseos duraban horas. Ellos no eran conscientes del tiempo transcurrido. Al final de cada cita ella repetía una frase, como su fórmula sacramental de decir nos vemos mañana:

—«Se ha hecho tan tarde y no nos dimos cuenta. Todavía tenemos que hablar de tantas cosas…»

Cuando Guillermo la visitaba en su casa siempre charlaban hasta pasada la medianoche. Los padres de Lucrecia aceptaban esta presencia. Estaban convencidos de que ya eran novios cuando ellos no eran más que buenos amigos. Evaluaban la relación como parte del proceso de normalización al que su hija debía someterse, le atribuían un efecto de sanación. Había que dar vuelta a la página, y, según su entender, un viejo amor se mataba con uno nuevo.

A través de los medios disponibles, y para bienestar de la triada, se debían borrar las huellas de las experiencias desgarradoras del pasado. Para Octavio y Gudrun, el joven Magraner reunía los méritos y combinaba las virtudes necesarias para ennoviar a su hija: económicamente bien ubicado, atento, educado, no ostentaba una personalidad avasalladora pero se lo veía como una persona ecuánime y conservadora.

Lucrecia, con el pasar del tiempo, sintió que la compañía de Guillermo trascendía la neutralidad afectiva. Ya no se trataba solamente del aliado que necesitaba, del hermano que no había tenido, de su válvula de escape, del interlocutor para tertuliar, del comentarista de las novedades literarias y del compañero de entrenamiento. De forma ininterrumpida y acrecentada iba percibiendo que sus sentimientos se sometían a una transformación inusual semejable a un eslabón superior que conduce a la dicha. Se admiraba de cómo se erizaba su piel cuando le acariciaba las manos. Su corazón palpitaba más aceleradamente cuando la abrazaba y cuando la besaba en la mejilla quería que fuera en los labios. Su cabeza reposando sobre el hombro de Guillermo se emancipaba de lo que solía aturdirla. Su presencia no solo le prodigaba sosiego,

sino también entusiasmo y alegría.

El cambio de estatus de la relación no la asustaba y se convenció de que el hombre con el que compartía su soledad la amaba. Comprendía la personalidad de Guillermo y estaba dispuesta a tomar la iniciativa. Ella había perdido el don de amar y se justificaba pensando que el sufrimiento padecido la autorizaba a tener una actitud egoísta.

Se puso a evaluar el momento oportuno para poner todas las barajas sobre la mesa, no quería esperar más tiempo, empezó a sentir apuro y a la vez la sensación de que, por segunda ocasión, se le podía esquivar la felicidad. Decidió tomar el toro por las astas, su luto ya duraba demasiado y Guillermo había demostrado ser una persona comprensiva, respetuosa, dulce y honesta.

CAPÍTULO 34

Toda la verdad

GONZÁLEZ MIRANDA LAMENTABA EL CAMBIO político llevado a cabo en la Argentina en 1983, entre otras razones, porque el esquema de cooperación de inteligencia político-militar entre los dos gobiernos autoritarios había quedado desactivado. Las nuevas figuras del gobierno democrático actuaban inamistosamente, era improbable la más mínima colaboración en áreas sensibles a la seguridad de los estados. Esto significó para el Ministro la imposibilidad fáctica de averiguar los antecedentes penales, políticos y familiares de Guillermo Magraner; normalmente las autoridades militares le hubieran procurado sin trámites burocráticos el pedigrí del aspirante a yerno.

En la capital bonaerense la democracia se restableció, poniéndole punto final al proceso de reorganización nacional liderado por las Fuerzas Armadas. El triunfo del civismo formaba parte de una ola democratizadora a nivel regional y mundial. La cronología de los sucesos políticos no favorecía la perpetuidad del régimen autoritario del General-presidente que iba en contra de la corriente con la tendencia que acometía el restablecimiento del Estado Democrático de Derecho. Soplaban vientos que enardecían e ilusionaban las voluntades ciudadanas, el sueño de la libertad volvió a seducir a los pueblos.

Con el desplazamiento de la dictadura militar argentina del poder se dieron a conocer y tomaron estado público todo tipo de brutalidades cometidas contra los derechos humanos. Se identificó a las víctimas y a sus victimarios, se creó la categoría de desaparecido, que fue utilizada para aquellos individuos que fueron secuestrados, torturados y asesinados sin intermediación judicial, cuyo paradero definitivo no se encontraba registrado. La consecuencia principal de este método de eliminación del enemigo implicaba el homicidio de los arrestados y su posterior desaparición. No se sabía si habían sido arrojados al mar o enterrados en fosas comunes con las siglas «NN». Nunca se supo dónde los sepultaron.

Las investigaciones descubrieron la red de comercialización que se organizó para vender a los hijos de los subversivos. Este descubrimiento atroz evidenció que esos niños estaban aún con vida y crecían con identidades y padres falsos. Distintas organizaciones de derechos humanos se pusieron en campaña para recuperar la memoria de los que habían sido eliminados de la faz de la tierra en un acto de barbarie, ubicando a sus descendientes, que deambulaban por el mundo con historias y nombres falsos.

Los tiempos se politizaban aceleradamente, minuto a minuto, hora a hora y día a día. Las conversaciones entre Lucrecia y Guillermo se hacían eco de los cambios políticos que sucedían, y en sus diálogos súbitamente la política reemplazó a la literatura y a la música. Ella le preguntaba sobre lo que pasaba en su país. Para Guillermo cada retorno suponía un cuestionario en el cual era notorio que Lucrecia poseía información detallada que quería confirmar. Él se

mostraba locuaz, la informaba y le proporcionaba diarios y revistas que analizaban el proceso de reinstalación de la democracia; ella, denodadamente, se interesaba por los derechos humanos y él era renuente a hablar del tema.

Guillermo parecía más interesado en referir cuestiones relacionadas con el sistema de partidos, la situación económica, los problemas limítrofes entre Chile y Argentina y los procesos de reinstitucionalización en otros países. Les llamaba la atención que, en la medida en que se interiorizaban y ocupaban de temas atinentes a las violaciones de los derechos humanos, se agrandaba entre ellos el marco de convergencia. De manera unívoca, condenaban con repugnancia las salvajadas cometidas por los gobiernos desaprensivos contra la integridad humana. Cuando profundizaban en este tema exteriorizaban el padecimiento de los familiares de las víctimas, se les anegaban los ojos en lágrimas, la voz se les enronquecía, sus mentes divagaban y las manos les temblaban. Lucrecia se descomponía y perdía el control.

En esas circunstancias él la tomaba de los brazos y ella descansaba su cabeza sobre su hombro para llorar confiriéndole expresividad a su dolor. Él le daba de beber un poco de agua y le cedía su pañuelo para que se secara las lágrimas. La conmoción emocional de esos momentos era incomprensible para ambos, y cada uno justificaba su perturbación con un argumento falaz. En su mudez pensaban que se trataba de un caso de empatía, ninguno podía siquiera imaginar el involucramiento del otro en los procesos que trituraron vidas y deshonraron las funciones protectoras del Estado.

Lucrecia no podía seguir fingiendo frente a él, mientras que Guillermo era lo más distante a una persona desabrida, en su forma de actuar guardaba siempre las formas y respetaba los tiempos. En él escaseaba la característica más elemental del enamorado: la ansiedad. No es que fuera frugal con sus emociones o inseguro de lo que sentía; se trataba de una personalidad que concebía el amor puro como la expresión más libre de los sentimientos. Repudiaba cualquier barniz que sirviera para fingir las emociones; asimismo no aceptaba, por inapropiadas, la coacción, la inducción o el engaño como fuentes de amor. Se decía a sí mismo para justificar su austeridad afectiva: «Aunque fatigue, el hecho de dar es una liberalidad y pedir es un acto de dependencia. Lo que se dio, de algún modo retorna. Lo recibido se convierte en una obligación». «El amor sublime —pensaba— debe emerger, cobrar forma y sentido en un instante de espontaneidad». Creía que el día menos pensado, en un momento inesperado, quizás más de mañana que de noche y sin premeditación, se abrirían los corazones para ostentar sin pudor y profesarse el cariño que cada uno tenía por el otro. Lucrecia se propuso aprovechar el próximo encuentro para abrirle su corazón y hablar sin disimulos. Resolvió contarle todo lo sucedido: el asesinato de Baltasar, su condición de madre soltera, la existencia del niño que había salido de sus entrañas y cuyo paradero ella desconocía. No quería justificar su pasado pero necesitaba explicarle la razón de su recogimiento, la causa de sus momentos de tristeza, el porqué de sus reacciones rudas e inesperadas, el motivo de su desesperanza y la recurrencia de sus crisis nerviosas. Quería contarle de sus noches blancas de insomnio, evitar sus arranques temperamentales y darle fundamento a su aislamiento social y mostrarle la raíz del distanciamiento e incomunicación con sus padres. En definitiva, darle una explicación de por qué había abdicado a su derecho de vivir una pasión en plenitud.

Pensaba que si transparentaba su pasado se libraría de sus cadenas y que si él toleraba su desdicha podría ayudarla a buscar a su hijo. Ella quería ser admitida con su pasado, la incomodaba mentir a la sombra de sus añoranzas. Presentía que el amor todo lo indultaba. Persistir en la mentira constituía una deslealtad hacia Baltasar y hacia Guillermo. Esperaba

ilusionada una respuesta afirmativa de parte de él, pero temía espantarlo con el relato de su calamitosa historia. En su interior anhelaba rehacer su vida junto a él y edificar un futuro donde los dos compartirían los sabores y los sinsabores del vivir. Junto a su hijo formarían una familia. Se creía usufructuaria del derecho de volver a empezar.

Se puso a pensar en el modo y lugar más apropiados para conversar sin inconvenientes. Pensó en un restaurant que tenía un hermoso jardín en el que servían la cena, cuyo tamaño y excesiva vegetación imposibilitaban una buena iluminación. Esto los ayudaría a mantener cierta intimidad y el perfil bajo que requería la confesión. Era el espacio apropiado para disimular sollozos, descontentos o alguna indisposición. Allí se haría, pues.

Guillermo la pasó a buscar ligero de cargas emocionales secundarias. Llegó a la hora acordada. La puntualidad, aunque considerada una virtud secundaria, era una característica que destacaba en su personalidad. Ella salió a su encuentro y lo saludó sobriamente con dos besos en las mejillas, pero no lo abrazó como de costumbre ni lo agasajó con elogios, tampoco demostró la efusividad que en las últimas semanas presentaba una tendencia alcista.

Se dirigieron al lugar elegido y durante el traslado intercambiaron muy pocas palabras. Ambos daban la impresión de reservar su locuacidad para el momento indicado. Los dos querían sanarse haciendo que el otro escuchara su historia.

Llegaron al lugar y escogieron una ubicación que les permitiese mayor intimidad, así que tomaron asiento en el sector más vacío. Pidieron cervezas bien heladas. De momento estaban inapetentes pero sí sentían la necesidad de desinhibirse.

—Estás muy hermosa esta noche, más que de costumbre.

—No seas exagerado, estoy igual que siempre. Si me ves más bonita que en otras oportunidades es porque tus ojos mienten —repuso Lucrecia con una sonrisa distendida en los labios.

—No quiero mentiras entre nosotros.

—No te he mentido nunca.

—Lucrecia, hemos charlado sobre todo de aquello que nos aparta de los sentimientos pues siempre utilizamos la racionalidad para ahogar los afectos. No nos hemos permitido sentir o quizás disimulamos lo que realmente sentíamos. Desviamos lo que podía hacer convulsionar nuestros corazones. Hemos sido una dupla de pusilánimes, atentos a inventar cualquier argumento que nos hiciera coincidir en el mundo de la abstracción y desatentos a nuestra realidad afectiva. Dos personas adultas como somos nosotros no se ven casi a diario para comentar las noticias de los diarios o la última creación literaria, existe entre nosotros una atracción que supera lo meramente intelectual.

—Lo que decís, ¿lo pensás o lo sentís? —inquirió Lucrecia—. Si nuestra relación te resulta incompleta, ¿por qué no lo dijiste hace tiempo? ¿Es qué la timidez doblega tu pasión?

—En varias ocasiones te repetí que soy una persona con un solo discurso. Digo lo que pienso y lo que siento, y si esperé hasta este momento fue para no marearte con mis pretensiones. El amor no debe regirse por convenciones, pues, si no es expresión genuina de los sentimientos, es sumisión.

—Gracias por tu paciencia. Ya me conocés muy bien, aunque sepas muy poco de mi vida y en especial de mi pasado —dijo ella.

—Estamos aquí para hablar de nosotros, de lo que fuimos, somos y queremos ser. Te confieso mis emociones en la sencillez de un te amo. Cuando no estás conmigo te añoro. Sueño con estar a tu lado hasta que me muera. Desde el día en que te vi te imagino junto a mí. Me alimento de

ilusiones. Para mí hay vida solo en vos y lejos de tu lado no hay nada más que desolación. Te amo, Lucrecia.

Ella le tomó las manos con ímpetu, su corazón palpitaba aceleradamente, sonreía como si estuviera alelada. Él sintió el alivio de recibir la respuesta que por tanto tiempo esperaba y soñaba. Enmudecieron por un instante, las manos estaban sudorosas y las miradas se clavaron en los ojos del otro. Lucrecia retomó la palabra:

—Aunque no lo creas, esta es la segunda vez que un hombre me declara su amor. Esa primera vez marcó mi vida y quiero contarte por qué. Te amo, Guillermo. Sos bondadoso, tierno y atento conmigo, y por el respeto que te profeso necesito contarte lo que fue ese amor fatídico.

—No tenés la obligación de contarme nada. ¿Por qué rendir cuentas de tus actos? No soy quién para absolverte de tus pecados, si los tuvieras.

—Más que de vos, se trata de mí —interrumpió Lucrecia.

—Si te hace feliz y te libera, pues adelante. Deseo estar a tu lado para disfrutar los momentos preciosos y enfrentar las adversidades —dijo él con convicción.

—Mantuve una relación intensa con Baltasar De la Sobera.

—Oí acerca de esa historia de amor. Me enteré por casualidad, jamás me puse averiguar. No es que no me interese saber, pienso que cada uno es amo y señor de su vida, a nadie incumben los asuntos privados de los demás. No tengo por qué hurgar en tu pasado y vos no le debés explicaciones a nadie. Tampoco yo tengo que avergonzarme de mi vida pasada, no hay nada que justificar —agregó él.

—Por favor, no se trata de discutir sobre el derecho a tener pasado, quiero que comprendas algunas cosas que, hasta hoy, no están zanjadas en mi vida. Y si vamos a estar juntos no solo debemos amarnos, también debemos respetarnos y acompañarnos. Yo necesito que me ayudes y para eso lo primero que debes hacer es escucharme —dijo Lucrecia, exaltada.

—Disculpame, no era mi intención contradecirte, te escucho, mi amor —afirmó Guillermo.

—Tengo la obligación de hablar y actuar francamente con vos. Mi vida es una penumbra que no puede disolverse en ninguna luz. Me enamoré de Baltasar, no fui tan solo su novia, además fui su amante. Me amaba, teníamos planes de casarnos e irnos a vivir al extranjero. Pero de pronto mi mundo se derrumbó cuando lo asesinaron, la excusa que me dieron no justificaba que lo mataran, ni a él ni a nadie. Me destruyeron la vida pero no me vencieron. De mi vínculo con él engendré un niño. Nació en Argentina y lo separaron de mí en el momento del parto, no me permitieron mecerlo en mis brazos ni amamantarlo, ni siquiera pude besarlo. Mi hijo no sabe que soy su madre y yo no sé dónde está, siento que está vivo, pero no sé nada de él. Esta es mi herida abierta. Deseo, necesito recuperarlo. Su ausencia es un reto. Yo me he propuesto que sepa sus orígenes y aún no me he rendido. Me maltrataron cuando me lo robaron y he vivido con dolores que trascienden los límites de lo horroroso. Que te hayas atravesado en mi vida es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Al principio fuiste como el sucedáneo de una terapia y luego fui descubriendo la gran persona que sos. Ahora que estoy segura de que te amo he encontrado la fuerza para confesarte mi secreto y mi dolor. Vos te transformaste en una oferta de vida, en la posibilidad de volver a empezar.

—Lucrecia, mi amor, es tan desgarrador lo que me contás. Siento tu dolor como mío, me duele que te duela, me lastiman tus heridas, sangro por ellas. Tu lucha será la mía y así como tu cielo es mi cielo, tu infierno será el mío. Quiero ayudarte no solo porque te quiero, también deseo que el imperativo de la reparación venza a la impunidad de los que prescriben la muerte y a sus sicarios. Entiendo tu dolor por haberlo sufrido en carne propia. La barbarie, la insensatez, la

irracionalidad y la soberbia también enlutaron a mi familia. Nosotros éramos dos hermanos, Francisco y yo, él era dos años mayor. Inició sus estudios universitarios de derecho y sociología a principios de los setenta. Sin que nadie lo supiera, se enroló en las filas del partido peronista. En casa estábamos en el limbo, nadie se percató de su militancia política. Mis viejos esperaban tener un gran abogado en la familia. Mi viejo soñaba con que su hijo llegara a ser doctor en derecho. El viejo decía: «¡Será un gran jurista, presidente de la corte suprema!». Le decíamos Paquito. Mi padre le puso ese apodo en homenaje a su hermano mayor, el tío Paco, que todavía está con vida en España. Francisco era extraordinario, además de muy guapo. Tenía carisma y no había mujer que no sucumbiera a su poder de seducción. Poseía una mente privilegiada, leía una vez y luego podía repetirlo todo de memoria. Su verborragia mostraba un razonamiento profundo y donde estaba acaparaba la atención. Me cuidaba y aconsejaba en las cosas de la vida, parecía que presentía nuestra prematura separación. Era un tipazo, valiente y desprendido. Sin decirnos adiós, simplemente un día no volvió a dormir, y al día siguiente tampoco. Primero pensamos que estaba con una mina, lo que no era raro, pero cuando pasó una semana los viejos se preocuparon. Se pusieron en campaña para encontrarlo, movieron mar y tierra. Una mañana sonó el teléfono y atendió mi vieja. Un general los convocaba al ministerio del Interior. Yo me quedé en casa esperándolos. Nunca más volvieron a ser los que fueron antes de esa conversación. La tristeza galopaba en sus rostros. Yo preguntaba a los gritos por mi hermano, pero no me decían nada. Mi padre lloraba como un abuelo senil y mi madre lo consolaba, y yo empecé a imaginar lo peor. Pero cuando escuché el relato tomé conciencia de que no todas las realidades pueden ser imaginadas. El hijo de puta ese, cuyo nombre no recuerdo, informó a mis viejos que Francisco era un integrante del brazo armado de los Montoneros, que había cometido todo tipo de crímenes y que lo habían borrado del mapa. Supuestamente había caído en combate y no había manera de averiguar dónde estaba su cuerpo. Desde ese entonces mi padre se pregunta con desesperación furiosa: «¿Dónde fue a parar mi hijo? ¿Por qué Paquito no tiene derecho a una tumba con rosas blancas?» Lucrecia, mi amor, te comprendo pues sé lo que has vivido. Tu drama tiene otra dimensión y se desarrolló en circunstancias disimiles al mío, pero los dos sentimos lo mismo, la ausencia de seres muy queridos.

—Guillermo, qué historia tan triste —dijo Lucrecia, conmovida.

—Nos identifica el dolor y el afán de superar las causas que no nos permiten hacer la paz con la vida. Hay que someter al pasado, librémonos de sus demonios o nunca seremos libres y felices.

—No, Guillermo, no te equivoques. Yo no quiero olvidar ni a Baltasar ni a mi hijo. Mi esencia se compone de lo que amé, lloré y soñé y aun me falta —afirmó Lucrecia.

—¿Seguís amando a Baltasar? ¿Lo amás más que a mí?

—No, a él lo amo hace más tiempo.

—¿Cómo podés amar a dos personas al mismo tiempo?

—El problema no está en amar. Amar escapa a nuestra decisión, podemos amar irrefrenablemente contrariando el sentido común. Cuando amamos no sabemos por qué, no hay razón primera ni última. La dificultad radica en cómo serle fiel a los dos simultáneamente. El corazón que ama no puede ser condenado por amar, debería ser sancionado el que no sabe amar.

—¿Cómo resolvés ese dilema afectivo?

—A Baltasar lo amo por lo que fue y a vos por lo que sos. En mis sentimientos hacia él no hay compasión; no lo amo por el daño que le causaron, sino por su sentido de la hombría, su ternura, su inteligencia, su generosidad y su belleza. Me enseñó que los sentimientos que apasionan son

riesgosos y que se perpetúan por sus momentos de ternura más que por los de dolor. A vos te amo por lo mismo y algo más.

—¿Qué significa ese «algo más»?

—Vos sos mi realidad y él es el pasado que merece vivir en mi corazón como la ambición que lleva una flor en la boca. De todas formas, Baltasar no es lo importante de esta conversación. Lo más importante es mi hijo, recuperarlo.

—Siempre estaré a tu lado, Lucrecia. Hoy mismo empiezo a averiguar sobre tu hijo. Juntos vamos a encontrarlo.

—Gracias, Guillermo. Las traiciones me enseñaron que el atributo más estimable en las personas es la autenticidad, te admiro porque sos de una sola pieza. Sos mi ángel guardián.

CAPÍTULO 35

La convivencia

GUILLERMO HABÍA QUEDADO MUY CONMOVIDO con el relato de Lucrecia. El pasado de la mujer de la que se había enamorado vertía sobre él una nueva luz, y al mismo tiempo los unía en el dolor producido por la incomprensión.

Si bien Guillermo no compartía el accionar de su hermano Francisco, sabía que era un hombre noble y ese hecho lo hacía pensar. Tal vez Baltasar tampoco había sido un mal hombre. De todas formas, la reflexión era dolorosa y abría nuevas heridas, por lo que prefirió avocarse a la acción y puso toda su energía en encontrar al hijo de Lucrecia.

Guillermo desaprobaba que Francisco se hubiera involucrado en esos avatares que menoscaban o causaban perjuicios irreparables. Según el esquema mental del hermano menor, el mayor tenía a su disposición un bienestar material asegurado y sin estrecheces. Le sobraba facha, las mujeres se regodeaban con él, se rendían a su seducción y nunca le decían que no. Poseía las mejores perspectivas profesionales, dinero a discreción, automóvil de lujo y, como decía su madre: «tenía toda la vida por delante».

En otro orden de cosas, no concebía cuál era la causa que instigaba la avaricia del proceso político argentino motivado por intenciones impenetrables al sentido común y direccionado por sus elites con acciones sórdidas. Desde su pasividad y pesimismo meditaba: «¡Qué gran triunfo de la crueldad en el alma cuando se equipara el asesinato de seres humanos a la rentabilidad política! ¡Qué razonamientos torcidos aquellos que despliegan sus argumentos contra la libertad! ¡Qué desvaríos oscuros espolean los resentimientos de los pueblos! ¿Qué podredumbre intelectual justifica la exacerbación del dogmatismo?»

Y continuaba su reflexión: «Si es que es cierto que mi hermano optó por la lucha armada, estoy seguro de que su decisión testimoniaba el descrédito de las instituciones. ¡Qué aires nauseabundos respiramos cuando los verdugos ni siquiera tienen el tupé de enmascararse! Es grande la decrepitud moral que padecemos cuando la soberbia nos encoleriza y la muerte del enemigo es el epílogo del triunfo».

La penuria de sus entendederas lo irritaba. Le parecía imposible abarcar la totalidad del panorama. Sus observaciones, penetradas por una moral secularizada, le permitían concluir que, cuando los procesos históricos eran arrastrados por la ceguera de estar embarcados en la materialización de lo utópico, el corolario sería el renacer de formas atávicas de convivencia. Complementaba su razonamiento con un juicio categórico según el cual minar la validez de las instituciones gatillaba el movimiento circular del «eterno retorno» hacia el Estado regido por las leyes de la selva. La desaparición de su hermano lo desesperaba y la asociaba al destino de su país. Su dolor por la pérdida de Francisco calaba su razonamiento de escepticismo. Concluía que mientras la política se sometiera a la dicotomía de la opción armada y de la político-electoral y

prevaleciera la primera, significaría que la edificación del orden sociopolítico estaría escamoteando la vida. ¿Cómo justificar que una sociedad pueda legitimar el estigma de Caín? No podía comprender que una nación en posesión de abundantes recursos naturales y capital humano no pudiese apuntalar un perfil superlativo de convivencia política. En el colegio le habían enseñado que la Argentina antes de mediados de siglo era más rica que los propios países europeos, que era la nación del futuro, que la economía salía a flote, que la urbanización avanzaba, que los bienes colectivos eran accesibles para la sociedad entera, que su cultura era admirada en todo el mundo, que los inmigrantes llegaban para labrarse un porvenir, que eran diferentes a los otros pueblos de América y que la modernidad y el progreso alzaban cabeza coincidiendo con su evolución histórica. El orgullo nacional señalaba que era el primer exportador de maíz del mundo y el segundo país exportador de trigo. Sus haras y los establecimientos de producción de cría ganadera eran considerados modélicos y renombrados en el mundo entero; la carne argentina era codiciada y reunía calidad y precio. La vocación agrícola y pastoril del modelo económico no entorpeció el desarrollo industrial y la incidencia de la producción industrial en el producto interno bruto fue superior a la del sector agropecuario. El proceso de diferenciación y conformación de clases sociales supuso la consolidación de estrados intermedios que ocupaban cerca del 40% de la población. Al principio de la década del cincuenta la morfología social estaba compuesta de una «mesocracia» con expectativas de participación política.

Guillermo se interrogaba si el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 encabezado por el general J. F. Uriburu implicó el inicio de la preponderancia militar o la inauguración de un modelo político de «pretorianismo de masas». Sus conocimientos de filosofía de la historia eran insuficientes, no podía explicarse la situación de decadencia que vivía su país, se hacía la misma pregunta que Mario Vargas Llosa en su libro *Conversación* en La Catedral: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». Traducía esa interrogante a la realidad local: «¿En qué momento se había jodido la Argentina?» «¡¿Cuándo será, de una vez por todas, el santo día en que los argentinos asimilemos la lección de que los gobiernos no se bajan con insurrecciones armadas ni asaltando supermercados!?».

Infería que, si era incapaz de identificar el inicio del declive nacional, mucho más dificultoso le sería distinguir el estadio final de ese proceso. Sus conclusiones le infundían pesimismo con respecto a las posibilidades de desarrollo de la humanidad, reconocía que el género humano tenía potencial para ir hacia adelante o atrás y categóricamente sentenciaba: «La historia no posee linealidad, más bien es indeterminada o circular, por eso necesitamos escapar y no recaer en ella». Se consideraba un hombre sin engreimientos científicos, las disquisiciones históricas lo superaban y pensar por mucho tiempo en abstracto lo abotagaba.

Guillermo sabía que debía ayudar a Lucrecia. Si ella no recomponía esa parte de su vida, la convivencia que estaban encarando sufriría los vaivenes de una historia inconclusa. Consideró imperioso e impostergable que Lucrecia se reconciliase con su verdad pues vivir a espaldas o esquivando la realidad ofrecía la perspectiva de una existencia irresoluta.

Para compartir más tiempo con Lucrecia se trasladó a Asunción y ambos se fueron a vivir juntos. No abandonó sus obligaciones porteñas, por lo que frecuentemente viajaba a Buenos Aires para atender los negocios de la familia y acompañar a sus padres. Ellos aceptaron con júbilo la relación de su hijo con la paraguayita. Querían volver a verlo feliz como antes de la tragedia de Francisco.

Les daba mucha pena la historia personal de Lucrecia, que Guillermo les había contado

íntegramente. Desde la desaparición de Francisco se estableció entre ellos una comunicación sincera y cariñosa. La familia Magraner era lo opuesto a la familia González Miranda-Hoffmann. Luego del desastre, desarrollaron una lógica colectiva y la desdicha los cohesionó.

A pesar de la pena, los padres estaban felices con la nueva relación y estaban ansiosos y compelidos por el sentimiento de querer ser abuelos. Cuando Guillermo los visitaba le preguntaban por Lucrecia, querían conocerla. El hijo les explicaba que la situación era difícil. Era casi imposible que ella saliera sola de Asunción.

Tal vez era mejor esperar que la libertad llegara a Paraguay. Ya soplaban allí vientos de democratización. Los progenitores de Guillermo se comprometieron a colaborar para tratar de obtener información relativa al hijo de Lucrecia; a fin de cuentas no habían desistido de la búsqueda su primogénito, Francisco.

Con más fuerzas se pusieron al servicio de Lucrecia. Los padres de Guillermo aplicaron todo lo que habían aprendido en su propia lucha personal y contactaron con las embajadas de los países donde hipotéticamente podrían haber ido a parar las criaturas vendidas durante de la dictadura. También se conectaron con las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Recopilaron toda la información disponible en un archivo que actualizaban sistemáticamente y con meticulosidad científica.

Lucrecia era consciente de su suerte. El hombre que había elegido la estaba ayudando a ver la luz al final del camino. Guillermo tuvo que pasar muchos meses viajando entre una capital y la otra. Tuvo la sensatez de delegar la gerencia de los negocios familiares en gente capaz, honesta y de confianza. Priorizó su intención de construir un futuro junto a Lucrecia, se sentía empujado por el ansia de sus padres que recuperaban la alegría de vivir al verlo tan entusiasmado.

Quería, con todo lo que estaba a su alcance, ayudar a Lucrecia; ella debía sentir su apoyo, su solidaridad, su calor humano. Ella le confesó alguna vez que se sentía observada y acosada. Las imágenes del parto y el llanto de su niño la obsesionaban. Sentía asco cada vez que miraba a sus padres. Aparecían en su memoria las imágenes de su mundo demolido, y la asfixiaba la sensación de que lo que amara tendría un destino infausto.

Guillermo redobló sus esfuerzos para hacer feliz a Lucrecia y mitigar su malestar. Ella amaba sus atenciones, recibía con cariño los ramos de violetas que él le enviaba y endulzaba su amargura con los chocolates que le obsequiaba. A diario le repetía: «Lucrecia, al cambiarme el cielo, me cambiaste la vida».

Cada vez estaban más compenetrados, las separaciones les provocaban un hondo sentimiento de apego. Lucrecia sentía miedo, temía quererlo en exceso por temor a sufrir su partida, ya no aguantaba perjuicios emocionales y la irritaba la amenaza de que lo puro tuviera que perecer. A pesar de sus titubeos se aventuró y puso todo de sí para amar sin censuras y sin reservas. Además, quería devolverle el amor que él ponía en encontrar a su niño.

Guillermo era pertinaz en la prosecución de sus objetivos. Se planteó la meta de hacer realidad sus fantasías, quería ilusionarla con una nueva maternidad. Evitaban separarse y cuando debían hacerlo se comunicaban telefónicamente; sentirse cerca les infundía seguridad. Con sus miradas se deleitaban, invertían tiempo cocinando sus platos favoritos; deseaban agrupar el dolor, enterrarlo y disfrutar de una vida sencilla sin sobresaltos. Para alcanzar el máximo grado de goce quedaba la tarea pendiente de encontrar al niño.

Lucrecia, con el apoyo y acompañamiento que le proporcionaba su enamorado, recuperó la confianza en sí misma, volvió a creer que había esperanza para ella, lo que hizo que su cuadro afectivo fuera recomponiéndose aceleradamente. Le confesó a Guillermo su consumo de

tranquilizantes y barbitúricos. Se comprometió a dejar las pastillas y, para su asombro, le resultó más fácil de lo que se imaginaba. El proceso de desintoxicación únicamente le originó un leve síndrome de abstinencia.

La renuncia a las pastillas la ayudó a recuperar su vitalidad, de a poco logró dormir mejor y levantó su ánimo. A pesar del regocijo de su restablecimiento, no volvió a ser la adolescente de antes, la incauta que nunca había sido lastimada por las sordideces del espíritu humano. Recuperó la belleza y su atractivo se apoderó de nuevo de ella y refloreció la mujer que embriagaba como un narcótico.

CAPÍTULO 36

Buscando en el fango

GUILLERMO ENSEGUIDA ADVIRTIÓ QUE LAS características del restablecimiento de la democracia en su país natal contenían elementos distintivos que no asomaron en otros períodos posdictatoriales. En gran número, los actores político-sociales y las demandas de reconocimiento de los derechos de ciudadanía acreditaban la intencionalidad de derrumbar y triturar con la cruda verdad el sistema de salvajismo propiciado y practicado por bandas armadas paraestatales y estatales. La repugnancia exteriorizada por casi todo el conjunto de la sociedad permitía deducir que se había agotado el pacto entre el silencio y la política, que había triunfado la actitud implacable del «Nunca más» y que se escarbaba en donde yacía la indolencia cómplice de la comunidad. La contingencia histórica habilitaba a contrastar los valores de la dignidad con una realidad humana baldeada con sangre.

El mandato de la coyuntura inhabilitaba a consensuar acuerdos cupulares que impidiesen descender las investigaciones hasta lo más hondo de la calamidad. Las lastimaduras no debían ser suturadas, había que excavar desde la superficie hasta lo más profundo para que lo patético se avergonzara ante la luz y la ética. Se impuso la consigna de tomar la verdad y llevarla por el mundo.

Las organizaciones de derechos humanos y la opinión pública querían explicitar y condenar lo descarnadas que fueron las prácticas de la dictadura militar autodenominada Proceso de Reorganización Nacional. Frases como: «Cárcel a los verdugos», «Buscar a los nietos sin olvidar a los hijos», «Juicios por la verdad», «Que nos digan dónde están» denotaban una conciencia colectiva que quería y se sentía obligada a no dejar pasar por alto la represión ilegal, la prepotencia ostentada por los ex detentadores del poder, la violencia indiscriminada, las persecuciones incluso de seres fantasmagóricos, las torturas sistematizadas, las desapariciones forzadas de personas, la manipulación de la información y las demás formas criminales a través de las cuales se había aplicado el terrorismo estatal invocando la amenaza del enemigo interior. Lo que otrora se llamaba «guerra sucia» pasó a ser definido como «genocidio». Argentina ya no estaba inerme frente al crimen.

Guillermo intensificó el trabajo que venía llevando a cabo con las calificadas por los portavoces de la represión como «viejas locas». Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo se organizaron para esclarecer qué sucedió con sus hijos y sus nietos. La asociación civil Abuelas de Plaza de Mayo era una organización que se fundó con la finalidad de localizar y restituir a todos los niños secuestrados, los hijos de los desaparecidos durante el periodo comprendido entre 1976 y 1983. Ellas necesitaban devolvérselos a sus legítimas familias, crear las condiciones para prevenir ese crimen de lesa humanidad y obtener el castigo correspondiente para los responsables.

Bajo las circunstancias creadas por el terrorismo estatal, los hijos de los desaparecidos fueron tratados por la represión como un botín de guerra. La lógica perversa del sistema permitió elaborar y ejecutar un plan de detención de las mujeres de los subversivos que estuvieran embarazadas. Luego de partos clandestinos y falsificación de identidades, esos niños eran supuestamente puestos en adopción. Lo pergeñado respondía al objetivo de apropiarse de los niños y el número exacto de criaturas que fueron despojadas de sus padres y privadas de su identidad sigue siendo incierto. Algunos de estos niños fueron adoptados de buena fe y otros crecieron con los autores, partícipes o encubridores de la eliminación física de sus verdaderos padres. Guillermo desconocía la suerte del hijo de Lucrecia y todas las posibilidades le parecían horribles.

Las Abuelas encararon una tarea investigativa directa para establecer la suerte y el paradero de sus nietos. Las búsquedas perseguían dos propósitos: ubicar e identificar a sus descendientes. Se trataba de mujeres sin ninguna experiencia en actividades políticas u organizativas, carecían de conocimientos sobre los mecanismos institucionales. Al inicio de su labor desconocían cómo se procedía con las organizaciones nacionales e internacionales, eran simples amas de casa que tenían la esperanza de las que aguardaban el retorno de «Lidia, El Negro, El Tano, Fabio, Claudio, La Gallega, Valeria o Carolina», entre otros. Los familiares vivían la paradoja del interés por saber y el terror de enterarse a dónde habían ido a parar los suyos.

Las circunstancias en las que se vieron involucradas hicieron que obrasen como detectives. Organizaron un sistema de inteligencia coordinado en el que se cruzaban y analizaban todos los datos recogidos en los juzgados de menores, orfelinatos y casa cunas. Cotejaban toda la información obtenida procurando encontrar incoherencias entre las fechas de las adopciones y las de los nacimientos. Su vocación maternal las estimulaba a perseguir a escondidas a las familias sospechosas de haberse apropiado de sus nietos. Crearon una red de colaboración de terceros que les facilitaban indicios para ubicar a los pequeños. Se creó un amplísimo tejido de recolección informal de datos que llegó hasta los lugares más imprevistos.

Guillermo se ganó su confianza y colaboró con ellas más allá de su propio interés, y en recompensa por su colaboración pusieron su banco de datos a disposición de los Magraner.

Sus padres se implicaron con una voluntad incansable, de alguna manera sentían que algo de su pérdida se reponía también en esta búsqueda. Necesitaban ayudar a su hijo y sentir que era posible hacer justicia.

Muy pronto se volvieron expertos en temas jurídicos y de derechos humanos. Los tres Magraner restantes llegaron a realizar todo tipo de actividades relativas a las pesquisas, desde recortar las noticias y los comentarios relativos a las víctimas de las guerrillas y de la violencia estatal que aparecían en los periódicos hasta espiar a presuntos sospechosos. Su activismo adquirió rasgos frenéticos, su propia desgracia familiar los predisponía a estar prestos a entrar en acción en todo momento. El espejismo de encontrar rastros de Francisco en cada hallazgo, la necesidad de sentirse imprescindibles y la idea de compartir metas realizables los mantenían activos.

Guillermo, el que podría ver el bosque ademas del árbol, advirtió que las pesquisas realizadas eran inconducentes. Su análisis de la situación no confundía el deseo con la posibilidad capaz de convertirse en realidad. Distinguía entre el contexto del restablecimiento de las instituciones democráticas y los procesos contra los torturadores, asesinos, apropiadores, cómplices y encubridores. Su discernimiento le hizo concluir que la energía aplicada para ayudar a Lucrecia no iba a llevarlo a ningún puerto. Para él todas las cuestiones de violaciones de derechos

humanos merecían un estudio en especial pero había casos que eran más singulares que otros.

Intentaba con todos los recursos a su alcance esclarecer las circunstancias del parto de Lucrecia, trataba de encontrar sin éxito la clínica privada. Cuando contactaba a los profesionales de la medicina que colaboraron con el régimen militar estos se negaban a responderle o sencillamente lo ninguneaban. Nadie sabía nada ni demostraba el más mínimo interés en relatar las circunstancias.

En su investigación encontró la nómina de militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo y en ella figuraba el nombre del paraguayo Baltasar De La Sobera, pero no explicaba si cayó en combate o si había sido capturado en la Argentina u otro país del continente. El nombre de Lucrecia y el de su hijo no se mencionaban en ningún listado. Sin embargo encontró el nombre de González Miranda en los informes de los servicios de inteligencia que leyó. El Ministro era referido como un gran amigo del gobierno argentino.

Guillermo estaba seguro de que las averiguaciones debían realizarse en Paraguay y no en Argentina. Si bien ella dio a luz en algún sitio de la capital porteña, Baltasar desapareció de la superficie terrestre en Paraguay y fuera del marco de la Operación Cóndor. En los registros argentinos no había anotaciones al respecto, las búsquedas llevadas a cabo permitían inferir que el trabajo había sido realizado por mano de obra paraguaya y en respuesta a cuestiones domésticas.

Para Guillermo la única persona capaz de revelar los pormenores de lo sucedido estaba identificada; se trataba de Octavio González Miranda. El susodicho participó directamente en el homicidio de Baltasar y tramó el alumbramiento y la entrega en adopción del niño. Él era la persona clave para terminar la tortuosa búsqueda. La indagación bonaerense agotó todas sus posibilidades. Guillermo estaba convencido de que cuando se volatilizaban las expectativas se dimensionaba la realidad tal cual era. Se presentaba un horrible momento y debía sostener un diálogo sin pelos en la lengua con el Ministro, enfrentarlo. Presentía que la conversación a calzón quitado con su actual suegro sobre hechos que desvestían las inhumanidades del sistema solo sería posible una vez acabada la hegemonía del General-presidente; imaginaba muy improbable romper el pacto del silencio bajo la dictadura.

CAPÍTULO 37

La nueva democracia

A FINALES DE LA DÉCADA DEL VEINTE E inicios de los años treinta, en el campo político y en el plano ideológico se admitía que la institucionalidad democrática estaba superada por idearios políticos de derecha e izquierda que demeritaban la libertad. El Estado liberal era objeto en Europa y en el continente americano, salvo el mundo anglosajón, de un cuestionamiento que apuntaba a su desmantelamiento. Los proyectos totalitarios de derecha e izquierda buscaban abolir la sociedad que aunaba la libertad con el orden político. El designio excluyente de los absolutismos modernos consolidó un orden liberticida.

Este contexto histórico, caracterizado por el antagonismo entre las diferentes formas de fascismo de masas y de socialismo de corte marxista-leninista, precedió al escenario del mundo fundado sobre los ejes de la bipolaridad ideológica y político-militar. El ordenamiento internacional de la Guerra Fría propició la preeminencia en los países con endeble desarrollo institucional del protagonismo de las Fuerzas Armadas como agentes del cambio de estructuras socioeconómicas.

El caudillismo militarista y las Fuerzas Armadas con sus diversos matices contextuales se constituyeron en los vectores del orden político local. Corrientes de pensamiento contradictorias encontraban sus puntos de convergencia en el rol que les asignaban a los militares como los únicos capaces de convertirse en agentes de la modernización.

Para los casos latinoamericanos las Fuerzas Armadas eran consideradas como el bastión irreductible de contención en la cruzada contra el comunismo. De igual modo, se las consideraba como el actor idóneo para asegurar el orden frente a la creciente polarización político-ideológica, las movilizaciones sociales y la precariedad institucional. Estas condiciones abonaron la incursión de un militarismo de nuevo cuño, desigual al tradicional originado en los movimientos independentistas; la militarización posterior a la Segunda Guerra Mundial poseía rasgos y características privativas de ella, ya no se trataba de cuartelazos que respondían a luchas intestinas de fracciones o anhelos golpistas.

En las postrimerías de la década del setenta en el mapa regional las dictaduras eran reemplazadas por las democracias. La reconquista de las instituciones republicanas iba sucediéndose de manera pacífica y el repliegue de las Fuerzas Armadas significaba el retorno de los civiles al poder. El sistema autoritario de Stroessner tropezaba en esta coyuntura con un entorno desfavorable.

La democratización despertaba una revolución de expectativas; su honor no estribaba en su invención, sino en su implantación. El contenido de la democracia se profundizó, sus aspectos políticos eran considerados formales y se señalaba su compromiso socioeconómico. Los electores no fijaban su mirada en la realidad, apuntaban al horizonte donde las posibilidades no

tenían fin. Los discursos preferían los objetivos a los medios.

El proceso de restitución de las libertades públicas tuvo inicio en el Ecuador en 1979. El triunfo de la dupla electoral de Jaime Roldós y Osvaldo Hurtado lideró el proceso de democratización en este país. Se lo consideraba un gobierno de centroizquierda y protector de los derechos humanos.

En el contexto del proceso político que desplazaba del poder a las Fuerzas Armadas y reinstalaba gobiernos civiles, el 28 de julio de 1980 juró como presidente constitucional del Perú el arquitecto Fernando Belaúnde Terry. Este retornaba al poder después de haber sido depuesto por el golpe militar liderado por el general Juan Velasco Alvarado en 1968. En 1985, con una retórica socialista y radical, asumió la presidencia Alan García llevando al poder por primera vez a través de las urnas a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

En septiembre de 1982 se reinstalaba la democracia boliviana. El Gobierno llamó al Congreso elegido en 1980 y el 5 de octubre de 1982 designaron a Hernán Siles Suazo como presidente y a Jaime Paz Zamora como vicepresidente. Cinco días después, el 10 de octubre, fueron posesionados y dieron inicio a la era democrática boliviana.

El 10 de diciembre de 1983 asumió Raúl Alfonsín la presidencia de Argentina. Inauguró su mandato pronunciando en el Congreso un discurso emotivo y vibrante de entonación alberdiana. El ejemplo argentino se replicó en Uruguay con la elección de Julio María Sanguinetti, que el primero de marzo de 1985 asumía la posesión del nuevo gobierno.

El 15 de enero de 1985 fue realizada en Brasil la primera elección indirecta donde la alternativa electoral estaba integrada solamente por candidatos civiles. Tancredo Neves fue propuesto y electo por una alianza entre varios partidos; integraba el binomio de la chapa presidencial José Sarney. En la última noche antes de asumir el cargo, Neves cayó gravemente enfermo con varias dolencias en el abdomen. No pudo asumir el mando presidencial en la ceremonia prevista para el 15 de marzo. Las responsabilidades recayeron entonces sobre su vicepresidente, José Sarney. Neves falleció. Luego de diecinueve años, la conducción de Brasil volvía a estar en manos de un civil. El proceso político se enrumbaba en el derrotero de la democracia.

Por su parte, la apertura política chilena siguió un modelo heterodoxo. Para octubre de 1988 se convocó un plebiscito para decidir la continuidad del general Pinochet. El último dictador chileno cometió el error de proclamar su candidatura para un nuevo periodo de ocho años. Esto unió a la oposición, la cual obtuvo un triunfo electoral a favor del «no» del 53%. La consecuencia del triunfo del «no» fue la convocatoria a elecciones nacionales para el 14 de diciembre de 1989. La oposición al continuismo conformó una concertación que reunió a demócratacristianos y socialistas. Las elecciones se realizaron el 14 de diciembre de 1989 y fue electo presidente el candidato democristiano Patricio Aylwin.

Y el 14 de mayo de 1989 asumió la presidencia de Paraguay el general Andrés Rodríguez, instalado en el Gobierno desde la revolución del 3 de febrero de ese año. El desplazamiento de los dos últimos generales-presidentes, Stroessner y Pinochet, determinó la preclusión de la intervención y la conducción directa en los asuntos políticos de los encargados de la seguridad del Estado.

Con la tendencia liberalizadora se exacerbó la movilización social y se miró al futuro con optimismo, pero la bonanza tan esperada no llegó. Irrumpieron en el escenario político el cesarismo y el populismo como reacción a las demandas insatisfechas de una democracia gestionada por políticos tramposos, abusadores del patrimonio público y defraudadores de las

esperanzas. El hartazgo contra la política inadecuada a los requerimientos de la modernidad era la señal de una nueva época.

La cultura de la libertad, no en todas las ocasiones, fue capaz de revertir la tendencia y las secuelas que dejó el encanallamiento propiciado por las tiranías y los políticos que bastardearon las instituciones.

La misión analítica de puntualizar es embarazosa cuando se enraízan y se desarraigan los comportamientos que carcomen la continuidad institucional. El aprendizaje colectivo de las virtudes ciudadanas es lento, complejo y controversial. Desapegarse de la libertad muchas veces resulta una decisión desburocratizada y sencilla para los pueblos.

CAPÍTULO 38

El testamento

PARA COMPRENDER LOS CASI TREINTA Y cinco años del régimen stronista se deben observar las tendencias mundiales y las peculiaridades locales. Un conjunto de variables explica el proyecto de permanencia en el Palacio de López del General-presidente: entre estas razones están las vinculadas al requerimiento de la estabilidad política y al de ejecutar un plan de modernización. De la misma manera, la coincidencia y la combinación de una serie de situaciones externas e internas posibilitaron el final de la última etapa del régimen. El declive de su salud, que con su operación de la próstata el 31 de agosto de 1988 generó especulaciones relativas a un deceso cercano, la ingesta de una dosis de medicamentos que lo alelaba, el estado de sus capacidades disminuidas por el cansancio ocasionado por el ritual político y el mantenimiento del poder, la erosión de su figura tras el prolongado ejercicio ininterrumpido de las funciones presidenciales, las contradicciones internas no resueltas dentro de la trilogía (Partido, Gobierno y Ejército), la irresolución relativa a su sucesión, el aumento de las demandas locales de construcción institucional, la lógica de la embajada induciendo una reacción interna para derrumbar al hombre fuerte y la creciente presión internacional desembocaron en un proceso de apertura política que concluyó con el golpe de estado del 3 de febrero de 1989. El 2 de ese mismo mes se puso en marcha la ejecución del plan militar que concluiría con el derrocamiento de Alfredo Stroessner Matiauda. El más longevo de los dictadores latinoamericanos había sido desplazado de la conducción del gobierno por un levantamiento militar liderado por su consuegro: el general Andrés Rodríguez. En la aurora del 3, el General-presidente fue trasladado a los cuarteles de la caballería, donde permaneció bajo arresto por orden de quien, inclusive minutos antes, era uno de los pilares del sistema. La confabulación que proyectaba el derrocamiento de Stroessner preveía emboscarlo en la casa de una de sus exmujeres, Ñata Legal. El General-presidente consiguió escabullirse en medio de la balacera producida por el enfrentamiento entre las fuerzas leales y las sublevadas. Por impericia de la conducción de los golpistas, miembros del mismo bando de insurgentes se tirotearon entre sí, incitando a que los disparos de las tropas rebeldes dieran muerte a sus mismos camaradas. La finalidad de los insubordinados era reducir al Rubio en ese momento, apresarlo y forzarlo a renunciar para evitar un enfrentamiento militar más sanguinario que terminaría dividiendo a las Fuerzas Armadas. Como fracasaron en su voluntad de atraparlo, Alfredo Stroessner, tras consultar con sus más allegados, decidió atrincherarse en la unidad militar Batallón Escolta Presidencial, que, por efecto del factor sorpresa, no estaba alistada para resistir un ataque de blindados. El cuartel que fue su último resguardo no podía en volandas prepararse para combatir; los tanques estaban desartillados, las baterías de artillería de 105 milímetros no estaban en apresto para abrir fuego y, como al día siguiente era feriado, la dotación de oficiales era la

mínima necesaria para cubrir las guardias y el servicio de escolta del General-presidente y su familia. Stroessner se guareció en el edificio del Estado Mayor junto al coronel Gustavo Stroessner Mora, su hija Graciela y su nuera María Eugenia Heikel. Pasaron varias horas de violentos combates, el bombardeo de los tanques no cesaba y a las tres de la madrugada aproximadamente, por insistencia de su hijo mayor, el General-presidente sellaba su suerte con su rendición. Hasta después de cesar el fuego, el Rubio seguía sin creer que su consuegro lideraba la insurrección; pensaba que se trataba de un alzamiento de los subalternos encabezados por el coronel de caballería Lino Oviedo en contra de él y de Rodríguez. Preguntaba a sus acompañantes sin enervarse: «¿Dónde está Rodríguez? ¿Encarcelado o libre?» En esta ocasión su instinto zorrino fue eclipsado por la soberbia de los que creen en su invulnerabilidad. No hizo un solo comentario sobre lo ocurrido y desde su derrocamiento no se le conocieron intervenciones en actividades políticas. Permutó la soledad del poder por la del ostracismo, y el silencio de los que mandan por el de los que obedecen.

El 5 de febrero, a las 16:00 horas, el Único Líder, antes de partir a su confinamiento brasileño, firmó su renuncia. El nuevo presidente, Andrés Rodríguez, disolvió el congreso y convocó a elecciones generales para el primero de mayo. Salió electo con una abrumadora mayoría y al terminar su mandato, el 15 de agosto de 1993, entregó la banda presidencial al ingeniero Juan Carlos Wasmosy, primer mandatario civil después de treinta y nueve años. La rebelión militar que posibilitó el golpe de estado cruento y la caída del General-presidente significó el principio de la clausura de un ciclo histórico que tenía a las Fuerzas Armadas como el elemento desequilibrante del escenario político. El ex hombre fuerte de la política paraguaya no quiso revelar los secretos que acumuló durante más de tres décadas de gobierno.

En la capital brasileña llevaba una vida ordenada y discreta. Lo acompañó hasta su muerte su hijo mayor. Los otros descendientes lo visitaban con frecuencia y lo mismo hacía un grupo de leales. No renunciaba a la idea de regresar, pero sus familiares, inquietos por las causas penales abiertas en su contra por las violaciones a los derechos humanos, no se lo permitirían.

Evitaba contacto con la prensa y no opinaba sobre los acontecimientos del presente político. Tuvo ofertas para redactar o dictar sus memorias pero las rechazó en todas las ocasiones. Parecía que quería negar la existencia de un pasado que marcó su vida y la de un pueblo. Reunía la doble condición de haber sido testigo y protagonista de una época de turbulencias y truculencias políticas.

Decidió que lo enterrarían con el misterio que rodeó su poder, con sus mitos y sus leyendas. Presumía que los hombres grandes no tienen nada que contar, que los líderes, cuando hablan de sí mismos, se empequeñecen. Un hombre de Estado de su talla no debía ser recordado por reunir en un libro sus memorias. Las obras realizadas durante su gobierno eran alegatos presentes que ofrecían al mañana los argumentos para que las generaciones posteriores lo absolviesen o lo redimiesen.

Una mañana seca y luminosa de septiembre del año 2001, luego de su caminata diaria, empezó a rememorar anécdotas y reflexiones de sus años en la función gubernamental. Como no había nadie con quien entablar un diálogo, se propuso redactar lo que en ese momento le venía a bien recordar. Tomó papel y lápiz, se sentó en la mesa del comedor y se activaron los dispositivos que desenterraron lo que, en los últimos años de existencia, quiso olvidar.

Escribió de puño y letra un escueto documento como si se tratase de un testamento ológrafo:

Desde mi derrocamiento, el mundo me abandonó y queda poco para que yo lo abandone.

Quizás ha llegado el momento de dar a conocer cuáles fueron las ideas en las que enmarqué mi estrategia de gobierno y las experiencias que me señalaron el camino a seguir. Provengo de una familia de buen pasar, en mi infancia y juventud no conocí ninguna clase de necesidad, opté por enrolarme en el ejército a sabiendas de las estrecheces de la vida castrense. Jamás un resentimiento motorizó mi actuación, desde mi niñez soñaba con ensanchar los límites de la gloria patria.

Siempre di por sentado que al populacho no le gustaban los vencidos, por eso en la política y en lo militar los honores se recogen en el campo de la acción. Donde y cuando me correspondió actuar, ya sea en el frente de batalla o representando al Paraguay en las esferas de la diplomacia, he defendido con hidalguía y patriotismo la dignidad y los intereses vitales de la Nación. Sé que ya me queda poco por delante aun cuando sea imposible saber cuándo será nuestro último día; pero hasta que ese instante llegue seguiré creyendo que el derecho de la Nación antecede al de los ciudadanos. ¿Acaso eliminar, ultrajar, oprimir, despojar es considerado habitualmente un crimen? Sin embargo, desde el punto de vista de la razón de Estado todo se transforma en deber y virtud cuando se ejecutan las órdenes que deseen alcanzar mayor prestigio para la conservación o extensión del poderío estatal. Matar invocando las necesidades del Estado es patriotismo.

He difundido el conocimiento de los héroes nacionales. Saber de historia no solo es un aliciente intelectual, sino que sirve para vigorizar y lograr la uniformidad de los rasgos especiales del carácter nacionalista de un pueblo, pues la Nación perdura más allá de las personas que la integran.

Es indiscutible que el periodo de mi mandato se extendió por una exigencia histórica, ¿o quién más podía librar a nuestro suelo patrio de la amenaza bolchevique? ¿Acaso no era necesaria la concentración del poder en mis manos para acabar con el caos y la anarquía de la existencia consuetudinaria en nuestro país? Mis enemigos no quieren reconocerlo, pero la verdad es que los hombres fuertes somos necesarios por el fracaso, la sordidez y la mediocridad de los políticos. Los grandes líderes son llamados por los pueblos cuando son conducidos por malos dirigentes, el carácter popular escoge gobiernos fuertes antes que débiles.

Los detractores tachaban a mi gobierno de dictatorial luego de haber participado en las elecciones nacionales, en la asamblea constituyente y haber cobrado sus dietas como parlamentarios. Utilizaban el parlamento solamente para despotricar contra las obras de progreso. ¡Habrase visto semejante cinismo! ¡Eso es lo más falso que se pudo escuchar!

Mi presencia al frente de la conducción del gobierno garantizaba la realización de elecciones de acuerdo al calendario y las leyes electorales. Los comicios siempre arrojaron un resultado que me daba como ganador con una amplia mayoría, el pueblo distinguía que había gobierno, se sabía quién mandaba; en cambio el electoralismo actual no asegura que quien gane luego pueda mandar. ¿Qué es peor, el estado de naturaleza o el Leviatán? ¿Que se construya dominación o que se la quiera abolir?

En esta época los dirigentes se convirtieron en hazmerreíres; es verdad que ostentaba el mando porque con mis atributos presidenciales imponía prestancia. Construí autoridad, el que no lo hace carece de coraje y de vocación; eliminé a la manga de conspiradores que estaban a la vista y a los que se escondían bajo la sotana de los curas. ¡No iba a dejar que políticos sin escrúpulos erosionaran el poder supremo de la Nación que residía en mí!

Cuando me hice de la máxima responsabilidad presidencial, recibí un país convulsionado y estancado, y durante mis años de primer mandatario convertí al Paraguay en un oasis de paz y

tranquilidad. Puse a andar la verdadera revolución pacífica, eliminé a los subversivos con el rigor de la guerra y sin dejar rastros de su existencia.

Fui un gobernante que siempre valoró el orden como presupuesto de la libertad, hice prevalecer la seguridad ciudadana como un requisito para que el derecho no fuera letra muerta e impuse la disciplina social que solo se alcanza cuando los connacionales le temen a su autoridad. El dilema de Maquiavelo en el que se preguntaba si «es mejor ser amado que temido» lo resolví de la misma forma que el florentino, a favor de lo segundo, porque amar depende de la voluntad de los hombres, y temer, de la decisión del que manda. Cuando se posee capacidad de decisión está vedado temer, la condición de mandar implica que debe tomar la decisión el poderoso, y si este transfiere esa responsabilidad, se desapodera a sí mismo. Cuando se buscan excusas para no realizar el imperativo que expande el poderío, mejor ir a un convento de carmelitas descalzas. ¡Qué ingenuidad la de esos que asimilan el ejercicio del poder a un apostolado! Si los subalternos avistan que somos indolentes, socavaremos la dominación mental, que es la causa que determina la certeza del poder personalizado. La legitimidad del Gobierno reside en el convencimiento del pueblo, pero su efectividad, en el miedo que se le tenga. La población cambia de convicciones y creencias, las ideas son volátiles. El temor frente a las represalias es inmutable como la naturaleza humana.

Casi treinta y cinco años al mando de los asuntos públicos no fueron solamente el resultado de la coacción. Duré al frente de la nación por hacerme querer y ser creíble. Mi gobierno era predecible, de acuerdo a cómo se portaban sabían qué iban a recibir. Las reglas estaban establecidas y garantizaban un sistema de retribución y represalias justas, según su lealtad cada quien recibía lo que le correspondía.

Solamente los desfachatados llamaban autoritarismo a la democracia sin comunismo. También estaban los timoratos, los ingeniosos, que, por no llamar a las cosas por su nombre, apelaban a la invención de conceptualizaciones o recurrían a insinuaciones. Los pastores de los rebaños de ovejas sostenían que mi régimen era una «democracia tutelar», que debía ser definida como un régimen de paternalismo autoritario o, a lo más, definida por su atipicidad como una «dictablanda».

Cuántas veces me escucharon mis colaboradores mencionar que «el aceite nunca se mezcla con el vinagre». Jamás fui dubitativo en impugnar lo híbrido por su discapacidad de forjarse una identidad y desarrollar una voluntad de predominio. La democracia debe incansablemente querellarse contra el comunismo, o sino que le pregunten al finado ex embajador de España, don Ernesto Giménez Caballero, que estuvo en Katyn y con sus propios ojos se escandalizó de la carnicería humana que los comunistas cometieron contra los desarmados oficiales del ejército polaco. Recuerdo como si fuese ayer la conversación con el exembajador. Me impactó ante todo porque soy militar y excombatiente del campo de batalla.

Todavía retumba en mis oídos el estruendo de los cañonazos y puedo distinguir con el olfato la pólvora seca de la húmeda. En el combate, cuando el enemigo lleva puesto su uniforme se respeta un pacto de honor, los marxistas carecen de pundonor, pisotearon las convenciones de Ginebra y el mundo libre no es capaz de llamarlos homicidas. El negacionismo es la actitud de los débiles y secuaces del comunismo.

Me comentaba Giménez Caballero, con esa manera tan culta que tenía de articular sus expresiones y pensamientos, que ya a más de un kilómetro de la fosa donde estaban exhumados los polacos asesinados por los stalinistas, la atmósfera comenzaba a cargarse de una pesadez hedionda. Cuando llegó al sitio de los hechos se encontró con el doctor criminalista Buhtz, que

lo estaba esperando rodeado de oficiales del ejército alemán y médicos auxiliares. Tuvo que hacer un esfuerzo viril para no retroceder, recorrió el inmenso matadero que representaba la hecatombe de un ejército y el destino trágico de los pueblos que sobreviven entre dos gigantes. En términos geopolíticos nosotros los paraguayos somos semejantes a los polacos, padecemos la desgracia de haber sido tirados entre dos estados inmensamente más fuertes que nosotros. Los crímenes de Katyn revelan la naturaleza asesina del sistema comunista. So pretexto de que eran saboteadores, mataron a casi veintidós mil polacos, entre los que se hallaban oficiales de ejército, artistas y profesores.

De muchas cosas me puedo arrepentir, pero de lo que nunca tendré remordimiento es de mi lucha intransigente contra el comunismo. Me vanaglorio de no haber transado jamás con los comunistas. Mis funcionarios tenían la prohibición expresa de mantener contactos extraoficiales con cualquier agente del comunismo internacional.

No pongo reparos en reconocer lo difícil que me fue dominar a un pueblo que tiene diez maneras diferentes de decir «sí» queriendo significar una negación. ¡Qué podemos esperar de un pueblo que inclusive miente para decir la verdad! Los paraguayos somos gregarios, pero al mismo tiempo muy individualistas, tendemos al desorden y a la anarquía, por eso hay que ejercer el poder sin rubores. Los pueblos deben sentir que alguien los conduce, de lo contrario sienten desamparo y desorientación. El pueblo paraguayo demostró su bravura en las guerras, y aun así lo tuve que domesticar.

Hay que abusar del poder porque eso evidencia en dónde reside. Si no se abusa, no se distingue al que ordena del que obedece. Negar que en un periodo de tiempo tan largo como el de mi gobierno no se crearan situaciones de privilegio equivaldría a querer tapar el sol con un dedo.

Mis colaboradores se enriquecieron, muchos que hoy hablan mal de mí acumularon fortunas, pero debo aclarar que bajo mi mandato había una prelación dentro de la corrupción. Nuestra cultura depredadora está integrada por el peculado contra las arcas del Estado y por los contratos públicos utilizados como moneda política. En mi gobierno los altos funcionarios gozaban de cierta discrecionalidad para garantizarse el bienestar material. No existían los angurrientos que no saciaran su apetito, la pirámide de mando se respetaba en la distribución de las prebendas. En la democracia actual lo único que se ha democratizado es la corrupción.

Respeté a los funcionarios inteligentes y traté de rodearme de ellos. No pude evitar, por muchas razones, reclutar colaboradores de medio pelo. La mediocridad es un dato de nuestra realidad, hay que aprender a administrarla, pero me resultaba insolente cuando era pretenciosa. No es tan fácil como se cree optar entre el eficiente desleal y el leal ineficiente.

En el poder orbitan alrededor de uno todo tipo de personas. La naturaleza humana se despoja voluntariamente de sus fingimientos ante el poder, prefieren estar de rodillas que de pie.

Siempre fue de mi desagrado la figura del buitre que se alimenta del cadáver de los políticos muertos. Detesté a los que hacen leña del árbol caído, mi destino corrió esa suerte. Me llamaban el padre de la patria, rogaban que me candidatease, solicitaban que no me apartara de los asuntos públicos, pedían mi venia para casarse y mi presencia para la inauguración de sus negocios; ahora me tratan como a un paria, mi nombre no puede ser pronunciado, me asocian al crimen y al robo, mancillaron mi reputación y me desdibujan en los libros de historia. ¡Los que satanizan mi paso por el Gobierno no se dan cuenta de que la gloria, para ser completa, necesita ser ultrajada! ¡Qué errados están! ¿Acaso creen que es posible forjar una identidad negando a quien han adorado? No se me borran de la memoria los nombres de los que

hacían fila para desearme dicha el día de mi onomástico. Esos que me idolatraban terminaron siendo unos apóstatas impugnadores de mi misión histórica.

Inventaron que en mi hijo Gustavo recaería la sucesión, lanzaron esa patraña para acicatear los ánimos en mi contra dentro de las Fuerzas Armadas. Mi hijo nunca tuvo interés en la política y como militar siempre comprendí que el victorioso ejército paraguayo no era comparable a la Guardia Nacional somocista. Que me atribuyan haber pretendido menospreciar a la institución armada supone desconocer los años que pasé en los cuarteles.

La escogencia de los que deben rodear al que manda es una de las tareas más complicadas que tiene un hombre de Estado. Seleccioné gente idónea para la realización de las grandes obras de infraestructura, en esos casos privilegiaba a los técnicos sobre los políticos. En los últimos años de mi gobierno, cuando se propagaron las críticas en mi contra, me vi obligado a favorecer a operadores políticos que a ciegas comulgaban con mi credo. El político, para que sea leal, debe ser como un perro que gruñe cuando presiente que algo incomoda a su amo. Desconfié de los que alardeaban de poseer la cualidad de la lealtad. En verdad, por lo general es aconsejable desconfiar de la virtud que los otros dicen poseer.

No puedo negar que vivía equivocado con respecto a la fidelidad del general Andrés Rodríguez. Metí la pata con él, aprendí que no se puede esperar nada de alguien que no tiene entre sus ambiciones pasar a la posteridad. ¡Qué ingratitud la suya! ¡Se enriqueció en mi gobierno, le di todo el poder que se puede enajenar a favor de un subordinado, lo defendí contra viento y marea, cuando se accidentó me preocupé por su recuperación y permití que mi hijo esposase a su hija! ¡Cómo me equivoqué! ¡Nunca entendí cómo pudo un destino grande como el mío incubar un parásito! Aprendí que la impotencia para mandar se retrata mejor en la traición que en la desobediencia. Estando en Paraguay no solía descalificar a mis subalternos, pero a la distancia la vida se ve distinta y las verdades se dicen con más facilidad.

Me equivoqué en mis últimos años de gobierno al no otorgar a las pequeñas cosas la atención que se merecen. He sido pulcro en prestar atención a los detalles, pero cuando me descuidé me tumbaron. En este largo exilio he aprendido que el término inmunidad se relaciona pero no se corresponde con el de impunidad. A mí, que estaba por encima del bien y del mal, me sentenciaron con el más ruin de los castigos: el ostracismo.

Al terminar de escribir este texto, no lo releyó, lo rompió en pedazos, se hizo de unas cerillas y le prendió fuego.

El General-presidente, Alfredo Stroessner Matiauda, nació en Encarnación el 3 de noviembre de 1912 y falleció en Brasilia el 16 de agosto del 2006.

Transcurridos cuarenta y ocho años y ciento cuatro días de su primera visita a la capital brasileña, el destino confirmó su presagio.

Capítulo 39

Décadas de búsqueda que llegan a su fin

YA HABÍA TRANSCURRIDO MÁS DE UNA DÉCADA desde el ocaso del socialismo, la caída del muro de Berlín y el derrumbe de las dictaduras del cono sur.

La historia demostró que las transiciones que no se encaprichan en extraer lecciones del pasado acaban afianzando democracias apáticas. Durante el transcurso de ese periodo de tiempo la vida de los González Miranda se desenvolvió sin sobresaltos. Octavio se abocó a sus actividades económicas dedicándose a la cría y la reproducción ganaderas.

La economía familiar florecía, el aumento del precio y la mejoría de la calidad de la carne local le permitieron desarrollar y cerrar el círculo del negocio con la instalación de un frigorífico. Las semanas posteriores al golpe de estado lo mantuvieron encarcelado por un par de semanas. Lo pusieron en libertad al cerciorarse las nuevas autoridades de su predisposición a retirarse de la vida pública, a enajenar una alicuota de su patrimonio a favor de los triunfadores para que no lo perturbaran con extorsiones y a dar pruebas tangibles de su inclinación a colaborar con el Gobierno democrático en todo lo que hiciera falta y pudiera ser útil.

Lucrecia, sin matrimonio de por medio, hacía ya muchos años que vivía con Guillermo. La condición de concubina de su hija no era del agrado de sus padres pero ya no les quedaba otra cosa más que aceptarla. No mantenían contacto con ella.

A escondidas, Guillermo y los progenitores realizaban encuentros esporádicos. A pesar de los años transcurridos, Guillermo no había olvidado que solo Octavio podría indicarle el camino para encontrar al hijo de Lucrecia. Octavio y Gudrun ponían buena voluntad para colaborar en la búsqueda del nieto. Desde que se encontró en condiciones de hablar, Octavio le trasmitió toda la información disponible a su yerno. Con lujo de detalles enumeró los entretelones del homicidio de Baltasar y del alumbramiento y detalló una y otra vez lo acontecido, su intención final parecía ser la de reemplazar la exposición por la exculpación.

Solo le solicitaba a Guillermo que no armara barullo durante el transcurso de la investigación pues la historia era escabrosa y tenía varias aristas.

Le confirmó que las indagaciones, de la forma en la que estaban siendo llevadas en la Argentina, eran infecundas; según contaba y aseguraba, la clínica apenas era un apéndice de la logística que se usaba para esas tareas.

De acuerdo con su testimonio, se trataba del negocio privado que realizaba un grupo de integrantes del régimen de forma clandestina a la sombra del poder real. Muy poca gente tenía conocimiento del hospital y de las actividades que allí se ejecutaban en paralelo a las que se llevaban a cabo por los aparatos represivos autorizados para esos fines.

Contrató la prestación de esos servicios ya que era la mejor manera de asegurar la sobrevivencia de ambos. Agregó que solamente pagó por los costos hospitalarios, que los

responsables consideraron que la entrega del recién nacido constituía una muy buena paga.

Depuesta la Junta Militar, los encargados de las instalaciones huyeron y nadie sabía hacia dónde migraron, se tenía la certeza de que se escabulleron en la clandestinidad. Meses antes de la primera elección posdictadura se desmanteló la infraestructura preparada para esos menesteres y fueron echados al fuego los documentos identificatorios de las parturientas, de sus hijos y de los padres biológicos y adoptivos.

De la información que se disponía relativa al historial de cada paciente se perdió todo rastro y ni los amigos que lo ayudaron con el operativo tenían la menor idea de quiénes eran los apropiadores.

Debido a la protección que les proporcionaban, ellos solo cobraban una comisión por la venta de cada criatura, no metían las narices en la dinámica de los quehaceres diarios del nosocomio. Los aspectos mercantilistas y los trámites administrativos estaban a cargo de los dueños de la clínica, pues era ahí donde se compraban y se vendían las «mercaderías».

Guillermo sentía repugnancia cada vez que tenía estas reuniones con Octavio, pero sabía que eran necesarias para encontrar al hijo de Lucrecia.

Lucrecia, enamorada y respaldada por Guillermo, quería volver a tener un hijo y darle a él la felicidad que tanto anhelaba. De todas formas, mientras no dieran con el paradero de su hijo, ese niño sin rostro seguiría visitándola en sus pesadillas y Guillermo lo sabía.

Decidieron recurrir a las autoridades judiciales. En el escrito que presentaron solicitaron que vía exhorto se pidiera la lista de las criaturas que fueron adoptadas en diferentes países del extranjero en el año 1983. El petitorio incluía cuándo y bajo qué nombre se registraron los recién nacidos en Argentina que fueron adoptados por nacionales de otros países. Decidieron hacer la solicitud a los gobiernos de habla hispana, a Francia, Italia, Alemania y Brasil.

Había que distinguir si las madres eran extranjeras o connacionales e interiorizarse en la investigación de si los adoptantes obraron como padres de buena fe o apropiadores de mala fe.

La propuesta se dirigía a obtener toda la información registrada y elaborar un sistema de cruce de datos que terminara por exclusión en un listado con los perfiles que más se aproximaban a lo que ellos intuían. Como los procesos de adopción eran en su conjunto turbios y sospechosos, no descartaban recoger información extraoficial no inscripta en el registro público de las personas.

Las averiguaciones se intensificaron y apelaron al soborno de testigos y funcionarios para imprimirle celeridad a las indagaciones. La maquinaria de la corrupción pervivía en la democracia y para que funcionara tenía que ser alimentada. En ambas capitales sus viviendas tenían más de dos habitaciones empapeladas con documentos, los que clasificaban meticulosamente. Aquellos que guardaban una conectividad eran aunados con flechas.

Lucrecia y Guillermo eran ya dos profesionales de la investigación policial y todas las gestiones eran realizadas respetando la pulcritud de lo pormenor. Él era más detallista que aquellos que observan un objeto a través de la lente de lupa. Las novedades que obtenían, por los canales oficiales o los extraoficiales, eran cotejadas con la información que les proporcionaban otros jueces, padres o abuelas involucrados en investigaciones de similares singularidades y que gozaban de su entera confianza.

Siempre debían chequear los datos obtenidos para que el próximo paso fuera el acertado y los acercara al objetivo de la búsqueda. Día tras día se avanzaba en las indagaciones de forma ininterrumpida y frenética, casi desquiciada. Estaban imbuidos de la creencia de que iban a dar con el paradero del niño, los consumía la premonición de que el discurrir de los días los acercaba cada vez más al objetivo.

Lucrecia volvía a sentir las emociones de sus tiempos de plenitud, presentía que, de nuevo, el destino la mimaba, se ilusionaba con lo que consideraba una nueva oportunidad y la entusiasmaba la oferta de Guillermo de volver a empezar. Cada indicio era un hallazgo trascendental que la acercaba a su hijo. La excitación la trasladaba a un estado de alucinación; decía insensateces como que cuando se reencontrara con su niño lo alzaría entre sus brazos y lo llenaría de besos y caricias y le compraría juguetes y ropa.

Sin embargo, tanto escarbar en el pasado la hacía sentir que el tiempo se había detenido. Ella no se podía imaginar que ya no se trataba de un niño sino de un adulto. Guillermo no la contradecía pues la felicidad la embellecía y él se enternecía.

La amaba cada vez más y fue contagiado del frenesí que revivió en ella cuando parecía que ya estaban muy cerca de encontrar a ese hijo tan deseado. Los dos estaban conmovidos, el porvenir por el cual lucharon de manera denodada se aproximaba por fin. La sensación de optimismo vigorizó sus esfuerzos y la experiencia acumulada en tantos años despabiló su astucia para acordar con las autoridades.

Una tarde, en su departamento de la capital porteña sonó el teléfono, era uno de los jueces competentes en los pedidos de exhortos. El magistrado solicitaba su presencia en su despacho. Tenía información que permitiría terminar con el suplicio de Lucrecia.

—En menos de una hora estaremos con usted, su señoría —respondió Guillermo.

Durante la conversación ella permaneció en silencio como si estuviera petrificada a su lado. Terminada la charla lo tomó de los brazos y expresando desorientación, le preguntó:

—¿Qué dijo el magistrado?

—Se hallaron indicios que nos pueden permitir pensar que el niño está en España.

—Sosteneme, mi amor, que me estoy desvaneciendo —solicitó con el rostro atónito de asombro.

—Tranquilizate, mi vida. Tenés que estar llena de alegría y no de miedo. Toda tu lucha por fin se va a coronar con éxito. Te lo merecés, te adoro mi cielo —dijo con ánimo de reanimarla.

—Enfrentar finalmente el pasado genera pánico. Me mentalicé que mi sufrimiento estaba sepultado y ahora parece que salió de su tumba. Esta llamada telefónica le pone alas a mi agonía de tantos años. ¿Es posible que perima mi condena de vivir en cadena perpetua?

—Lucrecia, no te dejes abrumar por lo venidero, tu triunfo está en ciernes. ¡Por favor, no te humillés ante tu vil pasado! No te abandonaré ningún minuto, dejame abrazarte para darte fuerzas, dame tu boca que te quiero besar con amor y alegría. No te achiqués y tené fe. Lo que me contó el señor tiene rasgos de veracidad, los datos que obtuvo coinciden con los del niño que fue llevado a España. Vamos, vamos al reencuentro de tu hijo, amor mío. Ya no me ilusiono vanamente, tengo una corazonada y mi intuición indica que vamos tras las huellas correctas.

—Gracias por todo lo que hiciste, jamás enflaqueció tu ánimo. No cejaste en tu empeño; de no ser por vos, por tu obstinación, ayuda, organización y solidaridad, nunca hubiese llegado a esta instancia. Gracias, mi vida. Sin darte cuenta me alimentaste hasta con tus limosnas.

—Por favor, cerrá la boca, solo los pobres agradecen las limosnas —afirmó Guillermo.

Él inclinó con sus manos la cabeza de ella hasta que se juntaron sus labios en un beso de felicidad.

CAPÍTULO 40

Fernando Álvarez de Olea y Carvajal

EN MENOS DE LO QUE CANTA UN GALLO estaban ataviados, Guillermo se puso un traje gris claro, camisa celeste y corbata azul; y ella escogió de su guardarropa lo que estaba a la vista, un vestido blanco de lino por encima de las rodillas. Se insuflaron valor, se miraron al espejo para que él arregle el nudo de su corbata y ella para retocarse su peinado; no se pintó los labios ni se empolvó. Partieron sin más demora con los documentos pertinentes y decididos a ir a la caza de la pieza con la cual terminarían de armar el rompecabezas.

Arribaron antes de lo previsto al despacho del juez Lucas García Bazán, quien proyectaba la imagen de un magistrado adentrado en las causas de su Juzgado. Con apenas treinta y cinco años de edad demostraba una personalidad dispuesta a hacer más de lo que mandaba la ley.

Estaba comprometido con el derecho e influido de una noción de justicia que lo obligaba a querer reparar el perjuicio causado a las víctimas e infligir castigos a la insolencia de los victimarios. Su razonamiento metajurídico lo inducía a diferenciar el derecho de la ley. Especulaba con la idea de que la ética señalaba las herramientas rectificadoras de las lagunas legales. Creía que cuando se agotaban todas las posibilidades de alcanzar la justicia con los recursos legales o para evitar el rigor excesivo y el abuso en la aplicación de la norma jurídica había que apelar a los valores perpetuos e inspiradores de los actos de equidad. Lo atormentaba la insuficiencia de la ley para que los organismos jurisdiccionales actuaran con prontitud, pues si no se tenía poder se invalidaba el derecho.

García Bazán los estaba esperando, consumido por la misma ansiedad. Se hicieron anunciar y pasaron inmediatamente a la antesala del despacho del magistrado. Él, que estaba hurgando en los expedientes que tenía sobre su mesa de escritorio, salió raudamente al encuentro de los convocados. Fuera de las formalidades que imponía su magistratura, abrazó a Guillermo cuando este extendió la mano para saludarlo, Lucrecia intentó saludarlo de igual manera pero el juez le dispensó un beso en cada una de sus mejillas.

El magistrado estaba eufórico y en ellos también se divisaba una alegría incontrolable, sonreían involuntariamente y los ojos de ella pestañeaban y brillaban como no lo hacían desde las dilatadas tardes con Baltasar. García Bazán los invitó a tomar asiento y a tranquilizarse para dar inicio a la conversación. Una vez que estuvieron acomodados ordenaron café y agua para todos. Lucrecia y Guillermo estaban exaltados por una espera que les parecía interminable y excesivamente protocolar debido a la ansiedad que los envolvía.

—Les pedí que vinieran a mi oficina porque creo que hemos ubicado a su hijo —dijo García Bazán dirigiéndose a Lucrecia.

Ella, al escuchar la buena nueva, se puso a llorar, mientras que una sonrisa se dibujó en el rostro de Guillermo. Este la contuvo haciendo que su cabeza reposara sobre su pecho, no quiso interrumpir su llanto.

Finalmente, después de veinte años la prolongada ausencia estaba llegando a su fin. Lucrecia le pidió al juez que prosiguiera con el relato. Deseaba saberlo todo. Dónde estaba, en qué país y en qué ciudad, cómo se llamaba, qué estudiaba, quiénes eran sus padres adoptivos, cuáles eran

los pasos a seguir para recuperarlo y si podía entrar en contacto inmediatamente con él.

Lucrecia quería ejercer la profesión de madre; ese oficio enajenador de amor incondicional que no se estudia. El juez no podía disimular su conmoción, hasta llegó a desatender los procedimientos para alcanzar la justicia. El historial y su conjunto de atrocidades lo condujeron a tomar partido, se sentía tan identificado con la finalidad como el mismísimo Guillermo. Lucrecia era un personaje querible; llevaba una espina clavada en el corazón pero su talante no traslucía ninguna amargura.

El doctor García Bazán comenzó a informarlos como si estuviese deponiendo en una testifical. Parecía que ellos estaban escuchando su declaración como los que quieren conocer los hechos para hacer justicia. El relato no fue entrecortado en ningún momento. El juez describía su hallazgo contando hasta los detalles más insignificantes de la investigación. Lucrecia y Guillermo controlaron su ansiedad. La manera sincera, verosímil y comprometida del relato atemperó sus ánimos.

Su hijo ya no era un niño. Se trataba de un joven de diecinueve años, estudiante de la Universidad Complutense de Madrid que cursaba el primer año de derecho y ciencias políticas.

Su nombre de pila era Fernando y sus apellidos Álvarez de Olea y Carvajal. Fue adoptado por una familia muy pudiente y de abolengo. El nombre del padre era José María y el de la madre Almudena, ambos orillaban los sesenta años. Se desvivían por su hijo.

Vivían en un departamento amplio, decorado con una combinación de muebles clásicos y contemporáneos que lo convertían en un espacio majestuoso. El piso estaba en la calle Serrano en el barrio de Salamanca desde donde se divisaba el paseo de la Castellana.

Fernando personificaba la imagen del adolescente desprendido, alegre, amiguero y con inclinación a contrapuntear las perspectivas conservadoras de sus padres. A pesar de haber sido criado y educado como el centro de atención, su personalidad estaba privada de cualquier rasgo vanidoso, su figura esbelta no exteriorizaba un atisbo de ser un pagado de sí mismo y no manifestaba una actitud egocéntrica ni egoísta.

Su carácter era el de un joven que contagiaba entusiasmo a sus compinches de parranda, compartía todo lo que poseía y cuando bebía en demasía se achispaba de tal manera que, con su simpatía, hacía reír a todos. Cuando debía ser solidario no escamoteaba su compromiso y enfrascado en discusiones ideológicas no actuaba con la soberbia del esclarecido.

Fernando agavillaba a su grupo de amigos que estaba integrado por jóvenes de familias adineradas, los de siempre, y los nuevos de la universidad. Las discusiones entre ellos duraban entre cigarrillos, porros de marihuana y copas hasta el amanecer. En los últimos tiempos se enfrascaron en los debates sobre la presencia norteamericana en Oriente Medio y la calidad de la política en democracia; tanto la fracción conservadora como la progresista de su grupo concordaban en que para ir de putas no hacía falta salir de rondas, sino que bastaba con entrar a la política. Para estos descreídos que permanentemente comparaban lo imposible con lo prosaico de la realidad, la coyuntura política era calificada como salir de Guatemala para entrar en *Guatepeor*.

Fernando como todo joven contemporáneo era adicto a los nuevos medios de comunicación y los utilizaba para contactarse sin control y debatir en otra dimensión sin apego a ningún rigor académico.

Al terminar sus estudios de bachiller manifestó su intención de irse a vivir solo. Decía que ya era lo suficientemente mayor para llevar su propia vida sin injerencias familiares, les había pedido a sus padres que comprendiesen su necesidad de contar con un espacio propio para sus

asuntos privados. Ellos trataron de convencerlo de que para él todo sería más cómodo si compartían el mismo departamento y de que, para ellos, él era todavía muy joven para abandonar la casa.

CAPÍTULO 41

El viaje a España

LUCRECIA Y GUILLERMO ESTABAN DE ACUERDO en que ella tenía que viajar a Madrid a encontrarse con Fernando. García Bazán los persuadió de que si quería reconquistar al joven era mejor apelar a los medios extrajudiciales que a los judiciales. Un juicio de filiación a la edad del joven no tendría el mismo efecto legal y afectivo que si se trataba de un menor de edad.

Guillermo la alentaba a realizar el viaje lo antes posible. En consonancia con el juez, estaba de acuerdo en que ella debía aproximarse a él sin recurrir a la intervención judicial. Sostenía que la maternidad más que una condición jurídica era un problema humano.

Lucrecia decidió viajar a Madrid munida de toda la documentación vinculada al caso en cuestión. El doctor García Bazán elaboró un expediente con toda la información homologada y Guillermo, paralelamente, preparó una carpeta en la que las fotografías, los recortes de diarios y los datos obtenidos a través de otras fuentes no oficiales presentaban la situación de la que fueron objeto los perseguidos por el Gobierno de facto.

Lucrecia sugirió que dejaran pasar las fiestas de fin de año. No consideraba oportuno desatar la crisis en esas fechas. Conocedora de la tradición española, sabía que lo mejor era incluso dejar pasar Reyes, así que planificó arribar a la capital española el 8 de enero del 2003. En un principio el plan consistía en viajar sola, pero luego de sopesarlo se acobardó y le suplicó a Guillermo que la acompañara.

Guillermo pensaba que Lucrecia debía mirar de frente a los ojos de su pasado. Suponía que del encuentro entre la madre y el hijo podían producirse derivaciones afectivas entre ella y él. Como era un convencido de que los sentimientos bajo ningún aspecto debían ser coartados, pensaba que ese era el momento oportuno para que Lucrecia reflexionara sobre su pasado sin él y su futuro con él.

Pero la reacción de Lucrecia confirmaba su desaprobación. Le recalcó que gracias a su trabajo, a su investigación y a los trámites que había realizado se había logrado que las indagaciones terminasen con el final esperado. Ella consideraba que la presencia de él hizo las veces de un paliativo para mitigar las amarguras de su drama, que trocó su infortunio perpetuo en perecedero, que era el protagonista principalísimo y no un personaje que solamente coadyuvaba; que a partir del primer instante su determinación fue la solución del problema y no parte de su desgracia.

Ella se sentía en deuda con él, sin su apoyo emocional no hubiese podido sobrevivir en el descampado en que se transformó su vida. Después de refrescarle la memoria y enumerarle su participación en eventos que fueron notables en su vida, le refirió la inseguridad que sentía para enfrentar las nuevas circunstancias. Hizo gala de sus debilidades, manifestó que todo el temperamento que ella ostentaba era insuficiente para actuar en una ocasión tan excepcional como la que debía sobrellevar e imploró que no la dejase sola justo en el último tramo de esta

encrucijada decisiva.

Fue tajante al calificar lo que iba a vivir como una situación extrema, en donde se necesitaba el respaldo de un ser querido. Le recordó que era lo único que tenía, pues el homicidio de Baltasar la volvió huérfana de madre y padre.

Guillermo escuchaba impávido la denegación de su petición. Ni bien ella terminó su intervención se puso a concebir cuál sería el mejor modo de desenvolverse cuando se produjera el encuentro entre la madre biológica y su hijo; arribó a la conclusión de que bajo ninguna circunstancia se trataría de una situación llevadera ni ligera. Miraba la estratosfera con nubarrones e intuía que cuando las nubes estaban cargadas de agua tenía que venir una tormenta para limpiar el cielo. Meditaba que los encuentros previstos pueden llegar a convertirse en tropezones si no se mueven las fichas como se hace en el ajedrez, o sea, calculando y anticipándose a la jugada de los otros.

Luego de guardar un silencio elocuente que anticipaba su respuesta, le reveló su voluntad de permanecer a su lado hasta consignar en la última estrofa la verosimilitud de lo acaecido.

—No tengas miedo, siempre estaré donde vos me necesites. Me parece inteligente y considerada la decisión de no amargarle a nadie las fiestas navideñas. Además, vos no la pasás bien en estas fechas, he observado que te aborda la tristeza y te volvés irascible. Compraré los pasajes y haré la reserva en un hotel en Madrid. Solamente quiero pedirte que al encuentro con Fernando vayas vos sola, es lo que corresponde. Mi presencia a tu lado puede ser más incómoda aún para él. No tengo ningún inconveniente en acompañarte a hacer frente a los padres adoptivos. Me pongo a hacer lo mío y vos preparate para estar tranquila en esos días en los que se te va a brindar la oportunidad de actuar por primera vez como madre. Vas a vivir emociones muy fuertes e inclusive perturbadoras, la maternidad es un sentimiento ennoblecedor cuando la madre y el hijo están juntos y es un sentimiento enrarecido cuando están separados por la inequidad que tiene el vivir.

—Te agradezco tanto tu comprensión y tu apoyo —afirmó Lucrecia, aliviada.

—En los próximos días vamos a ubicar en un mapa de Madrid el departamento de esta gente. Trataré de obtener su número telefónico, pues creo que debemos hablar con ellos primero. Todo da a entender que fueron burlados en su buena fe, pero para ahorrarnos situaciones de las que podamos arrepentirnos es conveniente que hablemos con ellos como personas maduras. Evitemos, en lo posible, dañar a alguien, en especial a Fernando. No conviene hacer una aparición repentina y causar estragos.

—¿Y yo? ¿Quién se apiada de mí? ¡Me duele el corazón por el mal trato que recibí! ¿Cómo se reparará lo que me hicieron, lo que destruyeron en mi vida y cómo pisotearon la memoria de Baltasar? —dijo Lucrecia con tono de enfado.

—La lesión que te causaron es irremediable, de lo que te despojaron se ha perdido. Tenés que olvidar a Baltasar, por nosotros —solicitó Guillermo con resignación.

—Pedirme que no reviva sentimientos que jamás murieron es igual a desconocer lo que me tocó vivir. ¿Cómo borrar de mis vivencias o dejar de sentir gratitud por él a quien entregó su vida por el amor que me profesaba?

—Yo también entrego mi vida por vos, hace años que lo único que hago es investigar y buscar a tu hijo. Sabés bien que estaría dispuesto a dar mi vida a cambio de la tuya, estoy donde estás porque no pienso separarme de tu lado.

—Guillermo, nuestro amor despertó de dos soledades. Cuando necesitaba alguien para querer y paralizar el odio exagerado que tenía, llegaste a mí. Me devolviste lo que los otros me

usurparon, solo quien vivió lo que me tocó sufrir sabe que el tráfico forzoso de emociones marca con sus trillas nuestros destinos. Nada es tan fácil: para mí en estos casos rige la regla de que lo pasado pisado, pero jamás olvidado. Vos me sacaste del pozo, a vos te debo estar sana y salva, sos el creador de la Lucrecia que reconstruiste sobre los ruinas de la jovencita que fui. Estamos juntos porque quiero estar siempre contigo, no puedo respirar si no te tengo cerca, sos, con mis recuerdos, la única pieza afectiva que aligera mi vulgar existencia. Dejá que cada quien ocupe su lugar y no cometas la torpeza de luchar contra los muertos. Me ayudaste a sobreponerme ante los requerimientos crueles que la vida puso a mi corazón. Vení, abrazame y juntos guerreemos a los vivos que quieren que malversemos nuestra felicidad. Que los muertos gocen de buena salud no significa que anden vivitos y coleando. En mi vida hubo otro hombre y ahora estás vos. Te soy fiel con mi cuerpo, con mi alma y en mis pensamientos.

—¿Y con los sentimientos? —inquirió Guillermo y agregó— ¡De vez en cuando siento que no te dejás amar!

—No quiero ser descortés pero atendía cuando, en reiteradas oportunidades, decías que los sentimientos pronuncian su pureza en libertad, que deben ser libres de contriciones, que inhibirlos es igual a adulterarlos y si libres son, no cabe definirlos como fieles o infieles. El dictado que quiere mandar sobre los sentimientos es la peor infamia que se comete contra ellos.

—Está bien, Lucrecia, vení, descansemos un poco ahora.

Y llegó el día y Lucrecia y Guillermo se embarcaron para Madrid. Tan pronto arribaron, en el camino al hotel, percibieron un ambiente político y social convulsionado.

En enero del 2003 España estaba afectada por las consecuencias de la nueva etapa de la internacionalización. La era de la globalización aparejaba problemas de distinta naturaleza y dimensión. Los cambios a los que estaba sometido el planeta señalaban una mudanza epocal en donde las antiguas rivalidades fueron sustituidas por amenazas y desafíos irreconocibles hasta entonces. El mundo bipolar se transformó en un ordenamiento poliárquico. La sociedad global lesionaba la soberanía estatal y simultáneamente desarrollaba una dimensión de interconectividad facilitadora de la comunicación y vulneradora de los blindajes de la seguridad pública.

Las tendencias globales son arrolladoras y configuran un torbellino en donde colisionan las más diversas expresiones culturales e ideológicas. En esta vorágine de turbulencias y truculencias, que acortan las distancias y aceleran los tiempos, se abren paso a zancadas los dogmatismos más pueriles y homicidas: el nacionalismo, el racismo y el fanatismo religioso.

El debate y la polémica giraban en torno a la futura guerra contra el Irak de Saddam Hussein y a si España debía o no participar en la coalición que combatiría contra el tirano. Las manifestaciones multitudinarias contra la guerra se realizaban a lo largo y ancho del país. La idea de que España se convirtiera en puntal de la nueva Europa no podía morigerar la desaprobación popular que provocaba el malestar y el rechazo a una acción militar considerada como infecunda y violatoria del Derecho Internacional Público.

Lucrecia le pidió a Guillermo que telefoneara a los Álvarez de Olea y Carvajal y planificara el primer encuentro con ellos. Ella no quería que la cita se realizase en el departamento de la familia por dos razones: porque prefería un lugar neutral y para impedir además de esa manera que Fernando presenciase la conversación o se enterase de que se había llevado a cabo.

Guillermo cumplió con el deseo y a través de un llamado convino una cita en un café ubicado sobre la Gran Vía. Las dos parejas llegaron puntualmente. La sorpresa se percibía en el ambiente. Al verse de lejos se acercaron y se identificaron, tomaron asiento y ordenaron té para las mujeres

y un par de cortados para los hombres. El encuentro transcurrió con la frialdad del desconocimiento. El ambiente estaba tirante y el aire gélido, hasta que José María hizo una pregunta para distenderlo.

—¿Vosotros a qué os dedicáis en vuestro país?

—A la ganadería —respondió Guillermo.

—¿Sois de Argentina o de Paraguay? Eso no me quedó claro en la conversación que mantuvimos —preguntó José María.

—Tenemos domicilio en Asunción y en Buenos Aires —respondió Lucrecia con un dejo de enfado.

—¿Estáis en España de paso, por turismo? ¿Queréis hacer alguna transacción o es que estáis por otros motivos? —inquirió José María.

—No, estamos por lo que usted califica como «otros motivos» —dijo Lucrecia expresando una forma inusual de fastidio.

—¿Y cuáles son esos motivos? —intervino temerosa Almudena.

Lucrecia les lanzó una rencorosa mirada y para no hablar con evasivas se dirigió a ellos y a bocajarro les dijo:

—¡Hemos venido a llevarnos a Fernando! Soy su madre biológica, lo gesté y parí y me lo arrebataron al segundo de dar a luz. No me permitieron sentir su dulce aliento, ver su carita, pegar su cuerpito al mío. ¡Nos separaron con la rapidez con la que el relámpago arranca el rugir de los truenos! Probablemente de la sala de parto lo llevaron a sus brazos y usted lo acurrucó, a mí sin embargo me negaron incluso la posibilidad de tocarlo. En esos días la leche adoloraba mis senos al no poder amamantarlo, dígame ¿quién lo amamantó? ¡Probablemente para no desfigurar sus senos contrató a una nodriza!

—¡Qué cosas dice, mujer! —replicó, ofendida, Almudena.

—Usted, señora, ni se imagina lo que conlleva luchar una batalla perdida de antemano, ni lo penetrante que es el dolor apañado por el sinsentido. Me tiraron como a un trapo sucio y me preguntaba: «¿Qué hice para merecer este castigo?». No me abandona el recuerdo macabro de la impotencia de oponerme en vano a que me separaran de mi hijo. Tuvieron que atarme y sedarme para poder robarse a mi hijo. No sé cuánto tiempo me mantuvieron bajo el influjo de los tranquilizantes. Recuerdo que cuando me despertaron recobré la conciencia y estaba tan desconcertada como si hubiese despertado en el infierno. No busco su compasión, quiero que sientan vergüenza. Aborrezco más a los cómplices y a los encubridores que a los fascistas; estos por lo menos ponen la cara, en cambio gente como ustedes se beneficia de los crímenes sin ensuciarse las manos.

Almudena no pudo contenerse y se puso a llorar, José María guardaba un silencio púdico, Guillermo no emitía sonido alguno y sintió, por única vez, que estaba de más y era prescindible para ella. Lucrecia juzgaba que estaba enajenando la desazón que la turbaba, que con sus irreverencias desalojaba sus amarguras y que expulsando su veneno abatía sus pesadillas. Su carga emocional la desahuciaba, era imperioso que se desahogara.

—Ahora resulta que los inhumanos se vuelven sentimentales, ¿o no tenían noción del delito que perpetraban? —les espetó con furia Lucrecia.

José María se dirigió a Lucrecia para pedirle el uso de la palabra y le insistió no ser interrumpido.

—Señora, quiero comunicarle que mi esposa y yo hemos actuado con buena voluntad, transparencia y ajustando los trámites de la adopción a lo que mandaba la ley en la Argentina. En

esa época, por razones de negocios, viajaba a menudo a Hispanoamérica. Durante mis travesías por allá, Almudena y yo nos hicimos varios análisis de fertilidad; los resultados nos desilusionaron, descubrimos que ella era estéril. Mi esposa se puso en manos de los médicos e hizo toda clase de tratamientos para quedar embarazada, pero los resultados nunca fueron positivos. Fue entonces que nos propusimos adoptar una criatura, lo podíamos hacer aquí pero queríamos quitarle a la pobreza una de sus millones de víctimas. En aquel entonces cultivaba la amistad con un gran empresario al que le comenté que estábamos entusiasmados con adoptar una criatura, que nos daba igual si era una niña o un varoncito. Mi amigo puso manos a la obra y un buen día me telefoneó para comunicarme que una joven encinta, soltera y de escasos recursos quería entregar a su hijo por una recompensa económica. Nosotros fuimos para allá ilusionados, pagué una considerable suma de dinero para honrar la deuda con la madre y por los trámites judiciales. Recuerdo que nuestra permanencia duró más de lo planeado; los papeles, nos decían, para estar en orden demandaban un tiempo y como no caminaban por sí solos había que «aceitar» la maquinaria judicial y administrativa del Gobierno. Estábamos convencidos de que la madre renegaba de su hijo, es más, quisimos conocerla pero nos dijeron que ella padecía una depresión posparto y que no deseaba tener trato con ninguna persona. Nos aconsejaron no forzar las circunstancias y nos juraron por Dios que el dinero extra era para agilizar los procedimientos. De ninguna manera podíamos imaginarnos una barbaridad como la que usted nos narró. Cuando volvió la democracia a la Argentina quisimos indagar sobre la adopción, si se había realizado legalmente o era una más de las tantas y atroces apropiaciones delictivas. Los abogados nos confirmaron que lo de nuestro hijo se ajustaba al derecho plenamente. Mi esposa y yo, en todo momento, actuamos de buena fe, por eso acudimos a esta cita. Mi familia es tradicionalmente de derecha, es cierto, pero somos gente de bien. También creemos en Dios y como católicos practicantes le pedimos perdón, hablo en nombre mío y de Almudena. Solo le ruego que hagamos lo mejor para Fernando. Lamento saber que a usted la hicieron sufrir injustamente, y le pido que no repitamos la historia. Impidamos que él padezca por la miseria de los otros. Le repito, jamás nos movió el ánimo de perjudicar a nadie. Le doy mi palabra de hombre de honor y de caballero de que colaboraremos para reparar el daño, pero le pido que entienda que de alguna manera nosotros también somos víctimas. Nuestra vida se ha destrozado a partir de este momento. Si Fernando está de acuerdo, lléveselo. Él tiene el derecho a estar con los suyos y usted a ser feliz a su lado. Sabrá Dios qué será de nosotros.

—No pida perdón, no se perdona a los que quitan la vida porque devuelven la vida. Además, a la edad de Fernando ya no depende de sus padres. Me sustrajeron lo mejor de él, hoy Fernando ya está en la edad de labrarse su destino; él es él y sus circunstancias.

—Lucrecia, creo que ya ha sido suficiente. Hay que dejar de lado las agresiones y moderar la furia. Tu dolor es humanamente comprensible, te zurraron con las dos manos y cada golpe que te propinaron fue injustificado e imperdonable, pero pensemos en positivo y pongámonos a escrutar alternativas para resolver esta insensatez de la mejor forma para Fernando y para todos —dijo Guillermo.

En la mesa cundió el silencio de los arrepentidos, los Álvarez tomaron nota del calvario de Lucrecia. Esta quedó convencida de la inocencia de ellos y Guillermo visibilizó la complejidad del problema. Todos coincidían en proteger a Fernando.

—Señora —intervino Almudena—, cuando usted desee puede visitar a Fernando. Medite, tómese su tiempo para escoger la manera menos traumática para que él conozca a su verdadera madre. ¿Cómo desea aparecer en su vida? ¿Quiere algo fortuito o planificado? ¿Quiere que

nosotros le confesemos que no somos sus padres? ¿Se atreve usted a hacerlo a solas con él? ¿O si quiere lo hacemos todos juntos en una misma reunión? Por último, y perdonen mi impertinencia, pero ¿es usted, don Guillermo, el padre de Fernando?

—No, no soy su padre. Fernando es hijo de un hombre que fue asesinado por cuestiones políticas antes de que Lucrecia alumbrara. Era una gran persona, un romántico que prefirió su muerte a la de sus seres más amados. Ella y yo ya llevamos un buen periodo de tiempo como pareja. También queremos casarnos después de acabar con esta tragedia.

—Lo siento, señora Lucrecia, veo que su historia es más desgraciada de lo que me podía imaginar. ¡Qué triste ha de ser sobrellevar la vida alimentándose de tanta pena! Creo que todos somos gente de buena voluntad, subsanemos los errores cometidos y, si los malos se unen para hacer el mal, unámonos los buenos para hacer el bien.

—Gracias. Creo que corresponde que me encuentre a solas con Fernando. Tal vez cruzarlo de manera casual y durante ese encuentro ver cuándo es el momento oportuno.

—Señora —dijo José María—, se hará como usted sugiere. Empecemos hoy mismo. Fernando se encuentra en las proximidades, participando en las protestas contra la invasión a Irak. ¿Podrá reconocerlo?

—Descríbamelo, por favor —pidió Lucrecia con un estilo solícito.

—Como mujer le digo que es guapísimo —interfirió Almudena—. Las chicas enloquecen por él pero no es un muchacho promiscuo, es muy recatado. Tiene el porte de un actor de cine, alto, esbelto, ojos azules, abundante cabellera con la cual se hace una cola. En todas sus gesticulaciones es lo más varonil que hay.

—Disculpe que la interrumpa, espere un minuto, en mi cartera tengo unas fotos de su padre. Por cómo lo describe vislumbro que debe ser muy parecido a Baltasar.

Abrió su bolso y su mano fue directamente a un bolsillo del costado, corrió el cierre, tomó las fotos y las expuso sobre la mesa.

—¿Se parece a su padre? —preguntó Lucrecia.

—Dios mío —dijo Almudena y se santiguó—. ¡Son la misma persona, es increíble el parecido! En España decimos que la sangre no es agua.

—Necesito hablar a solas con él y después, para sortear daños colaterales, mantendremos, todos juntos, una reunión con Fernando. Tiene que estar convencido de nuestra buena fe y de que la maledicencia contra nosotros y él es obra de terceros. He recuperado la calma e intuyo un panorama con aprietos. Lo provechoso para nosotros, lo es también para él. Me marcho a su búsqueda; mientras tanto, hazme el favor de explicar al señor y, señora los intríngulis de nuestro laberinto. Voy a salir a ver si lo encuentro. Mil gracias por su apoyo.

Lucrecia se paró, besó a Guillermo, abrió sus brazos para abrazar a los Álvarez de Olea y Carvajal y de forma pausada les expresó:

—No fuimos más que arlequines en el juego de la vida.

CAPÍTULO 42

La realización de los sueños

LUCRECIA ABANDONÓ LA CAFETERÍA Y EMPRENDIÓ como una fiera codiciosa la cacería con la cual necesitaba saciar sus ansias maternales. Dirigió sus pasos hacia la Plaza del Sol. En cada rincón de la misma se agrupaban puñados de manifestantes ansiosos de oír a los oradores más fogosos. El sitio se transformó en un hervidero de ataques contra la guerra y de promoción a favor de la paz mundial.

Lucrecia oteaba por todas partes, se acercaba a donde había una aglomeración de personas y prestaba atención a los discursos de los oradores, hasta que escuchaba un razonamiento trillado y entonces seguía su recorrido. Miraba a los muchachos que la rodeaban. Estaba nerviosa y confundida. Cuando veía a un joven de espaldas presumía que podía ser Fernando, lo palmeaba y al darse cuenta de que no era parecido a Baltasar, le preguntaba como excusa: «¿Qué más podemos hacer para frenar esta guerra imperialista?». Cuando estaba de espaldas a una sucursal del Corte Inglés, giró ligeramente la cabeza hacia la derecha, percatándose de que en la calle que conducía a la Plaza Mayor se reunía un gentío. La situación no le pasó inadvertida y decidió sumarse a ese grupo de enfurecidos. Ya en la última línea empezó a distinguir la voz del disertante, pero la distancia y la altura de algunos de los manifestantes le dificultaban identificar al cabecilla del conjunto. Se fue abriendo camino, paso a paso, a base de empujones, forcejeos y exigiendo que la dejaran pasar argumentando ser corresponsal de la prensa extranjera. Cuando llegó a ubicarse en la primera línea se arregló el abrigo y la bufanda, giró la cabeza de izquierda a derecha y viceversa, escudriñó entre los que estaban a su alrededor hasta que finalmente elevó la mirada y la fijó en el orador. De sopetón la asaltó una sensación de mareo, ¿era Baltasar o Fernando? Se puso a temblar. Sentía que se desmayaba, le flaquearon las piernas, la respiración se le agrietó, estaba pasmada y sentía heladas las manos y los pies.

Recuperó su lucidez, lo reconoció. ¡Por fin lo había encontrado, no lo podía creer! Lo observó sin descuidar un detalle y en cada minuciosidad reconocía a Baltasar. El timbre de la voz y cada rasgo físico o ademán de él le parecían idénticos a los de su primer amor. La sorprendió su lenguaje corporal, cómo sus ojos jugueteaban, cómo elevaba los brazos, cómo hacía que sus manos hablaran y cómo instigaba a pasar de la palabra a la acción. Cuando superó el susto inicial la asaltaron las ganas de decirle: «Aquí estoy, Lucrecia tu única madre, la que te parió». Ella estaba embobada y lo miraba estupefacta. Un momento después recobró el control de la situación y prestó atención al discurso de Fernando.

«¡Compañeros y compañeras! Estamos reunidos para que el mundo sepa que las españolas y los españoles no avalamos ningún hecho de barbarie y que nuestros ideales no se alimentan del pan de los oprimidos. La guerra por el petróleo es un suceso roñoso, cobarde y genocida. Aquellos que quieren bombardear Irak que no nos vengan a decir que los proyectiles y las balas

son para destruir las cadenas de la opresión. A esos carniceros les responderemos que no hay mayor infamia que escribir la historia de la humanidad con la sangre de los pueblos. La liberación de los postergados jamás ha sido traída por las armas de los poderosos, la civilización no se impone con la violencia y no podemos sembrar el árbol de la libertad allí donde fue asesinado un hombre. A los que quieren fertilizar la tierra con la sangre de víctimas indefensas les llamaremos por sus verdaderos nombres: ¡inescrupulosos criminales, cobardes criminales, puercos criminales! Los españoles debemos recordar que constituyó un delito de lesa humanidad cristianizar por la fuerza, ¿o es que han olvidado los panegiristas de la civilización occidental que durante la conquista de América la espada nunca dejó de escoltar a la cruz? La combinación de la cruz y la espada no era para catolizar, era para españolizar la sumisión de los pueblos que nacieron libres y fueron esclavizados por la avaricia del oro. No esperemos que crezca el árbol de la vida allí donde bajo sus sombras yacen los restos de las naciones que perecen por negarse a enajenar su identidad colectiva. Los pueblos que se rebelan contra la dominación y la prepotencia imperialista son heroicos, embellecidos por el sufrimiento y eternos porque murieron para llegar a ser lo que son. De nuevo, los países imperialistas liderados por los gringos se pertrechan y se envalentonan contra una nación que en todos sus siglos de vida ha demostrado dedicación a su independencia. Todas las veces que flamee nuestra bandera en Irak no será para quitar pena ni hambre. Las banderas que flamean en territorio ocupado mancillan la dignidad y envuelven las alas de los pueblos que quieren volar alto en el cielo y como gaviotas perderse en el mar. Las naciones de España son imperecederas y la voluntad de sus pueblos invencible, por eso la gente común, los que avivamos nuestros corazones con el grito de libertad y sensibilizamos nuestras almas con el compromiso de la solidaridad, debemos permanecer al lado de los que serán eliminados so pretexto del mercado libre, la globalización y la vocación humanizada de Occidente. Que arda en nuestros pechos la pasión inacabable de pagar con la vida el precio de la defensa de la soberanía nacional y el de la autodeterminación de los pueblos. Prestigiemos con acciones el pasado heroico y de luchas reivindicatorias de los pueblos de España. Cuando derramamos nuestra sangre y con ella regamos nuestra decisión libertaria, engrandecemos la solidaridad entre los pueblos. El levantamiento del 2 de mayo fue, nada más y nada menos, la sublevación de las clases populares contra la invasión napoleónica. Bonaparte el emperador, el imbatible, el súper hombre subestimó a los españoles y se equivocó. El traidor de la revolución fue vencido en Waterloo porque primero fue derrotado en España. Las clases subalternas supuestamente representaban la barbarie; los militares franceses y las clases altas, la civilización. España debía ser subyugada y afrancesada, éramos vistos y tratados por la potencia invasora como un pueblo primitivo que debía ser esclavizado para ser civilizado. En nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad se cometieron los crímenes más atroces contra nuestra cultura, nuestra manera de ser y nuestros derechos. ¡Recordad el 2 de mayo como una gesta épica de los pueblos que rechazan la voluntad de los que quieren, con sables y botas, vejar la dignidad de los hombres! ¡Que la sangre vertida sirva para pintar el mapa del mundo con naciones libres y que los demócratas sintamos que nuestra patria está allí donde los pueblos combaten por su libertad y allí donde el sudor une la tierra con las manos del labrador para hacer un solo destino! Así como nos pusimos de pie y desarmados combatimos al ejército más poderoso de aquel entonces, hoy debemos expresar nuestra repugnancia contra el emperador de las transnacionales, el innombrable George Bush. Este sujeto habla de guerras justas y del derecho preventivo de atacar a un pueblo para defenderse. Quiere justificar con la moral y el derecho el acto criminal que no se puede revestir de justicia. El ataque o la amenaza del uso de la violencia contra un

pueblo que no está en estado de guerra significa replicar las prácticas del nazismo que equivocadamente creíamos que habían perimido. Decirle no a la guerra es decir sí a la vida y no a la muerte, negarnos a legitimar el crimen significa afianzar un mundo fundado en la igualdad soberana de los pueblos. Conciudadanos y conciudadanas, que mis palabras y nuestra vocación pacifista no sean malinterpretadas por los propiciadores de la globalización, la desigualdad y el subdesarrollo. Nosotros no defendemos tiranos ni dictadores funcionales y moldeados a la hechura de las potencias imperialistas. Si hoy estamos todos reunidos aquí es porque anteponemos los principios del derecho al uso de la fuerza, la verdad a la mentira, el derecho a la injusticia, el amor al odio, la vida a la muerte y el porvenir a la desesperanza.»

Fernando terminó de pronunciar su arenga, los presentes aplaudieron a rabiar y continuaron lanzando consignas contra la guerra y el imperialismo. La miniconcentración se prolongó unos minutos más, los que permanecían en el lugar expresaban la vehemencia de sus convicciones con cánticos y agitando sus pancartas. Fernando fue ensalzado por los integrantes de su comitiva y recibió también las felicitaciones por su ardiente discurso.

Lucrecia estaba esperando el mejor momento para abordarlo. Al observar que solamente conversaba con uno de los manifestantes, con una forzada desenvoltura se acercó a él.

—Perdón, joven, puedo solicitarle un favor —preguntó Lucrecia.

—Con mucho gusto, a una mujer tan guapa no se le puede negar una ayuda. ¿En qué le puedo ser útil?

Ella se sonrojó pensando que su hijo podía atribuirle intenciones *non sanctas*.

—Me llamo Lucrecia González, soy corresponsal de prensa extranjera y me gustaría ahondar con usted algunas cuestiones de su alocución que me parecieron brillantes. ¿Le supondría una molestia si lo invito a tomar un café?

—Todo lo contrario. Espero sepa distinguir entre un discurso de barricada y una disertación académica. Mi intención era pronunciar un alegato por la paz y condenar la agresión de los todopoderosos contra los pequeños.

—¿Cuál es su nombre?

—Soy Fernando Álvarez, parido y educado en Madrid —respondió como queriendo agradarle.

—¿Por qué no continuamos el intercambio de ideas en la cafetería más próxima? Aquí en la esquina hay una rotisería donde sirven infusiones y café —propuso Lucrecia.

—Pues vamos —dijo Fernando.

Después de ordenar sus pedidos entablaron el diálogo.

—Su acento me suena extraño. ¿Proviene usted de América Latina? —preguntó Fernando.

—Lo adivinaste con rapidez. Soy paraguaya, vivo entre Buenos Aires y Asunción. Trabajo en mi país para el diario *ABC Color* y simultáneamente como corresponsal para otras agencias de noticias.

—Por el nombre presumo que es un diario de derecha —afirmó Fernando.

—Es un periódico más liberal que conservador.

—Está bien, me da igual. Pero explícame, ¿por qué un diario de tu país se muestra interesado en nuestras marchas de protestas?

—Tené presente que la guerra va a afectar a todo el planeta. La globalización nos vuelve interdependientes. Los que se aíslen serán los perdedores de la globalización.

—¿Eres partidaria de la nueva forma que asume el capitalismo? Este, hoy más que nunca, penetra en todos los agujeros del planeta. No me parece científicamente riguroso llamar a este estadio de transnacionalización de la economía «mundialización» o «globalidad». Usan

eufemismos para hacernos creer que la versión neoliberal del capitalismo abolió la explotación de los más pobres por los más ricos —afirmó Fernando en términos contundentes.

—No estoy a favor ni en contra de la globalización. No la califico utilizando las categorías de Lenin como una etapa superior del capitalismo, los procesos globales influyen hasta en nuestras vidas privadas, son un dato de la realidad. No se trata de una definición ideológica, sus efectos se sienten querámoslo o no. Los países que no acomoden sus ordenamientos internos a los requerimientos que emergen a diario serán afectados de una forma muy perjudicial.

—Deduzco que nunca seremos camaradas y jamás estaremos de acuerdo en temas básicos, pero a pesar de esas circunstancias quizás podemos llegar a ser buenos amigos.

—Como vos quieras, Fernando.

—Te habrás dado cuenta de que estamos metidos en un gran jaleo, España siempre tuvo una actitud amigable con los moros, la política de agresión provocará la reacción del mundo árabe. Espera y ya verás cómo mis premoniciones se harán realidad. Acuérdate de la frase enjundiosa de Tolstoi: «Mientras continúe habiendo mataderos, habrá campos de batalla».

—No me malentiendas, odio la guerra y la violencia en todas sus formas, pero la realidad habla por sí sola. Además, el mundo árabe está dividido con respecto a Saddam Hussein. Él no es un Gamal Abdel Nasser para convertirse en el líder de un movimiento panarábigo. Acuérdate de mí cuando lo hagan papilla —afirmó Lucrecia.

—Explícame, ¿cómo una mujer bella se dedica al periodismo? Abundan en ti las cualidades femeninas que los hombres de dinero y poder desean. En vuestros países me cuentan que los monigotes van acompañados de hermosas mujeres. ¿Eres una emancipada? —preguntó Fernando.

—Por lo que escucho estás insinuando que las sudamericanas mercantilizamos con el sexo, que vendemos nuestras almas al diablo o que somos unas tontas de capirote. Me parece que tu izquierdismo no es lo suficientemente maduro para que puedas neutralizar tu machismo tan hispánico. No le va bien a un revolucionario ser un machista cavernario —replicó Lucrecia.

—No lo tomes tan a mal, no quise insultarte con mis palabras, quizás estés en lo cierto. Puede ser que me haya dejado llevar por los estereotipos y que sea un poco machista. Se erradican con más facilidad los vicios del consumo que los culturales.

—Contame, ¿a qué te dedicás?

—Estudio en la Complutense y milito en un movimiento ciudadano que critica a los partidos políticos. Estos se transformaron en una partidocracia, solo representan los intereses de las cúpulas, nosotros no nos sentimos representados. Los partidos son maquinarias endogámicas, ensimismadas, que van a lo suyo. Sin embargo, nosotros simbolizamos la negación de la negación. Aquí la política como profesión es monopolio de los trogloditas. Debemos cambiar el orden establecido sin ambages de gatopardismo.

—Ahora me corresponde refrescar tu memoria con un razonamiento de Tolstoi: «Todos quieren cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo». Tu diagnóstico y la terapia que sugieres suenan arrogantes e incluso peligrosos, planteas el maniqueísmo entre nosotros, los puros, contra los impuros, los buenos contra los malos. Es como si la realidad fuera dicotómica. ¿Estás al corriente de cuál es la consecuencia de esa disyuntiva?

—No sé a qué te refieres —respondió Fernando.

—Llevada a los hechos significó la aplicación del principio del antagonismo: «El que no está conmigo está contra mí». Las dictaduras latinoamericanas usaron y abusaron de ese razonamiento. No defiendo la corrupción, pero prefiero a los políticos en el poder que a los

militares.

—No me sé explicar bien, necesitamos más tiempo para abordar el tema con rigor científico. Estoy medio estresado. Hablar en público me altera, no estoy muy acostumbrado a eso —manifestó Fernando.

—Pues lo hacés con mucha propiedad. Entonces, decime, ¿cómo te mantenés? ¿De qué vivís?

—Aquí decimos que vivo del cuento.

—No me sorprendas diciendo que te ganás la vida como gigoló.

—¿Qué me sugieres?

—Es solo una broma, no me malinterpretes, que con casi cuarenta años hasta puedo ser tu madre.

—No creo que lleguemos a tanto, en todo caso una amiga madura —dijo, guiñándole el ojo—. En verdad recibo una beca de una fundación y en las temporadas de verano trabajo de camarero en Marbella. No me puedo quejar de mis condiciones materiales de existencia —miró el reloj y recordó que ese día aún tenía mucho por delante—. Perdóname, pero se me hace tarde y tengo varias reuniones pendientes. Me gustaría volver a verte, porque no hay cosa más bonita que discutir con una mujer hermosa e inteligente. Este es mi móvil, lo escribí en la servilleta. Pégame una llamada antes de marcharte a tu país.

—Gracias Fernando. Pronto me pondré en contacto —dijo Lucrecia.

Se levantaron los dos. Ella quiso pagar la consumición, pero él no lo permitió. Se despidieron como si se hubiesen conocido de toda la vida. Fernando abandonó el local con prisa, ella volvió a tomar asiento; no se perdonaba su falta de coraje.

Lo más duro no es tolerar la verdad, sino pronunciarla. Se abrigó mientras esperaba un taxi y decidió reunirse con los Álvarez de Olea y Carvajal. Llegó al hotel y desde el *lobby* telefoneó a la habitación para confirmar la presencia de Guillermo. Subió y cuando entró vio que él estaba tendido en la cama. Se acostó a su lado, los dos tenían la cabeza boca para arriba, ella lo tomó de la mano y le comentó las sensaciones que el encuentro había despertado en ella.

Corroboró con Guillermo su pronóstico de que Fernando era irrecuperable, que renunciaba al deseo de establecer entre ellos una relación normal de madre e hijo, que ya no le pertenecía ni a ella ni a nadie. Percibió en él la personalidad de los que no dependen de los demás, que encarnaba el prototipo del hacedor y de los arrojadizos, que las prioridades en su vida no giraban en torno a su núcleo familiar. Reconoció que los padres adoptivos eran buenas personas y que dentro de muy poco perderían el control sobre Fernando. Le comentó lo asustada que estaba por el parecido entre Baltasar y Fernando, le contó que cuando lo vio dar su discurso se imaginó la personalidad que Baltasar encubría y que ella nunca conoció. Le dijo que se sentía satisfecha y a la vez golpeada porque su premonición de haber estado construyendo castillos en el aire iba haciéndose realidad. Reconoció su impotencia para vérselas a solas con su dilema existencial, le suplicó toda su ayuda para este último percance y que recurriría a los Álvarez de Olea y Carvajal porque presagiaba una reacción imprevista de Fernando.

Los días pasaban. El encuentro afectó a Lucrecia y la dejó con los ánimos alicaídos. Pensaba qué difícil era reconocer la verdad y luego aceptarla, comprendió en el mediodía de su existencia las ventajas de vivir en la ignorancia. También entendió a la gente que prefiere observar su realidad a través de un velo que distorsiona la percepción y permite captar solo las medias verdades. Mientras ella recapacitaba y extraía sus conclusiones de los últimos acontecimientos, Guillermo acordó un encuentro después de la hora del almuerzo en el departamento de los Álvarez de Olea y Carvajal. José María se obligó a comunicarse con él tan pronto Fernando

hubiera salido para participar en las protestas que se realizaban en los lugares neurálgicos de Madrid. Para esa tarde estaba preparada una manifestación frente a las Cortes.

Lucrecia y Guillermo salieron del hotel después de haber recibido el mensaje de José María. Arribaron al hogar de los Álvarez tan pronto como les fue posible; al entrar, los anfitriones los estaban esperando con café, anís, coñac y una bandeja de turrones alicantinos. Se saludaron con el cariño solidario de los que padecen el mismo dolor e intimaron como si fueran amigos de la misma generación y de toda la vida. Lucrecia les comentó lo sucedido en el encuentro con Fernando, su relato fue franco y minucioso; hasta consiguió confesar sus atormentadas emociones como madre. Ella no se guardó nada para sí y en la medida que avanzaba en desgranar sus sentimientos, su desgracia entretejía los lazos de la compatibilidad que se iba consolidando entre los cuatro. Durante su perturbada narración no fue interrumpida y cuando en medio de la descripción de algunos hechos perdía los estribos o le brotaban lágrimas, la respuesta de consuelo de los otros no se hacía esperar. Una vez terminada la alocución de Lucrecia se abrió un intercambio de pareceres de los cuales resaltaba el hondo convencimiento de que todos juntos y con un discurso unívoco debían correr la cortina para revelarle a Fernando la verdad escondida detrás de tantas mentiras. Cada uno estaba atento a lo que los otros decían y eran extremadamente cuidadosos con lo que declaraban; por ningún motivo había que lastimar susceptibilidades, los recuerdos aún podían despertar reproches y las lesiones todavía no habían sanado. En ese ambiente cargado de ansiedades se hizo presente Fernando sin que nadie lo notara. Cuando se percataron de su presencia y antes de pronunciar sus primeras palabras, provocó en cada uno de los presentes una emoción muy intensa que los paralizó y enmudeció. Fernando los amedrentó con un cuestionario improvisado pero punzante:

—¿A qué se debe este conciliábulo? ¿Se puede saber qué tenéis entre manos? ¿Qué estáis tramando? ¿De dónde la periodista guapa de derecha conoce a mis padres? —dirigiéndose a Lucrecia le inquirió—: Si sabías de qué medio social provenía, ¿por qué el interés demostrado por saber cómo me ganaba la vida? ¿Por qué no me informaste que conocías a mis padres y que sabías dónde viven?

La interpelación de Fernando dejó a casi todos aturdidos, menos a Lucrecia. Esta se sintió tocada por la inquisitoria de Fernando, creyó que él no se compenetraba con su dolor y como si tuviera la respuesta en la punta de la lengua hizo uso de su derecho a réplica.

—Te equivocás si pensás que estamos deliberando a escondidas o que el propósito de esta reunión es seguir manteniendo la verdad oculta —respondió ella como queriendo inducir a la siguiente pregunta.

—¿De qué verdad oculta me hablas? —inquirió Fernando elevando el tono de su voz.

—Me refiero a que soy tu madre biológica —y dirigiendo su mirada a los Álvarez agregó de manera exaltada—: ellos son tus padres adoptivos.

—¿Me podéis decir de una puñetera vez de qué se trata todo esto? —reclamó en forma vehemente Fernando.

—Cálmate, hijo mío —intervino Almudena.

—¿Hijo tuyo? ¡Tal vez hijo de la puta madre! Ahora resulta que una supuesta periodista insinuadora que anda buscando liarse con el primero que pasa es mi madre y que la mamá que me crió y educó es una embustera. Ahora mi madre es una desconocida que se entromete en mi vida cuando le place. Que mi padre y mi madre oficiales no son lo que son y, peor aún, no sé lo que son. Estoy metido en un entramado de consanguinidades fingidas. ¿Y quién coño es mi padre? ¿Eres tú? —le preguntó a Guillermo.

—Tu padre se llamaba Baltasar De La Sobera y falleció en una sesión de tortura. Se entregó para salvar tu vida y la de Lucrecia —dijo Guillermo con su habitual estilo de hablar pausado.

Fernando lo interrumpió intemperantemente inquirió:

—¿Y entonces tú quién carajo eres? ¿Como te acuestas con la mujer de prensa te sientes con derecho a impartir cátedra? Hazme el favor de callarte, que tú aquí eres más intruso que yo.

—No reacciones con maldad, Fernando, que jamás te regateamos nuestro amor. Puedes reprocharnos que nos hiciera falta el valor de contarte la verdad desde un principio, pero creciste rodeado de nuestro querer. No queremos dañarte, necesitamos explicarte las circunstancias que acontecieron y los hechos que escaparon a nuestra voluntad. Somos las víctimas y no los victimarios de un montaje sórdido manejado por gente desalmada —quiso persuadirlo José María con su estilo tenue de hablar en situaciones extremas.

—El perjuicio ya me lo habéis hecho y con un poco de esmero lo podéis agravar —manifestó Fernando y luego suspiró.

—Tu padre y yo fuimos la presa de un juego espurio —dijo Lucrecia—. Voluntades extrañas a las nuestras no permitieron que nuestra felicidad cristalizara. No somos culpables de lo ocurrido, presumís que te dañamos a propósito y no advertís que lo sucedido es embarazoso para todos. Para que lo tengas en cuenta a la hora de emitir tu condena, quiero que sepas que el perjuicio que ahora te afecta representa la mitad de lo que me tocó sufrir. La vida ha sido cruel conmigo, mucho más de lo que te imaginás. José María y Almudena fueron engañados en su inocencia y en su deseo de tener un hijo. Guillermo fue la persona que me brindó su apoyo incondicional para encontrarte, además no solo compartimos la alcoba, sino también mis penas y mis temores. Llegar hasta esta instancia supuso esfuerzos y renunciamientos. Asumí con tu padre el compromiso moral y afectivo de hallarte y protegerte, mas nunca me pasó por la mente que mis buenas intenciones pudieran terminar en algo tan desquiciado. Tu actitud irracional, tus insultos soeces y tus sarcasmos irrespetuosos han malogrado el sueño que me mantuvo viva por tantos años.

—¡Entonces he sido concebido sin pecado original, por algo la virgen de la Almudena! Esto sí que es paradójico, la paternidad sobre la cual pueden emanar dudas está resuelta y por el lado de la maternidad se presentan dos madres, situación ideal para dictar una sentencia salomónica. Pero en este *show* en el que se participa para hacer el ridículo no están presentes los presupuestos para dictar un veredicto como ese; las señoras no se están disputando al crío y ambas son de naturalezas dispares. La una, suelta del coco, acostumbraba a servir a las causas revolucionarias acostándose con sus próceres, y la otra, beata por no tener un vientre fértil para la fecundación. Dos tías que me cagan la vida no por sus fortalezas, sino por sus flaquezas libidinosas y sus anemias fisiológicas. ¡Os podéis marchar todos a tomar por culo! Si esperáis que me deje arrastrar como puta por rastrojo, estáis equivocados, por lo visto no me conocéis lo suficiente.

—He visto cómo te desempeñás con extraños, a ellos les prodigás lo más exquisito de tu alma y a los que te amamos nos premiás con las indigencias de tu corazón. En la calle sos el reivindicador de los desposeídos y en tu casa sos lapidario con los desventurados que te quieren —le espetó Lucrecia reflejando en sus ojos la crueldad del rencor.

Fernando se retiró súbitamente, siguió imprecando contra el supremo y contra cada uno de ellos. Con ademanes de desprecio, abandonó el departamento. Abrió la puerta con rudeza y la cerró con violencia, se alejó conturbado. Él, que encontraba una explicación causal y racional para los conflictos mundiales, no podía entender por qué su mundo se había venido abajo sin que intervinieran las leyes de la historia. Su esquema ideológico basado en la dialéctica de los

enfrentamientos de clases demostró sus insuficiencias explicativas. Maldecía su suerte y se interrogaba: «Si estamos inmersos dentro de macroestructuras socioeconómicas, ¿cómo pueden las emociones individuales hacer tambalear nuestra existencia?».

La crispación abatió a los que permanecieron en el piso. Se quedaron saboreando la peor de las derrotas, aquella de los que pretendían hacer el bien y por obrar correctamente fueron hundidos en sus buenas intenciones. Ninguno emitía sonido, primaba la desazón en los ánimos y un silencio derrotista. En un momento dado, Almudena murmuró una frase inentendible.

—¿Qué dices, mujer? Modula al hablar, que no te entendemos —dijo apesadumbrado José María.

—Los hijos no son jueces imparciales con sus padres—sentenció lacónicamente Almudena.

Lucrecia y Guillermo prolongaron su estadía en Madrid. Tenían contacto cotidiano con Almudena y José María. El tema obligado de las conversaciones era el estado de ánimo de Fernando. Lucrecia no quería volver a Sudamérica hasta poder establecer alguna modalidad de comunicación con su hijo.

Fernando desarrolló una fobia contra la madre adoptiva y la biológica. Las rarísimas veces que dirigía la palabra a Almudena era para atosigarla por su inconducta como madre postiza, y cuando quería criticar a Lucrecia lo hacía en voz alta, imputándole la inhumanidad de deshacerse de su hijo. Repetía despreciativamente: «Solo las malparidas repudian a su hijo». El diálogo con él se trocó en una cuestión insostenible, después del intercambio de un par de pareceres se enardecía y disparaba su metralleta de improperios.

Cuando hubo pasado más de un mes de la primera reyerta, Fernando comenzó a recuperar el sosiego. Disminuía su furia pero aumentaba su depresión. Se sentía vacío, despechado, abúlico, desganado, desesperanzado y acobardado. Dejó de frecuentar sus círculos tertulianos, nada le encendía las ansias de seguir protestando contra la guerra y la desmotivación lo indujo a dejar de acudir a la facultad. Lo atrapó la zozobra que nunca padeció en su niñez, el miedo a la oscuridad y a lo desconocido. Su aspecto exterior se deterioró en la medida que progresaba su hundimiento. Rechazaba la asistencia de profesionales especializados en trastornos emocionales que le ofrecían.

Fernando, interesado en conocer la historia descarnada y no la oficial, intensificó su relación con Guillermo. De acuerdo a sus deducciones él era el único que no estaba salpicado por las suciedades del escándalo. Guillermo no esperó el aliento de los otros para asumir esta responsabilidad, la solidaridad estaba profundamente arraigada en su carácter y además recomponer todo con Fernando era la única posibilidad que tenía de volver a ver feliz a Lucrecia. Su peculiar situación permitía que actuara como un ajedrecista que juega solo, priorizaba con igual atención las fichas blancas y negras.

Se encontraban a diario y había días en que se encontraban hasta dos veces. Los diálogos pronto dieron sus frutos. Fernando, sin retraimientos, se sinceraba con él y le relataba sus trastornos psíquicos. Guillermo lo escuchaba mansamente y nunca lo contrariaba. La familiaridad del joven con Guillermo se consolidó inmediatamente, la bonhomía y la sencillez humana del último alimentaban el mejoramiento del ánimo de Fernando. Guillermo lentamente le narró todo lo acontecido y le refirió el contexto histórico que imperaba tres décadas atrás en América Latina. Fernando consentía y ratificaba lo dicho por su interlocutor. Le confirmaba que conocía lo que rememoraba porque estaba consignado en los informes de Amnistía Internacional que conocía al dedillo. La cercanía de ambos supuso el inicio de la distensión, progresivamente se percibía que Fernando mejoraba su sociabilidad con los demás. No obstante la controversia

que sostenía con Lucrecia y Almudena, tenía más bemoles que con José María. Guillermo le detalló, paso a paso, lo que él designaba como el calvario de Lucrecia. Respetando la cronología de los sucesos le refirió cómo la vida de Lucrecia, en donde todo era color de rosa, se transformó en otra en la cual el olor del azufre del infierno lo impregnaba todo. Guillermo, en función de cronista, ubicaba en el sitio que le atañía las circunstancias que distinguían lo accesorio de lo principal y señalaba el hilo conductor que aunaba la concatenación de situaciones y protagonistas. Solamente se detenía en los aspectos anecdóticos cuando guardaban relación con el resultado final.

Las inflexiones que marcaron la vida de Lucrecia eran enunciadas y desmigajadas prolijamente, Fernando necesitaba atar cabos y que ninguno quedase suelto. Luego de estas charlas, quedaba claro que Lucrecia no había interferido de ninguna manera en lo sucedido, carecía de responsabilidad, había que exceptuarla de cualquier incriminación. Guillermo enfatizaba que Lucrecia había sido embromada en su inocencia. Fue usada por todos, en las manos de los otros nunca fue fin, sino mero instrumento.

Resaltaba, como si fuera su frase críptica, que cuando se pone a andar la rueda del destino estamos sometidos a su voracidad y que esta termina de rodar cuando nos aplasta. Guillermo le contaba a Fernando cuánto lo amaba Lucrecia. Él era el fruto de un amor sublime. Para Lucrecia encontrarlo significaba honrar la memoria de Baltasar, hacer las paces con la vida y empezar una etapa de tranquilidad y equilibrio afectivo.

Lucrecia dedicaba su vida a agradecer la llegada de Guillermo. Gracias a él había podido encontrar a Fernando. Soñaba que el encuentro con su hijo y su compromiso nupcial le permitirían lograr la paz con los demás y consigo misma. Quería que su voluntad de combate claudicara sin demora. No toleraba un minuto más una existencia en la que los estigmas la acosaban, quería solamente que la amaran, la aguantaran y gozar de la serenidad de los satisfechos.

Las conversaciones entre Guillermo y Fernando tuvieron el efecto deseado de apaciguarlo y hacerlo entrar en razón, además de otorgarle los instrumentos para que se formara un juicio ecuánime de las vidas que trastabillan ante las inequidades del destino.

Sin embargo, el tiempo apremiaba. Ellos debían volver a América. A instancias de Guillermo, madre e hijo se reunieron a solas en el hotel. Se abrazaron, las lágrimas brotaron, él pedía perdón, ella lo besaba en las mejillas y la frente. Lo acariciaba como cuando una madre se rinde en cariños con su recién nacido, se sentía conmovida y lamentaba no haber podido deslizar sus labios en aquella piel de criatura pulida por la pureza.

Fernando también logró recomponer el vínculo con sus padres adoptivos, decidió que era España el lugar donde quería vivir, que deseaba terminar sus estudios y seguir combatiendo por sus creencias. No quería cambiar sus apellidos, pero necesitaba encontrar los restos de su padre. Haría todo lo posible para darle la sepultura de la que era merecedor. Comentó que Lucrecia procuró contactar con don Esteban De La Sobera y este jamás dio señales de vida. Se propuso esclarecer las circunstancias del asesinato y la desaparición de Baltasar, para él desde ahora en adelante su vida tenía un enigma y descifrarlo supondría encontrarse consigo mismo. Fernando compartió con ellos la lectura de la carta de despedida que Baltasar le había escrito a Lucrecia. Almudena y José María la escucharon fascinados por la entereza del que identifica su fatalidad y acude a ella. No podían contener las lágrimas y un golpe helado, que apreciaron como un manotazo de vergüenza, les sacudió los corazones.

Surgieron nuevos planes. Fernando viajaría a la boda. Los tres se embarcaron rumbo a

Argentina. La celebración del matrimonio fue en el mes de diciembre del 2003 con una ceremonia sencilla, en la que contaron con la presencia de los padres de Guillermo, los testigos y por supuesto Fernando, el invitado especial y el más anhelado. La boda se realizó en un establecimiento ganadero familiar localizado en La Pampa.

Fue una ceremonia hermosa en la que la felicidad se sentía en todas partes. Lucrecia estaba plena y la vitalidad de sus ilusiones era colosal.

CAPÍTULO 43

El destino marcado

FERNANDO ESTUVO PRESENTE EN LA BODA pero, por decoro y para no incomodar, los Álvarez de Olea y Carvajal permanecieron en Madrid. La estadía de Fernando en el sur duró hasta finales de enero del 2004. Regresó a España con la promesa de que se volverían a ver en un par de semanas. La pareja volvería a España para la luna de miel pues querían visitar a los parientes de Guillermo que vivían en Valencia y pasar un poco más de tiempo con Fernando.

Durante la separación hablaban por teléfono todos los días, los correos electrónicos con información sobre los lugares históricos y hoteles que en cada ciudad podían visitar llegaban varias veces al día.

Una avalancha de felicidad eclipsaba a Lucrecia y su cielo se agrandaba más allá de lo eterno cuando el médico le confirmó que los malestares que sufría no estaban relacionados con la situación de estrés que supusieron los eventos en Madrid y los preparativos de la boda. Otro era el motivo. Para ofrecer un diagnóstico completo le pidió que se sometiera a un conjunto de análisis. Sugirió que los laboratorios le enviaran a él los resultados y cuando los tuviera a mano se los comunicaría a ella.

Lucrecia fue citada por el médico y este le anotició que estaba embarazada de ocho semanas. La noticia insufló sus ánimos; la vida volvía a sonreírle. Con la primicia fue al encuentro de Guillermo, al verlo lo abrazó y buscó cobijarse entre sus brazos. Él le dijo:

—¡Estas reluciente! ¿A qué se debe esta docilidad sentimental?

—Tengo otra razón para ser la mujer más feliz del mundo —contestó con picardía Lucrecia.

—¿Se puede saber que te hace más feliz que mi amor? —preguntó él.

—De ahora en adelante tendrás que contener tu pasión insaciable.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Tu deseo más fuerte se hizo realidad, tu corazón coronó su último exceso en mi vientre, estoy embarazada. Con tu amor me siento una reina. ¡Soy tan feliz!

Guillermo, al escuchar la buena nueva, quedó pasmado. Luego de recobrar el control, multiplicó sus formas de expresar su estado emocional de felicidad, desnudó su vientre y lo besó inconmensurablemente. Después de un intercambio intenso de caricias coincidieron en que debían comunicar a sus padres y a Fernando la llegada del nuevo miembro. Lucrecia consideraba su fertilidad como un cambio de rumbo en su destino.

Según lo previsto, Guillermo y Lucrecia volvieron a Madrid. Ambos estaban con el espíritu enardecido por el entusiasmo que les provocaba el embarazo de ella. En el aeropuerto los esperaba Fernando, quien los conduciría al hotel que habían elegido, bien cercano a la estación ferroviaria, tenían la intención de tomar el tren sin saber a dónde los llevaría en primera instancia, querían empezar un recorrido que terminaría en Valencia.

Fernando abrazó a su madre, le prohibió que cargara ninguna maleta y con ternura le dijo:

—¡Por nada del mundo debes incomodar a mi hermanito!

Permanecieron dos días en Madrid, en compañía de los Álvarez de Olea y Carvajal y de Fernando. La última cena antes de partir solo se prolongó hasta las once de la noche. A la mañana siguiente debían tomar el tren y continuar el viaje. Se despidieron con la promesa de ir a probar, cuando estuvieran de regreso, un cochinillo en Segovia.

Lucrecia y Guillermo se despertaron a las cinco y treinta de la madrugada del 11 de marzo del 2004. Lucrecia alborotaba todo lo que estaba a su alrededor. Se ducharon y prepararon el equipaje. Él la piropeó con la intención de alegrarla y le dijo que en su vida anterior no había sido tan feliz como lo era en ese instante. Estaban emocionados. Acariciándola, Guillermo le confirmó: «Valió la pena la espera» y ella le respondió: «Con nuestro hijo creciendo en mi vientre, canta la sangre en mis venas».

Abandonaron el hotel y fueron a desayunar a la estación. Tenían prisa, él bajó anticipándose para hacer el *check out*. Lucrecia en minutos estuvo en el *lobby*, llevaba el pelo mojado y para evitar un constipado se lo cubrió con una pañoleta. Caminaron hasta Atocha tomados de la mano.

Escogiendo al voleo el tren que iban a tomar, fueron impactados por una explosión que al instante acabó con la vida de Guillermo. Ella buscaba, sin suerte, socorro en sus brazos.

Lucrecia agonizaba, tocó su vientre como queriendo proteger a su hijo, y murmuró sus últimas palabras como quien ratifica que una pasión es imperecedera y no se miente ante la muerte: «Te amo, Baltasar».

Sus ojos gladiadores no volverían a centellar.

Entre las detonaciones y los gritos de pánico se distinguía una voz que con agonía balbuceaba: «España, tus muertos no son los tuyos, son los muertos de la vida y del odio que, con apetito de inocentes, se llama fanatismo».

NOTAS

[1] «El árbol de la libertad debe ser regado de tanto en tanto con la sangre de los patriotas y de los tiranos».

BIOGRAFÍA

CARLOS MATEO BALMELLI nació en Asunción en 1961. Es egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción, y cursó estudios de Derecho Público, Ciencias Políticas y Romancística en Alemania, entre los años 1986 y 1991. Culminó la redacción de su tesis doctoral en la Universidad de Mainz, en la República Federal de Alemania.

Fue miembro de la Convención Nacional Constituyente en 1992, vicecanciller en 1999 y presidente del Congreso Paraguayo durante los años 2003 y 2004. Entre 2003 y 2008 fue senador de la República. Entre 2008 y 2010, fue director general paraguayo de la represa Itaipú Binacional.

Ha publicado los libros *Zur gegenwärtigen Verfassungsdiskussion in ausgewählten lateinamerikanischen ländern: Chile, Paraguay, Argentina, El desarrollo institucional, Los procesos internos y la globalización, Gobernabilidad democrática, La reforma institucional del Estado y la calidad de la política, Cuestión de estado e Itaipú. Una reflexión ético-política sobre el poder* (Aguilar, 2011).

Fue director ejecutivo de la Fundación «A todo pulmón, Paraguay respira».

©2013, Carlos Mateo Balmelli
©De esta edición 2013: Santillana S.A.
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay
www.prisaediciones.com/py

ISBN: 978-99967-704-4-9
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Portada: imagen de quinceañera de iStockphoto (www.istockphoto.com) y fotografía aparecida en la portada del diario *ABC Color* el 18 de septiembre de 1980.

Diseño de portada: José María Ferreira

Quedan prohibidos la reproducción total o parcial, el registro o la transmisión por cualquier medio de recuperación de información, sin permiso previo por escrito de Santillana S.A.



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina
www.sumadeletras.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.sumadeletras.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.sumadeletras.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.sumadeletras.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.sumadeletras.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.sumadeletras.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.sumadeletras.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.sumadeletras.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.sumadeletras.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.sumadeletras.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.sumadeletras.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.sumadeletras.com/mx
Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.sumadeletras.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51